

AYUNTAMIENTO
DE MADRID

BIBLIOTECA

D-1
S

LATINA



LA LATINA

LA LATINA

850-1
TAS

TASSO

LA JERUSALEM LIBERTADA

EXPURGO

EXCURSO

BCE
670

BIBLIOTECA CLASICA
TOMO CLXVII

LA
JERUSALEM LIBERTADA

POR

TORCUATO TASSO

TRADUCCIÓN EN VERSO CASTELLANO

POR

FRANCISCO GÓMEZ DEL PALACIO

PRECEDIDA DE UN

ESTUDIO BIOGRÁFICO Y CRÍTICO DE TASSO Y SU POEMA

POR

EMILIA PARDO BAZÁN

—
TOMO I
—

MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1915

Ayuntamiento de Madrid

LA LATINA

Pag. 2530

Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

TASSO

Y LA

JERUSALEM LIBERTADA

ESTUDIO BIOGRÁFICO Y CRÍTICO

Al estudiar en otras páginas á Dante y á Milton he intentado poner patentes las causas que determinan la esterilidad de la musa épica actual. Establecí que, en primer término, hay que imputar este abatimiento y penuria literaria á la disminución grande de la fe religiosa. Mas como quiera que los fenómenos y cambios intelectuales no se verifican de pronto, antes suelen venir preparándose despacio y por insensible manera, á guisa de lenta incubación, la decadencia de la epopeya no es fenómeno peculiar del siglo xix, ni aun de su escéptico predecesor el xviii: origínase del xvi, en el cual ya levantaron cabeza todas las tendencias desorganizadoras que traen perturbada á la sociedad. Plantóse entonces el árbol cuyos frutos, amargos como tueras, vanos como pomos del mar Muerto, gusta la generación presente.

En el siglo xvi se inauguró la verdadera Edad Moderna, y con ella el enflaquecimiento de las creencias y olvido del ideal cristiano: y no porque este ideal apareciese en algún modo antitético, adverso á las nuevas formas sociales: muy al contrario, en él estaban con-

tenidas, y á él debían su existencia y pujanza. Las dos mayores conquistas de la Edad Moderna en el orden social fueron la monarquía y nacionalidad propia para cada pueblo, y la personalidad y fuero natural para cada hombre: el Estado y el individuo; ambas estaban escritas en el derecho católico. Con haberse de él sacrílegamente divorciado, pararon en disolverse la primera por la anarquía, y la segunda en ser absorbida en el socialismo. Pero la anarquía de las inteligencias preludió y se antepuso á la de las sociedades. Temprano huyó la conciencia humana del materno regazo que la diera blando calor, y en que fué adoctrinada é informada de su alteza y prerrogativas. Escrutando atentamente la historia, se ve cuán larga fecha trae este suceso, á la manera que con el telescopio se divisan en las, al parecer, vacías profundidades del firmamento, nuevos grupos de estrellas.

El conflicto se inició en la literatura. Bien como el delito germina y madura en el pensamiento antes de ser puesto por obra, toda revolución, primeramente que se traduzca en vías de hecho, reside en la literatura, que es el pensamiento colectivo. Imaginan los pueblos ser autores de los motines, cuando son meros actores que interpretan y repiten lo que no idearon, sin poner de su cosecha más que la mayor ó menor perfección en declamar. Las revoluciones son—aunque parezca paradoja—actos de sumisión á conceptos intelectuales. El cerebro ordena y la mano ejecuta. Los pueblos, rigurosamente, no se alzan jamás: son alzados. Y es de advertir que mientras el impulso material va amortiguándose conforme se transmite, el intelectual, al transmitirse, se acrecienta y multiplica en proporción inconmensurable. Negar el enlace y dependencia de los hechos y las ideas, equivale á discutir el influjo del alma en el cuerpo.

No vacilemos en afirmar que, si enteramente se perdiesen y borrasen los anales del mundo, con el estudio de la literatura sola pudieran ser reconstruídos. En la literatura, manifestación viva del espíritu humano, se descubre y ostenta con brillante claridad lo más latente y recóndito que un período de la historia lleva en su corazón y cabeza. A buen seguro que entienda la filosofía de la historia quien ignore la historia filosófica de la literatura. Es la literatura espejo tan terso, bruñido y fiel, que en él se refleja el entendimiento y sentimiento humano, no ya sólo con sus bellos y sublimes rasgos, sino aun con los mínimos lunares y defectos que le afean y deslustran. Por lo cual 'no hay fase literaria que sea indigna de estudio y que no contenga enseñanza, y así merecen atención los poemas de Homero y las novelas de Cervantes, como la hojarasca culterana de Góngora ó el conceptismo de Ledesma.

Hallaremos, pues, en la época literaria de Tasso presagios y anuncios de cuantos trastornos morales é intelectuales nos consternan hoy; y en la personalidad del poeta mismo, encarnada y viviente profecía de las zozobras y crisis que aguardaban á una edad que, presumida y fiada en sus fuerzas, arrojábase al palenque, ansiosa de lucha, desatenta á todo consejo y auxilio. En Tasso vamos á reconocer al vate de transición y decadencia, al ave infausta, precursora de extraños y pavorosos sucesos. Su inspiración, cual la de Virgilio, es la nota doliente de un mundo que se va: sólo que en el cisne mantuano palpita inefable esperanza, hondo júbilo, como si tras del cargado y sombrío horizonte despuntara en aureola de luz la figura del divino Redentor; y en Tasso se escucha únicamente el eco de su voz melancólica, errante en las tinieblas del crepúsculo nocturno, velada y casi extinta por los mujidos lejanos y sordos de la tempestad.

I

Por cima de la tosca y áspera peña del feudalismo se formó la delicada cristalización de la caballería: de tan recio y nudoso tronco vino á brotar flor tan gentil. Ni fué ella la única muestra de vitalidad que dió un régimen al cual debe la Edad Moderna hartos más de lo que imagina; pero sí el producto estético que la caracteriza mejor, el rasgo más genuino y original de su fisonomía.

En tiempos de confusión y laberinto, cuando el mundo viejo se desgajaba y caía á pedazos, no atinando el nuevo á organizarse y constituirse, solamente tan enérgico esfuerzo individual como el feudalismo pudo ser parte á concertar, en cierto modo, la sociedad europea, ya á dos dedos de su final disolución. Hasta enfado es repetir cosa tan sabida, tan elocuentemente expuesta por Guizot, por Cantú, tan consagrada por la sana crítica histórica; pero este género de sencillas verdades debe inculcarse de continuo, mientras exista quien las discuta y niegue.

Dos riesgos á cual más graves corría Europa en los primeros siglos de la dominación bárbara. Era el uno que aquellos pueblos invasores, acostumbrados á una vida nómada y agreste, rechazasen la existencia rural-ciudadana, única compatible con los beneficios de la civilización y con la fortaleza y prosperidad de los Estados. El otro riesgo, crónico ya, estaba en el Oriente, siempre anheloso de vengar en las tierras occidentales el largo vencimiento y servidumbre que le impusieran helenos y romanos. Evitó el feudalismo ambos peligros, ligando al triunfador al territorio conquistado con doble nudo de propiedad y señorío, y estableciendo de tal

suerte el sistema de armamento y defensa, que cada angosto desfiladero, cada enriscada montañuela, cada garganta sombría, cada meseta y cada picacho fueron baluarte, reparo y escudo opuestos á las correrías y desmanes de la media luna. Colgaron los señores sus castillos roqueros en los escarpes inaccesibles, y allí se hicieron fuertes,—acogiéndose á su amparo, como pajarillos á nido de águila generosa, desvalida é inerme multitud.—Hoy que tanto se lamenta la suerte de los siervos adscritos á la gleba, esclavos del terruño, parece echarse en olvido que gracias á ese género de servidumbre pudo un pueblo que ya era cristiano eximirse de adorar á Mahoma bajo el filo de la cimitarra árabe, y de ver á sus hijas y esposas hechas infame ornato de los harenes. Aquellas almenadas moles de granito en cuyas atalayas y saeteras velaban como estatuas de hierro los hombres de armas, fueron arcas salvadoras de la civilización.

Imperfecto era, sin duda, el feudalismo: que ninguna institución perfecta cabe en lo humano. Nacían sus inconvenientes de su propia índole belicosa é inestable, y más que todo, de la división y subdivisión del poder civil, el cual, más que en los monarcas, residía de hecho en turbulentos é indómitos nobles, rebeldes al orden, fogosos en la discordia. Avezados al mando absoluto dentro de su esfera de acción, guardaban aún la independiente individualidad de jefes de tribu, nada amigos de sufrir traba ni autoridad suprema. Así acontecía que entre aquellos hombres enérgicos y batalladores, que tenían *por fueros sus bríos y por premáticas su voluntad*, se viesen con harta frecuencia rencillas, bravesas y crueldades, violentos despojos, abusos de la fuerza, mezclados con el más brillante heroísmo. Y aun por eso la Iglesia, cuyo espíritu esencialmente benigno propende siempre á suavizar las costumbres, procura-

ba, ya con la doctrina de sus Concilios, ya con privada intervención é influencia, inclinar la balanza del lado de la concordia y mansedumbre.

No solamente se ponía la Iglesia de parte de los débiles—esclavos, pecheros, mujeres,—sino también de la del poder más equitativo y que mayores probabilidades ofrecía de imprimir á la sociedad una sabia y fecunda organización,—á saber, el de los reyes.—Si la soberbia cesárea, en su temerario intento de hacer del mundo todo un imperio colosal, halló, así en la Edad Media como en la Moderna, á la Iglesia firme y resuelta cerrándola el paso, en cambio la monarquía, forma adecuada de la autoridad civil, se encontró al nacer fortalecida con el apoyo eclesiástico. Cuando San Luis de Francia reprime las demasías del altanero Enguerrando de Coucy, el clero proclama al monarca mantenedor de la justicia en la tierra. ¡Admirable tino político, tanto más digno de loa, cuanto que no se encaminaba á proteger fugaces intereses de una hora, sino á cimentar sólidamente el derecho!

El prestigio que, merced á la Iglesia y al orden providencial de los acontecimientos, iba conquistando el trono, dió origen á uno de los sentimientos más poéticos y generosos que embellecen la historia: la lealtad monárquica. Solemnizando la Iglesia con graves ceremonias la consagración de los reyes; ungiendo al soberano con el santo y bendecido crisma; impetrando para él la divina asistencia; mostrándole á los pueblos como elegido del Señor y Juez de su grey, creó aquel espíritu de fidelidad sublime que sellaron con su ilustre sangre y atestiguaron con su abnegación los Montrose, los Lemos, los Sancho Ortiz, nata, flor y espejo de la nobleza. Así se erigió en virtud el pleito homenaje y acatamiento de los señores, acatamiento que, á no tomarlo como honroso deber, parecería humillación y mengua. A la vez,

y debido también en gran parte á la idea que infunde el Cristianismo de la dignidad de la mujer, al culto ferviente de la Madre de Dios, á la santificación de la virginidad, empezóse á quemar incienso en aras del sexo débil; obsequio delicado y poético, afecto puro de amor, que así vibra en el laúd de los trovadores como resuena en el marcial clarín de las justas y torneos.

Juntamente con los conceptos de rey y de dama, fué infiltrándose la idea, del todo cristiana, de defender al menesteroso, al desvalido, al agraviado, aunque fuese una pobre dueña, ó un infeliz mendigo, ó algún judío ó infiel. Esta trinidad de sentimientos, lealtad al rey, homenaje á la dama, socorro al débil, vino á ser código de honor, no escrito en folios ni tablas, sino grabado indeleblemente en las costumbres de cuantos se preciaban de bien nacidos. Hizo este código oficio de ley suprema, á cuyos mandatos se doblegó y rindió la arrogante condición de los señores feudales. No faltaron tampoco transgresores: los anales de aquellas épocas narran atropellos, perjuros, traiciones y felonías; pero harto era que se reconociesen por tales, y que la mancha y nota de su fea conducta fuese arrojada al rostro de los culpables por la conciencia pública. El felón no hallaba quien con él quisiera romper una lanza ó probar á mandobles el fino temple del arnés: y al sentarse á la mesa del banquete, pegábase la voz á su garganta y enrojecíase su rostro, viendo al heraldo, armado de femeniles tijeras, dispuesto á cortar el mantel por el sitio maldito que el vil ocupaba.

¿Quién contará los beneficios de aquel código, cuyos preceptos, á despecho del tiempo y de las vicisitudes humanas, rigen aún para el que presume de pundonoroso? No logra el crudo positivismo de nuestro siglo desterrar ciertas ideas, que, heredadas y transmitidas de padres á hijos, en línea recta proceden de los cáno-

No debemos pensar que la caballería y su genuina literatura brotaron de la imaginación virgen y frondosa de pueblos incultos, prendados como niños de lo sobrenatural y extraordinario; sus raíces partían del corazón; y el corazón, con su natural impulso, suele adelantarse al entendimiento reflexivo. Los frutos del corazón son vivos, completos y sintéticos, y así fué la caballería. A la sed de justicia, exacerbada por el mismo estado anárquico de la sociedad, satisfacían los campeones del derecho, que, acorriendo á huérfanos y viudas, enderezando entuertos y reparando agravios, tenían á raya á malandrines y opresores; al anhelo de más blandas y benignas costumbres, al carácter cristiano que iba en la sociedad imprimiéndose, aquella cortesía en el justar, nobleza en el reñir y clemencia en el vencer; y, por último, á las delicadas aspiraciones del alma, ahita de pagana licencia y bárbara grosería, aquel culto de la mujer, basado no tanto en sus hechizos cuanto en su debilidad.

Pagó sin duda la caballería tributo á la imaginación; y bueno fué, que así se derramaba la savia hirviente y bullidora de tantos pueblos recién despiertos á los encantos de la fantasía. Sintiendo aquellas generaciones que, como el poeta neogriego al morir, se llevaban consigo un mundo no realizado, una cohorte de ensueños áureos, límpidos, radiantes con esplendor de aurora, la objetivaron en la vida y en las letras soltando la rienda á calenturienta y pródiga inventiva. Mas no todo era inventar por inventar, ni zurcir fábula tras fábula y prodigio tras prodigio; bajo el velo de la ficción se traslucía un simbolismo elevado. El tipo del caballero andante, que, fiando en Dios y en su lanza peregrina por el mundo, protegiendo la perseguida inocencia, enfrenando al soberbio desaforado opresor, cabalgando sobre las nubes del cielo ó sepultado en las entrañas

de la tierra y en lo profundo del Océano, siempre en pugna, no ya sólo con monstruos y vestiglos, y dragones y jayanes, sino con sus propios apetitos que mortifica y reprime, con su alma que acrisola y acendra en pruebas y asaltos de todo linaje, ¿qué otra cosa es más que la voluntad, el albedrío del hombre, combatido por mil insidias y triunfador de ellas, mediante su resolución y denuedo y el auxilio de la gracia, figurada en las benéficas magas que vienen á curar con odorífero bálsamo las heridas del caballero, ó á hacer añicos las pesadísimas cadenas de que le cargó algún perverso encantador enemigo?

El caballero es el ideal de la Edad Media. Creación de una época agitada, pero armoniosa, es hombre de acción más que de raciocinio; hijo de edades sentimentales, domínale el sentimiento; nacido al calor de la fe, es cristiano católico, devoto y pío. No se escribieron los libros de caballería para entretener la ociosidad de las veladas en los castillos, ni para solaz y recreo de damas, dueñas y pajes; que no brota así aislada y sin raíces una literatura completa y bellísima, novelas, canciones, romances de gesta, leyendas, elegías, madrigales; es fuerza que ella refleje viva tendencia, urgente necesidad del espíritu contemporáneo. En la literatura caballeresca, la Edad Media se contempla á sí misma.

Ni pudo ser pura invención el tipo del caballero, que tan perfectamente concuerda con las usanzas y exigencias de la época. El individualismo en las sociedades excita el espíritu aventurero; el Cristianismo lo depura y eleva, señalándole alto rumbo; cada brioso mancebo de noble sangre emprende, ó puede emprender, llegarse á la hija de un rey, ganándola á punta de lanza; cada hijo-dalgo obscuro puede con el filo de su tizona volver por los fueros de la verdad, arrancar al injusto detentador el ajeno bien, librar acaso á su patria, como el doncel

de Figueroa, de un infame tributo y servidumbre. Un hombre solo es árbitro de la suerte de un reino; con el paladín Roldán se pierde Francia; con el campeador Cid se salva Castilla.

Tengamos la risa los modernos en esto de caballería andante; que es chica hazaña reír de lo que no podemos imitar. Ni sea parte á mover á hilaridad aquella sátira inmortal, primor y gala de nuestras letras; pasmo del mundo, escrita por un pobre soldado aventurero, gloriosamente inválido por defender á su patria y á su Dios. Sea cualquiera el sentido del portentoso drama cómico de Cervantes; interprétese de un modo ó de otro el pensamiento del mayor ingenio de España, ello es que siempre *Don Quijote*, con sus extrañas imaginaciones y no vistos desvaríos, con sus peregrinas ridiculeces y su sorbido seso, será el carácter más interesante, más altamente poético, y con más amor diseñado. ¿Qué es burlarse con un tipo, ponerlo en caricatura y alzarlo luego á las cimas sublimes en que sólo las almas privilegiadas se aclimatan y respiran? Si hay en el poema de Cervantes aguda y penetrante ironía, repri-mida indignación, enojo magnánimo, ciertamente no lo causa el genio caballeresco ya moribundo, sino la sociedad que venía á sustituirle, rebozada, como Sancho, en la hopalanda de paño burdo de los intereses materiales, y cual él atenta ante todo y sobre todo á atestar de ropa blanca el maletín, de escudos y doblones la fal-triguera, de vituallas la alforja. Cervantes es un reza-gado de la hueste caballeresca, en quien puso Dios so-berano entendimiento, don incomparable de narrar, para que, con intención ó sin ella, formulase en un li-bro imperecedero la protesta del idealismo vencido.

Al mismo tiempo, por los mismos años, un gran poe-ta italiano terminaba el poema caballeresco por exce-lencia. Canto de cisne de la andante caballería era el

que en dulces estrofas exhalaba el dolor de Torcuato Tasso, coincidiendo por misteriosa euritmia con el dolor de Cervantes.

II

El genio presiente ó recuerda; vive en lo pasado y en lo futuro; rara vez se aviene con lo actual. Es más visible todavía este fenómeno en los siglos de transición, cuando lacera el alma la agonía de lo que muere, junta con el laborioso alumbramiento de lo que nace. Y no son parte á aliviar el mal los goces, primores y adelantos que brindan las sociedades en sus períodos de refinada cultura. Más que la brillantez de Atenas, la radiante fecundidad artística de Florencia ó el lujo babilónico de París, aprecia el pensador la majestuosa sencillez de la corte de Isabel la Católica, en que se refleja la austeridad de una nación que renace á la vida moral y al sentido patriótico.

Cuando abrió los ojos á la luz Torcuato Tasso, apagábanse los postreros ecos de la Edad Media y entraba en la plenitud de su vida la Edad Moderna. Un siglo tenía ya de fecha el maravilloso invento sugerido á Gutenberg por el oscuro sacristán Koster; más de medio siglo había transcurrido desde que Colón y nuestra mayor reina realizaran la unidad geográfica del planeta: mediante estos dos gigantescos acontecimientos, hallábanse francas y abiertas todas las vías materiales é intelectuales. Ningún período histórico pudo dar mayor motivo de regocijo y entusiasmo: dijérase que naturaleza y ciencia, á porfía, se esmeraban en regalar al hombre, la una con continentes vírgenes, sembrados de dia-

mantes, oro, gomas y especies; la otra con tesoro inagotable de saber, riqueza capaz de dividirse y subdividirse cuantas veces fuera preciso, sin menoscabo de su valor é integridad. Faustos augurios y benignos presagios sonreían á los jóvenes Estados que estrenaban la toga viril. Surgían éstos de entre las guerras y discordias de la época feudal, llenos de vida y lozanía, como Venus del mar tempestuoso. La totalidad política se consolidaba: el gran principio monárquico estribaba sobre robustos cimientos con Carlos V en España, con Juan II en Portugal, con Fernando de Aragón en Nápoles, en Francia con Luis XI, en Inglaterra con Enrique VIII. En la patria de Tasso, los mismos disturbios, las ambiciones mismas cebadas en la presa del ópimo y fértil Milanesado, estimulaban el genio. Batallábase ya entonces por solaz, provecho y gusto, no por angustiosa urgencia, como en la Edad Media. Inauguraba la diplomacia las guerras de cálculo y raciocinio, y en los intervalos concedidos por treguas y tratados de paz, veíase á Francisco I y á Carlos V abrazarse como hermanos, y competir en galantería y gentileza, presidiendo festejos, obsequiando damas, protegiendo artistas, y, en suma, libando, con el ardor de la mocedad, las delicias del privilegiado suelo que ensangrentaban sus contiendas. Los Médicis, que vistos por un lado parecen tiranos y por otro egregios é incomparables príncipes, resucitaban los tiempos de Pericles, sobrepujándolos en esplendor. El Oriente gemía vencido, y soplaban ya las brisas prósperas que en Lepanto hincharon las velas de la escuadra cristiana. El grave y perenne riesgo estaba conjurado: Europa y la civilización no se veían ya amenazadas, cual Hércules en su cuna, por las mil serpientes del imperio griego, de los persas, de los turcos, de los árabes. Y á fin de que el Occidente triunfador no se amodorrara en el letargo de la indolencia,

abríase para desahogo suyo la válvula colosal de las recién descubiertas tierras del Nuevo Mundo, venero inagotable de riquezas y conquistas, palenque de hazañas, campo de estudios, doncella tierna y hermosa que venía á brindar su mano al antiguo continente, cuando éste, adulto ya, era capaz de desposarla.

Al par florecían letras, artes y ciencias. En Italia señaladamente resplandecía el arte con tan clara luz, que acaso no será eclipsada jamás. No registra la Pintura era tan gloriosa como aquella en que reinaron sus dos príncipes, Rafael de Urbino y Miguel Angel, asistidos de sus tenientes Correggio, Veroneso, Ticiano, Tintoretto, Julio Romano, Perugino, Daniel de Volterra, y tantos otros de la dorada pléyade, que son cada cual un maestro, una escuela, un milagro de colorido ó de diseño. La exuberante vitalidad artística se desbordaba: en los platos, faenzas y mayólicas de Lucas de la Robia; en las ánforas y copas animadas por el cincel de Cellini; en los primores tipográficos de Aldo Manucio; en los grabados y estampas, viñetas y alegorías; en las joyas aflagranadas, de esmalte, semejantes á flores con rocío de gemas preciosas; en los camafeos y ágatas dignas de la antigüedad romana, y en los delicadísimos trabajos de cristal y mosaico, secreto oriental que aun en nuestros días vincula Venecia; en los muebles de rica maciza talla y fragante madera, cubiertos de calados goznes y aldabas de cerrajería, cuyo estilo puro y elegante se imita hoy sin igualarlo; en alfombras, brocados, tisúes, tapices, cueros teñidos de suaves tintas y rameados de frutos de plata y fabulosos dragones; y, finalmente, en los menores detalles de monumentos y palacios, en los más usuales objetos de mesa y tocador, en cuanto podía halagar la vista y festejar el refinado gusto de los hijos del Renacimiento.

A espectáculo tan deslumbrante se agregaba la espe-

cial situación de Italia, propia cual ninguna para excitar á una fantasía de suyo fogosa y soñadora, para dar cuerpo á las festivas quimeras que engendra la mente espoleada del ansia de gloria y de la sed de aplauso é inmortalidad. La descentralización y división en pequeños Estados, dotados de vida propia, mantenía encendidos un sinnúmero de focos de lo que hoy se llama alta cultura, y entonces se nombraba letras y saber. La catterva de señores, duques y príncipes soberanos de legendaria estirpe y proezas, Montefeltros, Vitellis, Roveres, Riarios, Esforcias, era hueste de liberales y pródigos Mecenas que se gozaban en cercarse de pintores que retratasen á sus amadas, á sus hijos, al bufón enano, al predilecto lebel; de poetas que cantasen su ascendencia, sus hechos, la amenidad de sus jardines, la magnificencia de sus palacios; de cronistas é historiadores que escudriñasen sus archivos, visitasen sus bibliotecas y escribiesen sus anales y los de su pueblo; de jurisconsultos, de estadistas y moralistas con quienes tratasen altas materias de gobernación y política. De esta suerte vivían los magnates y próceres de la tierra en amigable consorcio con los de la inteligencia: y así como hoy cortejan los monarcas á afortunado general ó á popular ministro, honraban entonces á varones ilustres, señalados por Dios con la marca del genio. Ludovico Esforcia se inclinaba ante Leonardo de Vinci; Lorenzo el Magnífico lograba por fruto de una ardua negociación diplomática un manuscrito de Tito Livio, y no cabía en sí de gozo; Ludovico el Moro trocaría todas sus grandezas por presidir una Academia literaria; el Sumo Pontífice admitía á su mesa á Miguel Angel, dándole aún excusas por hacerle esperar; y hasta los facinerosos y salteadores arrojaban aprisa sus armas y se deshacían en agasajos al reconocer que el viajero por ellos detenido era Ariosto. Todos los gustos del amor

propio; todos los encomios de la fama; todos los lauros del triunfo estaban aparejados para el venturoso que sobresalía en un ramo del arte. Disfrutaba el artista inmunidades y privilegios, fueros y regalías de rey. Cellini, el maestro del buril, que era á la vez escritor, proclamó con altiva ingenuidad la independencia suprema de los artistas eximios. Sacerdotes del templo de la belleza, se embriagaban en una orgía de color, luz y forma, en un festín olímpico, en que guirnaldas de rosa y laurel ceñían la sien de los semidioses. En tal atmósfera alentaba el Tasso; y con todo, vivía triste.

¿Por qué? En la sociedad contemporánea y en la época azarosa presente, no es mucho que haya neuróticos y descontentos: que al cabo, por dondequiera que esparcimos la vista negrea la noche, sin que el alba des-punte en parte alguna. Pavorosos problemas sociales y políticos irguiéndose apremiantes y pidiendo solución; atarazadas y roídas las raíces de la autoridad; cundiendo el indiferentismo religioso, que trae consigo el moral y nacional; cansadas y descreídas las razas viejas, nihilistas las nuevas, ¿de dónde ha de venirnos el contentamiento y la esperanza? No obstante, Tasso, cercado de tanta gloria y prosperidad, en un mundo tan confiado y juvenil, lejos de convivir con su siglo, de penetrarlo, de resumirlo, á ejemplo de Dante, se aisló de él, y melancólico y pensativo convirtió la mirada á un ideal fenecido, á una sociedad ya extinta, á una conquista perdida ya, á unas Cruzadas envueltas en el olvido, á un sepulcro de Cristo que tantos años hacía recuperaran los infieles y mantenían en afrentoso cautiverio. No eran, pues, suficientes para llenar el espíritu de Tasso los esplendores de lo presente, los atractivos de la belleza, la soberanía de derecho divino á que era llamado por su inspiración. Merced al instinto profético que parece patrimonio de las organizaciones se-

lectas y entimentales, Tasso columbraba en el ancho y luminoso horizonte del siglo xvi el breve punto negro, que presto iba á volverse nube preñada de horrores. Percibía en el aire los miasmas de la revolución religiosa y el advenimiento de una edad positiva.

En ella se contenía el paganismo, y, virtualmente, la inevitable decadencia poética. Esclavos del culto de la forma, perdían ya los artistas la conciencia ideal de su deber, sin la cual el arte carece de objeto y rumbo y flota al capricho de un público hastiado. A la tranquila indiferencia con que Vinci y Rafael tomaban á una cortesana por modelo de la Inmaculada, se unían el cinismo impúdico de aquel Voltaire del siglo xvi, mofador y libelista sempiterno, á quien su desenvuelta época llamó el *divino* Aretino; el licencioso desenfado de Ariosto y Boccaccio; las teorías perniciosas de Maquiavelo; las brutalidades, desafueros y homicidios de Benvenuto Cellini; los desórdenes y crápula de Salvator Rosa; los epigramas desvergonzados de Nicolo Franco; y, en conjunto, la codicia, el despilfarro, el libertinaje, el escepticismo y la venalidad, encubiertos bajo el manto de púrpura y armiño del arte. Por ningún lado asomaba ya un carácter entero, una energía indómita cual la de Dante, cuya rectitud pudo subir al fanatismo, pero nunca rebajarse á la vileza. El Renacimiento iba haciéndose epicúreo, y atento el oído á la música del verso, los ojos á las magias de la paleta y del cincel, la imaginación á las fábulas artificiosamente tejidas y á los primores del lenguaje, desatendía la profundidad y alta significación de la belleza misma. De hecho empezaban ya las letras á inficionarse con el sutil contagio del mal gusto. El Góngora italiano, el caballero Marini, tenía preparado el terreno donde había de brotar su espeluznada y crespada poesía.

¿Y la Iglesia? Antes de decir qué hizo la Iglesia, cuál

fué su espíritu, y cómo arrostró tales circunstancias, importa hacer una observación. No pocos historiadores, al tratar este punto, pecan de injustos é irreflexivos. La espléndida munificencia de los Médicis para con los grandes artistas; el homenaje que á la Silla pontificia rendían éstos; las obras maestras que enriquecieron el Vaticano y especialmente la Sixtina; la protección dispensada á hombres de letras como Pablo Jovio, y otros pormenores del mismo linaje, relacionados con el prodigioso movimiento artístico de Italia, fueron acreditando un errado supuesto histórico: el de presentar á los Papas como cómplices y fautores de la obra de paganización que se cumplía. Hácese de ellos unos idólatras, restauradores del Olimpo y adversarios de la *tradición* cristiana; y enfrente á los Papas, para avivar el contraste, pónese á Lutero, á los reformistas, á Socino, al mismo Savonarola, evangélicos ministros y censores muy austeros, que traían á su cauce la corriente artística y tornaban á su pristina pureza las costumbres. Si en este aserto no hay premeditada malicia, no puede faltar absoluto desconocimiento del carácter esencial de la Reforma, que es la licencia en todas las esferas de la actividad intelectual, y por tanto en el arte. No fueron ciertamente los padres de la Reforma modelos de ascetismo, ni rechazaban la mundana pompa; pero, nacidos bajo un cielo brumoso, entre pueblos de carácter rudo, no más exquisitos en la elección de sus placeres que los espartanos en la de manjares, gustaban de otros goces menos selectos y espirituales de los que el arte proporciona, y les era bien fácil reprobar en nombre de la moral lo que no les agradaba ni entendían. Por lo demás, el que estudie las escuelas de pintura flamenca y holandesa, podrá advertir qué elementos de pureza y majestad trajeron al arte los pueblos de la Reforma: el realismo de Hans Holbein

y Rembrandt, cuando no la sensualidad de Rubens ó el caricaturismo retozón de Teniers y Van-Oustade.

Acusar á Alejandro VI porque, á ejemplo de toda su familia, mostró gran afición á las artes y á las letras, es como si censurásemos á Pío IX, de venerada memoria, por haber protegido y costeadó el magnífico Observatorio Astronómico de Roma y los gabinetes de Física y Química de los colegios de jesuitas, bajo pretexto de que en el terreno de las ciencias naturales hallan hoy baluarte los enemigos del Catolicismo. Antes pienso que no habrá quien deje de ensalzar á tan gran Papa, porque así mostró que el Catolicismo no riñe, sino que se enlaza estrechamente con las manifestaciones todas de la humana inteligencia. De esta suerte, y quizá con el mismo buen propósito de aliar la inspiración artística y la fe religiosa, impulsaban Alejandro VI, Julio II, León X, el Renacimiento, cuidando de sanearlo y dirigirlo á los claros manantiales de la belleza suprasensible. Gracias á lo cual, no son todos los frutos de aquella época tan paganos como suele creerse. Cuando Rafael, por ejemplo, se limita á copiar la hornerilla romana, brota de su pincel una moza fresca, mórbida, de expresión más vulgar que inteligente, pero cuando prueba á encender aquellas facciones con la luz de la santidad de María, resulta la divina hermosura de la *Perla*, el tinte de honestidad angélica y de radiante amor materno que avalora joya tan preciada. Así, aun en medio del delirio de la forma, del desvarío por la perfección clásico-naturalista, se abre paso el concepto fundamental del arte cristiano, á saber, el reflejo de la belleza superior, sellado en la materia. ¿Quién adivina lo que hubiera sido del Renacimiento, ni á qué grado de bajeza llevaría su reacción pagana, á no tener consigo, para ayudarle á levantarse de sus caídas, al cristiano idealismo? No era posible en el siglo XVI atajar el

torrente artístico. tal vez guiarlo, y esto hizo la Iglesia, juntando la prudencia á la sabiduría. Puso constantemente ante los ojos de los artistas el modelo eterno que deben imitar, y de él nacieron maravillas que hoy admira el mundo.

Yerran además los que califican á los Papas de fautores del Renacimiento, porque otorgan demasiada extensión á la autoridad temporal de que los Pontífices se hallaron investidos, sin tener en cuenta que ya su poder á la sazón andaba maltrecho y mermado, siendo blanco tanto tiempo hacia de los ataques gibelinos, de reiterados asaltos por parte de los emperadores de Alemania, de mil menudas hostilidades de los príncipes soberanos de Italia, y viéndose en aquellos momentos en mayor estado aún de sobresalto y angustia por culpa de las ambiciosas disensiones de Colonnas y Orsinis, que traían revuelta á Roma, y de la perpetua contienda entre Francia y España, cuyas armas rivales, disputando encarnizadamente la victoria y un puñado de tierra, eran constante amenaza para la Santa Sede, hostigada por aquella soldadesca brutal, que en el asalto de Roma se mostró más fiera que las hordas del mismo Atila. A vueltas de tales conflictos, ¿pudo ser grande la fuerza temporal de la Santa Sede? Su actitud política, por entonces, era naturalmente pasiva. Ni aun alcanzaba su vigor á que pudiese poner cortapisas á aquellos artistas cubiertos de oro y laureles por los duques reinantes, por las señorías, por el monarca francés y el César Carlos. Díganlo las luchas y sinsabores que costó á Adriano VI su intento de oponerse á la corriente clásica.

No tardó la Iglesia en adoptar actitud de resistencia contra los excesos del neopaganismo. Cual testimonio de su fecunda y lozana vitalidad, alzáronse los hijos de San Ignacio, apóstoles adecuados á la Edad Moderna, milicia briosa que venía á mantener con sus hom-

bro la basílica en otro tiempo sustentada por San Francisco. A la vez surgieron Teatinos, Oratorianos, Órdenes diversas, Santos memorables á quienes la historia otorga honores de grandes hombres; y, finalmente, reunióse el Concilio Tridentino, de donde salió depurada la disciplina, restablecida la estrechez é integridad de las reglas monásticas, fundada la Congregación del Índice, y, gracias á la persuasiva elocuencia de Láynez, claramente definida y sentada en estribos de diamante la suprema autoridad del Obispo de Roma. En tan magno Concilio, que es una etapa histórica de la Iglesia y del mundo á la vez, resultó triunfante la libertad humana, vencedora del horrendo fatalismo calvinista; una y fuerte la soberanía espiritual, y corregidos los abusos que pudieran ser á los débiles piedra de escándalo. De tal modo contestaba la Iglesia universal al clamoreo de la Reforma. El Concilio de Trento era cumplida réplica á los alardes puritanos de los reformistas, mostrando en él la Iglesia que las reorganizaciones en puntos secundarios están en su índole, y que al confirmar el dogma en su mayor pureza podía hacer escrutinio minucioso y sabia corrección en la disciplina. Así el más violento y terrible ataque que desde las persecuciones sufriera la Iglesia, sirvió para acrisolarla como el fuego al oro. Pero la Reforma, que cohonestaba su protesta con quejas del nepotismo, tráfico y desmanes que suponía en Roma, arrancóse entonces la máscara, descubriendo el móvil verdadero de sus actos. No era éste sino el libre examen. No podía aplacar la concesión alguna: guiábala el propósito de disolver la Iglesia. Bajo capa de un celo fanático y duro, de una embriaguez bíblica, de una devoción feroz, en nada semejante á la piedad, encubría la emancipación del pensamiento, la absoluta libertad filosófica y religiosa. Lo que malamente disimulaban Zuinglio, Melancton, Lutero, de-

clarábanlo á voces Sosino y su racionalismo franco y lógico. Tratábase de concluir con el Cristianismo dividiéndolo. El Cristianismo respondió con la magnífica unidad del gran Concilio.

El libre examen surgía, pues, engendrado de la unión involuntaria de aquellos dos movimientos que se anatematizaban recíprocamente á despecho de su misteriosa complicidad: el Renacimiento y la Reforma. El Renacimiento sacudió el freno puesto á las artes y las letras, paganizando el elemento estético: la Reforma rompió las leyes religiosas y morales, entregando á la arbitrariedad individual la regla de la fe, los dominios de la Ética y de la Metafísica. Bien barruntaba la Iglesia cuán deshecha tempestad iba formándose en Europa; bien entendía su duración y futuros estragos; por eso el Concilio reprobó así la licencia de los entendimientos, como la de las conciencias: el Renacimiento y la Reforma.

Al par que se estremecían en sus escaños los varones del Concilio ante el siniestro augurio de la recia tormenta, el poeta Torcuato Tasso, semejante á ave azorada que abate el vuelo, apartaba sus ojos del sombrío porvenir, fijándolos melancólico en las muertas edades. Traía lo venidero un séquito de dudas y negaciones, y el alma religiosa del poeta se cerraba por no acogerlas, como se plega la sensitiva por no ser lastimada (1).

(1) Á fin de que no se crea que es sutileza crítica el atribuir á Tasso una especie de previsión de las tendencias y sucesos que se preparaban, traslado aquí, traduciéndolo al pie, el párrafo de su biografía escrita por el caballero Giuseppe Compagnoni, del cual consta que predijo Tasso la Revolución francesa. Dice así: «Tasso lasciò in Parigi un nome, che vi é onorato ancora. »Se fin da quel tempo prevedesse veramente il rivolgimento »tremendo succeduto colà á tempi nostri, é difficile asserirlo. »Certo é però che lo predisse, siccome é chiaro á chi legge la »sua *Gerusalemme conquistata*.»—«Tasso dejó en París un nombre que aun hoy es celebrado. Difícil considero el dilucidar si

III

¿Quién era el poeta que así se mostraba *vate*, presintiendo acontecimientos velados aún por las brumas del porvenir?

Nació Torcuato Tasso en Sorrento, deleitoso rincón del mundo que se adelanta y prolonga en esbelto cabo sobre el mar Tirreno, formando el extremo más largo y saliente de la concha que cierra el golfo y bahía de Parténope. Dominanlo por la espalda Pompeya y el ardiente coloso del Vesubio: enfrente se divisa la isla de Caprea con su suelo feraz, su derruido palacio de Tiberio, de memoria fatídica, sus termas de Augusto, su gruta azul, húmedo zafiro iluminado por la magia aérea de la refracción; detrás queda Amalfi, la poderosa república comercial de la Edad Media; Castellamare, el activo centro marítimo; y desde la punta opuesta de la concha, Ischia y su dormido volcán, la griega Prócida, parecen mirar amorosas á la patria de Tasso. Del otro lado tiene Sorrento el golfo de Salerno, y fronterizos los agros de rosas de Paestum, cantados por Virgilio. La casa natal de Tasso, hoy suntuoso palacio de verano (1), se al-

desde aquella fecha previó la terrible revolución que allí se realizó en nuestros tiempos; mas es cierto que la predijo, como verá el que leyere su *Jerusalem conquistada*.—Por no tener á mano este poema (que es una infeliz refundición de la JERUSALEN LIBERTADA), no puedo copiar los pasajes á que alude el biógrafo. Baste con lo anterior para prueba de que el sentido profético que supongo en Tasso no carece de algún fundamento.

(1) Fué hasta hace algunos años propiedad de Gaetano Spasiano, descendiente de Cornelia Tasso, la hermana predilecta del poeta. Posteriormente vino á poder de una familia inglesa, y habitóle larga temporada el gran novelista americano Fenimore Cooper.

zaba sobre enhiesta roca, cuyos pies besa el mar, cercada de verdura, oculta entre setos de laureles, cinamomos, limoneros y naranjos. Corre allí un aire fresco blando, balsámico, aquel aire recomendado por los médicos al emperador Antonino, y que, según dejó escrito el padre de Tasso, llevaba en sus ondas juventud é inmortalidad. Tan regaladas auras oreaban la amena villa de recreo de Polio Felix, celebrado por Estacio, y las ruinas elegantes de los templos de Diana, Neptuno y Hércules; y en las tardes de fiesta y bureo jugueteaban con las negras trenzas de las zagalas sorrentinas, que cubiertas de ricos joyeles y vistosos brincos, gayamente aderezadas, tejían alegre danza al son de la pandereta ornada de cintas. Al rumor de aquellas brisas, al grato susurro de aquellos bosquecillos mitológicos, al rayo de aquel sol que madura las uvas de ambrosía en las laderas de Salerno, crióse el poeta que mejor había de describir los hechizos de una naturaleza muelle, seductora, paradisiaca.

Fué el padre de Torcuato Bernardo Tasso, natural de Bérgamo: por donde esta ciudad reclama aún el honor del nacimiento del poeta (1), como las villas heleanas el de Homero. Semejante padre, poeta, aventurero, batallador, literato, humanista, errante por Flandes, por Alemania, por Francia, por Túnez y Argel, hoy al servicio de la duquesa de Parma, mañana al del príncipe de Salerno, otro día al de Guido Rangone, perseguido, desterrado, vagabundo, juguete de la fortuna, transmitió á su hijo los gérmenes del predominio estético é imaginativo, al par que cierto tinte elegíaco y quijotesco, un temperamento de la Edad Media. Bernardo Tas-

(1) Bérgamo erigió á Tasso una estatua de mármol de Carrara. Cuando era Tasso prisionero en Santa Ana, mandó la ciudad de Bérgamo diputados algunos ciudadanos, con presentes á Alfonso de Este, pidiéndole la libertad del poeta.

so, á quien hoy conocerían tan sólo los eruditos si la gloria de su hijo no le iluminase con viva claridad, desempeñó, sin embargo, lucido papel en el período literario del *cinquecento* (1). Compuso dos poemas caballerescos, *Floridante* y *Amadis* (2), y el crítico Speron Speroni le ensalzó hasta sobreponerle á Ariosto. Mas fué tanta su desdicha, que hubo de adular en verso á Carlos V porque le devolviese sus confiscados bienes, el pan de sus hijos; y tales los azares de su destino, que ni poderosos de la tierra, ni celestiales musas, alcanzaron á preservarle de su estrechez y precaria situación. Estas impresiones de desgracias y vicisitudes en la familia alumbraron los primeros años de Tasso con una ráfaga tétrica y penosa.

El pueblo, amador de lo maravilloso, que gusta de engarzar consejas, leyendas y prodigios en la historia de sus predilectos, afirmó que Torcuato Tasso, milagroso infante en quien se daban unidas, cual divinas gemelas, ciencia é inspiración, hablaba á los seis meses de su edad correcto y castizo latín, y que las abejas, ebrias de miel libada en los azahares del jardín paterno, anidaban en su tierna boca. Ello es que se mostró el poeta precocísimo en sus vastos y profundos estudios. Apuntábale apenas el bozo de la adolescencia, no alcanzando aún su décimaséptima primavera, cuando le vieron con pasmo sus contemporáneos subir á la cátedra y sostener con raciocinio brillante y fácil elocuencia intrincadas tesis de Teología, Filosofía, Moral, Derecho civil y canónico. Y era el rapazuelo escolar, el discreto controversista, autor ya á la sazón de un poema, el *Reinaldo*, que daba muestra de las facultades más potentes de su genio: sentimiento, proporción, armonía; poema que,

(1) No falta quien opine que Bernardo Tasso, poeta de mérito, sería más celebrado á no eclipsarle su glorioso hijo.

(2) Para escribir éste sirvióle de amanuense Torcuato Tasso.

como ensayo, bien pudiera enorgullecer al mismo Ariosto. Desde aquella primicia de un plectro casi infantil, pero de una mente hecha ya á conversar en su propio idioma con los grandes pensadores griegos, comienza la vida de Tasso á ser cual él se la había figurado, fantaseando en los sueños de su temprana edad, al vagar por las playas rientes del Tirreno, ó al recorrer entre el rocío de la aurora las frondas de granado, jazmín y mirto.

Fué llamado á Bolonia, y favorecido allí con las primeras lisonjas y alabanzas, dulce veneno que abrasa el alma en sed de gloria; después á Ferrara, ciudad amada de la poesía, henchida del renombre y loor de los dos insignes épicos Boyardo y Ariosto, que á un mismo tiempo nacieron en sus muros. La joven fantasía del Tasso vió en Ferrara un trasunto del Edén. Presenciaba un espectáculo semejante á los que Rubens fijó en algunos de sus cuadros. Una corte delicada y culta, en que damas y caballeros se espacian por deleitables jardines y frondosas alamedas; y al pie de las escalinatas de mármol y junto á los tazones alabastrinos de las fuentes, discurren grupos entretenidos en disertar de materias literarias y científicas, si ya no es que oyen leer cantos sonoros ó gentiles pastorelas é idilios: hechizado oasis, en que Tasso dilataba su pecho respirando en el ambiente emanaciones de gaya ciencia y de sutil filosofía; en que ricos hombres, príncipes y princesas agasajaban al mozo poeta, tratándole de igual á igual; en que el purpurado de Este, protector nato de los ingenios, no perdonaba medio de que hallase Tasso grata la nueva residencia..... Fondo de acíbar encubría tanto arroyo; mas para el poeta, en quien hervían el alma, la sangre y la mente al calor de las ilusiones, todo parecía flores y delicias, piélago amable y peligroso cuyos escollos, remolinos y sirtes pintó más tarde en algunas estrofas de la JERUSALEM.

Era el Tasso, que así se estrenaba al eco del aplauso y percibiendo suaves emanaciones de incienso, hombre á propósito para granjearse voluntades en las cortes, sin usar de artificios. Lejos de manifestar la caprichosa violencia de Ariosto, ó el descomedimiento insolente del Aretino, presentábase Tasso cortés, pulido, selecto, concertado, discreto, gallardo y noble, así en palabras y modales como en obras. Trataba á las damas con respetuosa galantería, á los caballeros con sobria dignidad, á los literatos con afable modo, á los sabios con deferencia. Era en su porte airoso y de muy buen talante, suelto de movimientos y proporcionado de miembros, la cabeza bien puesta, los ojos ardientes y velados, aguileña y patricia la nariz, macilentas y quebradas de color las mejillas, la frente vasta surcada y sumida por las sienes, obscura, rizada y espesa la barba, los contornos un tanto angulosos sin demasiada flacura, los tonos de la piel calientes y meridionales, movable y nada carnosa la fisonomía, los músculos ágiles y contráctiles, avara la sonrisa, meditabunda y soñadora la expresión, finos y palpitantes los labios rizados por el soplo de la poesía, toda la faz envuelta en una penumbra luminosa, globo ocular levemente convexo, á modo de cristal de la rica imaginación; no saliente como el de Milton, ni profundo como el de Dante, sino un tanto bombeado; el cuello largo y no muy grueso, las manos pulcras y señoriles (1). Con todo esto era el galán poeta dadivoso hasta rayar en pródigo, amigo de vestir con primor y lujo (2), de perfumarse con exquisi-

(1) Es curiosa la semejanza que se nota entre los retratos de Tasso, los de Cervantes, y el tipo convencional que más comúnmente suele tenerse por el de *Don Quijote*.

(2) Consta de una carta escrita por el poeta á Giambattista Licino, el apuro en que Tasso se vió, y lo mucho que le congojaba carecer en cierta ocasión de ropa lucida y flamante: por lo

tas esencias, de alinear su cabellera, de gastar los guantes más bordados, los más costosos terciopelos, las armadas damasquinas más curiosas; en suma, dado á acicalarse, bien que sin afeminación ni vileza. Hay que añadir que era denonado, bizarro, sediento de aventuras, de extraños pasos, de novelescos incidentes.

Ya se dejan entender los agasajos y triunfos que tan cumplido mancebo lograría en la corte de Ferrara; mas no se dormía él en las delicias de aquella Capua fascinadora. Alta ambición inflamaba su mente. Le espoleaba la fama de Ariosto, tenido á la sazón, y aun hoy, por sumo poeta. Ariosto perseguía entonces, como Apolo á Dafne, á la musa del poema heroico; y cual el dios de la poesía, no alcanzaba á la ninfa, pero sí ramas de laurel con que ceñir su frente. Tasso aspiraba á la verdadera epopeya heroica, anhelo de toda su vida. Su estancia en Ferrara sirvió para exaltarle más, para irritar aquel deseo inmenso, fiebre artística que consume con la sed de la inmortalidad. El Cardenal de Este—que, dígame lo que se quiera de su mezquindad como Mecenas (1), no dejó de dar vuelo y abrir camino á los ingenios y singularmente al de Tasso—hubo de pasar á Francia en calidad de Legado de la Santidad de Gregorio XIII, y el joven autor de *Reinaldo* formó parte de su comitiva. Encontró Tasso en la corte de Carlos IX un círculo menos íntimo y halagüeño que el de Ferrara, pero no inferior en inteligencia, y como puede conjeturarse, más extenso y grandioso. La acogida fué igual-

cual daba quejas de la ilustre escritora Tarquinia Molza, que, embelesada en sus estudios y poéticos trabajos, se olvidaba de enviar á Tasso unas calzas que le ofreciera y que eran al poeta muy necesarias. Asimismo añadía que el colete, regalo del duque, no tardaría en romperse, *e non avendo denari, non so come mi fare*.

(1) Esta opinión expresa el Sr. Castelar en sus *Recuerdos de Italia*.—“Soriento y el Tasso.”

TOMO I.

mente lisonjera para el poeta. Los dos Médicis que se sucedieron en el trono de Francia trajeron á él ambiente del genio italiano, que fué á la Europa moderna lo que el griego á la antigua. Formóse así aquella atmósfera intelectual que respiraban el erudito humanista Amyot, el escultor Juan Goujon, Montaigne, Brantôme y Ronsard, el padre de la moderna poesía francesa; círculo escogido, cuya delicadeza y elegancia no pudo olvidar jamás la desdichada Estuardo entre las nieblas de su triste reino septentrional. Tasso fué allí festejado y llevado en palmas por el rey y por Catalina de Médicis. Lo que más sirvió de satisfacción al poeta mozo fué deber á su genio naciente, á su temprana fama, el placer inefable de salvar la vida á un semejante, poeta también. Sentenciado éste á muerte por delito nefando, levantado ya el patíbulo, Tasso se echó á los pies de Carlos IX, ablandándole con una original é irónica frase: «Señor—le dijo—yo os ruego hagáis morir irremisiblemente, perdonándole, á un miserable, que con su escandalosa caída demostró de un modo claro cómo se burla la humana fragilidad de las lecciones de la filosofía.»

Sincero consigo mismo, hallábase Tasso inferior á los honores y distinciones que se le prodigaban. Llevando en su fantasía un universo que aun no lograra realizar, aguijábale cada vez más el afán de producir algo digno de su genio. Tornaba á sus meditaciones de Padua, en donde por vez primera ideó el plan de LA JERUSALEM. De vuelta á Italia, terminó por vía de ensayo la linda pastoral de *Aminta*, deleite y regocijo del público literario (1). Fué tal el entusiasmo con que recibieron aquel

(1) Créese con algún fundamento que fué esta *Aminta* la obra de Tasso que se representó en Florencia, exornada con decoraciones y aparato singular por el arquitecto Bernardo Buontalenti; aparato tal, que Tasso vino á Florencia á caballo, halló á Buontalenti, le facilitó, abrazó y besó, se dió á conocer de

idilio bellissimo, que la duquesa de Urbino escribía á Alfonso II de Este pidiéndole, con gran encarecimiento, una copia, que el mismo Tasso llevó á la noble dama, teniendo el placer de leerla á una mujer inteligente, prendada del arte, apreciadora de los más delicados matices de la rima y de todas las galas de la imaginación. Asesoróse igualmente con tan gentil juez acerca de la comenzada epopeya.

Con ansia esperaba Italia aquel poema que en vano quisieron ofrecerle Ariosto y Boyardo. Los corifeos de la literatura habían intentado casi todos poner esta piedra angular en el edificio del arte patrio. Les acosaba una idea estética, nacida al calor del espíritu caballeresco que, extinguido en la historia, ardía aún en las imaginaciones. Como mariposas atraídas por la llama, giraban en torno del ideal. Sin mencionar al padre de Tasso, vemos á Pulci, á Ariosto, á Boyardo, ensayando el poema caballeresco-heroico. Monumento de su malograda empresa son las sátiras y bufonadas que inspiró á Merlin Cocaio, á Girolamo Folengo, á Scrofa, á los cínicos burlones de aquellos días, que acechaban los tropiezos y fracasos de la Musa épica, para soltar la risa y acribillarla á puros epigramas y poemas jocosos en macarrónico y bastardo latín. Mas la brecha que costó la vida á tanto sitiador; la torre inexpugnable cercada de tan espinosa maleza y profundos fosos, se rindió, como Jerusalem, á la embestida de un campeón que llevaba por enseña la cruz. El poema de Tasso es el único de su época que por cima del carácter romancesco ostenta sello cristiano. En una época falta de sentido interno, de seriedad y realidad, en que lo más grave y substancial era quizás la Musa satírica, preséntase el

él, y rápido como una centella cobró su montura, y desapareció á galope.

poema de Tasso como un milagro de transcendentalismo, enlazado por un pensamiento alto y vigoroso, y sostenido en sus vuelos por las alas de águila de la fe. Es LA JERUSALEM la verdadera epopeya de Italia en el siglo xvi, por más que Ariosto poseyese facultades iguales, si no superiores, á las de Tasso.

La obra con tanto amor concebida, con tal madurez meditada por Tasso, fué acabada el año 1575, y desde esta fecha parece que comienzan las interminables desdichas del autor. Al punto que él vió en sus manos, completa y gallarda, su radiante inspiración; al instante en que aquel mundo fantástico, romancesco, ideal, cuyo bullir advertía en los severos claustros de Padua y entre la molicie de la corte de Ferrara, y en el palacio de Catalina de Médicis, hubo por fin tomado cuerpo en estrofas más musicales que los céfiros de Sorrento y más dulces que el néctar de las vides napolitanas; al momento en que debía inundarle el gozo del triunfo, cabalmente principió su martirio.

Era Tasso sincerísimo é infatigable en el empeño de dotar á Italia con la joya de que carecía, el poema heroico caballeresco. Y quiso ofrecérselo en extremo acrisolado y perfecto, para lo cual no perdonó trabajo, ni ahorrró tiempo y fatigas. Esclavo de su idea, maduróla con reflexión y voluntad, enriqueciendo al paso su entendimiento y memoria con cuantos tesoros guarda el humano saber. Habiendo vivido en familiar comercio con los archifilósofos, padres de la ciencia mental y primeros definidores del concepto de la belleza, diérale Aristóteles las firmes reglas y claros preceptos del gusto y del arte, y Platón la idealidad que lo aquilata y dignifica. Versado en las lenguas griega y latina, habituó su flexible oído á la eufonía de la rima, y aprendió el contento de sus octavas. Lector asiduo de los mayores poetas, Homero, Hesiodo, en especial Virgilio, revelá-

ronle ellos los secretos clásicos, corrección, elegancia, nitidez, armonía de las partes en el todo, unidad en la variedad, consecuencia en el trazado de los caracteres, la lógica de lo bello unida á la libertad del numen. Crítico desde su niñez, sabía al dedillo las prescripciones horacianas, era autor de unos *Discursos sobre la Epopeya*, disertaba de materias literarias. Consultaba además con reverencia á Speron Speroni, el censor entonces más respetado. En suma, en aquel siglo docto, Tasso era doctísimo; en aquella falange literaria, cuidadosa de la perfección, Tasso era el más capaz de ser perfecto. Salió LA JERUSALEM de su pluma, como Minerva del cerebro de Júpiter: no informe y desnuda, sino cabal y engalanada con armas relucientes. Esmeróse en todos los pormenores del poema; idealizó la historia sin desfigurarla; hasta puso tiento en los pasajes en que se halla alguna noticia de ciencias naturales: su geografía, su astronomía, su náutica, son lo más adelantado de su siglo. Amén de la preparación científica, técnica y racional, quiso el Tasso teñir su mente en los colores vivos, orientales, en la atmósfera de luz que reclamaba el asunto. Ningún poema, salvo acaso el *Fausto*, nació de una conciencia artística tan reflexiva. Todas las facultades del poeta se emplearon en la obra.

Mas no bien salió ésta á luz, y corrió por Italia la nueva de que la ansiada epopeya heroica había venido al mundo, echósele encima la crítica, y los censores se entraron por ella haciendo riza y estrago. No fué crítica de buena ley, sino discreteo mezquino, capcioso, implacable. Hallaron así los frívolos y ociosos literatos ancho campo para disquisiciones vacías: es cierto que el poema era publicado sin contar con su autor, por indiscretos admiradores y amigos, faltándole aún la última lima: motivo de harto corrimiento y despecho para el Tasso. Motejaron al poeta en todos terrenos.

Dijéronle que si quería hacer un poema religioso, él debió ser tal que pudiese andar hasta en manos de monjas. Tacharon los episodios por importunos, y que embarazaban la marcha de la acción; la frase por ampulosa y afectada, el habla por bastarda y viciosa. Fueron blanco de los dardos de los criticastros malévolos aquellos personajes en quienes más se recreara la fantasía de Tasso; predilectos hijos de su alma, que veía maltratar despiadadamente.

No asistía á Tasso la robusta confianza en sí propio que permite apelar de lo presente á lo porvenir. Cada crítica de su poema era daga buida que le pasaba el corazón. Algunas censuras convenían tan bien con sus principios y con su gusto literario, que, humilde, las acataba, tildando aquí y enmendando acullá. Eran otras tan sañudas y aviesas, tan emponzoñadas por el genio de la emulación, que le producían el efecto de pedradas ó latigazos. Entonces principió entre Tasso y sus aristarcos reñido torneo. Disputó palmo á palmo el territorio, cediendo en tal cual punto, manteniendo en otros su fuero poético: eran sus adversarios en la lid Salvati, el Antonino, el célebre Galileo Galilei, mancebo á la sazón, y, finalmente, la temible y majestuosa Academia de la *Crusca*, grave arcópagó ante cuyos fallos se inclinaba el mundo literario; severo juez de la forma y lenguaje toscano, que fijó, clasificó, inventarió y casi hieratizó en sus perennes modelos; Academia rígida é intolerante, como suelen ser las Academias cuando mandan, que excluía á unos escritores y consagraba á otros, escudada por su inmensa erudición, su gusto puro y clásico, y la compacta mayoría de hombres eminentes que albergaba en su seno. A lidiar con todos se arrojó Tasso, mientras corregía su poema, dañándolo y mutilándolo lastimosamente, sin que—por dicha del arte—realizase su deseo de aniquilar la primitiva Jerusa-

LEM, intolerable ya á sus ojos. Y al sentirse abrumado por tantos cuidados y sinsabores, fué cuando el duque Alfonso le impuso la enojosa tarea de proseguir y terminar la Historia de la casa de Este, que dejara incompleta el cronista y secretario Giambattista Pigna. A Tasso le pareció insufrible la carga. Cayó en la más negra melancolía y pasión de ánimo.

IV

Comenzaban ya á afligir á Tasso aquellas imaginaciones, manías y padecimientos del espíritu que vinieron á realzar con sello de dolor y amargura su genio. Rondaba su cerebro la demencia.

Mucho se ha discutido la enajenación mental de Tasso y sus causas; pero está demostrado, con toda la evidencia posible, que, en efecto, sufrieron hondo trastorno sus facultades mentales hacia la época á que aludimos y que fué posterior á la edición primera de *LA JERUSALEM*; como si Dios, custodio del vaso precioso de la razón del poeta, no consintiera quebrarlo hasta que el néctar de poesía que encerraba se hubiese derramado por el mundo. En cuanto á los motivos de la insania de Tasso, no dejan de entreverse en los sucesos de la vida y en el modo de ser físico y moral del vate. Como en todo caso de alienación, hay tomar en cuenta el temperamento, exaltado, pero contenido; serio, tétrico, grave, impresionable y sensible en extremo; la misma viveza y fuerza de la vehemente fantasía, la tendencia á sepultarse en quiméricos sueños y vagas cavilaciones; la falta de ese sentido vulgar y de esa enana razón prác-

tica que poseen las medianías, y también, en no pequeña escala, el cansancio de un cerebro anormalmente precoz que á los diez y siete años se había impuesto tareas tan fuertes. Sin que aceptemos incondicionalmente la teoría, no muy nueva, de la identidad del genio y la locura, y que condena á los gigantes de la inteligencia ó del arte á pagar el escote de su magnitud en moneda de insensatez, no negaré que los poetas que lo son de corazón y alma como Tasso, poseen, ya que no un sexto sentido, mayor finura y delicadeza en su sensibilidad, y están más expuestos á la psicosis. Así como el telescopio y el microscopio nos revelan seres y maravillas naturales que ni aun imagináramos, estos sentidos más penetrantes y extensos que supongo en los poetas, les ponen en relación con mundos fantásticos que ignora el vulgo. El mugir de las olas, que oye descuidado el pescador, dicta á Chateaubriand pasajes sublimes; y en la persona de su dama nota Petrarca excelencias y primores que no distinguían de fijo los ciudadanos de Aviñón, por mucho que admirasen su belleza.

Aparte de las naturales predisposiciones que en Tasso existían para la insania, fué probado hacia aquel tiempo por tribulaciones, por la pérdida de personas tan queridas como su padre; además le acaeció lo que, con costarle tantos sinsabores, todavía no quisiera él que dejase de acaecerle. Y fué que acertó á poner los ojos en la dama más principal de la corte de Ferrara, nada menos que la hermana del duque, Leonora de Este, princesa privilegiada por el Cielo con partes singulares de discreción, hermosura y gentileza. En aquel firmamento de claras estrellas, la osada fantasía de Tasso quiso remontarse hasta el mismo Sol, y abrasóse con su luz en amor que, dado el temple de alma de Tasso, tenía que ser violento y profundo. Amor de la condición que él define diciendo:

.....
che si nutre d'affanni, e forza acquista.

Se explica mejor la osadía de Tasso, teniendo en cuenta las circunstancias que pudieron ocasionarla. La honrosa acogida que recibió en la corte de Ferrara; la no disimulada preferencia que le dispensaba el duque; la lisonja que le embriagaba; la familiaridad que le permitía hallarse á sus anchas en el círculo aristocrático y refinado de la corte; los continuos regocijos y fiestas que facilitaban pláticas, ojeadas y ternezas; las serenatas á media noche, cuando la Luna vierte olas de plata sobre los sombríos y embalsamados jardines, y en balcones y azoteas se agrupan las damas, escuchando las armonías que trae la brisa nocturna; las representaciones teatrales en que alternaban las clásicas comedias de Plauto y Terencio, los autos sacros, las fábulas y alegorías mitológicas en acción, y las nuevas pastorales de Guarini, en que la princesa y su séquito lucían el sombrero de paja, el zurrón, el florido cayado, el albo pellico, contrahaciendo una risueña Arcadia, cual antes fingieran, ceñidas de mirto ó laurel, el antiguo Olimpo; las siestas calurosas y largas, pasadas en los regios salones, bajo las altas bóvedas cubiertas de grandes frescos de Dosso Dossi, siestas en que, para disipar el sopor y embelesar el ánimo, los pajecillos tañen bandolines y laúdes, mientras el poeta favorito lee un soneto ó una canción, y yace el ducal palacio sepultado en silencio y reposo; los paseos á caballo por las veredas húmedas y agrestes de la ribera del Po, cuyas ligeras brumas flotan bañando las copas de olmos y alisos, ó á la deleitosa villa de recreo de Belriguardo, propiedad del cardenal de Este, villa cuyos templetes y bosquecillos eran, como los jardines de Academo, palenque abierto á

discretas controversias sobre puntos de letras y filosofía; tanto comercio intelectual y poético, aquella especie de perpetuo certamen, en que servía de premio el aplauso y la simpática aprobación — y sobre todo esto, la mocedad del poeta, la sangre hidaiga, los recuerdos y reminiscencias caballerescas y el continuo ver y contemplar á una doncella hermosa y sabia como las musas, que si era superior en calidad, confesábase inferior en genio y dotes al Tasso; que se colgaba de sus labios escuchando las estancias de *Aminta* ó de *LA JERUSALEM*; que, en suma, le distinguía, reconociendo en él al poeta por excelencia de aquella edad —, todo ayudó á acrecentar la llama en el corazón del sorrentino.

Mas no debía de ser su afición y enamoramiento de estos que comúnmente se usan y paran más tarde ó más temprano en matrimonio, en indiferencia ó en olvido total. Pienso que Tasso no imaginó en tiempo alguno poder mezclar, por medio de una alianza, su linaje llano al de la nobilísima casa de Este, de real é imperial estirpe. Y por lo que á olvidar toca, ni las constantes protestas poéticas de Tasso, ni el temple grave é intenso de su carácter, ni lo que sabemos de su vida ulterior, siempre vagabunda y triste, nunca alumbrada por otro rayo de ilusión, consienten creer que se borrara de su mente la Leonor de sus primeros ensueños. Es de advertir que por entonces señoreaba el platonismo bastantes inteligencias, y en especial la de Tasso, quien andaba penetradísimo de la reverente idealidad del caballero para la dama de sus pensamientos, sin aspirar á mayor dicha que á tener su imagen incensada y escondida en el santuario del alma. Revivía en Tasso, á través de la licencia y naturalismo del Renacimiento, la tradición del amor espiritual que acendra, inflama y ennoblece las facultades todas; el amor de Dante por la bienaventurada Beatriz, de Petrarca por la

honesta Laura de Noves. Amor que yerra en su objeto, porque aspirando á calmar con la contemplación de un ser finito la sed de lo infinito que aqueja á nuestro espíritu, viene á convertirse en símbolo, rúbrica ó esquema de otro amor supremo, del divino amor, que en la mística se traduce perfecto y hermoso. De suerte que á veces el amor humano, aunque sea elevado y limpio, por ir fuera de sus caminos verdaderos, suele despeñarse de las cumbres de la poesía más sutil y delicada al abismo de la torpeza. Mas no cabe duda: Dante, Petrarca, Tasso, amaban en sus predilectas, más que á ellas mismas, á cierta idea, teológica en Dante, idílica en Petrarca, elegíaca en Tasso; ideas que revistieron la fantasía y el sentido de gentil forma femenina.

Fué la pasión de Tasso hasta tal punto caballeresca, que, lejos de proclamarla á voces como Dante y el poeta de Vauclusa, la veló de manera que aun hoy discuten historiadores y eruditos si en realidad hubo tales amorios, y si fué en verdad Leonor, la hermana del duque, heroína de ellos. Creen algunos que la dama cortejada por el Tasso no era sino la condensa de Scandiano, rica hembra de Ferrara, y mujer renombrada también por su belleza, talento y gallardo porte; opinan otros que á cierta Leonor, dama de la princesa, se dirigían los suspiros del Tasso. La misma desconformidad de pareceres hay en lo tocante al suceso bueno ó malo de la pasión del poeta: quién cree, fundándose en varios pasajes de las poesías de Tasso, que su señora debió de mostrarse rendida á sus obsequios; quién afirma, atendiendo al episodio de *Olindo* en LA JERUSALEM, que allí se revelan los desdenes que hubo de padecer el autor. No aclara la historia este punto, y Leonor es un enigma cuya clave no poseemos. Ello hace poco al caso para el negocio de la locura del poeta, porque así pudo trastornarle el mal pago como la buena correspon-

dencia de su amada. Lo indiscutible es que antes de que resolviera el duque Alfonso de Este encerrarle en una prisión, ya había naufragado la cordura de Tasso; ya padecía alucinaciones, visiones, raptos furiosos; ya hablaba solo y alto largo tiempo, ó en su delirio creía escuchar voces humanas, *sobre todo de mujer*, chillidos de fieras alimañas, y al sentarse y coger un libro para entregarse al estudio, irónicos acentos susurraban á su oído amenazas y extraños nombres. Uno de los dolorosos síntomas de su enfermedad era el terror: asombro indefinible le representaba las «sombras solitarias y oscuras» y tenía miedo y horror, horror del sol y de la luz, miedo *da se stesso*, ¡de sí propio!

¿Ocasionaría la prisión de Tasso el repentino frenesí que le impulsó á arrojarle, puñal en mano, sobre un criado del duque de Este? ¿Sería más bien castigo de haber puesto los ojos en la princesa? ¿Hay que creer la poética leyenda, ó desecharla por falsa? Si en efecto era la hermana del duque dama de Tasso, parece natural que Alfonso quisiese levantar entre ambos inexpugnable valla, y á la vez castigar la temeridad del galán. Dura y amarga era la medicina, pero bien se alcanza que el duque Alfonso no podía, sin manifiesta extravagancia, autorizar una inclinación que el tiempo y la fama han hecho igual, pero en el siglo xvi era absurda. No falta quien diga que el encierro de Tasso tuvo por objeto ponerle á cubierto de la malquerencia y asechanzas de los deudos y hermanos de un caballero ferrares que, confidente de los amorosos secretos de Tasso, los fué divulgando y por ello hubo de reñir en desafío con el poeta, quedando vencido y maltrecho. También se indica que la reclusión sería un medio curativo, empleado para aliviar á Tasso de su manía hipocondriaca, sometiéndole á régimen fijo y saludable. Poco color de verdad tienen tales supuestos. La cólera de Alfonso, la au-

dacia de Tasso, explican mejor el cautiverio de Santa Ana. Lo que está probado es que el lugar donde languideció Tasso siete años y dos meses de su vida, no fué el negro y fétido calabozo que se enseña al viajero en Ferrara, sino algún desahogado departamento del hospital. Siempre era prisión, y por tanto martirio; y no debieron de faltarle penas al poeta en el lugar desde el cual enderezaba al duque Alfonso estas plañideras *terzine*:

.....
 Piango il morir, nè piango il morir solo,
 ma il modo, e la mia fe, che mal rimbomba,
 che col nome veder sepolta parmi.
 Nè piramidi, o mete, o di mausolo
 mi saria di conforto aver la tomba,
 ch'altre moli innalzar credea col carmi (1).

Lo que se enseña como encierro de Tasso y que es un lúgubre aposento abovedado, angosto, sombrío, semejante á un ataúd, no consiente, no digo yo escribir, trabajar, poetizar, componer diálogos filosóficos imitados de Platón, recibir visitas—todo lo cual consta hizo Tasso en su cautiverio—, sino habitar siete años sin detrimento gravísimo de la salud. Mas no porque Tasso no haya vivido nunca entre las húmedas paredes de tal chiribitil—según creen los observadores más juiciosos (2)—dejaron los jefes de la moderna escuela ro-

(1) «Lloro porque muero, y no sólo porque muero, sino por el modo de morir, y por mi fe, que, desacreditada, parece que ya se sepulta en compañía de mi nombre. Y no me consolaría el que mi tumba fuese pirámide, meta ó mausoleo; que otro monumento pensé alzar con mis cantos.»

Consérvanse estos versos, escritos de la propia mano de Tasso, en la rica biblioteca de Ferrara.

(2) Así madama de Stael, y así Goëthe, fundándose en las reflexiones de Ampere.

mántica, Lamartine, lod Byron, Casimiro Delavigne, de meditar y gemir en la obscura mazmorra, asociándose al dolor de Tasso (1). Ni corrieron allí las lentas horas del encierro del poeta, ni faltaron á éste los consuelos y distracciones con que podían acudirle la amistad, las letras y las artes. No obstante, siempre es un suplicio la pérdida de la libertad, y más para un hombre joven aún, de imaginación ardentísima, aventurero por carácter, que malograba siete verdes años y un porvenir glorioso en aquella, al fin, cárcel.

En el transcurso de los años de cautividad, siguió Tasso fluctuando entre la exaltación razonadora y la locura mansa. Como rigurosamente no existe línea divisoria entre ambos estados, que á veces sólo se diferencian en leves matices, sería aventurado decir que el Tasso estuvo enteramente loco mientras duró su en-

(1) Los nombres de Byron y Delavigne quedaron autógrafamente grabados en el muro, y Byron escribió además, con un lápiz, la siguiente estrofa de Lamartine, con la misma peregrina ortografía que verá el lector:

«Là le Tasse brul d'un flame fatal
 »expiant dans les fers sa gloire et son amur.
 »Quand il va recevoir la palm trionfal
 »descand au noyr segur.»

Después de maltratar así la lengua francesa, quiso el poeta inglés que el guarda de la prisión le encerrase dentro de ella, con llave. Allí permaneció obra de dos horas, haciendo extremos de furioso, pateando, golpeándose la frente, ó con la cabeza caída sobre el pecho y colgantes los brazos, como embobado y suspenso. Mirábale atónito el guarda por el ojo de la cerradura, teniéndole indudablemente por no muy cabal de juicio: y cuando al cabo se decidió á llamarle y abrir la puerta, llenóle Byron las manos de oro diciendo: «Ti ringrazio, buon uomol i pensieri del Tasso stanno ora tutti nella mia mente è nel mio cuore.» A su salida de Ferrara escribió Byron la *Lamentación del Tasso*.

cierro, ni que siguió estándolo después. Su demencia parece más bien sobreexcitación que lesión orgánica. Agitó la locura las facultades sensitivas, mientras las superiores regiones intelectuales permanecían serenas; lo muestran claramente los escritos suyos que proceden del tiempo en que se le juzgaba alienado. Tal vez el mayor delirio de su inteligencia fué el que más tarde le saltó en Nápoles, cuando se dió á imaginar que poseía un espíritu ó demonio familiar como el de Sócrates, que le visitaba, y mano á mano con el poeta departía sobre muy profundas y difíciles cuestiones. Un día que Manso, constante amigo de Tasso, hubo de manifestar dudas acerca de la existencia del tal duende, propúsole Tasso mostrárselo, y al efecto entabló en voz alta un diálogo sostenido y discretísimo, que escuchaba Manso con asombro, por la lucidez con que se enunciaban y resolvían allí arduos problemas, sin vacilar, sin equivocarse, con elocuente palabra y claro discurso. Maravillóse Tasso después, cuando Manso le dijo haber oído un admirable diálogo, mas no haber visto el demonio ó geniecillo inspirador, que en verdad no era sino la inteligencia misma de Tasso, excitada y puesta en el mayor grado de tensión, y que despedía, como eléctricos chispazos, frases é ideas.

Tal forma tomó en él la locura. Rompió los diques el torrente de su fantasía, y aun en el período álgido del mal, no dió Tasso el espectáculo de las degradantes y repulsivas aberraciones que muestran haberse extinguido por completo la centella divina en la mente humana. Detúvose la locura en el punto en que la poesía no le niega aún su velo de ilusión, su aureola de piedad. Vapores, sueños, idealidades, tristezas, pensamientos fijos é intensos, arrebatos, imágenes y fantasmas que le asediaban, delirios de grandeza, miedo, miedo incorpóreo, y la persuasión de estar hechizado,

fuieron las señales más claras de su perturbación. Tan pronto creía Tasso que necesitaba un exorcista, como se quejaba de las travesuras del duendecillo maligno que le escondía las llaves, le revolvía los libros, le abría los cofres, le robaba las cartas y le embrollaba todo. En ocasiones volvían á afligirle las alucinaciones del oído, y en su dolorido cráneo resonaban dobles de campana, silbidos, estridor de cadenas, galope de caballos, y un terrible jinete armado se arrojaba sobre el poeta para aplastarle; y cuando se disipaba tan cruel visión, aparecían otras repugnantes, y Tasso se veía cubierto de arañas y sabandijas.

Moriase de pura inquietud y fastidio en la prisión; aguijábale el ansia de libertad, y le abatía la nostalgia de aire no tasado y puro. Logró fugarse. Algunos días anduvo al azar por la campiña, respirando la brisa fresca y sutil del Po, embriagándose con las delicias de la Naturaleza, gozando de la libre soledad, dilatando su pecho oprimido, con regocijo de convaleciente, con franquicias de resucitado. Al cabo fué á Turín. Pensaba poder vivir allí de incógnito, mas avínole que Felipe de Este, que se hallaba en la ciudad, reconoció bien pronto al antiguo favorito de Alfonso II. Lejos de denunciarle, de reprenderle por su evasión, el generoso magnate presentó al poeta, con gran encomio, al duque de Saboya. Acogióle éste con igual benevolencia, siguiendo la usanza del tiempo, que quería que las artes y las letras no anduviesen menesterosas y desdeñadas entre el brillo de las cortes, y se le señaló á Tasso cuarto en palacio y pingües emolumentos. El principe le trataba con afecto singular, y á no ocurrírsele á Tasso—suspícase á fuer de loco, y tocado de manía persecutoria—la sospecha de que Alfonso de Ferrara había de reclamar su prisionero (recelo en verdad infundadísimo, ya que la conducta de Alfonso para con Tasso

más parecía indulgente que rencorosa, como luego se verá), hubiese podido vivir tranquilo en Turín. Apremiado del temor, partióse á Roma.

Allí también obtuvo lisonjera acogida. La gente se agolpaba en las bocacalles ansiosa de verle. Los sabios, los poetas, los prelados, las Academias, se disputaban su presencia y conversación. El cardenal Albani le brindaba hospitalidad en su palacio. Mauricio Cataneo, su primer profesor y leal amigo, se complacía en renovar-le las memorias dulces y risueñas de la edad juvenil. Pero la contrastada navecilla del espíritu de Tasso no quiso anclar allí tampoco. Asediado por interna congoja, sediento de afecciones verdaderas, acudió á su mente idea peregrina.

Quiso saber á toda costa si aun quedaba en el mundo, que al través del prisma de la demencia le parecía tan desierto, alguien que con puro y firme cariño le amase. Para averiguarlo enmarañó su barba, descompuso su cabello, tiznóse el rostro, vistióse la zamarra parda, el cónico sombrero, las abarcas de piel sin curtir, el rústico arreo de los campesinos napolitanos, y cruzando á pie los Abruzzos, saltando precipicios, vadeando ríos y faldeando montañas, llegó á la casita paterna, escondida entre aromosos bosquecillos, que habitaba en Sorrento su hermana Cornelia. Llamó á la puerta y presentóse á la dueña del modesto hogar, cual un tiempo á Electra Orestes, fingiéndose mensajero enviado con una carta de Tasso, que en trance cruel, en riesgo de muerte, acudía á su hermana en demanda de auxilio. La carta, el relato, la inesperada nueva, de tal modo traspasaron á Cornelia, que dió con su cuerpo en tierra sin sentido; y Tasso, enajenado de gozo al par que transido de compasión, prodigóla mil cuidados, atendiendo á que volviese en sí, y festejándola con abrazos, explicaciones, lágrimas y extremos de ternura.

Tomo I.

d

Tiene el subjetivismo poético cierta aleación de egoísmo, que se revela en la codicia de amor. El anhelo de felicidad que los poetas sienten con tan clara viveza, les impulsa á ambicionar infinidad de cariño; y aun es mayor el gusto de poseerlo, que el deseo de gozarlo. Tasso no parece sino que vino á cerciorarse de la ternura de Cornelia, como el avaro que á deshora se levanta, desentierra su caudal, y lo cuenta por ver si está completo; hecho lo cual, vuelve tranquilo á su cámara. Convencido el poeta de que la llama del fraternal amor ardía con la misma intensidad que en los días de la niñez, volvió á tomar el bastón del viajero. No fueron parte á detenerle las finezas y agasajos de la amante Cornelia, ni los recuerdos poderosos que evocaba el hogar de la familia, ni las flores, ni los mirtos, ni las playas, ni el cielo mágico de Sorrento, tan distinto de las nebulosas orillas del Po. Atraíale secreto imán, no hacia Turín, donde le aguardaba con los brazos abiertos el duque de Saboya, ni hacia Roma, donde la popularidad idolátrica le tejía guirnaldas, sino hacia Ferrara, el lugar de su desventura. Su idea fija era Ferrara; su sueño, hacer paces con el duque. Presa de zozobra y desasosiego inexplicables, escribió á la duquesa de Urbino, rogándole intercediese por él con Alfonso. No contestó la duquesa á la carta, y Tasso entonces, desesperado, fuera de sí, desoyendo los consejos de sus amigos, presentóse en Ferrara. Alfonso le acogió con toda benignidad y favor: de nuevo le hizo su confidente, su preferido comensal. Negóse tan sólo á entregarle los manuscritos del mismo Tasso, que en su poder guardaba, temeroso sin duda de que el trastornado poeta los estropease al corregirlos. Por lo cual, éste, resentido y colérico, abandonó á Ferrara.

Desde entonces es la conducta de Tasso como de hombre inquieto y desorientado, que busca en vano su

centro, prendado de lo que no alcanza, mal contento de lo que posee. Fuera, en verdad, osada falsificación histórica hacer de Tasso una víctima de la arrogancia y arbitrariedad de los poderosos. Muy al contrario; todos sonrieron al genio, todos le tendieron protectora mano. El duque de Florencia, el duque de Urbino, el de Saboya, Felipe de Este y su esposa, el cardenal Albani, á quienes sucesivamente acudió pidiendo amparo, oyeron sus súplicas, trataron de mirar por su salud, por su reposo, de prodigarle consuelos y lisonjas. Más tarde—cuando en nuevo arrebató, á impulsos del afán de recobrar sus manuscritos, se hubo dirigido otra vez á la fatal Ferrara, en momentos en que Alfonso celebraba sus bodas con Margarita de Gonzaga, y al saber que el duque no le recibía en audiencia, hubo desatado su lengua derramando imprecaciones y denuestos contra la corte, logrando así que el duque volviese á encerrarle en el hospital de Santa Ana, enviándole sus médicos y enfermeros—ningún príncipe, ni el mismo Papa, dejó de rogar para que fuese puesto en libertad el poeta. Vincenzo Gonzaga, á quien después dedicó su tragedia *Torrismondo*, alcanzó, á fuerza de instancias, abrir la cárcel de Tasso, llevándosele consigo á Mantua. Aquel clima le sentó mal: fuése á Bérgamo; pero deseoso de aislamiento, ó quizá movido á apartarse algo del mundo, que en sus falaces deleites envolvía tanta amargura, buscó refugio en el magno monasterio de Monte Olivete, en Nápoles. No es decible el sosiego y leda paz que allí disfrutó. El recibimiento y trato de los frailes no fué menos benigno y afectuoso que el que en la Rábida hizo revivir al abatido Colón. El alma ulcerada de Tasso iba regenerándose en el ambiente de caridad del monasterio. Trabajaba activamente en LA JERUSALEM, y, según declara Manso, más de dos mil estrofas corrigió y rehizo en un mes tan sólo.

El grave silencio de los claustros; la magnificencia severa de la monumental iglesia, ornada de las obras maestras de Santa Croce y Nola; el fraternal comercio con los religiosos, sencillos, eruditos, poco lisonjeros y menos cortesanos; la soledad, el apartamiento, la vida igual y apacible, las largas horas pasadas en la gran biblioteca, poblada de infolios y rancios manuscritos, todo era parte á refrescar y calmar el espíritu del poeta, que por primera vez recibía hospedaje de la religión. Tanta fué su gratitud á los beneficios que sin doblez alguna le éran otorgados, que consintió en interrumpir su cara JERUSALEM para dedicarse, aunque enfermo y débil, á la empresa de un poema: *Del origen de la Congregación del Monte Olivete* (1), que dejó sin terminar, pero que, como acertadamente dice un escritor francés (2), muestra cuán fecundo campo brindan á los verdaderos poetas la historia, leyendas y escritos de las Órdenes monásticas.

Mas si el oasis pacífico de Monte Olivete fué bálsamo á las llagas del alma de Tasso, la índole vagabunda, la mente llena todavía de mundanas ilusiones, los recuerdos, la esperanza tenaz, empujaban al poeta hacia más tempestuosas zonas. Salió hacia Roma; y como la fama y la gloria, aladás y vocingleras, le precedían á todas partes, fué recibido del gran Sixto V, que se dignó acogerle con singular benignidad, y del duque de Florencia, que le rogó favoreciese su corte, poniendo por in-

(1) «Lasciai dunque—dice el Tasso—l'opere mie da parte, ed ancora infermo e quasi disperato della salute cominciai, come vollero i Padri, a poetare, acciochè la mia poesia fosse quassi un riconoscimento della loro grazia e carità.»—«Dejé, pues, mis obras á un lado, y aun enfermo y desesperanzado de sanar, comencé, según el deseo de los Padres, á poetizar, á fin de que mis versos sirviesen de agradecer su caridad y favores.»—*Carta al cardenal Caraffa*, vol. XII.

(2) M. Valéry.

tercesor para ello al Papa. Nuevas suspicacias y quiméricos recelos le alejaron de Florencia, llevándole otra vez á Nápoles. De tiempo en tiempo le acometían sus accesos de vesania, sus hipocondrías, pesadillas y visiones de duendes familiares; mas en Nápoles, al lado del fiel amigo Manso, con la sociedad de los buenos Padres de Monte Olivete, bajo el claro cielo de la patria, aquietose su ánimo; disipáronse los febriles vapores; otoñal placidez, como del ocaso de las pasiones y delirios juveniles, confortó su espíritu, y, restaurado, se consagró con nueva energía á las letras.

Entonces, en aquella especie de tregua y convalecencia felicísima; al punto en que quizás el poeta iba á entrar en el período viril de su existencia; y dejados atrás los sueños de la mocedad, dar á su genio ya maduro nueva dirección, fué cuando la suerte caprichosa le dispuso la burla más cruel. Entonces se oyó en el fondo del impenetrable santuario del destino mofadora carcajada.

Acababa de ascender al trono pontificio Clemente VIII, y sucedió que su sobrino, el cardenal de San Jorge fuese muy aficionado de Tasso, al cual, con vivas instancias, con mensajes continuos, invitó á volver á Roma. Accedió el poeta, y rodeáronle sus admiradores, llovieron obsequios, menudearon homenajes y redobló el entusiasmo. Era Tasso el ídolo de la corte: su primacía, negada por zoilos y aristarcos, comprometida por sus males del alma, brillaba al fin con soberano esplendor. Mas como, á pesar de tan halagüeña acogida, decidiese dejar á Roma y emprender nuevamente la ruta de Nápoles, resolvieron hacer con él lo que desde Petrarca no había vuelto á realizarse: se trató de concederle un honor tal, que para siempre ilustrase su nombre, consagrado por el genio: se determinó, en suma, coronarle con el laurel de la poesía en el Capitolio. Fijóse para el

grandioso y solemne acto el día 24 de Abril de 1595. Las postrimerías del siglo xvi iban á iluminarse con la aureola radiante que cercaba la cabeza inmortal de Tasso; porque á la sazón, ser coronado en el Capitolio era triunfar á la faz del universo.

Llegó la víspera del memorable día. La florida estación comenzaba á engalanar con vistosa pompa los campos, y las aldeanas entraban en Roma prendidas con sus mejores atavíos y cargadas con cestas rebosando jazmín, granado, juncia y olorosas hierbas. Revuelta y atareada andaba la ciudad con preparativos de la magnífica apoteosis; hallábase el Capitolio soberbiamente decorado con paños de escarlata y realces de oro; impacientes las damas principales por que amaneciese el nuevo sol para salir á balcones y azoteas, cubiertas de pedrería, seda y brocados, á ver desfilar el triunfal cortejo, ya disponían aguas de olor, coronas de oro y plata, guirnaldas de mirto y rosas, para arrojarlas á los pies de Tasso. Roma entera tenía un pensamiento, un sueño: Tasso y su victoria. Y como fuese la tarde cayendo, y velando sus luces el astro que no debía volver al horizonte sin alumbrar la gloria de Tasso, doblaron tristemente las campanas de San Onofre, y con la celeridad de rayo espacióse por la ciudad la noticia de que el poeta acababa de morir.

Dije que el destino soltó acaso burlona y mefistofélica risa al preparar á Tasso esta postrera jugarreta, que parecía obra del endiablado duende. Mas tal vez sería el ángel guardián del poeta quien dulcemente sonrió al tomarle en sus brazos para conducirlo á lugar en que una corona mejor que la del Capitolio esperaba al cantor de las Cruzadas.

V

Era Tasso sincera y profundamente religioso, á despecho de las corrientes escépticas y paganas en que bogaba su siglo. La gravedad con que tomaba los negocios espirituales y todas las cosas de la vida; su seriedad literaria; la florida riqueza de su mente, la viva sensibilidad, la elevación de su pensamiento filosófico, todo le conducía á creer. Su vocación era la vocación austera y solitaria de las almas en quienes la idea religiosa es una energía, una fuerza propia: su carácter y su sensibilidad enfermiza le hacían inepto para la vida del mundo y propio para el claustro; y á pesar de ciertas confesiones que se encuentran en sus escritos, la sensualidad nunca debió de dominarle. La idea de la muerte, excelente maestra de la vida, le visitaba con frecuencia suma. No eran sus creencias mecánica y frívola costumbre del espíritu: las había pesado, examinado, reconocido atentamente, y vuelto á acoger y abrazar con mayor empeño. No sólo rendía á Cristo y á su Iglesia el humilde acatamiento de cristiano, sino que les profesaba lírica ternura de creyente. Tenía ojos para ver y corazón para sentir todas las bellezas del Cristianismo. Acaso el lado estético de la religión era el que más patente y de bulto se ofrecía á sus ojos, por efecto del predominio de su genio poético. Su fantasía era cristiana también y en los delirios de su locura veía á la Virgen «joven y hermosa, con su hijuelo en brazos, y por corona el arco Iris». Hasta las devociones de Tasso llevan el sello de su idealidad. Dígalo la piadosa peregrinación que hizo á uno de los lugares

más interesantes y poéticos de Italia: la Santa Casa de Loreto.

Era entonces usanza de los reyes y príncipes, al postrarse en el renombrado santuario, cuyo pavimento de mármol había carcomido el roce de las rodillas de los peregrinos, colgar ante la imagen de la Virgen, resplandeciente de oro y diamantes, alguna pingüe presea, alguna perla oriental ó riquísimo joyel, ya que no la espada que ceñían ó la misina ropa que vestida llevaban. Cuando Tasso fué á hincarse de hinojos en la Santa Casa, no tenía blanca, y su raído traje se caía á pedazos. Dió lo que podía dar: su magnífica ofrenda fué una canción que compuso en honor de la Madre de Dios y que comienza: *Ecco fra le tempeste e i feri venti*.

Hacia los últimos años de su vida creció en Tasso el gusto de la contemplación y del recogimiento espiritual. Al dirigirse á Roma por llamamiento del cardenal de San Jorge para preparar su triunfo y fallecer sin lograrlo, detúvose exprofeso en la inmortal abadía de Monte-Casino, cuna de las Órdenes monásticas occidentales, para adorar el cuerpo de San Benito, á quien muy particularmente veneraba. En aquel lugar romanesco, agreste, fundado sobre volcánicas montañas, que por su selvática majestad, por sus imponentes recuerdos, abre al pensamiento ancho campo, permaneció Tasso varios días meditando, orando, viendo quizá en una ojeada sola todas las tormentas de su azarosa vida, próxima ya á anclar en la paz del sepulcro, ó recordando los versos que Dante puso en boca del fundador de Monte-Casino (1). Como si después de

- (1) «Quel monte, a cui Cassino e nella costa,
fù frequentato già in su la cima
dalla gente ingannata e mal disposta.
Ed io son quel che su vi portai prima

dejar la casa de San Benito no acertase Tasso á romper el melancólico hechizo de los claustros, fué en Roma á hospedarse al convento de Jerónimos de San Onofre. Desde allí escribía á su amigo Constantini: «Hiceme traer á este monasterio de San Onofre, no ya sólo porque los médicos alaban lo saludable de su ambiente más que el de parte alguna de Roma, sino principalmente por comenzar, desde este lugar señalado y conversando con estos devotos Padres, mi diálogo con el cielo.» Allí estaba dispuesta la tumba del poeta, sobre cuya losa de mármol grabaron los monjes sencillo epitafio, desnudo de pomposos encarecimientos, inferiores siempre á la elocuencia de un nombre como el de Tasso.

En filosofía era Tasso idealista; no con el idealismo transcendental de Hegel y Schelling, que deifica la entidad misteriosa de la representación ó idea, y de ella deduce el universo, sino reconociendo los fueros de la realidad, sujetos á una sana concepción espiritualista. Así como el filósofo de Dante fué Aristóteles, el de Tasso era Platón. Empapóse en Platón, no por medio de las obras de los muchos secuaces que entonces contaba en Italia este filósofo—Marsilio Ficino, Francisco Patrizzi, Telesio, Jordano Bruno, más tarde Campanella—y cuyas doctrinas andaban inficionadas de panteísmo y racionalismo, sino directamente, en el original griego, hallando en él luz y sublimidad admirables. Formó Tasso con las adivinaciones platónicas y las verdades cristianas una filosofía poética que enciende la inspiración sin secarla, que vigoriza la musa sin robarle su vague-

Io nome di colui che 'n terra adusse
la verità che tanto ci sublima;
e tanta grazia sovra me rilusse,
ch'io ritrassi le ville circostanti
dal empio colto che l'mondo sedusse.»

(*Parad. C. XXII.*)

dad y misterio, que introduce lógica sin excluir la preponderancia de la fantasía.

El genio poético de Platón debía atraer al través de los siglos á Tasso. En la familia de Tasso era hereditario el culto de Platón. Consérvase en la biblioteca Barberini, en Roma, un precioso ejemplar de la versión latina de Platón, hecha por Marsilio Ficino; ejemplar cubierto de notas marginales, en que la letra de Torcuato Tasso se mezcla con la de Bernardo su padre (1). La alegoría que figura al frente de LA JERUSALEM revela que todo el poema fué inspirado por un pensamiento platónico. Si de Aristóteles y Horacio tomó Tasso los modelos de la armonía y proporción en la forma, de Platón tomó el espíritu informante. Mas el criterio filosófico está siempre puesto por Tasso al servicio de la fe; digan lo que quieran los críticos que se obstinan en hacer á Tasso seguir tímidamente las huellas heréticas de Bruno y Socino, ningún observador atento é imparcial verá en Tasso rastros de racionalismo y heterodoxia.—«La filosofía—declara Tasso en la exposición alegórica ya citada—nació entre los gentiles, en Egipto y en Grecia; y desde allí vino á nosotros, fiada en sus propias fuerzas, incrédula, audaz y soberbia por todo extremo. Pero Santo Tomás y otros autores la hicieron discípula y sierva de la Teología, y vuelta ya por obra suya más modesta y religiosa, nada se arroja á afirmar temerariamente contra lo que le revela su maestra.»

(1) Existen autógrafos del Tasso en las bibliotecas de Trivulzio, en Milán; de Ferrara, de Módena, del palacio Pitti, del Vaticano, de Nápoles. El manuscrito de la *Jerusalemme conquistata*, que se halla en Nápoles, fué trasladado á Viena en 1729. La Biblioteca Vaticana posee el borrador de los tres primeros cantos de la *Jerusalemme liberata*, escritos por Tasso en Boloña, á los diez y nueve años de edad. Están dedicados á su protector, el duque de Urbino.

La personalidad moral de Tasso es, ya que no ejemplar, por lo menos bastante cristiana en aquella época disoluta. No se dejó dominar de vicios, aunque el hervor de los años, el carácter pundonoroso y las preocupaciones sociales le indujesen á ser más que medianamente espadachín y pendenciero. Hijo humilde de la Iglesia, tenía para con los hombres tan altiva y puntillosa condición, que solicitaba auxilio de los príncipes hablándoles de igual á igual, como un hermano á otro, y, prisionero de Alfonso de Este, se encaraba con él retándole á que, pues podía quitarle libertad y vida, probase á arrebatarle el derecho de amar. Cautivo, se dirige al emperador Rodolfo y al Papa, en queja del agravio que recibe, como si su calidad de genio obligase á las potestades del cielo y de la tierra á velar por él. A medida que transcurren los años; que el rosado cristal de las ilusiones se quiebra; que acuden las enfermedades, los sufrimientos, la muerte enemiga; que descubre falacia en la amistad, vacuidad en los goces, miseria en las grandezas, asechanzas y resbaladeros en los palacios, y en todo estrechez, limitación, prueba, tristeza, descontento y deseo insaciable sin objeto ni fin acá abajo, va Tasso convirtiendo la mirada á mejores horizontes. Sigue su musa la misma evolución, aproximándose cada vez más á los manantiales de la fe. La última obra de Tasso es un poema religioso-cosmogónico, las *Sette Giornate*.

Con razón dice un historiador de la literatura italiana (1), á vueltas de juicios no tan exactos, que, á nacer Tasso en la Edad Media, hubiera sido un santo. Su carácter contemplativo y entusiasta le encaminaba en efecto á la Tebaida, al yermo, á la vida solitaria y ascética, en consorcio con la naturaleza, en holocausto

(1) Sanctis.

perpetuo ante Dios. No eran sus cualidades, su delicadeza de alma, su ternura que rayaba en sentimentalismo, su gravedad que tocaba en rigidez, cualidades que le facilitasen la convivencia con la muchedumbre de cortesanos sin alma, de literatos sin conciencia, de sabios sin espíritu científico, que pululaban en la sociedad italiana del siglo xvi. Tasso era ya un anacronismo en su época. No es milagro que la cruzase cual ánima en pena, buscando en los recuerdos de edades más armónicas los elementos de su poesía.

A la Edad Media es fuerza remontarse para hallar los predecesores literarios de LA JERUSALEM, que, atildada y clásica en la forma, es en el fondo romántica. Merece notarse que LA JERUSALEM, obra tan concertada y correcta, sea fruto del enlace de dos espíritus literarios antitéticos, como el pagano y el de la Edad Media. Sin embargo, el mismo origen y filiación se advierte en numerosas obras del arte moderno, que pertenecen al antiguo clasicismo de los paganos por la elegancia, al Cristianismo por el sentido. Dada la índole del poema de Tasso, debió predominar en él la nota romántica. Una epopeya cuyo asunto lo forman las Cruzadas, está de derecho emancipada del clasicismo. Debíó Tasso acordarse menos de las reglas y preceptos, abandonarse más á la inspiración briosa de la fe. Verdad es que, de hacerlo así, su época le hubiese llamado bárbaro.

Las verdaderas fuentes de LA JERUSALEM, fuentes en que Tasso pudiera haber bebido más, son primeramente la pléyade elegíaca de *canzonieri*, aves canoras, á quienes despertó é hizo gorgear el gran movimiento de las Cruzadas; cadena lírica que comienza en las rudas endechas de Ciullo de Alcamo y Folcacchiero de Siena, y sigue con la tierna lamentación de la amada del Cruzado, de Rinaldo de Aquino, continuando por las cantinelas, cada vez más sentidas y galanas, de Ruggerone de Palermo,

del rey Enzo, de Fulco de Calabria, del emperador Federico, del príncipe Manfredo, de Rugiero Pugliese, de Jacobo de Lentino. Al lado del elemento caballeresco y erótico, el religioso: las canciones y poesías litúrgicas, tan bellas y profundas, del humilde Jacopone de Todi; la prosa rítmica de la beata virgen de Sena, que derramaba efusión y transporte; la vida épica del ciclo dantesco, cuyo carácter era extremada cultura científica y ardiente misticismo; el rico tesoro de los *Misterios*, ó Autos Sacramentales, que se representaban el día de la Natividad, el Jueves y el Viernes Santo, en Pascua de Resurrección, en Pascua de Pentecostés, siendo algunos de ellos milagros de unción, ingenuidad y ternura; las leyendas sagradas, las vidas de santos, no indignas de otro Calderón de la Barca que las dramatice en sonoros versos; las visiones, raptos y viajes extáticos, en que Ariosto halló imágenes arrebatadoras para el *Orlando furioso*, y Dante la idea fundamental de su titánica creación; los romances de milagros, las tradiciones populares, todo venía á formar un conjunto de materiales dispersos, pero valiosos, que sólo esperaban mano que los recogiese para agruparlos y erigir el monumento. Había ignorado Dante la tendencia caballeresca y trovadoresca: político y ciudadano, pensador y teólogo, había desechado la idea romántica, opuesta á su vigoroso realismo. A un espíritu más femenino y blando, el de Tasso, tocaba engarzar las perlas del sentimiento y de la imaginación en el hilo de oro de la rima. El poema de lo sobrenatural estaba hecho; faltaba el poema fantástico.

Aparte de los muchos y ricos gérmenes contenidos en la literatura patria, tenía el autor de LA JERUSALEM abierto el venero de la extranjería y caballeresca, que asimismo nació de las Cruzadas: los trovadores y fabladores angevinos y provenzales y los *minnesinger* germanos,

con sus pastorelas, sirvientes, lais, motetes y baladas; el poema de Tristán é Isolda, el *Breviario de Amor*, el *Paraisifal* de Eschenbach, las leyendas y gestas de Carlomagno y los Doce Pares, los romances de Rolando en Roncesvalles, de Artús; del Santo Grial; las aventuras del incomparable Amadís de Gaula, el largo poema del *Caballero del Cisne*, poema cuyo argumento es la conquista de Jerusalem; la historia de Perceforest, las fábulas, cuentos y poemas orientales traídos por los Cruzados á engrosar el caudal literario del Occidente; tanta bullidora savia, tal exuberancia y originalidad, que semejaban la intrincada confusión de una selva virgen donde entre matorrales y espinos se ocultan frescas y brillantes flores. Pudo Tasso apartar aquéllos y coger éstas; algunas cortó, en efecto: la filiación romántica y caballeresca se percibe en bastantes pasajes de LA JERUSALEM. Pero en el siglo de Tasso comenzaba á arraigarse el error que en el XVIII proclamaron con presunta suficiencia y doctoral estilo los enciclopedistas; á saber: que la literatura peculiar de la Edad Media era ruda, pésima, salvaje, insufrible. Ello es que la crítica actual, que más bien peca de ecléctica y panteísta que de exclusiva y dogmática, ha revocado este fallo, y tan terminantemente, que cada día exhuma y desentraña nuevas bellezas y escondidos tesoros en el archivo literario de la Edad Media. Entre los frutos del arte presente, entre los ingenios de nuestros días, no sería difícil señalar los muchos que se inspiraron en la Edad Media: testigo Goethe, uno de los espíritus más paganos de nuestra época, y que sin embargo debió á una conseja popular el *Fausto*, á una tradición feudal el *Goetz de Berlichingen*.

Engendröse LA JERUSALEM en la atmósfera artificial de una sociedad demasiado culta. Semejante al niño que, cerrado siempre en tibio gabinete, no respira el aire

sano, libre y regenerador y se cría anémico, resiente-se LA JERUSALEM del medio erudito y crítico en que fué concebida. La falta de nervio, la vida valetudinaria, aquejaban a la poesía italiana en general. ¿Qué cuadro ofrecían á la sazón las letras en Italia?

Merced al hastío y al escepticismo, entronizábanse las dos formas, pastoral y satírica, representando la primera la ociosidad enervada y pueril, el período de cansancio, y la segunda la protesta de la conciencia, condensada en forma humorística. Las almas superiores, mal avenidas con tal estado de cosas, se refugiaban en el lirismo melancólico y subjetivo, siguiendo la senda que trazó el solitario de Vauclusa. Tasso se manifiesta petrarquista en no pocos respectos. Habían pasado las lenguas muertas, griego y latín, del gabinete del sabio y de la celda del monje al dominio del público letrado, y vino á generalizarse el culto de los clásicos, y á ser imitados y glorificados Píndaro, Anacreonte, Horacio, Virgilio, Propercio, en suma, los maestros de la antigüedad. Por tal idolatría de la forma, llegaron las letras, perdida su dignidad y valer, á convertirse en fútil adorno y grato pasatiempo de un descreído siglo. Mirábase con indiferencia el asunto de la poesía, á trueque de que el desempeño fuese correcto. Disertaban los académicos horas enteras acerca de la significación de un vocablo, y ya se venían encima el conceptismo y la extravagancia. No era la poesía don divino, maná del cielo que sólo llovía para los predilectos de Dios, sino oficio, más ó menos lucrativo, según que los poderosos de la tierra estaban ó no de humor de dádivas. La musa se hizo venal, el verso fué afeminado, pulido, envuelto en las blandicies idílicas de una soñada Arcadia: cifróse la belleza en los pormenores del ornato, no en la substancia y médula.

El gran poeta de aquellos días, el serio competidor de

Tasso, fué Ariosto. Los demás rivales eran como estrellas de segunda magnitud ante el Sol. Sannazaro el cantor de Venecia, Trissino el trágico, Berni el burlesco, Bernardo Accolti el improvisador, Poliziano el suave, Boyardo el épico, Victoria Colonna, la Saffo del amor legítimo, palidecen al asomar Ariosto. Pero faltan al *Orlando* la armonía, el enlace, la seriedad y el sentido objetivo; ofrécese este poema cual parto de una mente paganizada y caprichosa, que corre tras lo maravilloso, sea del género que quiera, astrológico ó legendario, alquímico ó caballeresco, ora venga fundado en los símbolos de la Mitología ó en lo sobrenatural del Cristianismo; sea oráculo ó milagro, sibila ó hechicera, centauro ó duende. Sus héroes y heroínas están desprovistos, no diré ya de moralidad, sino de idea de que la moralidad y la dignidad existen. Fluctúa la musa de Ariosto en constante vaivén de ironía y sentimiento, y marca una intención incierta y confusa, un escarceo de la fantasía, de la mente y la voluntad. Nada de fundamental ni de reflexivo. Falta la fuerza y proporción de la *Iliada*, la importancia social de la *Eneida*, la religiosa unión y melancolía de LA JERUSALEM. Por lo mismo es Ariosto, y no Tasso, quien mejor simboliza el estado intelectual de su tiempo.

A diferencia de otras naciones que por entonces producían escritores originales llamados á trazar la ruta á su literatura venidera, como Shakspeare en Inglaterra, Cervantes, Lope y Calderón en España, Montaigne y Rabelais en Francia, Italia caminaba á decaer, y ya aparecían los precursores de Marini. Sólo un soplo cristiano era capaz de infundir calor vital en cuerpo tan próximo á la descomposición. Urgía protestar, cual en nuestros días lo hizo Manzoni, contra la pagana escuela resucitada. El martirio de Tasso fué sentir en sí tal protesta, cobijar en lo íntimo de su ser el romanticis-

mo, y correr, sin embargo, llevado de su cultura, por la senda clásica. Extraña dolencia ser cristiano de corazón y no acertar á decirlo sin la ayuda de los retóricos y poetas latinos, adoradores de Júpiter, ó más bien de la naturaleza y de la materia.

VI

El asunto que para su poema eligió Tasso, ni puede ser más épico y grandioso, ni más perteneciente al Cristianismo. Canten otros enhorabuena los celos, furia y arrebatos de un paladín, ó las lágrimas de una beldad liviana. Tasso se inspira en el suceso histórico más capital y admirable que registran los anales del mundo desde la conversión de Constantino. Si las Cruzadas no fuesen un hecho tan conocido; si pudiésemos olvidar su autenticidad y á deshora nos las cantase algún poeta de fecunda y brillante inventiva, las tuviéramos por no menos ficticias que las batallas y lances extraños y maravillosos de los poemas escandinavos y orientales.

Hoy, que no sólo el mundo civilizado, sino cada nación por sí y en su límite experimenta los desastrosos efectos de la anarquía social, contenida á duras penas por medio del orden armado hasta los dientes; hoy, que ni aun la escasa docena y media de soberanos con corona ó sin ella que rigen á Europa atina á ponerse de acuerdo para lo que con mayor urgencia necesita, son dignos de reflexión y estudio fenómenos que, como el de las Cruzadas, revelan tan grande unidad de miras y tal concordancia de sentimientos. Refiriéndose á aquella edad, no es hueca frase y concepto vacío decir que

Tomo I.

e

LA LATINA

los hombres, como pueblo de hermanos, se lanzaban á la conquista del ideal, asociando sus fuerzas y sus almas. Acaricia el siglo xix entre sus utopías favoritas la de la paz universal; y no entiende que fuera cosa peregrina é inconcebible caminar á la paz de los cuerpos moviendo guerra á los espíritus. Si en algún tiempo pudo, con visos de realidad, soñarse próxima la clausura del templo de Jano, fué; aunque parezca paradoja, durante los aprestos bélicos de la gran Cruzada. Cabía esperar que Europa, fundida, por decirlo así, en el sentimiento más íntimo y más fuerte, es á saber, el religioso, hubiese llegado á la cohesión necesaria para dar cima al último y decisivo esfuerzo contra el mundo oriental, y poder después cultivar en paz fecunda los frutos de la victoria. Porque si la paz no ha de ser artificioso producto de un estado de violencia más amargo é inseguro que la guerra misma, fuerza es que nazca de la armonía de las voluntades y de los corazones, así como de la comunidad de intereses. Tales circunstancias concurrían en las Cruzadas, empresa militar que juntaba el entusiasmo con el acierto. El político más sagaz no pudo idear nunca tentativa que prometiese mejores resultados para el engrandecimiento de Occidente; y el Sepulcro Santo, puesto tan lejos de la Cristiandad, la enseñó, como la columna de fuego á los israelitas, el camino de salvación.

No tuvo, sin embargo, parte alguna el cálculo en las Cruzadas. Aquellas legiones heterogéneas, compuestas de reclutas bisoños mezclados y confundidos con niños, mujeres y temblorosos viejos, en cuyas filas irregulares codeaba el barón feudal al pechero villano, el monje contemplativo al malandrín de oficio ávido de sangre y saqueo, se formaron espontáneamente, á impulsos de un movimiento más intenso y profundo que cuantos puede determinar la fría reflexión. Por el mismo carácter arre-

batado que distingue á las Cruzadas, no faltan historiadores que las afean y denigran, no viendo en ellas sino un desahogo del ansia de pillaje y merodeo y de la sed de enriquecerse con la espada, en épocas que no consentían á nadie elevarse por medio del trabajo y de la industria pacíficamente ejercida. Sin duda que tuvieron las Cruzadas su lado defectuoso y humano: ¿y qué mucho, si media humanidad tomó parte en ellas? Pero así como una misteriosa operación natural hace que los elementos del vil carbono constituyan el magnífico diamante, así la acumulación de sentimientos humanos realiza en la historia las ideas divinas. Las Cruzadas, vistas á la luz de la filosofía histórica, son tan bellas en su forma y desenvolvimiento como admirables en su fondo. Por mucho que espíritus apasionados quieran marcarlas con el estigma de la codicia y del fanatismo, no podrán impedir que todo pensador imparcial las considere solidarias de la causa de la civilización, quiero decir, de aquella moral é intelectual, harto superior á la material (que también debe no poco á los cruzados, primeros fomentadores del comercio asiático). Mas el principal servicio que prestaron las Cruzadas fué azuzar y lanzar al Occidente contra el Oriente. Europa, más emprendedora que la raza del desierto, necesitaba un estímulo para arrojarse sobre éste y ganar de un modo definitivo la primacía del orbe—estímulo que halló en la fe—. Y no hay para qué encarecer, hoy que cumplidamente ha desentrañado la crítica histórica los elementos impuros y mortíferos que la influencia oriental encierra, de qué peligro salvó al mundo la iniciativa de las Cruzadas. ¿Quién sabe si, á no ser por tan enérgico sacudimiento, las comarcas donde hoy ostenta sus maravillas el ingenio del hombre, las ciudades más populosas de Europa, serían despojo arqueológico, como lo son las villas de Siria, tan florecientes

bajo la raza judaica, y muertas desde que las dominó el musulmán perezoso y fatalista?

Al germinar la idea de las Cruzadas se presentaba el Oriente más amenazador que nunca. Los árabes hostilizaban á Europa por Levante y Mediodía; ya no era valla á sus incursiones el Mediterráneo, y se les veía echar abajo los primeros baluartes del continente europeo, penetrando casi sin obstáculos por España, por Malta, por Sicilia. En tan angustioso aprieto, el imperio de Bizancio—donde el patriarca Ceruleyo acababa de hacer completo y terminante el cisma que iniciara en el siglo ix el funesto Focio—no podía ser de provecho alguno al mundo católico; estorbábalo su inquina contra la Iglesia madre, la propia corrupción, gangrena y enervamiento que ya lentamente corroían aquel imperio, su espíritu asiático, sus pactos continuos con los emires y soldanes, pactos que daban origen á las falsedades y dobleces á que alude Tasso, renegando de la *greciana fede*. Era, pues, indispensable que el Occidente tratase de salvarse á sí propio, dominando aquella situación crítica que podía resolverse en eterna mengua y esclavitud de Europa. Cuando, como en tan supremos instantes, dos enormes fuerzas se hallan próximas á chocar; cuando dos civilizaciones, dos ideas, dos mundos, se contemplan con ansia de anonadarse mutuamente, la más briosa, la que más fia en su causa, la que presiente que Dios le tiene aparejado el triunfo, toma la ofensiva, y con la ofensiva una ventaja manifiesta. Esto hizo la Cristiandad. Y fué lo hermoso, lo épico, lo sublime de resolución tan bizarra, que, como dejamos dicho, no la inspiró el razonamiento, ni presidieron á ella sabios ensayos y combinaciones y planes muy diestros concertados ante el mapa, mecánico sistema de la moderna política, cuya razón suprema es el número. No se elaboraron las Cruzadas en la mente de

ningún diplomático: nacieron en el alma, en la conciencia popular, y quizá merced á secreto y salvador instinto superaron á cuanto pudiese arbitrar la cabeza mejor organizada y el entendimiento más reflexivo.

Tasso, que, como sabemos ya, aspiraba á la corrección y al orden en su poema, eligió para héroes los paladines del ejército propiamente dicho de los cruzados, del cuerpo regular y disciplinado que se constituyó bajo el mando de Godofredo de Bouillón. Pero antes de que este ejército formidable llegase á ponerse en marcha, cerca de cuatrocientos mil cristianos habían regado con su sangre y alfombrado con sus cuerpos el camino que conducía al sepulcro del Redentor. Cada piedra de la ruta contaba trágicas historias; cada recodo y escarpe de aquellas sendas áridas encubría un calvario de sufrimientos. Por el rastro de osamentas blancas, calcinadas del ardiente sol, pudiera trazarse fiel itinerario del paso de las primeras bandas señaladas con la cruz. Para un arte más profundo, si menos clásico que el de la época de Tasso, los héroes del verdadero drama de la Cruzada son aquellas huestes informes que dieron señal del levantamiento en Europa; huestes faltas de armas, de organización, de pertrechos y víveres, y que con la imprevisión sublime de la fe se lanzaron á perecer, triste y obscuramente, en tan inhospitalarias comarcas. Así como las guerrillas y partidas sueltas fueron en nuestra gloriosa lucha de la Independencia las hijas legítimas del entusiasmo popular, las incoherentes legiones voluntarias de cruzados eran la idea cristiana hecha carne. El segundo ejército fué ya reflexivamente ordenado: el primero surgió.

Pocos espectáculos pudieran darse tan conmovedores como el de la marcha de compactas columnas humanas, movidas por la necesidad religiosa, la más noble que aqueja al ser racional. Venciendo las privacio-

nes y riesgos espantosos que en su empresa hallaban, iban sin vacilación á orar y adorar en los lugares en que el hombre fué redimido, lugares que son cuna de nuestras creencias, solar de nuestro espiritual linaje, tálamo en que el alma se desposó con lo infinito, ara en que inmolaron la víctima expiatoria de nuestras culpas, fosa en que se sepultó la humanidad vieja para resucitar lozana y vestida de eterna juventud. Aquella comarca bendita, cara á los creyentes por tantas razones, era tiempo hacía patria ausente, paraíso perdido de la fe. Desde que el advenimiento de tiempos benignos permitió á los cristianos dejar las sombrías catacumbas y erigir en público sus templos y sus altares, fué su perenne aspiración hacerse dueños de las comarcas santificadas por la presencia y vida mortal de Jesucristo. Asaltaba ya á los pueblos indo-europeos la tierna nostalgia y el deliquio con que los israelitas, bajo los sauces llorosos de Babilonia, recordaban la Ciudad Sagrada y la Tierra de Promisión que gemía bajo el yugo de infieles. A Jerusalem se encaminaban el asceta extenuado á puros ayunos y mortificaciones, que en el huerto de las Olivas quería evocar las ansias sublimes del sudor de sangre y de la abnegación perfecta; el orgulloso señor, que ebrio de su poderío colgara de una almena al inocente, y que ahora, con la cuerda al cuello, rapada la cabeza y desnudos, ulcerados y lívidos los pies, se sumía contrito en las aguas regeneradoras del Jordán; el mozo desalmado, burlador de doncellas, que, vuelto en sí, andaba sobre sus ensangrentadas rodillas la vía del sepulcro del que absolvió á Magdalena; la dama delicada y gentil que purgaba acaso amorosos extravíos exponiendo la nieve del cutis al sol de fuego de Palestina, viajando á pie, surcada la faz de lágrimas, el cuerpo afeado del polvo, rendida de cansancio, ataviada con la mortaja y el capuz que habían de cubrirla.

en la tumba. Todos los dolores, todas las flaquezas, todas las caídas del hijo de Adán se expiaban en los Lugares Santos: todos los pecadores acudían allí buscando bálsamo y misericordia. Y el que llegaba penitente volvía alegre, y el desesperado gozoso; y la piedra del sepulcro divino se reblandecía como cera al contacto de las rodillas de los arrepentidos, entreabriéndose al eco de sus sollozos. Del siglo iv al xii no cesaron de verse por el sendero de Palestina comitivas piadosas, á la ida tristes, exhaustas, cargadas de instrumentos de mortificación, á la vuelta ligeras de paso y de espíritu, cantando himnos, empuñada la triunfante y simbólica palma (1). Y no eran solamente los culpables los atraídos hacia el manantial de todo perdón: éranlo asimismo los puros y limpios de alma, los dados á contemplar y á sentir. El gran Padre de la Iglesia San Jerónimo allí se había complacido en abrir un hospicio para los palmeros; Paula, predilecta discípula de aquel varón insigne, siguió sus huellas fundando un monasterio de mujeres; la erudita y discreta emperatriz Eudoxia, después de plantar en el Calvario una cruz de oro, eligió apacible retiro en lugar tan sacro para morir, alternando las dulzuras de la poesía y las prácticas de la religión; Heraclio, emperador, descalzo y con la cabeza descubierta, ascendía al mismo Gólgota llevando en hombros el madero de la cruz, que allí colocaba entre lágrimas, aclamaciones y universal delirio. En suma, Jerusalem era patrimonio del orbe cristiano: un piadoso socialismo

(1) Aunque se hace cierta confusión, usando instintivamente los nombres de *peregrinación* y *romería* para significar viaje á Tierra Santa, en realidad *peregrinos* eran los que con esclavina ornada de conchas visitaban á Santiago de Compostela, *romeros* los que iban á Roma y usaban conchas en la esclavina, y *palmeros* los de Jerusalem, que solían traer una palma.

adjudicaba aquel territorio á todo el que invocase el nombre de Jesús.

Y es lo más singular que, así como el europeo, en sus ciudades y campiñas, soñaba con la posesión completa de Jerusalem, el agareno en su tienda alimentaba el mismo deseo. También aquella raza semítica, cuyo libro sagrado compuso uno de los hombres más hábiles y diestros que ha conocido el orbe con rapsodias de nuestros Testamentos, comunicándole así reflejos de la divina hermosura de tan incomparables páginas, pero desfigurándolas con los oroveles y ficciones que le sugirió su oriental fantasía; también aquellos hijos del desierto, en los versículos recitados en sus mezquitas, esculpidos en afiligranados caracteres en el tazón de sus fuentes, iluminados con oro y gayos colores en la cornisa de sus cámaras, ó nielados de plata en la rica empuñadura de sus armas, aprendían á suspirar por la antigua Sión y la tumba del que ellos consideraban santo Profeta. Lo mismo que imperfectamente se trasluce en el Korán el origen bíblico, cual se copia una figura en el agua movediza, que de continuo altera sus rasgos, así se transparentaban unas como huellas de la cristiana devoción á Jerusalem en el ansia de los musulmanes por la ciudad bendita. Aprovechando, pues, el primer instante propicio, y repitiendo la hazaña de Cosroes, se arrojaron sobre la presa por tanto tiempo codiciada. Inundaron á Jerusalem como ola que cubre un escollo largo trecho asediado; y al trotar de sus ágiles corceles, al choque de sus cotas de acero, se unía la grave salmodia con que entonaban el versículo del Korán: «Entre-mos en la Ciudad Santa que Dios nos ha prometido.»

Suele ensalzarse la tolerancia y benignidad con que los árabes, dueños ya de Jerusalem, permitieron á los cristianos visitar y adorar los Santos Lugares. Mas lo que realmente hubo fué que los árabes convirtieron

en lucrativo tráfico y pingüe granjería la concesión que de malísimo talante y acompañada siempre de vejaciones y cortapisas hicieron á los miseros y cansados palmeros, de orar en los sitios venerables de Jerusalem, y de besar la tierra, las piedras y las montañas. Venía á ser como pecho y alcabala que la cruz satisfacía á la media luna. Oneroso tributo, impertinente vigilancia, prohibiciones intolerables pesaban sobre el cristiano desde que ponía el pie en el apetecido territorio. Con todo eso, no se enfrió la devoción: privados de cabalgaduras, iban los palmeros, á pie si mozos y fuertes, de rodillas si penitentes, en hombros ó en parihuelas si enfermos y ancianos. Lo más insufrible para quien emprendía tan piadosa jornada, no eran ciertamente el cansancio, el peligro ni la expoliación: mayor amagura les causaba tener que soportar las burlas mahometanas, y haber de refrenar la cólera y ocultar el desprecio que entonces sentía el cristiano por el infiel. El etíope guardián, apoyado en su cimitarra, sonriendo irónico á manera de esfinge, befaba y escarnecía al inerte y altivo caballero cristiano; y sus chanzonetas y desaires sonaban como carcajada del infierno en los oídos de quien allí acudía tan penetrado de compostura y contrición. Dichoso aún si sólo pagaba escote de risa, y no tenía que comprar á precio de profanaciones y ultrajes indignos el derecho de postrarse ante los vestigios de la Pasión. Pero llegaron días en que ni doblando la cerviz ante las horcas caudinas del vejamen y la afrenta, pudo adquirirse tal derecho. Ya los arenales de Palestina reservaban segura muerte á quien osase pisarlos. El sanguinario demente Al-Hakén, califa de Egipto, que se tenía á sí propio por encarnación de la Divinidad, y que se había gozado en el incendio del Cairo, como Claudio Nerón en el de Roma, dió caza á los palmeros cual á indefensas liebres, y sembró de troncos insepultos y de

destrozados miembros el suelo santo; y más tarde, Malek-Schah, continuando la política implacable de Mahoma, empleando el hierro y el fuego, usando de los feroces argumentos catequísticos que con tanto fruto practicara su Profeta, hizo á la Siria y á Palestina teatros de vasta carnicería, y á fin de raer de la haz de la tierra hasta el nombre cristiano, puso el tajo y el alfanje ante la vista de los infieles, y ultrajó á la naturaleza y á la especie humana en las personas de innumerables víctimas de su fanatismo.

Entonces, cuando el trayecto de la costa al sepulcro del Redentor fué marcado por regueros de sangre y cruentos despojos, el Pontífice de Roma alzó su voz, no movido de desapoderada ambición, como algunos historiadores han supuesto, sino de compasiva piedad, que bien la pedía lo lastimoso del espectáculo. A Silvestre II corresponde la gloria de haber excitado á los cristianos á la Cruzada antes que nadie. Los Papas que le sucedieron no abandonaron la idea, ni cesaron en propagarla. Oscilaba la Cristiandad como alud enorme que, antes de desprenderse y rodar al valle, permanece suspenso en equilibrio, estremeciéndose interiormente. Y he aquí que, cual leve ráfaga destinada á empujar la formidable mole, salió de las últimas capas sociales el más ínfimo de los hombres, un plebeyo, torpe en la acción, sencillo y rudo en el hablar, insignificante en la figura, sin ninguna de las condiciones extraordinarias que distinguen á los grandes novadores, dotado únicamente de ciega confianza en la causa que defendía y de férrea voluntad para no arredrarse ante obstáculo alguno. Y este hombrecillo, mísero gusano de la tierra, se sintió, cual la pastorcita de Domremy, llamado por una voz del cielo; y así como la tímida doncella emancipó á su patria, Pedro el Ermitaño libertó el Santo Sepulcro.

¡Singulares y no entendidas vías las de la Inteligencia que ordena los hechos de la historia! No es preciso que surja un ser revestido de dotes maravillosas, un sabio como Salomón, un genio guerrero como Alejandro; basta que sea suscitado del estiércol y del polvo un desconocido, ignorante y vulgar, para que los fines divinos se cumplan, y para que cambie de faz el orbe. Cuando el espíritu humano fermenta, en las últimas filas de la multitud se oculta á veces el hombre que ha de producir la explosión definitiva.

La atmósfera estaba cargada de electricidad, y Pedro el Ermitaño produjo la corriente. Vestido con burdo sayal, caballero en su muleja, fué de alquería en alquería, de lugar en lugar, de pueblo en pueblo, penetrando así en la choza terriza del villano y en el taller del oficial como en la cuadra suntuosa del señor ó en el palacio del rey, excitando los ánimos, moviendo las voluntades, encendiendo las imaginaciones, sin que su extraño aspecto, su ruin cabalgadura, su curtida piel, sus enjutas facciones, su arreo de pordiosero, le hiciesen blanco de la burla, antes objeto de devoción, ternura y lágrimas. Y el pueblo le llevaba en hombros, y las mujeres le presentaban sus hijos para que los bendijera, y besaban hasta las crines de su cabalgadura... Era Pedro, el heraldo de la guerra santa.

Aquel hombre, tan propio para dar la señal del gran movimiento, para prender fuego al montón de preparada leña, fué inútil, si no estorboso, para la prosecución de la gran empresa de las Cruzadas. Es cierto que interesa y conmueve la seguridad y desnudo con que emprendió el camino, á la cabeza de innúmera muchedumbre, reclutada aquí y acullá, sin orden ni concierto, por toda Europa; la obstinación y priesa con que sin aguardar al resultado de la Asamblea de Clermont, fiando tan sólo en sí y en la voz de su alma, se arroja hacia

Palestina, llevando para la difícil conquista de tan vasto territorio golpe de bisona gente, falta de provisiones, armas y pertrechos, y embarazada con una caterva de monjes, mujeres que conducían tiernas criaturas de pecho, pajecillos, mendigos, trovadores y juglares: informe conjunto, unificado sólo por el pensamiento religioso; inexperta grey, de antemano condenada al hambre, el vencimiento y la muerte. Hay en tal arranque un fondo de sublime insensatez que debe inspirar al poeta. Pero, mirado á sangre fría, nada más triste que el estéril holocausto de millares de existencias, segadas, no al filo de las armas sarracenas, sino al de los sufrimientos y privaciones, cuando no al de los aceros de pueblos también cristianos. Dondequiera que pasaban las legiones de Pedro, arrasaban y destruían el suelo: en parte alguna se hallaban viandas para tanta boca, vino para reanimar tanto cuerpo, ropa para cubrir tantas carnes, leña para calentar tantos ateridos miembros, hierba y forraje para mantener las acémilas y bestias de carga de tan numerosa tropa. ¿Qué mucho que la depredación la acompañase? Depredación no calculada, no voluntaria, instintiva, como lo es el respirar. No podemos ceñirnos á un criterio analítico al tratar de esta parte de las Cruzadas. Una afirmación religiosa de tal índole es siempre sintética. Los pormenores, las notas sueltas, corresponden á las exigencias de la condición humana, limitada, flaca, carnal. Pero el acorde, la sinfonía, es inefable. Así, entre los impuros residuos que forman el terreno de las estufas, brotan el calor del sol flores de celeste fragancia.

La Cruzada de Pedro, considerada en su significación moral, es emblema del espíritu de la Edad Media: es intento desesperado, al parecer, que responde á profunda esperanza. Los frutos materiales y tangibles de aquella Cruzada fueron, como sabemos, negativos. Los restos,

más que diezmados, de la gente, exánimes, corridos como animales monteses por los crueles búlgaros, ó acosados en las inclementes y áridas llanuras de Hungría, fueron á desembocar á Constantinopla, como últimas gotas de exhausto río, como moribunda llamada de un incendio. Pedro, abrumado de dolor y nostalgia, se eclipsó entre el brillo de la refinada corte griega; por mucho tiempo no tornó á animar á los cruzados su ardiente aunque tosca palabra. Empleando Tasso piadosa ficción, le coloca en el campo de Godofredo, alentando al ejército cristiano para el asalto de Jerusalem. En realidad, el inspirado de Dios tornó á la obscuridad y silencio de sus primeros años, sobreviviendo al rápido renombre que le valiera su empresa. Una sola vez volvió á arengar en ocasión solemne: después murió en el olvido.

Entonces, cuando se hubo regularizado el primer ímpetu, cuando el entusiasmo de las masas se calmó sin disiparse, cuando el pueblo comprendió su incapacidad radical para la guerra de conquista, tocó el turno á la caballería y á *l'armé pieuse*. Una fuerza aguerrida y organizada, flor de la nobleza y de la marcial juventud, el nervio más vigoroso, la mejor sangre de Europa, caminó hacia Jerusalem. Sólo Godofredo de Bouillón, su ilustre jefe, capitaneaba nada menos que ochenta mil infantes y diez mil jinetes cubiertos de hierro. Acompañábanle y le obedecían Roberto de Normandía, hijo de Guillermo el Conquistador y nieto del famoso Roberto *el Diablo*; Boemundo, hijo de Roberto Guiscardo, jefe de la formidable y batalladora raza normanda; Raimundo, poderoso conde de Tolosa; Hugo, hermano del monarca francés; el conde de Blois, el de Hainaut, el de Chartres, el de Flandes, Ricardo de Salerno, Tancredo..... homérica asamblea de héroes, cuya Troya era Sión, cuya Helena era una cruz. No llegaban aquellos

caudillos á la santidad: su jefe, su propio jefe, tenía que expiar el cruento homicidio del emperador Rodolfo, á quien diera muerte de un disparo de ballesta. Pero eran campeones bizarros y creyentes que consideraban su enseña bendecida y santificado su pecho por la insignia roja que los consagraba á la gran causa de la Cristiandad. Entre todos hacían un ejército de hasta medio millón de combatientes, y esta vez no iban desprevenidos, sin bastecimientos ni municiones de guerra. Las opulentas ciudades de Génova y Pisa, la gran república mercantil de Venecia, quedaban encargadas de surtir de cuanto hubiesen menester á los guerreros. Cubrióse el mar de infinitas naves, y un comercio activísimo enlazó á Europa con el Asia.

Sin duda que Tasso, en vez de crear para su poema un mundo imaginario y fantástico y unos héroes convencionales, cortados por el patrón de la epopeya clásica, debió inspirarse en una realidad de superior belleza. La Cruzada de Godofredo ofrecía ricos elementos dramáticos y épicos. La variedad de naciones congregadas para tan alta empresa; los caracteres diversos de aquellos legendarios capitanes; los gérmenes de discordia latentes en el campamento; el contraste entre la ruda entereza de los occidentales y la molicie de la orientaj y enervada corte de Alejo Commeno; la figura curiosa y digna de estudio de este emperador, sagaz político, disimulado y pérfido; el interesante tipo de su culta y docta hermana Ana, cuya griega delicadeza se espartaba de ver á los colosos, septentrionales cubiertos de malla, siempre prontos á flechar el arco, á requerir el hacha de armas, insensibles á las galas retóricas, á los primores de la elegancia y de la elocuencia, á los refinamientos cortesanos; la ambiciosa hazaña de Baldovinos de Bouillón, impaciente por ceñirse mundana corona; la noble humildad de Godofredo, que desdeña la

diadema pensando en las espinas que rodearon la sien del Salvador del mundo; los lances del sitio de Antioquía, que pudo ser tumba, y fué prez de la Cruzada; la heroica defensa de la misma plaza, en que la lanza que hirió el sacro costado de Cristo, milagrosamente vino á servir de estandarte á los desesperados y moribundos cristianos, y á darles completa y maravillosa victoria; la marcha á través de los risueños encantados jardines, plácidas huertas y vegas amenísimas de Tiro y Sidón; la efusión de Tancredo al hollar el suelo bendito de Belén; el júbilo, las lágrimas de los campeones al divisar las cúpulas de los monumentos de Jerusalem desde el alto de Emaus; el abrazo de reconciliación y caridad que allí unió á dos jurados y mortales enemigos, Tancredo y Boemundo; el canto elegíaco del poeta musulmán que llora su ciudad perdida; el himno de triunfo de la Cristiandad al cobrar la patria de su corazón; el establecimiento de imperios cristianos en aquellas comarcas asiáticas, que el alfanje de Solimán consagrara á la media luna; y, en suma, los incidentes todos, tan copiosos y varios, de la liberación del Sepulcro, se prestaban para un poema cíclico, inmenso, grandioso, en que la misma verdad afrentase á la poesía por su soberana belleza. Y es que las mejores epopeyas están en el libro de la historia: si el genio puede hallar la forma más propia para cantarlas, no le es concedido inventarlas; y ya escudriñe los arcanos del corazón y las profundidades de la conciencia, como Dante, ya narre las proezas de los paladines, como Tasso, la epopeya debe responder siempre á un aspecto moral, intelectual ó histórico de la humana vida.

VII

Un elemento precioso desaprovechó Tasso para su poema: el bíblico y evangélico, en que Milton y Klopstock hallaron tan pura fuente de inspiraciones. A ningún asunto mejor que al de Tasso le convenían como modelo y fuente de hermosura los Santos Libros. Los recuerdos é imágenes que anegaban en llanto tierno las pupilas de los cruzados; la mística embriaguez que comunica el divino aroma de las colinas y valles de Belén y Betania; la grandeza del monte Tabor, alumbrado con un reflejo de la transfiguración gloriosa, en cuyos árboles murmura la brisa cláusulas del sermón inmortal; las ondas claras del Jordán, puras como el bautismo que redime, y el fétido seno del mar Muerto, negro y desolado como la ira y el castigo; los cristales regeneradores del arroyo de Siloe y las olas agitadas del mar de Galilea, en que arrojaron sus redes los pescadores de hombres, y que sirvieron de alfombra á los tranquilos pasos del Nazareno; el *Via Crucis* regado con sangre, lágrimas y sudor de angustia de la víctima inocente; el Calvario, cuyas rocas hendió y despedazó la naturaleza, en la convulsión de horror que le produjo el espectáculo de la muerte del Justo; las cercanías de la cueva abierta en la viva peña, por donde caminaron en silencio y llorosas las santas mujeres para hacer duelo por el que ya alzara su losa sepulcral; todas las memorias, en suma, que despiertan tales lugares, invocan, llaman y convidan al poeta. Quien mire desde las altas colinas la perspectiva de Jerusalem, ha de recordar las terribles y vi-

brantes profecías, las lamentaciones, los destinos vaticinados á la sacra y deícida ciudad; el que recorra los valles de Palestina, creará escuñar las enamoradas frases de la esposa de los Cantares, y ver florecer la vid, y madurar el dulce fruto de la higuera, y exhalar aroma los nardos y las mandrágoras fragantes, y arrullarse las tórtolas quejumbrosas en los troncos y en los huecos de las piedras. Porque la tierra de Israel tendrá siempre el colorido que le prestó la Biblia: será eternamente el país de las tradiciones, y la contemplaremos, á pesar de cuantas vicisitudes la modifiquen, con los ojos de Salomón, de David, de los profetas y de los evangelistas.

Mas no era éste el criterio literario de la época de Tasso. Acudir á las formas bíblicas parecería sacrilegio cuando los dioses del Olimpo, las pastorales é idilios paganos, los clásicos de Grecia y Roma se entronizaban. A decir verdad, la actual generación literaria demuestra en este respecto más escogido gusto. Los mismos escépticos, los que, como Renán, someten la Biblia á las torturas de temeraria y herética exégesis, no desconocen la belleza sublime de las páginas sagradas.

Comienza el poema de Tasso con la clásica invocación á la musa parnasiana, invocación que había suprimido Dante con tan buen tino. Y al empezar, ya confiesa Tasso la que ha de ser mayor falta de su obra, implorando el perdón de la musa cristiana que

.....
 Su nel cielo infra i beati cori
 Hai di stelle immortali aurea corona (1)

(Ger. C. I.)

(1) «Que arriba, en el Cielo, entre los coros bienaventurados, ciñe aurea corona de inmortales estrellas.»

por el propósito que le anima de pedir adornos y galas al genio de la ficción. Este genio es, en efecto, el que inspira los más galanos trozos de LA JERUSALEM, como veremos. Invocando en su descargo el espíritu del siglo, el carácter frívolo y exterior de la poética de su edad, añade Tasso una bellísima y célebre octava:

.....
 Sai che là corre il mondo, ove più versi
 Di sue dolcezze il lusinghier Parnaso,
 E che il vero condito in molli versi
 I più schivi, allettando, ha persuaso.
 Così al egro fanciul porgiamo aspersi
 Di soave licor gli orli del vaso:
 Sacchi amari ingannato, intanto, ei beva,
 E dall'inganno suo vita riceve.

(Ger. C. I.) (1)

He ahí la profesión de fe de Tasso. Alegoría y suaves versos, á fin de vestir y alinear un concepto filosófico abstracto; artificio y enredo para dar forma armoniosa y artística á la narración de los sucesos históricos. La verdad ataviada, compuesta, revestida de pompa y aparato. Este criterio estético, en apariencia atinado y feliz, no suele ser en la práctica muy fecundo.

Al hablar de LA JERUSALEM, claro está que nos referimos á la primera, *Jerusalemme liberata*, única que ha pasado á la posteridad como monumento de la gloria de Tasso; pues la *Jerusalemme conquistata*, fría refundición

(1) «Aprende que el mundo corre á donde vierte sus dulzuras el halagüeño Parnaso; y que los más esquivos se han dado persuadir por el atractivo de la verdad, aderezada con suaves versos. No de otro modo ponemos al enfermo niño untado de grato licor el borde del vaso; así bebe engañado el amargo zumo, y de su engaño recibe vida.»

en que Tasso se ajustó nimiamente á las exigencias de la crítica, hoy es tan sólo una curiosidad literaria. Acabando Tasso el fallo de los aristarcos de su tiempo, que ni pecaban de ignorantes ni de poco diligentes, logró mutilar y estropear de lastimosa manera el poema primitivo, y á no ser por la feliz indiscreción de los que sin permiso del autor lo publicaron, logrando que se generalizase y reprodujese en su forma primera acaso no tendríamos hoy poema caballeresco: tal era el empeño de Tasso en destruir su hermosa obra, poniendo en su lugar un descarnado esqueleto. Al ver cómo se obcecó y se dejó dominar por ajenas preocupaciones un genio tan preclaro como Tasso, nos sentimos inquietos por el porvenir, imaginando si no derrocarán nuestros biznietos con risa los altares que deje la generación presente erigidos en honor de algún nuevo Baraballo.

Cuantos cambios, arreglos y reformas introdujo Tasso en LA JERUSALEM fueron desacertados y funestos: todos pararon en suprimir algún interesante episodio, en alterar el diseño de algún carácter, en cortar el vuelo lírico de alguna estrofa. En suma, Tasso, al rehacer su poema, deshojó la pomposa flor de su gallarda poesía, dejando solamente espinas y tronco. Es en rigor la *Jerusalem conquistada* obra más correcta quizá que la *Libertada*, pero con trabajosa, árida y mezquina corrección, sin gracia, sin hechizo, sin arrebató. Y la gracia es cualidad distintiva de Tasso, como la energía de Dante. Gracia melancólica, subjetiva, que carece de la armoniosa serenidad de Milton, mostrando, por el contrario, á despecho de la majestad épica, cierta afeminación y languidez tierna, reveladora del exaltado lirisino que siempre dominó á Tasso.

La acción de LA JERUSALEM no ofrece todo el dramático interés que debiera, por culpa del empeño del poeta en

sujetar la realidad á la intención simbólica. Al paso que en la *Iliada*, por ejemplo, estamos pendientes de la cólera de Aquiles, de los lances varios del sitio, y, sobre todo, del cambio que va á verificarse en el corazón del hijo de Tetis cuando le traigan á su caro amigo afeado con el polvo y la sangre del combate y cubierto con la palidez de la muerte; mientras el vate ciego de Esmirna, á la distancia de tantos siglos y á pesar de describir tiempos y sentimientos tan arcaicos y extraños á nuestra vida actual, nos causa siempre la impresión de la realidad, de la naturaleza misma, en LA JERUSALEM se transparenta el artificio, se ve la trama, se advierte que el poeta agrupa figuras y sucesos de manera que correspondan con lo que trata de demostrar. Y la ilusión fallece al percibirse que el efecto fué de antemano combinado. Adivinamos desde luego que en el combate que, bajo forma de cristianos y sarracenos, libran los espíritus del bien con los genios malignos, han de salir victoriosos los primeros. El ángel Gabriel, que desde el primer canto es enviado por Dios á excitar á Godofredo á la toma y redención del Sepulcro, no cruzará en balde el luminoso éter.

No cabe duda: la idea del triunfo final del bien es el concepto épico más alto; y desde Homero, que purifica y eleva gradualmente el carácter de Aquiles, hasta Dante, que asciende en espíritu los peldaños de la escala de la verdad, llegando á la mística efusión en la Luz suprema, todos los grandes poetas han cantado himnos de triunfo al alma humana, que, vencedora, se levanta á sus sublimes destinos. Mas es preciso, para que la poesía llene tan noble fin, que no parezca que quiere enseñarnos, sino que tan sólo nos mueva, con la contemplación de la belleza, á sentir el puro deleite de la verdad. El poema de Tasso es demasiado intencional: el poeta quiere desarrollar una tesis, y para ello, como objeto secunda-

rio, apela á la poesía. Lo que no significa, no sirve. Si Reinaldo se prende en las redes y lazos de Armida, es para que rompa después su engañosa cadena; si le fascina la selva mágica, es para que deshaga su encanto; si tenaz sequía convierte el cielo en bóveda de bronce, es para que la ablande y derrita la plegaria de Godofredo; si Reinaldo da airada muerte á Fernando, es para mostrar los efectos de la pasión de ira, y preparar los demás deslices y pecados del héroe. La empresa de la Cruzada y el interés vivo y ardiente de la Cristiandad por el éxito de la guerra, son pospuestos á la enseñanza moral y filosófica que á toda costa quiere el poeta deducir de la acción.

De suerte que lo más animado y palpitante de LA JERUSALEM, son los episodios en que la fantasía de Tasso vuela rápida y libre. Los personajes accesorios, los incidentes que con mayor ó menor causa intervienen en el poema, le dan encanto y vida. El héroe principal, Godofredo, apenas logra destacarse de entre la multitud de figuras secundarias que pululan en la epopeya, bien como el Entendimiento ó Intelecto, que el noble caudillo simboliza, se turbia y vela con las representaciones sensibles. No obstante, en su apacible serenidad, en su majestuosa calma, es bella la figura del cristiano campeón, fuerte cual indomable atleta, virgen y puro cual ascético monje, pío y firme cual mártir de los tiempos heroicos; superior al desaliento y á la tristeza en los reveses, y al regocijo en las victorias. El Agamenón de la *Iliada*, rey de reyes, siempre á merced de las intrigas y reyertas del campamento, inclinándose ante el orgullo de Aquiles, ante la caprichosa condición de Ajax, aparece muy inferior en dignidad á la augusta figura de Godofredo. Godofredo es el sentido moral del innumerable ejército cruzado; es el perfume divino, es la azucena blanca que descuella en el campo, irguiéndose en-

tre el polvo de las batallas y el vaho de la sangre. Quizá la ideal calma de Godofredo le eleva sobre la esfera humana y le aleja de nosotros: acaso el perfecto paladín es menos dramático que el culpable Reinaldo; pero Godofredo, como la Beatriz de Dante, es el lazo que une á la tierra con el cielo, y la atmósfera celeste en que respira ciñe á su frente aureola de beatitud.

No es dable narrar canto por canto el asunto de LA JERUSALEM, refiriendo los mil incidentes y escenas que con él se enlazan. Pero en sucinto resumen, se reduce la acción principal á que el Angel del Señor, apareciéndose á Godofredo de Bouillón, le excita á que sacuda la inercia en que yace dentro de los muros de Tortosa (1), y á que con brío intente de nuevo la toma de Jerusalem. Llamando entonces Godofredo á consejo á sus guerreros, decide romper las hostilidades; cerca á Jerusalem, y después de mil riesgos y obstáculos que los poderes del Infierno le suscitan, venciendo los con la ayuda divina, da el asalto final y penetra por fin en la ciudad ansiada, colgando sus armas como trofeo en el Santo Sepulcro. Esto es lo que rigurosamente constituye el argumento de LA JERUSALEM LIBERTADA. Mas así como un primoroso tejido no halaga los ojos hasta que por cima de la trama lanza el tejedor nudos y lizos de rica seda, de matices varios y brillantes, así el encanto de LA JERUSALEM reside en los episodios que bordan y realzan el sencillo fondo del asunto.

El episodio de Olindo y Sofronia se considera de los más interesantes y dramáticos. Si Tasso intentó pintarse á sí propio en aquel mísero amador, que

.....
Brama assai, poco spéra, e nulla chiede...

(Ger. C II) (2)

(1) Antaraça de Fenicia.

(2) «Desea mucho, espera poco, y nada pide»

fuerza es confesar que dibujó su propia imagen con rasgos delicados y conmovedores. La historia de Olindo se desarrolla con animación y movimiento, con originalidad é idealismo. Supone el poeta que habiendo Ismeno, mago de Jerusalem, que por orden del rey Aladino ejercía perniciosos conjuros contra los Cruzados, arrebatado para sus encantamientos una milagrosa imagen de la Madre de Dios, venerada con extremo de los cristianos que en la ciudad residían, y habiéndola colocado, para escarnecerla, en la mezquita, los fieles, nocturna y cautelosamente, sustrajeron el nuevo Paladio, ocultándolo donde no pudiera ser ofendido de incrédulos; por lo cual Aladino, furioso al ver que no acierta con la imagen, ni con el reo del piadoso secuestro, ordena una hecatombe general de cristianos.

.....
 Sù, sù, fedeli miei: sù via prendete
 Le fiamme e l'ferro, ardete ed uccidete.

(Ger. C. II.) (1)

Vivía á la sazón en Jerusalem una doncella cristiana, llamada Sofronia, de gran belleza, de altos pensamientos, de austeras costumbres, solitaria y apartada del trato. Ésta, pues, decidida cual otra Judit á inmolarse por su pueblo, se presenta á Aladino declarándose culpable de la desaparición de la imagen. «¡Magnánima mentira!», exclama el poeta: «¿dónde habrá verdad tan bella que á ti pueda anteponerse!» La heroica virgen, interrogada por el monarca, contesta con firme sencillez, y es sentenciada á morir en la hoguera. Ya la han arrancado manto y velo, atándole las manos con recias

(1) «Sus, sus, hola los míos: sus, vengan aquí el fuego y el hierro: quemad y exterminad.»

cuerdas, y apilado leña seca en torno suyo, cuando Olindo, mancebo de la ciudad y cristiano también, que ha tiempo ama á Sofronia en silencio y sin esperanza, acude á reclamar para sí el suplicio, confesándose reo del crimen de que se acusa su amada. Por vez primera los ojos de Sofronia se posan humanos y compasivos en el desdichado amante, á quien exhorta á desistir de su generoso artificio. Pero el iracundo rey grita: «Creo á los dos»; y en efecto, sujetan á Olindo al mismo poste que á Sofronia, y en derredor el verdugo enciende y atiza la devoradora llama. Entonces Sofronia responde á las quejas ternezas que la dice Olindo con esta severa octava, digna de Beatriz, y templada al final con un amoroso y extático arranque:

.....
 Amico, altri pensieri, altri lamenti
 Per più alta cagion il tempo chiede.
 Che non pensi a tue colpe, e non rammenti
 Qual Dio prometta ai buoni ampia mercede?
 Soffri in suo nome, e sian dolci i tormenti,
 E lieto aspira alla superna sede.
 Mira il ciel com' e bello, e mira il sole,
 Ch'a sè par che n'inviti e nè consolo.

(Ger. C. II.) (1)

Algunos críticos tachan de amanerada y fría esta exhortación, que tan bien dice con el carácter austero, grave y contemplativo de Sofronia. Olindo, más débil, más tierno, es todo pasión; Sofronia sonríe estoica-

(1) «Amigo, la ocasión pide, por altos motivos, otros pensamientos y otras quejas. ¿Por qué no piensas en tus culpas, y no recuerdas el premio soberano que Dios ofrece á los buenos? Sufré en el nombre de Dios, y séante dulces las torturas, y aspira alegremente á la silla en el Empireo. Mira cuán hermoso está el cielo, y mira el Sol, que parece que, consolándonos, nos llama á sí.»

mente ante la muerte, y su amante llora las delicias que deja con la vida. Al momento en que las lenguas de fuego de la pira lamen la orla del traje de Sofronia, llega en su brioso corcel la arrogante guerrera Clorinda, muy respetada de Aladino, é interponiendo su valimiento, salva del suplicio á Sofronia y Olindo, que, unidos por el lazo de la mutua abnegación, son esposos.

Clorinda es magistral creación de Tasso. Doncella andante, cuyo brazo fortísimo temen los varones en la lid; cuya belleza y recato envidian las mujeres, no soñó nunca la caballería figura más gallarda que la de Clorinda, ni fin más poético que su fin. Al lado de la fuerte heroína, contrastando con ella, se destaca otro tipo femenino, no menos interesante: el de Erminia. Erminia, tímida, dulce, asustadiza y graciosa como gacela joven, prendada y transida de amor, idílica y elegíaca en su melancolía; y Clorinda, denodada, resuelta, leal, inteligente y noble, ajena á las flaquezas de su sexo, con alma de fuego, músculos de acero y sentidos de nieve, se realzan recíprocamente como la perla nacarada y el puro diamante. Clorinda es más digna; Erminia más suave: Clorinda tiene algo de Juana de Arco, sobre todo al morir, cuando la alumbró la luz de la fe, Erminia se asemeja más á Briseida, la amante cautiva de Homero. Ambas son en su género perfectas: dudo que la fantasía pueda jamás crear dos personajes tan idealmente dramáticos como Erminia y Clorinda.

Sólo el genio atina con incidentes tan naturales y encantadores como la escena en que Erminia se disfraza con las armas y arnés de Clorinda para penetrar en el campo de los Cruzados y poder informarse de si está herido Tancredo, á quien rindió apasionadamente su voluntad desde que en la toma de Antioquía, donde reinaba el padre de Erminia, el paladín cristiano salvó á la pagana princesa vida, riquezas y honor.

LA LATINA

.....
 L'onorò, la servi, di libertate
 Dono le fece il cavaliere egregio,
 E le furo da lui tutte lasciate
 Le gemme, e gli ori, e ciò ch'avea di pregio.
 Ella vedendo in giovinetta etate
 E in leggiadro semblante animo regio,
 Restò presa d'amor.....

(Ger. C. VI.) (1)

La rendida doncella, espiando desde alta torre del alcázar de Jerusalem, ve de continuo el real y campamento de los Cruzados, donde se halla su bizarro caballero; y cuando vienen á las manos sitiados y sitiadores, y Erminia presencia desde su atalaya la sangrienta pugna, tiembla de pavor de ver caer á Tancredo bajo los golpes de sus adversarios. Desasosegada otras veces por la imaginación, piensa que se halla Tancredo malherido, y que sólo las hierbas y medicinas aplicadas por su cariñosa mano pueden curarle. En estas angustias, apretada ya del afán más que contenido del recato, no pudiendo hallar reposo mientras por sus ojos no vea á Tancredo sano, salvo y libre de todo peligro en su tienda, divisa colgadas en trofeo la sobrevesta y bruñidas armas de Clorinda, vista que le arranca un suspiro de impaciencia y envidia. ¡Dichosa, piensa Erminia, la fuerte doncella! ¡Ella dichosa, á quien la larga faldamenta no estorba el paso, ni roban la libertad envidiosos muros! ¡Feliz ella, que si quiere ir adonde su deseo la dicta, no tiene que pararse roja de vergüenza y timidez! ¿Por qué el Cielo no me ha dado á mí ánimo viril

(1) «El egregio paladin la honró, la sirvió, la concedió libertad, dejándole además cuanto oro y perlas y joyas poseía. Ella, al ver en edad juvenil y en lindo rostro ánimo tan noble, quedó cautiva y enamorada.....»

y miembros robustos que puedan sufrir cota, casco y militares arreos?

Con estas quejas y otras no menos dolientes, desahoga Erminia su inquietud, hasta que la asalta la idea de vestir las armas de Clorinda, y á favor de tal disfraz penetrar en el campo cristiano. Espoleada de su deseo, ofende con duro yelmo la dorada guedeja, martiriza la delicada garganta con rígida gola, esconde la nivea mano en herrado guantelete, y ayudada de las tinieblas nocturnas y fingiéndose la heroína, sale de la ciudad sin mover á desconfianza á guardas ni centinelas, hechos á que la intrépida guerrera muchas veces pasase las puertas á deshora para llevar á cabo alguna hazaña en el real enemigo. Mas no bien se desvía Erminia de las murallas de Jerusalem y se halla frente á frente con la medrosa sombra y el llano solitario, comienza á entender la temeridad de su intento y á darla terribles vuelcos el turbado corazón. Con todo, no retrocede: que sería maravilla retrocediese mujer puesta en tal caso. Sigue su rumbo, aunque azorada, y presto comienza á descubrir los pabellones de los Cruzados. He aquí cómo el poeta describe el bello y sereno paisaje y el apacible esplendor de la quieta noche:

.....
Era la notte, e l' suo stellato velo
Chiaro spiegaba e senza nube alcuna.
E già spargeba rai luminosi, e gelo
Di vive perle la sorgente luna (1).
.....

(Ger. C. VI.)

Entre el *silenzio amico*, entre el sosiego nocturno y la

(1) « Era la noche, y su estrellado velo se desplegaba claro y sin la menor nube; y ya esparcía luminosos rayos y escarcha de vivas perlas la luna que asomaba..... »

magnificencia de la tranquila naturaleza, el enamorado corazón de Erminia se desborda y surge de sus labios el hermoso y natural arranque:

.....
 ¡O belle agli occhi miei tende latine!
 Aura spira da voi, che mi ricrea (1).

(Ger. C. VI.)

Toda esta escena de Erminia es encantadora, así como la serie de emociones, tan lógicas y verdaderas, que agitan á la doncella, las alternativas de arrojo y temor por que va pasando desde su primera y arriesgada resolución de vestir las armas, hasta su terror y fuga cuando los escuchas y forrajeadores del ejército la toman por Clorinda y la persiguen. La nocturna expedición de Erminia está calcada de lo vivo, estudiada en el alma misma de la mujer. Es un episodio del poema del sentimiento, rico é inagotable en inspiración verdadera. No falta quien crea que tan interesante pasaje de LA JERUSALEM es impropio de una epopeya, por su carácter lírico y subjetivo; pero—sobre que el tono de la obra de Tasso es siempre un lirismo elevado á lo heroico, y, por consecuencia, el episodio de Erminia se halla en armonía con el resto del poema—bien pudiéramos decir que en toda epopeya se halla alguna nota puramente lírica que suele realzarla: tal es la tierna depedida de Andrómaca en la *Iliada*, los infelices amores de Dido en la *Eneida*, la historia de Francesca en el *Infierno*. No de otro modo vemos engarzada en resplandeciente diadema de oro una perla.

Erminia es hija legítima de la mente de Tasso, lírica

(1) «¡Oh, tiendas latinas, hermosas á mis ojos! El aura que exhaláis me recrea.....»

y gemidora como ella. En la mal pagada pasión que arrastra á Erminia hacia Tancredo, parece que se refleja la del poeta por Leonor, afecto quejoso y triste, en cuya misma melancolía bebe el alma dulzura inefable. No es apetito ó antojo fugaz que trata de hallar satisfacción, sino anhelo del alma, especie de elegía continua, sueño perpetuo que erró el camino, tomando por ideal á un ser terrestre. Es afán ultramundano, fantasma cuyas alas de éter y luz se quiebran entre los dedos de la realidad; y así como el espíritu de Dante, volando por cima de Beatriz, se dirige á la infinita inteligencia, así el de Tasso, dejando atrás á Leonora, aspira á arribar á las esferas del infinito Amor. De suerte que Dante, alumbrado por el raciocinio, piensa y especula, y Tasso, rendido por la emoción, se declara presa de un *non so ché*, un ansia indefinible, obscura, profunda, que se evapora en suspiros, lágrimas, ternezas, elegías é idilios. Es toda la Edad Moderna que se anuncia con sus misterios, sus inquietudes, sus dolores.

En efecto; hasta la poesía campestre y pastoril, tan risueña, embalsamada y fresca en los clásicos antiguos, es en la lira de Tasso patética y doliente. Ni la rústica zampoña, ni la silvestre avena, resuenan en sus versos con el alegre tono que en los de Virgilio. Un velo de melancolía se tiende sobre las galas del prado y del otero cuando Erminia, huyendo precipitadamente y á uña de caballo de los cruzados que la dan caza, se pierde en los intrincados senderos de un espeso bosque, y viene á dar á la cabaña de unos pastores. Al furioso galope de su corcel, cruzada la selva, hállase la azorada doncella orillas del Jordán, en un retiro amenísimo, donde al amanecer, entre el canoro piar de las avecillas, el blando murmurio del agua, á la sombra de floridos y frondosos arbustos, topa con un anciano pastor, rodeado de tres hermosos niños que can-

tan. Mientras ellos elevan su voz pura, la Naturaleza los festeja con los esplendores del día que despunta radiante. Saltan los plateados peces en las claras ondas, los cabritillos pacen la hierba mullida y sabrosa, los rosales silvestres, cuajados de leve rocío, derraman fragancia, y en parca mesa dispuesta para el desayuno humean los toscos cuencos, repletos de tibia y espumosa leche. Erminia, acogida con cariño por la sencilla gente que allí vive ignorando el estruendo bélico, y por el viejo pastor, desengañado del mundo, depone la grave ajena armadura, y acomodándose á ocupación más conforme á sus gustos, viste el pellico y el zagalejo de pastora, y con el cayado aprende á traer al redil las ovejuelas, que, dóciles á su voz, la siguen por aquellas soledades. Entonces Erminia asocia la apacible campiña á sus quejas y dolores. Los valles repiten sus querellas; los mansos arroyuelos beben sus cristalinas lágrimas; el ganadillo con balido suave corea sus suspiros; las rocas, menos insensibles que el corazón del paladín, devuelven con eco fiel sus lamentaciones, y los troncos nudosos de los árboles ven entallado en su corteza el nombre de Tancredo. Así, en vez de la musa de la antigua égloga, ceñida de espigas y amapolas, que en su mano ostentaba la colorada poma y rubio racimo, inspira á Tasso el genio lastimero de la elegía campestre, y su alma entristecida llora en el mismo cáliz de las flores y en la misma hermosura de la Creación.

VIII

Complemento del carácter de Erminia y del ideal de Tasso es Tancredo. Encarnación del espíritu caballeresco, Tancredo tiene, como Erminia, alma excesivamente

apasionada y lírica. El mismo culto exaltado que la princesa de Antioquía consagra al generoso paladín, dedica éste á la indiferente y fiera Clorinda, en cuyo peto de acero se embotan los dardos del ciego rapaz. La afición desdichada de Tancredo á Clorinda presta á Tasso asunto para dramáticos episodios, en que la magia de la fantasía compite con lo profundo del sentimiento. La pintura no puede copiar escena más bella que la del primer encuentro de Tancredo con Clorinda, rápida y felizmente descrito en el canto I de LA JERUSALEM. El día en que Tancredo hubo vencido á los persas tras encarnizada y larga batalla, cansado ya de perseguir á los fugitivos, ebrio del júbilo de la victoria, pero rendido á punto de muerte, desvióse algo de los suyos, y abrasado de sed, fué en busca de un manantial en cuyas aguas se refrigerase y bañase rostro, manos y labios, que tenía cubiertos de polvo y sangre denegrida. Al fin, en un lugar apartado y sombrío, pudo advertir que entre verdes matas retozaba una fuentecilla cristalina; pero al intentar beber de sus linfas apareciósele de pronto peregrina y majestuosa figura, que tomaría por armado mancebo, á no declarar el sexo femenino la mucha hermosura del rostro, y lo largo, suave y brillante de los cabellos, que traía sueltos en undosos rizos, libres del casco. Duró la visión breve instante: conoció Tancredo que la doncella iba como él en busca de las claras ondas, y que era del bando pagano; pero aun no bien había podido informarse de la gentileza y brío de la guerrera, cuando ésta, llena de ardimiento y arrogancia, y calado de nuevo el yelmo, atacó al paladín: y no lo pasaría bien el ya amartelado galán, á no llegar sus compañeros, con cuya proximidad se puso en salvo la altiva virgen, huyendo por no caer prisionera.

Desde el punto y hora en que Tancredo conoce así á Clorinda, siente por ella las mismas angustias que Er-

minia por él. Clorinda es para Tancredo la suspirada Dulcinea, la dama de sus pensamientos: á ella se encomienda antes de entrar en la lid; por ella aspira á cubrirse de gloria peleando. Es la abnegación caballeresca en su mayor grado. No alimenta Tancredo la esperanza, tan natural sin embargo, de hacerse dueño de Clorinda mediante la toma y rendición de Jerusalem; antes piensa ofrecerse á la guerrera como esclavo, cautivo y sujeto á toda su voluntad. Al mismo tiempo, cual por misterioso y fatal impulso, las lanzas de Tancredo y Clorinda se buscan y tropiezan siempre en el combate. En la primer escaramuza que á la vista de Jerusalem riñen paganos y cruzados, hállase Tancredo frente á frente de la heroína, cuya visera salta á un lanzazo del príncipe, que se queda aterrado al ver esparcirse y flotar la rubia crencha ya admirada en la fuente. Ni por revolver su bridón y tornar al campo con muestras de afrentosa fuga, puede evitar la pelea, pues Clorinda le sigue, tratándole de cobarde. Al fin él, con propósito de declarar á Clorinda su pensamiento, la reta á singular batalla en un sitio apartado, género de cita á que Clorinda acude de muy buena gana. Ya la bizarra guerrera había tomado la ofensiva, dirigiendo su espada al pecho del paladín, cuando éste hace la triste y doliente confesión de su amor. Ni una palabra de Clorinda otorga Tasso al rendimiento de Tancredo: cuando está narrando sus cuitas, sobreviene golpe de gente infiel y cristiana combatiendo, é interrumpe el discurso. Va un cruzado á atacar á Clorinda, queriendo herirla el desnudo cuello, y Tancredo, con furia, se arroja á defenderla; mas así que Clorinda se ve libre de tantos enemigos, derechamente se vuelve á la batalla, y lucha como una leona, sin acordarse ya para nada de los extremos y quejas del príncipe.

Hay profundo atractivo en tan gallarda figura de

amazona, por otra parte sensible, compasiva y afectuosa pero libre de las flaquezas, achaques y caídas femeniles. Nos cautiva en Clorinda la magnanimidad con que salva la vida de Olindo y Sofronia, y es imposible no advertir el latido de un corazón de mujer en el interés por los dos jóvenes infelices condenados á horrible suplicio. Asimismo es un toque delicado la amistad protectora y vigorosa que á Erminia profesa la guerrera; amistad que estriba en la fuerza por una parte, por otra en la debilidad. Las dos rivales, que ignoran del todo los sentimientos de Tancredo, se quieren tiernamente, y una sola habitación, un lecho solo basta para entrambas. ¡Qué vivo contraste forman! Erminia, impresionable y lánguida, vive soñando con Tancredo: Clorinda, apenas asoma el alba, deja las blandas plumas, requiere su caballo, y se lanza al combate ansiosa de lucha y gloria. Erminia es más humana, está más al nivel general: Clorinda es una creación fantástica, pero de cumplida y perfecta hermosura. Junta las cualidades más nobles del varón, realzadas con la pureza y el pudor femeninos. Es un Aquiles hembra, muy superior al héroe de Homero; Aquiles libre de pasiones, cólera é infantiles arrebatos. No hay que dudar que el tipo de Clorinda está fuera de la realidad, y en cierto modo sobre ella; ni negaré que parece anacrónica é inverosímil la aparición de un alma tan fuerte, elevada y pura como la de Clorinda en aquellas regiones orientales que se distinguieron por la decadencia, abatimiento y servidumbre de la mujer. No era probable que Clorinda mantuviese su enérgica dignidad entre musulmanes, ni creible que éstos la circundasen del respeto y galantería que Tasso finge. Hay que considerar, pues, á Erminia como hija de la observación, y á Clorinda como engendro de la fantasía del poeta. Quiere Tasso explicar el carácter de Clorinda, suponiéndola hija descono-

cida del rey de los etíopes, monarca que sigue la ley de Jesús, y revelándonos que por las venas de la casta doncella corre sangre cristiana. En verdad que si el agua del bautismo no ha humedecido aún su frente, Clorinda lleva cierto sello natural de cristianismo, así en la austeridad de sus costumbres, como en la alteza de sus pensamientos y aspiraciones.

Fué cara al siglo xvi la concepción de la doncella andante, de la mujer hermosa y denodada, que con viril esfuerzo asalta ciudades, rompe lanzas y riñe batallas, sin perder la delicadeza y gracias del sexo. De las tradicionales guerreras del paganismo se pasó á las heroínas de la caballería, las Bradamantes y Marfisas del Ariosto, las Britomarcias, las Castianiras, las Orianas, tipos ideales que la literatura vestía con sus mejores galas y romántico atavío (1). Mas ninguna de las creaciones de mujeres militares llega en nobleza y encanto á la altura de la Clorinda de Tasso. Para fundar el valor temerario y las aficiones belicosas de Clorinda, supona el poeta que en la infancia una fiera tigre la ofreció el jugo de sus pechos, y describe así la interesante escena en que la tierna criatura, risueña y descuidada, hiere con sus manecitas las ubres de la hircana bestia:

.....
Giunse l'orribil fera, e la superba
testa volgendo, in te lo sguardo intese.
Mansuefeco e raddolcio l'acerba
vista, con atto placido e cortese.
Lenta poi s'avvicina, e ti fa vezzi
colla lingua, e tu ridi, e l'accarezzi.

(1) De tal suerte excitó las imaginaciones en el siglo xvi el personaje de la doncella andante, que una gran poetisa francesa, Luisa Labé, fué autorizada por sus padres para tomar parte, á los diez y seis años de edad, en el sitio de Perpiñán, con armas y caballo, y bajo el nombre de *capitán Loys*.

Ed ischerzando seco, al fero muso
la pargoletta man sicura stendi,
ti porge ella le mamme, e come e l'uso
di nutrice, s'adatta, e tu le prendi... (1).

(Ger. C. XII.)

Así es que Clorinda, cuya intrepidez afrenta la de los veteranos encanecidos en los campos de batalla, desde la edad primera aprende á manejar diestramente el caballo, á desafiar las inclemencias del tiempo, los rigores del frío, del hambre; y, en suma, todas las fatigas militares. Como Diana, acosa al jabalí y al gamo en la selva; como Pentesilea, lanza la flecha voladora, rauda y certera, al apetecido blanco. En los encuentros que se suceden ante los muros de Jerusalem, la espada de Clorinda es la esperanza de los sitiados; su dardo es el único que consterna á los cristianos, hiriendo á Godofredo. Mas el instante en que el carácter de Clorinda se muestra hondamente dramático y conmovedor, es el de la muerte. Entonces se ve de un modo claro la elevación del espíritu que mora en su gentil cuerpo. Clorinda, repartiendo tajos y mandobles, peleando con arrojo ciego, pudiera ser hasta vulgar; pero Clorinda, expirante y recibiendo el bautismo, es sublime.

En el episodio de la muerte de Clorinda, embellece Tasso con las tintas del sentimiendo más exquisito una escena harto frecuente en los libros de caballería: la del singular y nocturno combate en que los adversarios luchan sin conocerse, hallándose á veces tristemén-

(1) «Llegó la horrible fiera, y volviendo la soberbia cabeza, clavó en ti la mirada. Con plácida y cortés muestra, amansó y endulzó la dura vista. Acercándose después lentamente, te halagó con la lengua, y tú riendo la acariciaste. Y jugando con ella, tendiste serena tu mano infantil á su fiero hocico; ella entonces te presentó las tetas, y á manera de nodriza, se inclinó, y tú las tomaste.»

te sorprendidos al asomar la luz de la aurora, que les muestra en el del respectivo antagonista el rostro de un compañero ó hermano de armas: escena admirablemente ridiculizada por nuestro Cervantes en la donosa aventura del Caballero de los Espejos. Clorinda, que de noche sale de Jerusalem á incendiar los ingenios y máquinas de guerra de los cruzados, atrevida empresa que realiza con éxito y resolución extraña, es acosada entre las sombras por Tancredo, que no la reconoce por haberse vestido la doncella negra armadura, muy diferente de la que de ordinario usaba; y el secreto impulso que siempre arrastra al paladín, le mueve á retar á Clorinda y á elegir un sitio retirado para reñir con ella. Síguense angustiosas las peripecias del combate fatal, en que parece que Tancredo, con empeño loco, busca su propio corazón para traspasarlo, su propia alma para agobiarla de remordimientos. Pelean los adversarios cuerpo á cuerpo como leones: tres veces ciñe Tancredo con sus brazos en fiero nudo el talle de Clorinda, y tres con sobrehumano esfuerzo se descíñe ella estrechando al campeón. Caballerescamente pregunta Tancredo el nombre de tan brioso adversario, y Clorinda con altivez se niega á pronunciar la frase que haría caer de rodillas á su enemigo. Al fin Tancredo, casi agotadas ya sus fuerzas, logra hundir el hierro en el seno de Clorinda, y tibia ola de sangre inunda la cota y sobrevesta de la doncella. Entonces ésta, sintiéndose fallecer, con santa inspiración pide el bautismo que regenera, y la primera palabra que, herida, exangüe, moribunda, dirige á su vencedor y matador, es una palabra varonil: «Amigo.»

.....
 Amico, hai vinto: io ti perdon... Perdona
 tu ancora, al corpo no, che nulla pava,
 all' alma si: deh per lei prega, e dona

battesmo a me, ch'ogni mia colpa lave.
 In queste voce languide risuona
 un non so che di flebile e soave
 ch' al cor gli serpe, ed ogni sdegno ammorza,
 e gli occhi a lagrimar g'linvoglia e sforza (1)

(Ger. C. XII.)

Con tan tierna octava comunica Tasso su dolor á cuantos leyeren; pero aun conmueve más la desesperación de Tancredo cuando, al descenir el casco del vencido, descubre el semblante de Clorinda. La escena es profundamente elegiaca, y el poeta halla asimismo dulcísimos versos, felices imágenes, para pintar el sereno tránsito de la guerrera:

.....
 D' un bell pallore ha il bianco volto asperso
 come a gigli sarian miste viole
 e gli occhi al cielo affisa, e in lei converso
 sembra per la pietade il cielo e l' sole:
 e la man nuda e fredda alzando verso
 il Cavaliere, invece di parole
 gli da pegno di pace. In questa forma
 passa la bella donna, e par che dorma (2).

(Ger. C. XII.)

(1) «Amigo, venciste: yo te perdono. Perdona tú también, no al cuerpo, sino al alma: ruega por ella, y dame bautismo que lave todas mis culpas. En estos lánguidos acentos resonaba un no sé qué suave y flébil, que serpeaba por el corazón de Tancredo, apagando toda cólera y moviendo á los ojos á llorar.»

(2) «Está su blanco rostro cubierto de bella palidez, cual si las violas se mezclasen con los lirios; y fijos sus ojos en el cielo, parece que cielo y sol se vuelven hacia ellos con compasión. Y alzando la desnuda y fría mano hacia el caballero, en vez de hablar, le hace señal de paz. Asi expira la hermosa, y parece que duerme.»

Si este pasaje no es épico, es lo supremo del lirismo, de lo patético y de lo triste. Es la sencillez de las primitivas emociones, traídas de su fuente más honda y pura; á saber: el dolor. La musa no busca ya galas, ni artificio, ni aparato, sino la nota sincera del sentimiento. Tras la congoja que causa el combate á muerte de Tancredo y Clorinda entre las tinieblas y el pavor nocturno; tras la impresión profunda que produce aquella pelea sin cuartel, en que sudor de angustia y bascas de agonía acometen á los adalides, comunicándose al corazón del que lee, se experimenta calma letal, doloroso éxtasis, paz fúnebre, al ver lucir el alba iluminando el pálido rostro de Clorinda muerta.

No aciertan los críticos que dicen ser el carácter de Clorinda una esfinge, un enigma, claro y humano sólo en el punto de la muerte. Bien trivial se ha hecho ya la afirmación de que la mujer es Galatea, y amor el Pigmalión que la anima y transfigura. Mirada la naturaleza femenina desde uno solo de sus aspectos, no lo descuto; mas ahí está la historia para mostrarnos á veces tipos vaciados en el molde de Clorinda, que desdeñan el egoísta subjetivismo de la pasión y viven en la esfera objetiva del amor de patria y del entusiasmo de la gloria. ¿Quién soñará en apellidar esfinge y enigma á Juana de Arco, porque no se prendó de ninguno de los galantes señores franceses que la rodeaban? ¿porque pensó y vivió tan sólo para Dios, para su invadida tierra, para su misión providencial? Clorinda, tal cual la concibe Tasso, pertenece á la raza de seres superiores que llevan en sí fuerza, actividad, inteligencia y temple moral suficientes para respirar con desahogo en la elevada atmósfera del heroísmo. Clorinda, la bizarra guerrera, no puede ser juguete, como Erminia, de los ardides del corazón. Clorinda es verdaderamente épica; y aun en su hermosa muerte la melancolía y las lágrimas se que-

dan para el espectador; ella vuela dichosa á la inmortalidad.

Reinaldo es el personaje en quien el poeta de LA JERUSALEM ha concentrado más el interés, y á quien ha otorgado papel más importante en el desarrollo dramático de la acción. Es á la vez Reinaldo figura simbólica y realidad animada y viviente. Representa la naturaleza humana decaída por la culpa, fluctuante y dudosa entre los dos caminos que se ofrecen á su planta—el del mal, ancho, llano y orlado de verdor y flores, y el del bien, angosto, guarnecido de zarzales, sembrado de abrojos y piedras—y al cabo regenerada por la penitencia y el arrepentimiento. Reinaldo personifica la raza de Adán, la eterna lucha del deber y el apetito, cuyo teatro es el alma del hombre, seducido é iluso por aquellas falsas imágenes que no cumplen lo que ofrecen, de que habla Beatriz á Dante. Muéstrase Reinaldo impetuoso, colérico, resuelto y noble, de condición altanera y leal, de fantasía viva y ardiente. En su espíritu hay rectitud y en su conciencia vigor; sucumbe á la tentación, pero una voz protesta allá en lo más íntimo de su ser contra el yugo momentáneo del pecado. Reinaldo vive en la esfera del mal como el pez viviría en el aire ó el ave en las olas: fuera de su elemento, congojado, ahogándose. Sin embargo, no acierta por sí solo á volver á su verdadero centro, y es fuerza que mano vigorosa, divina, le auxilie haciendo cesar el conflicto. Conflicto interior cuyo espectáculo es siempre interesante, cualquiera que sea su desenlace, puesto que vemos en él confirmarse nuestra libertad de albedrío; y que fortalece y eleva, cuando como en Segismundo, en Aquiles, en Reinaldo, termina con la victoria y la purificación del alma. Los tres caracteres caballerescos de LA JERUSALEM son los tres grados de la virtud: Godofredo, cristiano perfecto, casi santo, tan inmaculado y cándido como su

alba sobrevesta; Tancredo, cumplido paladín, enamorado de un ideal, de una representación superior que cree hallar en la tierra porque sus fuerzas no alcanzan á buscarla en el cielo; Reinaldo, mancebo fogoso, terreno virgen que produce cizaña y malas hierbas, pero que brinda al cultivador cosecha de ricos frutos. Tancredo se asemeja al poeta mismo: Tasso, soñador y melancólico, ni poseía la extraordinaria altura moral de Godofredo, ni se dejaba arrastrar, como Reinaldo, á los últimos abismos del vicio. A los tres tipos masculinos corresponden exactamente otros femeninos: Clorinda, pura y fuerte como Godofredo; Erminia, idilica, tierna y flébil como Tancredo; Armida, poderosa naturaleza capaz de lo malo y de lo bueno, como Reinaldo.

Éste, desde que se presenta, es descrito por Tasso con rasgos y toques seductores. Niño casi, brotándole apenas suave y temprano bozo, despunta ya entre los guerreros cruzados.

.....
 Ma il fanciullo Rinaldo, e sovra questi
 e sovra quanti in mostra eran condutti
 dolcemente feroce alzar vedresti
 la regal fronte....
 L'eta precorse, e la speranza; e presti
 pareano i fior, quando n'uscìro i frutti.
 Se l' miri fulminar nell' arme avvolto
 Marte lo stimmi; Amor, se scopre il volto (1).

(Ger. C. I)

En tan gentil mozo, lindo como una dama y arrogan-

(1) «Mas sobre todos éstos, y sobre cuantos en las filas militaban, vierais al niño Reinaldo alzar con dulce fiera la regia frente... Adelantóse á la edad y á las esperanzas; y parecía que asomaban las flores, cuando brotaron los frutos. Si le miráis resplandecer cubierto con sus armas, le tomaréis por Marte; pero si descubre el rostro, le creyerais el Amor.»

te y valeroso como un Cid, tiene puesta su esperanza el ejército de Godofredo: cuando le ven pasar por entre las tiendas del campamento, con marcial apostura, los soldados cobran ánimo, cual si militase en su compañía un ángel fuerte y bello, de invencible espada. Aunque Reinaldo vibre homicida acero contra Fernando, y manche de sangre el estandarte de la Cruz; aunque caiga y se enrede en los lazos y trampas de Armida, deja presentir que rescatará tales faltas con grandes acciones. El canto de las falaces sirenas no transformará á Reinaldo en fiera ó en pez, como á sus compañeros, ni le encenagará para siempre en vida torpe y vil; antes el gallardo doncel sabrá romper las redes, conjurar el hechizo, sacudir el letargo y alzarse, llagado y maltrecho, pero firme y animoso. El espíritu de Reinaldo está siempre pronto, aunque la carne flaquea y desfallezca.

Los mismo errores de Reinaldo no carecen de numerosas circunstancias atenuantes. El homicidio de Fernando se origina de un arrebato de cólera, que Fernando provoca con su insolencia y descomedimiento; en cuanto á las seducciones de Armida, no hay para qué explicar lo fuertes y terribles que eran para un mozo fogoso como Reinaldo, en el verdor de las pasiones.

Por señas que aquí no es posible cerrar los ojos á la verdad, callando una condición del poeta de las Cruzadas, que los críticos unánimes declaran y reconocen. La blanda musa de Tasso, toda música, toda halago, toda cadencia, parece que no despliega sus facultades más ricas hasta que se hace cómplice de la magia y artificios de Armida la encantadora. No pidamos á Tasso la austera energía, la severidad implacable con que Dante fustiga los vicios, llamándolos por su nombre, arrancándoles el velo con que la ilusión y la flaqueza los encubren, y poniendo patentes la fealdad y horror del

mal. Tasso, en alas de la fantasía y á impulsos de su instinto suave, galano y artístico, borda y recama de frescas guirnaldas y brillantes rosas el tejido de la culpa en que incurre el paladín de Cristo. ¡Qué abismos tan cubiertos de amenidad, verdura y flores! ¡Qué lazos y nudos tan sedosos, regalados y dulces! ¡Qué galanura en las descripciones felicísimas de la deleitable naturaleza, que, pérfida encubridora de los propósitos de Armida, envuelve, cerca y cautiva á Reinaldo, embelesando sus sentidos! Valles misteriosos y recónditos, leves colinas, grutas sombrías, frescos y celestes lagos, selvas pobladas de rumores confusos y de agrestes inaccesibles retiros, praderías con orla de sauces, caminos tapizados de arenas menudas que al sol centellean como pajuelas de oro: todo con arte dispuesto, pero sin que la mano del arte se adivine; gimiendo ya los árboles bajo el peso de sus maduras pomas, cuando aun espolvorea su ramaje la cándida nieve de los pétalos floridos; cubierta la viciosa vid de racimos en agraz y de piñas purpúreas ya henchidas de miel; ruiseñores que trinan y gorjean al plateado resplandor de la serena luna; brisas que hacen melodiosamente suspirar las enramadas; fuentes que destrenzan su clara linfa y corren sobre guijas áureas, saltando aquí vueltas en menudo aljófara, acullá formando un remanso, en que garridas ninfas se bañan y retozan; palomas que tiernamente se arrullan; arbustos que saturan la atmósfera de embriagadoras esencias, y, finalmente, el pájaro extraño, de soberbio y resplandeciente plumaje, que agregando á tantos hechizos el de la poesía, canta la incomparable balada de la rosa:

.....
 Deh mira (egli cantò) spuntar la rosa
 dal verde suo modesta e verginella,
 che mezzo aperta ancora e mezzo ascosa,

quanto si mostra men, tanto e più bella.
 Ecco poi nudo il sen, già baldanzosa
 dispiega: ecco poi langue, e non par quella:
 quella non par, che desiata avanti
 fu da mille donzelle, e mille amanti.
 Così trapassa al trapassar d'un giorno
 della vita mortale il fiore e l'verde:
 ne perchè faccia indietro april ritorno
 ne si rí fiora mai, ne si rinverde.
 Cogliam la rosa in sul matino adorno
 di questo di che tosto il seren perde:
 cogliam d'Amor la rosa, amiamo or, quando
 esser si puote riamato amando (1).

(Ger. C. XVI.)

El fondo materialista y epicúreo de esta célebre balada se transparenta á despecho de la suprema belleza de la forma. Es un epicureísmo melancólico, doliente, condensado en el famoso sofisma de la pasión, «goce-mos, que la vida es corta; apresurémonos». Los poetas italianos del Renacimiento gustaron del tema de la rosa, considerada como símbolo de la brevedad de la humana vida, y de la efímera y caduca gloria de la belleza: idea pagana, que ya Safo y sus imitadores latinos expresaron en composiciones líricas. Pero nadie redondeó tanto el pensamiento, ni le dió intensidad y gala-

(1) «Mira (cantó) cuál despunta la rosa, modesta y virginal, entre sus verdes hojas y, medio abierta y medio oculta, cuanto menos la vemos, más bella parece. Mas he aquí que, desnudo el seno, se despliega ya atrevida: he aquí que en pos languidece, y ya nadie la creyera aquélla, antes tan deseada de mil doncellas y de mil amantes. Así pasa, al pasar un día, la flor y el verdor de la vida mortal; y aunque de nuevo torne Abril, no refflorece ni reverdece ella nunca. Cojamos la rosa en la frescura matinal de este día que tan presto pierde su brillo; cojamos la rosa de amor; amemos, hoy que nuestro amor puede hallar correspondencia.»

nura como Tasso. Nadie vistió un concepto tan bello con frase tan hermosa y dulce.

En los fantásticos jardines dispuestos por Armida para que el paladín apure el bebedizo que turba la razón, yace Reinaldo cautivo y ebrio, olvidado del deber y de la gloria; pero no bien divisa á los compañeros que vienen á recordarle su obligación y la cruz que en el pecho ostenta, transírmase el mancebo, y por sus venas corre nueva sangre y nuevo espíritu. Semejante al generoso corcel que, suelto largo tiempo hace en la pradera, al escuchar los ecos del clarín, alza el hocico dilatado, y trémulo, sacude las crines y aguza las orejas impacientes, Reinaldo se estremece de entusiasmo al oír cómo es esperado en el campamento para expugnar la ciudad santa. Saludable vergüenza enrojece sus mejillas: después, el fuego del ardor bélico borra la púrpura del rubor. Ni son parte á detener á Reinaldo en el fatal paraíso de la encantadora isla las lágrimas, quejas y extremos de Armida, que, presa en sus propias redes, adora ya en el paladín y se opone á su marcha con ruegos y ternezas capaces de ablandar las rocas y derretir los hielos de las cumbres. Armida, que aparece tan odiosa en el campo cruzado, sonsacando y distrayendo con blanda risa y falsos halagos á los cristianos caballeros, mueve á lástima cuando tendida en la desierta playa, revolcándose en la húmeda arena, se mesa el dorado cabello, hiere y ofende el rostro, y puebla el aire de gemidos, no escuchados sino de los sordos escollos y arrecifes, y del mar inmenso que, plañidero, se estrella á los pies de la infelice abandonada. Tal es el cruel castigo de la maga traidora. Ejerció sus artes en los desprevenidos cruzados: á los unos trocó en bestias, á los otros hizo renegar de su fe: sembró entre ellos la discordia, el odio, las malas pasiones; vendida á los poderes del Infierno, sedujo á Reinaldo

para robar á Cristo el mejor campeón,—mas á pesar de sus artes, rindióse y vino á ser por el cariño esclava de su propio cautivo. Humillada, arrastrándose y de rodillas, se ofrece á seguir á Reinaldo como sierva, como escudero:

.....
 Sarò qual più vorrai, scudiero o scudo
 non fia ch'in tua difesa io mi risparmi.
 Per questo sen, per questo collo ignudo
 pria che giungano a te, passeran l'armi... (1)

(Ger. C. XVI.)

Sostiene á Reinaldo en tan terrible prueba fuerza superior, y Armida ve perderse en el horizonte la blanca vela del bajel que se lleva al paladín.

XI

El viaje de Carlo y Ubaldo al través del Océano para buscar á Reinaldo, es una de las inspiraciones más felices de LA JERUSALEM. La misteriosa isla en que Armida oculta al paladín, incidente tomado de la *Odisea*, carece por lo mismo de originalidad; pero la travesía de los dos campeones por los ignorados mares que se extienden más allá de las fatídicas columnas de Hércules, junta al prestigio de lo fantástico el palpitante interés de la realidad. Tasso, en la concepción del viaje de los dos paladines, abandona el servilismo clásico y se en-

(1) «Seré lo que tú prefieras: escudero ó escudo; no me verás ahorrir mi vida por defenderte. Por este seno y desnudo cuello pasarán las armas antes de llegar á ti.»

trega libremente al impulso juvenil de la nueva musa que por aquellos mismos años dictaba á Luis de Camoens las bellas octavas de su poema. Como agrada tanto consignar y recordar los homenajes que el genio tributa al genio, trasladaré las estrofas que Tasso consagra á elogiar á Cristóbal Colón:

.....
 Tempo verrà che fian d'Ercole i segni
 favola vile ai naviganti industri;
 e i mar riposti, or senza nome, e i regni
 ignoti, ancor tra voi saranno illustri...

—
 Tu spiegherai, Colombo, a un nuovo polo
 lontane sì le fortunate antenne,
 ch'appena seguirà cogli occhi il volo
 la Fama, ch'ha mille occhi e mille penne.
 Canti ella Alcide e Bacco; e di te solo
 basti ai posteri tuoi ch'alquanto accenne,
 che quel poco darà lunga memoria
 di poema dignissima e d'istoria... (1)

(Ger. C. XV.)

Tasso es en verdad poeta de épocas de decadencia social y literaria; pero la fuerza de su talento, dominando á veces la índole en general afeminada de sus versos, da de sí bellezas como las del viaje transoceánico, en que Carlo y Ubaldo, guiados por la mujer celestial, ven

(1) «Tiempo vendrá en que los mejones de Hércules sean fábula vil del industrioso navegante, y los remotos mares, que hoy no tienen nombre, y los desconocidos reinos, serán entre vosotros ilustres...» «Tú, Colón, dirigirás hacia nuevo polo la afortunada entena, tan lejos, que apenas podrá seguir su vuelo la Fama con sus mil ojos y mil plumas. Cante ella á Baco y á Alcides: que con poco que de ti diga á la posteridad, habrá de bastar para que deje largo recuerdo, digno del poema y de la historia.»

cual en radiante y profético sueño la oculta mitad del mundo iluminada por la luz de la verdad evangélica, y educada por las artes civiles y por la cultura europea. Ambos paladines, inflamados de entusiasmo con las revelaciones de la divina barquera y con el grandioso espectáculo que festejó sus atónitos ojos, hallan elocuencia natural para arrancar á Reinaldo, abochornándole, de los brazos de la maga. Síguelos Reinaldo, ardiendo ya en deseos de resarcir con altos hechos la degradante inacción en que yaciera; y al tocar la costa del país bendito de Palestina, dirígale el sabio esta persuasiva arenga, triaca del sutil y delicioso veneno que encierra la balada de la rosa:

.....
 Signor, non sotto l'ombra in spiaggia molle
 tra fonti e fior, tra ninfe e tra sirene
 ma in cima all'erto e faticoso colle
 della virtù, riposto é il nostro bene.
 Chi non gela e non suda, e non s'estolle
 dalle vie del piacer, là non perviene.
 Or, vorrai tu lungi dall'alte cime
 giacer, quasi tra valli angel sublime?

—
 T'alzó natura in verso il ciel la fronte.
 e ti diè spirti generosi ed alti,
 perchè in sù miri... (1)

.....
 (Ger. C. XVII.)

(1) «Señor, no á la sombra en amena comarca, no entre fuentes y flores, no entre sirenas y ninfas reside nuestro bien, sino en la pendiente y áspera colina de la virtud. El que no sufre frío y calor, y no se aparta del camino del placer, no llega allá. ¿Y querrás tú yacer lejos de las altas cimas, como sublime ave en los valles? La naturaleza alzó tu frente hacia el cielo, y te dió elevado y generoso espíritu para que mires á lo alto...»

Pero donde se completa y perfecciona la purificación de Reinaldo, es en la radiante madrugada en que, lavado ya de sus culpas por la penitencia, huella con lento paso el sacro y silencioso monte Olivete, y su alma goza las inefables alegrías de la convalecencia moral. Si en el momento de desprenderse de los brazos de Armida la llaga de su corazón brotaba sangre; si le asaltaban contrarios y tempestuosos afectos; si su turbada conciencia no sabía distinguir los actos que dicta el deber de los que sólo la dureza y el desamor permiten, en la hora serena y celeste del alba aquella veía Reinaldo fulgarar ante sus ojos con clara luz la ley del bien y del honor y el fin supremo de su vida. Era una mañana, no llena de prestigios, magia y molicie como las de la encantada isla, sino apacible, pura y un tanto melancólica. En Oriente despuntaba el sol, lanzando leve franja rosada sobre el blanquecino y mate horizonte; el rocío nocturno caía como gotas de llanto, y escarchaba el oscuro verdor del ramaje de los olivos que á Jesucristo dieran sombra, y cuyas hojas rozaron las alas del ángel que presentó al Hijo de Dios el cáliz de amargura; la tierra, árida y peñascosa, parecía contribuir al grave recogimiento del paisaje; la última estrella se escondía entre vapores de ópalo, y despertaban estremecidas y mudas aún las aves canoras, cuyas arpadas lenguas sujeta quizá la veneración hacia el lugar santo. Entre la quietud solemne de lo creado se advertía la majestad del Creador y su omnipresencia. Sin escudero ni escolta, pero acompañado del divino mandato á que obedece, Reinaldo se encamina á dar cima á la empresa de la selva encantada; mas antes de que afronte el peligro, su alma se anega en la honda corriente de la meditación, y su nostalgia se calma con la pensativa naturaleza, con la hora tranquila, con la paz y manse- dumbre del amanecer.

.....
 Era nella stagion ch'anco no' cede
 libero ogni confin la notte al giorno
 ma l'Oriente roseghiar si vede
 ed anco e il ciel d'alcuna stella adorno,
 quando ei drizzò ver l'Olivetto il piede... (1)

(Ger. C. XVIII)

Los mismos versos en que el poeta pinta la situación interior de Reinaldo, exhalan suave tristeza. Recuerda Reinaldo, sin acerbo remordimiento, pero contrito, sus ofensas á Dios y su profunda caída, y el propósito del bien le afirma en su pensamiento; con puro y libre vuelo se remonta el alma hacia la eterna verdad. Entretanto, la aurora sacude sobre la cabeza y armas del paladín el aljofar de sus lágrimas, y gime el bosque despertado por la brisa matutina. Prepárase á Reinaldo nueva tentación y celada nueva. Así como en la fantástica isla asaltaron á su fogosa mente las delicias de los sentidos, así ahora los genios del mal, comprendiendo el estado de ánimo del paladín, le disponen en la selva mágica peligrosa red de piedad y ternura. La decoración está en armonía con la languidez que domina á Reinaldo. Un riachuelo corre con ronca queja, besando con sus aguas las inclinadas cañas de la orilla; el aire suspira colándose entre las frondas; el melodioso cisne, ave de la muerte, alterna su nota flébil con el canto tardío del ruiseñor; maravillosa calma y soledad reinan en las arboledas intrincadas y opacas. Todo conspira para que se quiebren los resortes de la voluntad, y para que se sepulse el alma en la indolente y nociva tristeza, madre

(1) «Era la sazón en que aun no deja paso por completo la noche al día, pero ya se ve rojear el Oriente, y alguna estrella luce todavía en el cielo. Entonces enderezó hacia el Olivete sus pasos...»

de los sueños, de las quimeras, de la embriaguez pesimista, en que con vago anhelo se desea el aniquilamiento mortal, el éxtasis funesto del dolor. Reinaldo, triunfante ya de los deleites y del torbellino de las pasiones, va á luchar ahora con la melancolía y la compasión, flaquezas que suavemente se entran por las puertas del corazón humano, tanto menos combatidas cuanto parecen más inocentes y nobles.

El paladín avanza, pues, por la misteriosa selva en que todos los cruzados, y Tancredo mismo, queriendo cortar algunos árboles para reconstruir las máquinas de guerra necesarias al asedio de Jerusalem, se encontraron detenidos por terrores, espantos, endriagos y vestiglos, y por infernales representaciones, capaces de poner pavor en el ánimo más resuelto. Pero Reinaldo penetra en el temible lugar, y no halla sino profundo sosiego y paz extraordinaria, sin sombra de enemigo ni de trago alguno. La selva, antigua y romántica, formada por seculares árboles de magnífica vegetación, aparece henchida de vagos rumores, de blandos ecos, de conciertos suavísimos: todo el mundo musical que vibra en el alma sonora de Tasso, canta y plañe en misteriosa sinfonía al través de las ramas y de los altos troncos. Un transparente y sesgo río, vestido en ambas márgenes de grupos de arbustos que se doblan hacia la lenta corriente, cuyas dormidas aguas retratan la copa de los árboles, se abrillanta á veces como espejo de bruñida plata; sobre él ofrécese al guerrero un puente gallardo de oro, soportado en esbeltos arcos, que conduce á la opuesta ribera, donde el lugar se hace agreste y salvaje, hórridamente bello, soberanamente desierto y virgen. Es la naturaleza en su poderoso desorden; acullá brinca y rebrama desatado torrente; acá se arroja en curva líquida una cascada; y bajo los pasos de Reinaldo, aquella naturaleza caprichosa y seductora

germina, engendra y vive: ábrese ante la planta del paladín la rosa purpúrea y el lirio nevado; los troncos destilan bálsamos y gomas odoríferas; las cortezas, entreabiertas, chorrean dorada miel, y el coro remoto, aéreo, indefinible, sigue oyéndose y llena con sus confusos acordes la atmósfera. De pronto los troncos colosales se abren y repliegan, y de cada nudoso vientre sale bella, ligera y silvana ninfa, en el hábito gentil que presta la mitología á las deidades de los bosques; y con las flores y verdes ramas que en sus manos traen, tejen fresca corona, que ciñen á la sien de Reinaldo. Trabándose después de las manos, danzan en torno suyo dándole la bienvenida. En esto se separan las mitades de un mirto enorme, y de su centro se lanza Armida, no amorosa é incitante como en la isla, ni iracunda y airada como al despedirse en la playa, sino plañidera, humilde, dulce y blanda, pálida y con los ojos anegados en llanto: tiernos reproches y lamentos salen de sus labios descoloridos, articulados en desmayada voz:

.....
 Seguía parlando: e in bei pietosi giri
 volgeba i lumi e scoloria i sembianti,
 falseggiando i dolcissimi sospiri
 e i soavi singulti e i vaghi pianti:
 tal che incauta pietade à quei martiri
 intenerir potea gli aspri diamanti... (1).

(Ger. C. XVIII.)

No obstante lo cual desnuda Reinaldo el acero, y se

(1) «Seguía hablando; y en bellos y piadosos giros volvía los ojos y mostraba descolorido el semblante, fingiendo dulcísimos suspiros y suaves sollozos y tierno llanto: de tal suerte, que su pena pudiera mover á incauta piedad al diamante mismo.»

prepara á cortar el gran mirto, deshaciendo así el conjuro que mantiene encantada la selva. Armida entonces desesperadamente se abraza al árbol, y presenta al guerrero su seno para que inhumano lo atravesase antes de tocar á una hoja sola del amado mirto. Sus súplicas angustiosas moverían y ablandarían á los bronce. Pero la voluntad, firme ya y señora de sí propia, no vacila. Blande Reinaldo la cortante hoja, y son inútiles para arredrarle las raras transformaciones y brujerías de las malignas larvas: en vano cada juguetona y risueña ninfa se vuelve descomunal jayán, formidable Briareo con cien brazos armados de mazas y puñales: no doblegará el temor á quien resistió al filtro de las lágrimas. Apenas la voluntad se reconoce y afirma en acto, esgrimiendo la espada y hundiéndola en el tronco del mirto, los fantasmas y duendes desaparecen, evapóranse y vanse en humo todos los prestigios y mirajes del bosque, y queda sereno el cielo, y el aura sosegada, y la floresta

.....
 non d'incanti terribili, e non lieta,
 piena d'orror ma dell orror innato (1).

(Ger. C. VXIII.)

La realidad vence á la fantasía, disípanse los soñados trabajos, obstáculos y peligros, la senda se allana, y el héroe sonríe, exclamando: «¡Oh vanas figuraciones! ¡Oh necio el que por vosotras se deja detener!» Y con reposado andar, saboreando el regocijo inmenso que causa todo triunfo moral, toda conquista del espíritu, toda victoria interior, descende Reinaldo al campo cruzado,

(1) «Quedó la selva llena, no de terribles encantos, ni de alegría, sino de su propio natural horror.»

como Moisés del Sinaí, cercada la frente de una aureola, mientras el sol, subiendo á su glorioso cenit, dora las cumbres y las cimas de los edificios de Jerusalem, en que, gracias á la fortaleza de un alma y á la resolución suprema de un momento, habrá de tremolar en breve el estandarte de la Cruz. «He vencido el encanto», dice con sublime sencillez Reinaldo á Godofredo.

En esta aventura del encantado bosque, como en todas las que son genuinamente caballerescas, halla adecuada y ancha escena la fantasía riquísima de Tasso. La caballería y el mundo romanesco renacen de sus cenizas en la inspiración del poeta sorrentino. Era, sin duda, Tasso filósofo; pero ante todo imaginaba y soñaba, y las teorías metafísicas que con tanta exactitud y claridad se destacan en la poesía de Dante, andan en Tasso encubiertas bajo las doradas ficciones y las alegorías que van convirtiéndose en figuras dramáticas. Erminia y Clorinda, Tancredo y Reinaldo, son de la familia de las Orianas y Magalonas, de los Amadis y Palmerines; los magos Hidraote é Ismeno tienen rasgos de los Arcalaus y Fristones; Aladino se parece á los reyes de romance, de ordinario insignificantes y pasivos; Argante es el tipo del jayán bravo, descomedido y fiero, no falto de algunos ribetes y perfiles de generosidad y galantería en ocasiones; el eunuco Arseto es el servidor adicto que nunca falta para preservar y defender la vida de un predestinado infante y para, al verle crecido ya y hecho hombre, revelarle su alto origen y los raros sucesos que le trajeron á tal estado; la naturaleza mágica y estupenda, el portentoso palacio de Armida, su carro aligero, que velozmente corta las nubes y en un minuto la conduce á los apartados confines de la tierra; el escudero Vafrino, el de Esveno, que halla el sangriento cadáver de su señor... todos son personajes é ideas ca-

ballerescas á que Tasso comunicó el inagotable lirismo de su alma, como Ariosto supo darles el colorido brillante y el estro de la suya, harto menos sentimental que la de Tasso.

Siendo la caballería la idea poética dominante en Tasso, inspiraciones caballerescas son los rasgos más felices y bellos de LA JERUSALEM, á la vez que los pasajes en que se advierte imitación de los antiguos poemas clásicos resultan muy inferiores al modelo. Si Armida iguala en interés, verdad y pasión á Calipso, á Circe, y acaso á Dido, en cambio Aleto, el mensajero del Soldán, es pálido calco del prudente Ulises; Argante se queda muy atrás del impetuoso Ajax y del épico Diómedes, que no teme luchar cuerpo á cuerpo con los propios dioses; el catálogo y viva descripción que hace Homero de los héroes que ocupaban las naves aquivas, tiene un colorido que en vano quiso Tasso dar á la lista de los capitanes compañeros de Godofredo; los pormenores clínicos y anatómicos de las heridas, no igualan en realidad y energía á los de la *Ilíada*; las armas mágicas en que Reinaldo ve los gloriosos hechos de su ascendencia y las proezas de su raza, no emulan á las que forjó Vulcano á ruegos de Tetis para Aquiles, donde el artífice supo copiar las ondas del mar cerúleo, y la junta de perezosos bueyes abriendo el surco humeante; la esposa de Altamoro no entornece como Andrómaca; el consejo y deliberación de los cruzados no abunda en incidentes naturales y característicos como el de los griegos. No perdería gran cosa LA JERUSALEM con que su autor ignorase hasta la existencia del viejo bardo de Esmirna: algo más en consonancia con el género de Tasso está el seguir las huellas de Virgilio, cuya dulzura pastoril, cuyo fondo lírico convienen y se adaptan á la musa melancólica de Tasso. Mas cuando triunfa el cantor de las Cruzadas, es en el punto en que, entregado á su

emoción y sentimiento, al generoso culto de un pasado cuya expresión estética se contiene en LA JERUSALEM, diseña un tipo que ni la antigüedad griega con su patriotismo, ni la romana con su civismo, ni la Edad Moderna con su individualismo sabrán producir, y que sólo los siglos medios conocieron: el caballero andante.

En todo poeta hay dos sujetos: uno que salió cabal é intacto de la turquesa de la naturaleza, y otro que lenta y laboriosamente forman el estudio y las impresiones reflejas y exteriores. Aquél nace dotado ya de ciertas cualidades; éste las modifica y desenvuelve. El primero representa lo que se llama *temperamento* poético; el segundo significa el *estilo*, la *manera*. Cuando llegan á concertarse en el poeta estilo y temperamento con tal armonía, que ni aun por medio de una operación mental acertamos á separarlos, entonces el poeta es soberano; entonces convienen cuerpo y alma, fondo y forma, letra y espíritu. Pondré por ejemplo la campana, que haciéndose de la mezcla de varios metales de distinto origen y procedencia, los une en síntesis tan feliz, que nadie puede, al escuchar el grave y puro sonido, advertir la menor discordancia ni decir cuál de los elementos que en la campana entraron es el que tan sonoro agita las ondas del aire. Así en el gran Dante se combina el apasionado genio del Mediodía con las luces filosóficas y teológicas; y no es inferior el poeta que nos arranca lágrimas con Pía de Tolomei, al que nos obliga á meditar en los límites del Purgatorio. Ahora bien; lo que falta á Tasso es esta armonía entre todas sus facultades.

Como dejo insinuado al comenzar estas páginas, la transición intelectual que se iniciaba en el siglo xvi despedazó más quizá que otra alguna el alma de Tasso, produciendo en ella amargo conflicto, antagonismo terrible entre el pensamiento reflexivo y erudito y el

sentimiento natural y profundo. De suerte que en Tasso se dan gusto pagano y corazón católico; fantasía lírica y arrestos épicos; énfasis sentimental y sensibilidad verdadera; filosofía idealista y lira sensual; personajes ficticios y datos de escrupulosa exactitud científica. Vese—y quizá no sea lo menos triste que en Tasso se ve—la perpetua lucha que sostiene el poeta para armonizarse á sí propio, lucha titánica y estéril siempre, que sólo logra patentizar más la contradicción. Hemos expuesto ya el estado histórico de Italia y de Europa en la época de Tasso; pero las causas histórico-sociales que influyen siempre en la [poesía, obran más particularmente sobre ciertos poetas. Si Tasso hubiese poseído la burlona indolencia de Ariosto, un fondo de escepticismo, riérase á su sabor de la crisis intelectual más alarmante. El carácter de Tasso no lo consentía. Intenso y serio, miraba las cosas por su lado transcendente. Y no hay mayor dolor, ni aislamiento más completo, que el de las almas graves en una edad frívola.

Del interno combate que revela el desacuerdo entre el temperamento y la manera de Tasso, se ha tomado pretexto para suponer que el poeta fué asaltado de dudas acerbadas en puntos de fe, y para pintarle inficionado de secreta heterodoxia. Ni en sus escritos ni en su conducta dió Tasso mínimo indicio que autorizar pueda tal hipótesis. Sus doctrinas van siempre conformes con las enseñanzas más puras de la Iglesia, y su vida, adornada hacia el fin con actos de verdadera devoción y piedad, es, si no ejemplarmente santa, cristiana al menos. No fueron las creencias de Tasso quienes lucharon en su mente con las ideas del siglo: al contrario; Tasso, religioso en lo íntimo del corazón, sufría por no hallar en el espíritu literario de su época la fórmula que cuadraba á sus sentimientos. Así es que LA JERUSALEM luce

paganas galas sobre cristiano cuerpo: parece una hermosa doncella aderezada para el martirio, y sentenciada á arrostrar los leones del circo con el ropaje de purpura de las emperatrices.

No obstante ser Tasso tan sinceramente adicto á la Iglesia, fué el poeta favorito de uno de los más calificados impíos del siglo xviii: Juan Jacobo Rousseau. El socialista ginebrino, que representa la dirección sentimental del espíritu revolucionario, bien como Voltaire resume la escéptica, encontró en la melancolía y languidez de la musa de Tasso modelo para el lirismo de su prosa. Como en Tasso, en Juan Jacobo suele ser grave lunar literario el declamatorio énfasis, que sin embargo abunda mucho más en Rousseau, porque lo falso y utópico de las ideas trae de la mano la confusión y el mal gusto del estilo.

Mientras preponderó en Europa el espíritu italiano, en tanto que Francia y España caminaban siguiendo las huellas del petrarquismo y marinismo, Tasso y LA JERUSALEM gozaron de fama inmensa: los siglos xvii y xviii prestaron homenaje al poeta de Sorrento: en breve sus versos obtuvieron doble aureola: fueron clásicos y populares á la vez. Sabíanlos de memoria las damas, cuyo oído halagaba la suavidad de las dulces estrofas, y los eruditos estudiaban LA JERUSALEM como la *Encida*. Mas al alborear el siglo xix, cuando madama de Stäel convirtió la atención del público literario hacia la nebulosa poesía del Norte, y se alzó en el horizonte la fama de Goëthe y de Schiller, palideció el astro de Tasso. Comenzaba una era nueva, y el sentido literario experimentaba cambio total. En esta clase de metamorfosis que se observan en el gusto y en el entusiasmo que despiertan los escritores, tienen gran parte la marcha de los acontecimientos y la corriente de las ideas, y no poca tienen también la novedad y el atractivo de lo des-

conocido. Goëthe y Schiller eran un mundo nuevo, no explorado todavía: de aquí que la curiosidad excitada les ganase mucho favor de pronto. Del mismo modo, al ser por los orientalistas sacados á luz los antiguos poemas indostánicos, deslumbraron á los eruditos y se preconizaron superiores á las creaciones de Hesiodo y Homero. No es ahora ocasión de comparar la literatura del Norte con la meridional, paralelo que reservamos para el estudio de la *Mesiada* de Klopstock; mas la epopeya de Tasso no merece el rápido disfabor en que hoy ha caído. En la actualidad se le prefiere á Ariosto, y ya hemos observado que, por grandes que fuesen las dotes del vate de Ferrara, el *Orlando* es muy inferior en importancia épica á LA JERUSALEM.

Los rayos del Sol, la claridad meridiana, la nitidez y pureza del pensamiento, la suavidad, la galanura, tienen en poesía alto valor, precio grande, y siempre, á través de las edades, la lira poseerá melodiosas cuerdas, y blandos y tiernos ecos. No todo ha de ser desilusión, rebeldía, nieblas y amargura: á Dios gracias, habrá en todo tiempo poetas resignados y piadosos. Virgilio en la antigüedad, Tasso en el Renacimiento, Chateaubriand en nuestros días, son poetas dulces y musicales, aves de la aurora, en cuyos versos hay luz, contento y esperanza. Tasso es triste y doliente; pero sus gemidos no son desesperados y broncos, cual los de Byron ó de Heine, sino suaves como el fabuloso canto del cisne, ave á la que tantas veces ha sido comparado. La poesía melodiosa de Tasso semeja traducción del concierto del universo, donde todo cuanto existe está sujeto á ritmo, á orden, á número y período. Por maravilloso modo puede la palabra humana, según su colocación y arreglo, no sólo expresar ideas y sentimientos, sino despertar y sugerir ambas cosas á la mente y al corazón con fuerza é intensidad extraordinarias. Ver-

dad es que en Tasso, así como en los compositores italianos de principios del siglo, falta la combinación y variedad de sonidos que enriquecen la música novísima. No hay en Tasso la nutrida polifonía de la orquesta, en que los sonos se atraen, se enlazan, se interrogan, se contestan, se destacan ó se funden, prestándose mutuamente energía, extensión y expresión. Tasso es un canto aislado, como la nota del laúd en el silencio de la noche.

La epopeya católica alcanzó su mayor grado de sublimidad en Dante; y si á Tasso le cotejamos con tan extraordinario genio, habremos de advertir la decadencia. Mas el austero vate florentino y el melancólico cantor napolitano son estrellas que, aunque diversas en magnitud, alumbran dos épocas: la Edad Media y el Renacimiento. Los dos poetas tuvieron triste destino, amor imposible y fe santa y salvadora. Los dos vinieron, después de largos combates con la enemiga suerte, con el infortunio implacable, á buscar por último y extremo consuelo la sombra del árbol de vida, que cobija á los hombres de buena voluntad.

EMILIA PARDO BAZÁN.

DON FRANCISCO GÓMEZ DEL PALACIO

Escasas por demás son las noticias que poseemos del traductor de LA JERUSALEM LIBERTADA cuya versión damos á luz en esta BIBLIOTECA, no sólo por su incontestable mérito, sino también por ser casi desconocida en España.

D. Francisco Gómez del Palacio fué distinguido jurisconsulto mejicano, natural de Durango, en cuya ciudad falleció en 1886. De profunda ilustración, pues poseía admirablemente el griego, el latín, el inglés, el francés, el alemán y el italiano, emprendió y llevó á feliz término la empresa de traducir el célebre poema de Tasso, porque, desconociendo las versiones hechas en España, creyó llenar un vacío en las letras castellanas é imaginó que, cualesquiera que fuesen los defectos de su traducción, ella serviría, cuando menos, para alentar á otros á hacerla con acierto.

Á fines de 1874 y principios de 1875 publicó el periódico mejicano *El Artista* los dos primeros cantos de LA JERUSALEM, traducidos por el Sr. Gómez del Palacio. Las agitaciones de la política, las tareas gubernativas y los trabajos forenses impidieron al abogado duranguense terminar la publicación. Comenzóla de nuevo en

el folletín del diario *El Nacional* en 1883; pero tambien nuevos contratiempos interrumpieron la publicación cuando apenas iba hecha la de los tres primeros cantos.

Un amigo íntimo del Sr. Gómez del Palacio y admirador de su versión de *LA JERUSALEM*, el Sr. D. Francisco Sosa, logró en 1886 del ministro de Fomento, general D. Carlos Pacheco, que esta traducción de *LA JERUSALEM* viera la luz por cuenta del Gobierno. La diligencia y buen deseo del Sr. Sosa, autor del erudito prólogo que acompaña á la edición mejicana, y en el cual encontramos las precedentes noticias, ha librado á la literatura castellana de una pérdida sensible.

Respecto al mérito de la traducción del Sr. Gómez del Palacio, creemos oportuno reproducir el juicio de un compatriota suyo, el eximio literato D. Casimiro del Collado, quien, en carta al Sr. Sosa, dice lo siguiente:

«Como es forzoso en obras de esta especie, hay pasajes en que la versión del ilustre académico (el Sr. Conde de Cheste) aventaja, sin duda, á la del letrado mejicano; pero, por lo común, esta última se aproxima más á la elegante sencillez y á la facilidad rítmica del original. El Conde de Cheste parece preocuparse y complacerse demasiado en la rotundidad de los períodos, en el uso de arcaísmos é italianismos, en ingerir exóticas voces y giros anticuados que revelan grande erudición, pero que, sobre no acomodarse bien á la índole del original, denuncian una factura lenta y laboriosa; mientras que la versión de Gómez del Palacio fluye como manso arroyuelo entre guijas que antes producen armonía que no ocasionan obstáculo. Si le costó sudores y congojas, preciso es confesar que las disimula diestramente. Diríase que el noble académico supera las dificultades después de sabios esfuerzos ó profundas meditaciones; mientras que el letrado duranguense las desata con el juvenil desembarazo con que el genio

prodiga, acaso sin saberlo, bellezas espontáneas. Así es que se experimenta mayor agrado y menor fatiga con la lectura de esta traducción que con la de aquélla.

»La del Conde, al menos en la forma métrica, es]á menudo más esmerada y rigurosa que la otra, en que no escasean semirrimas ó asonancias entre los versos de una misma octava; asonancias que lastiman el oído español. Diríase de éste que supera en delicadeza al italiano, puesto que en la poesía de esta lengua pasa inadvertida la semejanza de sonidos que no tolera la nuestra.

»Por cierto que si nuestro lamentado traductor hubiese vivido lo bastante para dar á su obra la mano última, habría fácilmente, en la mayor parte de los casos, corregido este no leve defecto.

»Casi nunca el buen suceso de las traslaciones corresponde al trabajo que cuestan, y á menudo los lectores imputan al traductor las flaquezas y deslices que nacen del original. Por otro lado, la índole propia y distinta de cada idioma, las dificultades ó asperezas de la rima, y otras causas no menos poderosas, compelen al traductor á servirse de palabras, frases y giros no enteramente propios, ó menos que medianamente adecuados á los del autor, y á valerse en ocasiones hasta de ripios, en vez de corregir los originales. Quien conozca prácticamente estos escollos, sabrá avalorar con justicia el mérito de las traducciones de Tasso á que me voy refiriendo, y disculpar las flaquezas en que, menos á menudo la mejicana que la española, incurren las dos versiones comparadas.

»Si alguna pena merecieran, que no es verdad, sino muy al contrario, grande es la de que la mayor parte de los lectores se fije en las excelencias del poeta creador y no en el laborioso esfuerzo del que se las revela. En esto acontece algo que recuerda el viejo y manosea-

do *sic vos non vobis*; pero indemnizante en parte el goce de que disfruta el traductor en la contemplación más íntima y prolongada de las bellezas originales, el orgullo de vencer las dificultades y la satisfacción de hacer partícipe de aquéllas á la gran mayoría de los lectores.»



LA JERUSALEM LIBERTADA

CANTO PRIMERO

RECIBE GODOFREDO DE BULLÓN UN MENSAJERO DE DIOS,
ELÍGENLE LOS PRÍNCIPES POR CAPITÁN;
PASA MUESTRA Á SU EJÉRCITO Y DA PRINCIPIO Á SU EMPRESA.

I

Canto las armas pías y el guerrero
Que de Cristo libró la Tumba Santa;
Mucho su mente obró, mucho su acero,
Y mil penas turbaron gloria tanta.
Luchó en vano el infierno; el pueblo fiero
Que Asia y Libia juntaran no le espanta;
Que guía el Cielo mismo sus pendones,
Seguidos de la flor de las naciones.

II

Musa que de laureles de este suelo
No circundas tu frente en Heliconá,
Mas entre santos coros en el cielo
Ciñes de estrellas inmortal corona,
Llena mi pecho de celeste anhelo,
Mi humilde voz levanta; mas perdona
Si voy mezclando á la verdad sincera
Adornos bajos para tu alta esfera.

TOMO I.

1

III

Que halla en el mundo plácida acogida
Del Parnaso el idioma lisonjero,
Y en blandos versos la verdad vertida
Doma y persuade el ánimo más fiero;
Así al enfermio niño se convida
Con el vaso en que miel gustó primero,
Y si, engañado, amargos jugos bebe,
Al engaño salud y vida debe.

IV

Tú, magnánimo Alfonso, que me diste
Asilo, cuando erraba peregrino
Y me salvaste del naufragio triste
Que sumergió el bajel de mi destino;
Acoge con amor, cual siempre hiciste,
Los versos que en ofrenda te destino:
Acaso un día se honrará mi pluma
Con publicar de tu virtud la suma.

V

Si el fiel pueblo de Cristo, ora agitado,
Goza un día de paz, y en alta empresa
Arrancar quiere al Trace detestado
La grande, inestimable, injusta presa,
Razón será que á tu ánimo esforzado
Se dé el más noble cargo y que más pesa.
Émulo de Gofredo, escucha en tanto
Y las armas dispón mientras yo canto.

VI

Corría el año sexto que en Oriente
Combatiendo el cristiano consumiera;
A Nicea por asalto, á la potente
Antioquia por arte redujera,
Y en batalla después contra la gente
De Persia, su valor la defendiera.
Venció á Tortosa, y la estación helada
Le hace esperar del nuevo año la entrada.

VII

El término de aquel lluvioso invierno
Que á la tregua obligó, ya se acercaba,
Cuando del alto cielo, el Padre Eterno
Que la estrellada esfera dominaba,
Tanto y más que lo que ella al bajo infierno
En infinita altura superaba,
Volvió la vista abajo, y en un punto
Vió cuanto encierra el Universo junto.

VIII

Sus ojos luego hacia Soría inclina,
Do están juntos los príncipes cristianos,
Y aquella su mirada que examina
Del corazón del hombre los arcanos,
Ve que Gofredo la ciudad divina
Anhela recobrar de los paganos,
Y de celo inflamado y de fe pura,
De oro, de gloria ó mando no se cura.

LA LATINA

Mira en Balduino mente codiciosa,
Que á grandezas humanas sólo aspira,
Y en Tancredo pasión vana amorosa,
Que alto desprecio de la vida inspira,
A Bohemundo en Antioquía hermosa
Las bases de su reino poner mira,
Dar leyes, cambiar usos, y piadoso
Fundar de Cristo el culto glorioso;

X

En cuya empresa tanto se complace,
Que de otra alguna al parecer no cuida.
En Reinaldo descubre ánimo audace
Y mente de reposo mal sufrida;
De oro, mando ó poder cuenta no hace;
De honra quiere no más suma crecida.
De los labios de Güelfo está pendiente,
Oyendo hazañas de la antigua gente.

XI

Luego que de los claros campeones
Leyó los pechos el Señor del mundo,
Llama de entre las cêlicas legiones
A Gabriel, de los príncipes segundo,
Que las puras y santas oraciones
De los justos, á Dios dice facundo,
Y es del Cielo piadoso mensajero
Que sus mandatos lleva al orbe entero.

Dice á su nuncio Dios: «Vuela á la tierra,
» Busca á Gofredo, y dile que el reposo
» De nuevo trueque á la sangrienta guerra,
» Y á ganar á Sión marche animoso;
» Que á consejo convoque á cuanto encierra
» Su ejército de noble y valeroso;
» Que será el capitán por mí nombrado
» Y de sus compañeros ayudado.»

XIII

Dijo, y Gabriel al punto se dispone
A cumplir el mandato soberano;
Su pura, angelical forma depone,
Toma visible aspecto y cuerpo humano
Que de celeste majestad compone,
Y de atractivo llena sobrehumano;
Rostro de tierno adolescente bello
Decora su flotante áureo cabello.

XIV

Viste candidas alas, recamadas
De oro puro, en volar infatigables,
Que al viento y á las nubes desplegadas,
Los espacios vadean insondables;
Lánzase á las regiones apartadas
Que señalan las voces inmutables;
Sobre el Líbano excelso se detiene
Y en las tendidas alas se sostiene.

XV

Y luego de Tortosa á la llanura
Descendiendo, endereza el rauda vuelo;
El confín oriental la lumbre pura
Del Sol, bañaba entre el undoso velo.
Gofredo, al modo usado, con ternura,
Su oración matutina alzaba al cielo,
Cuando del Sol al par, si más luciente,
Le aparece el arcángel en Oriente.

XVI

Y dicele: «Gofredo, ya oportuna
» Es la estación para el combate duro.
» ¿Por qué, pues, ha de haber tardanza alguna
» En romper la opresión del santo muro?
» A tus guerreros en consejo aduna,
» Infunde en todos ánimo seguro;
» Ya el Señor por su jefe te ha elegido,
» De ellos serás con gusto obedecido;

XVII

» De Dios soy mensajero y te revelo
» En su nombre su mente. Grande aliento
» Debe á tu pecho dar. Mas ¡cuánto celo
» El logro pide de tu noble intento!»
Dijo y desapareció, su excelso vuelo
Dirigiendo al sereno firmamento,
Y Gofredo á la voz, al brillo inmenso
Ciego quedó; su corazón suspenso.

XVIII

Recobrado el sentido, y discurriendo
Quién vino, quién le envió, qué se le manda,
Si antes ansiaba, ahora está ya ardiendo
Por dar cima á la empresa memoranda:
Y no es que de ambición el seno hinchendo
Vano anhelo de gloria le demanda;
Mas su querer en el querer se inflama.
De su Señor, como pavesa en llama.

XIX

Los fuertes compañeros que se hallaban
No lejos dél, á la reunión convida;
Cartas y mensajeros se cruzaban,
Y al consejo la súplica va unida:
A los que ardientes bríos alentaban
Y á los que el alma sienten abatida
Sabe cuerdo tratar con tales modos,
Que ánimo á todos da, placer á todos.

XX

Concurren los barones y soldados,
Bohemundo sólo allí no se presenta:
Parte en las tiendas quedan alojados,
Parte dentro en Tortosa se aposenta,
Do los más altos jefes congregados,
Respetable el consejo ya se ostenta.
Así Gofredo habló al concurso atento,
Con rostro augusto y con sonoro acento:

XXI

- « Píos guerreros que á sanar los daños
» De su fe santa el rey del cielo envía,
» Haciéndoos superar armas y engaños
» Que ya el mar, ya la tierra os oponía,
» Y que ganaseis en tan breves años
» Gran país que rebelde os resistía,
» Y vierais en las gentes ya domadas
» Su ley y sus insignias ensalzadas;

XXII

- » Si dejamos las caras dulces prendas,
» Si la patria querida abandonamos
» Y surcando del mar infiel las sendas,
» De la guerra los riesgos arrostramos,
» No de vana ambición leves ofrendas,
» No posar tierras bárbaras buscamos,
» Premio escaso á la sangre ya vertida
» Y en perjuicio del ánima perdida.

XXIII

- » Más noble fin vuestro valor aliente:
» Expugnar de Sión los santos muros,
» Los cristianos librar de la insolente
» Opresión y romper sus hierros duros,
» Fundar un nuevo reino en el Oriente
» Sobre firmes cimientos y seguros
» Do el peregrino, sin temor, devoto,
» La santa tumba adore y cumpla el voto,

XXIV

- » Mil riesgos venció ya vuestra pujanza
- » Y trabajos sin cuento superasteis;
- » Mas al honor pequeña parte alcanza,
- » Y aun menor á la empresa que intentasteis.
- » ¿ Os bastará la estéril alabanza
- » De que la Europa sobre el Asia echasteis
- » Para dejar en tierras peregrinas,
- » No nuevos reinos, soledad y ruinas?

XXV

- » Estados duraderos y potentes
- » No funda sólo el flaco esfuerzo humano
- » Con hombres de fe y patria diferentes
- » Contra infinito ejército pagano,
- » Y sin que esperar puedan los prudentes
- » De Occidente el favor, ya tan lejano:
- » Si un reino con estrépito derrumba,
- » Hallará en sus escombros triste tumba.

XXVI

- » El turco imperio, Persia y Antioquía
- » Grandes conquistas son, nombres famosos;
- » Mas no vuestro valor allí vencía,
- » Que triunfos son del cielo milagrosos:
- » Si torcer quiere ceguedad impía
- » Los divinos designios misteriosos
- » Con que os dieron, los veréis perdidos
- » Y del mundo seréis escarnecidos.

XXVII

- » Ninguno de vosotros, por Dios, quiera
- » Que así se pierdan tan preciosos dones;
- » Al santo fin, á la intención primera,
- » Enderezad más bien vuestras acciones.
- » Ora que la templada primavera
- » Mover ya nos permite los pendones,
- » ¿Por qué á la ciudad santa no volamos
- » Que es fin de nuestro intento? ¿Qué esperamos?

XXVIII

- » Principes, yo os protesto (y este acento
- » El mundo actual oirá, le oirá el futuro,
- » Y aun los que junto á Dios tienen asiento)
- » De nuestra empresa es ya tiempo maduro.
- » No le perdamos con retardo lento
- » Que en dudoso convierte lo seguro;
- » Tal vez mientras dudamos, se encamina
- » De Egipto fuerte auxilio á Palestina.»

XXIX

- Dijo, y leve murmullo se levanta,
Y luego el ermitaño, de pie puesto,
Que en la cruzada tuvo parte tanta,
Y ocupa en el consejo honroso puesto,
Siguio: «La exhortación piadosa y santa
» De Gofredo atended: marchemos presto,
» Como él dice y vosotros; mas primero
» Que me escuchéis un solo instante quiero.

XXX

- » Las discordias, las tristes disensiones
- » Que el ejército tienen dividido,
- » El largo vacilar, las dilaciones
- » Que el obrar con acierto han impedido
- » Por acatar diversas opiniones,
- » A mi entender han sólo procedido
- » De compatir la autoridad en varios
- » En mando iguales, en sentir contrarios.

XXXI

- » Do uno solo no impera y de sus juicios
- » Rectos derivan galardón y pena,
- » Y al mérito se entregan los oficios,
- » El gobierno se estraga y desordena.
- » Si del orden queréis los beneficios,
- » Juntad la fuerza con que el mal se enfrena;
- » Haya un jefe supremo á cuya mano
- » Se entregue sólo el mando soberano.»

XXXII

Calló el prudente anciano; en sus acentos
Un celestial espíritu respira
Que une los más discordes pensamientos;
A todos una idea sola inspira
Y sosiega los ímpetus violentos
De ambición, de codicia, envidia ó ira.
Güelfo y Guillermo, ilustres caballeros,
Nombran jefe á Gofredo los primeros.

XXXIII

Todos lo aprueban; queda reducido
A su arbitrio el consejo, el alto mando:
A él tocará dar leyes al vencido,
Hará la guerra como quiera y cuando:
De todos igualmente obedecido,
A cada cual su puesto irá asignando.
Deste concierto ya la fama cunde
Y por el campo todo se difunde.

XXXIV

Con aplauso le acogen los soldados,
Que de tan grande honor le juzgan digno:
Salúdanle de gozo enajenados
Y él corresponde plácido y benigno.
Los primeros extremos ya pasados
Que dan de amor y de obediencia signo,
Manda que en un gran campo al día siguiente
El ejército junto se presente.

XXXV

Al risueño Oriente el sol tornaba
Más que nunca sereno y luminoso,
Cuando al nacer del día que apuntaba,
Cada guerrero, armado, presuroso,
Bajo su enseña á colocarse andaba,
Y marcha luego ante Bullón piadoso,
Que á pie firme pasar los escuadrones
Vía, de caballeros y peones.

XXXVI

Mente, enemiga del oscuro olvido,
De los hechos guardián infatigable,
Para poder decir, tu auxilio pido,
Los jefes de aquel campo memorable,
La multitud de ejército lucido.
Si ya siglos calló, la Fama hoy hable;
De sus tesoros parte tal me ofrezca,
Que en mil años mi canto no perezca.

XXXVII

Los franceses primero allí se vieron
Que antes Hugo mandó, del rey hermano,
Y en la isla de Francia se escogieron
En medio á cuatro ríos, país lozano,
Muerto Hugo, á Clotorio obedecieron,
Que si no es de linaje soberano,
Como el mejor sustentará el decoro
De la oriflama reluciente de oro.

XXXVIII

Son mil de pesadísima armadura,
Y otros tantos jinetes los seguían,
Que en armas, disciplina y apostura
De ellos ó poco ó nada diferían.
Normandos son, á quien regir procura
Roberto, que por príncipe tenían.
Dos pastores del pueblo en pos marchaban,
Que Ademaro y Guillermo se nombraban.

XXXIX

Ambos sacerdotal, sagrado oficio
Piadosos en su patria ejercitaban,
Y ora en sangriento, bélico ejercicio
Sus cabezas de yelmos coronaban.
De Orange cuatrocientos, al servicio
Del primero valientes militaban;
Otros tantos de Poggio, son mandados
Del segundo, no menos alentados.

XL

Luego Balduino en el alarde viene,
De su hermano los súbditos guiando,
Que tanto honor de Godofredo obtiene,
Ora impedido del supremo mando.
El que fama de bravo y sabio tiene
Conde Carnuti, en pos viene marchando.
Este conduce, armados, cuatrocientos,
Y siguen á Balduino mil doscientos.

XLI

Al campo de éstos Güelfo se avvicina,
Cuyo mérito iguala á su alto estado;
Su antigua estirpe en la región latina,
Se había en los de Este originado:
Su alemán nombre y tierra hoy determina
Haberse con los Güelfos enlazado;
La Carintia, Istro y Rhin le obedecían,
Do el Suevo y Reto antes morado habían.



XLII

A estos dominios, de su madre herencia,
Otros muchos añade por conquista.
Gente trae de allí, sin diferencia
Como al juego á morir á su voz lista,
Y que no hay de estación dura inclemencia
Que al hogar, y en banquetes no resista:
Cinco mil de su tierra se movieron,
Que los persas al tercio redujeron.

XLIII

La blanca y rubia gente después llega
Que entre el mar, Alemania y Francia habita,
Fértil tierra que el Rhin ó el Mosa anega,
Y mieses y ganados facilita;
Y los isleños que á la furia ciega
Del mar, diques oponen de infinita
Altura: al mar Océano que en un hora
Naves, bienes, ciudad, reinos devora.

XLIV

Mil forman juntos ambos escuadrones
Que otro Roberto viene comandando.
Más en número siguen los bretones,
Del menor hijo de su rey al mando,
Cuyo nombre es Guillermo. Son peones
Flecheros, y los viene acompañando
Gente que de sus crespas selvas manda
La distante del mundo, última Irlanda.

XLV

Viene luego Tancredo, á quien no excede,
Si no es Reinaldo, alguno en valentía;
En belleza del rostro á nadie cede,
En garbo, en gentileza ó hidalguía;
Si algo su alto valor amenguar puede,
Loco extremo de amor sólo sería:
Amor entre las armas, que nacido
Fué en una vista, y ya de afán nutrido.

XLVI

Es fama que aquel día en que glorioso
A los persas el Franco derrotaba,
Cuando Tancredo, al fin ya victorioso,
A los que huían de seguir dejaba,
Y refresco á los labios, y reposo
A los cansados miembros procuraba,
Fué á do invitaba en la calor estiva
Una, de olmos rodeada, fuente viva.

XLVII

Veis que allí de improviso una doncella
Del cuello abajo armada le aparece;
Era pagana, y la venida de ella,
Ser por la misma causa bien parece.
Miróla, y le admiró verla tan bella,
Y un ardor siente que por puntos crece.
¡Oh milagro de amor! en un instante
Nació, y armado ya vuela triunfante.

XLVIII

El yelmo ella caló, y á no haber sido
Que otros llegan allí, le acometiera;
Mas huye, vencedora, del vencido
La que de fuerza igual jamás huyera,
Y de aquél guarda el corazón herido
Viva su bella imagen y guerrera;
Y el recuerdo indeleble del momento
En que la vió, á su fuego da alimento.

XLIX

De que sin esperanza dentro ardía,
Indicio daban en el triste amante
Frecuente suspirar, baja y sombría
La vista, melancólico el semblante.
Ochocientos caballos que regía
Dejaron de Campania el abundante,
Orgullo de natura, suelo ameno
Que amoroso acaricia el mar tirreno.

L

Siguen doscientos hijos de la Grecia,
Con poco hierro á la ligera armados,
Llevan al lado espada corva y recia;
De arco y sonantes flechas van cargados
En caballos que aquella gente precia
Por sufridos, ligeros y alentados;
Prontos en atacar y en retirarse,
Diestros en pelear al dispersarse.

LI

Es su jefe Tatín, único heleno
Que las armas latinas acompaña.
¡Ejemplo triste y de vergüenza lleno
Das, oh Grecia! Vecina á la campaña
Como á fiestas te asientas, con sereno
Rostro, á mirar el fin de tanta hazaña.
Si ora en vil cautiverio esclava vives,
No injuria, justa pena es que recibes.

LII

Últimos en el orden, mas primeros
En bríos, en honor y arte, seguían
Los heroicos valientes caballeros
Que á la ventura esta jornada hacían.
Callen de Argos y Artús los compañeros
Que un tiempo de su fama el mundo henchían;
Con éstos toda antigua hazaña el brillo
Pierde. ¿Quién de ellos es digno caudillo?

LIII

Dudon de Cousa lo es. Difícil vieron
La elección, por valor ó por nobleza,
Y al que más hecho y visto había, pusieron
Concordes por caudillo y por cabeza;
Si los años la suya encanecieron,
Muestra en madura edad fresca entereza,
Y en el rostro, de honor vestigios dignos,
De no torpes heridas nobles signos.

LIV

Hace entre éstos su mérito eminente
A Eustacio, y más ser de Gofredo hermano:
Sigue del rey noruego el descendiente
Gernando, en varios reinos soberano;
Antigua fama nombre de excelente
Da á Rugier Balnavilla y á Enguerlano.
Notables son entre los más gallardos
Un Gentonio, un Rambaldo y dos Gerardos.

LV

También Ubaldo y Rósmund, de los buenos
Que heredan de Lancastro el gran ducado;
De Obizo el nombre no ha de ir á los senos
Do avaro olvido guarda lo pasado,
Ni vale Esforza y sus hermanos menos,
Palamedes y Aquiles esforzado,
O el fuerte Otón, que conquistó el escudo,
Do una sierpe y un niño está desnudo.

LVI

Guasco, Rodolfo y uno y otro Guido
No os dejo atrás, que sois todos famosos,
Ni los nombres consigno á ingrato olvido
De Everardo y Gerniero, valerosos.
¿Dó me lleváis ya de cantar rendido,
Odoardo y Gildipe? Dos esposos
Que aun en la guerra unidos van de suerte
Que no ha de separarlos ni la muerte.

LVII

En las aulas de amor ¿qué no se aprende?
Allí ésta se hizo intrépida guerrera;
No deja el caro lado, y sólo pende
De una suerte, de dos la hora postrera;
Jamás un golpe al uno solo ofende,
Ni hay dolor que sin uno al otro hiera:
Herido el uno, el otro desfallece.
Y el que sangre no vierte, más padece.

LVIII

Mas el joven Reinaldo les prefiero
Y á cuantos vienen claros campeones;
Llevan su rostro dulcemente fiero
Y su frente de rey, las atenciones.
Si era á su edad precoz y lisonjero
Esperar flores, frutos da sazones;
Marte dirás que es, si el rostro cubre
Con duro hierro, Amor si le descubre.

LIX

A orillas del Adige dió Sofía
Este hijo á su Bertoldo: Sofía hermosa
A Bertoldo el potente; y bien no había
De la madre la leche deleitosa
Dejado, ya Matilde le instruía
De reinar en el arte, cariñosa;
Hasta que le exaltó la joven mente
La trompa que sonaba en el Oriente.

LX

Entonces (y tres lustros aun no cuenta)
Huyó solo y tomó senda ignorada;
Pasó del mar Egeo y donde asienta
Grecia, al campo llegó en tierra apartada.
¡Oh noble fuga, y más si el pecho alienta
A ser de un noble póstero imitada!
Tres años ya guerreó: temprano vello
Apunta apenas en su rostro bello.

LXI

Pasados los jinetes, atrás viene
Gente de á pie. Guiaba los primeros
Raymundo de Tolosa, que en Pirene
Y entre el mar y el Garona sus guerreros
Juntó. Son cuatro mil que armados tiene
Instruídos, pacientes y certeros;
Buena gente, y no pudo haber tenido
Capitán más valiente ó entendido.

LXII

De Ambuesa Estéban cinco mil comanda,
Que de Tours y el Plesis allí conduce;
Robusta y dura no es aquella banda,
Aunque toda de hierro armada luce:
La tierra alegre, deleitosa y blanda
Semejantes á ella hombres produce.
A acometer con ímpetu se arrojan,
Mas con facilidad á poco aflojan.

LXIII

Cargado de amenazas el semblante
Cual Capaneo en Tebas, el tercero
Alcastro viene, de seis mil delante;
Son suizos; pueblo turbulento y fiero
De las alpinas sierras habitante.
De hoces y arados convirtió el acero
A uso más digno, y su grosera mano
Que rebaños guió, teme el tirano.

LXIV

Vese ondear después la alta bandera
De Pedro con las llaves y tiara:
El buen Camilo siete mil trajera
De á pie, con armadura grave y clara,
Contento de que el Cielo le eligiera
A que á su raza el brillo restaurara,
O á demostrar que á la italiana gente
Si algo falta, es escuela solamente.

LXV

En bella muestra ya los escuadrones
Todos pasaron, éste es el postrero,
Cuando á los más ilustres campeones
Llama Gofredo y dice placentero:
« Cuando vuelva la Aurora á estas regiones
» El ejército muévase ligero,
» Tanto, que sí es posible, del sagrado
» Muro hasta el pie se llegue inesperado.

LXVI

» «Apercibíos, pues, á la jornada,
» A la pelea, á la victoria cierta.»
Tal hablar de persona reportada
De todos el valor luego despierta;
Con ansia esperan ya la madrugada
Y que la Aurora al Sol abra la puerta.
Mas prudente el Bullón no se halla ajeno
De cierto afán que oculta dentro el seno.

LXVII

Que eran ya nuevas ciertas en su oído
De que de Egipto el rey se hallaba en vía
Hacia Gaza, de fuerza apercebido,
Que puede contrastar la de Soría;
Y que huelgue no cree quien siempre ha sido
Avezado á los golpes de osadía;
Júzgale de enemigo audaz y artero,
Y á Enrique llama, adicto mensajero.

LXVIII

Dícele: «En leve barca emprende viaje
» Y de Grecia en la costa toma tierra;
» Ha de llegar allí (cierto mensaje
» Me ha escrito quien yo sé que poco yerra)
» Un real valeroso personaje,
» Que á acompañarnos viene en esta guerra:
» Es rey danés, é inmensa hueste trae
» De la región que bajo el polo cae.

LXIX

» Y porque el griego emperador pudiera
» Usar con él sus conocidas artes
» Para que vuelva atrás, ó su carrera
» De nosotros le aleje hacia otras partes,
» Fío á tu ingenio y á tu fe sincera
» Que de influjos maléficos le apartes
» Por el nuestro y su bien, y venga donde
» A su honra y su fama corresponde.

LXX

» No vuelvas tú con él: allá te queda
» Del rey de Grecia á procurar la ayuda;
» Dos veces ya sin que negarlo pueda,
» La prometió; que á su deber acuda.»
Le instruye así y le da con que proceda
Las credenciales en que al rey saluda.
Enrique se despide presuroso
Y al ánimo Gofredo da reposo.

LXXI

No bien el primer rayo matutino
Del nuevo día coloró el Oriente,
El son de trompa y parche repentino
Manda la marcha á la guerrera gente.
No es el trueno más grato al campesino
Que anuncia lluvia en el estío ardiente,
Que el estruendo marcial, las altas voces
A los duros soldados y feroces.

LXXII

Movido cada cual de sus deseos
Ya las usadas armas requería,
Y completos los bélicos arreos
Al conocido jefe se acogía.
Bate el aire pendones y trofeos
Que el ya ordenado ejército tendía,
Y en la noble imperial bandera brilla
La enseña de la cruz, grande y sencilla.

LXXIII

En tanto el Sol que en la celeste esfera
Va siempre adelantando y alto asciende,
Hierde en las armas y cual de una hoguera
Rutilante esplendor la vista ofende;
Mil chispas el ambiente reverbera
Y el espacio parece que se enciende.
De relinchos y de armas el ruido
El campo tiene todo ensordecido.

LXXIV

Queriendo el capitán de la asechanza
Del enemigo asegurar su gente,
Un cuerpo armado á la ligera avanza
Que el campo en torno explore diligente;
Antes los gastadores sin tardanza
Mandó el camino á disponer, prudente,
Que el piso allanen, corten la maleza
Y de los pasos quiten la aspereza.

LXXV

No obsta pagana gente congregada,
Ni de hondo foso circundado muro,
Torrente, monte, ó bien selva cerrada
Que hagan tardío el viaje ó inseguro;
Tal del rey de los ríos desatada
La corriente quebranta el cauce duro
Cuando crecido con furor se extiende,
Y nada de sus ímpetus defiende.

LXXVI

Sólo en Tripoli el rey que en levantados
Muros, armas, tesoros, tropas cierra,
Pudo estorbar de Europa á los soldados,
Mas no osó provocarlos á la guerra;
Al contrario, con dones regalados
De grado les da paso por su tierra,
Y el tratado de paz acepta ledo
Que dictarle pluguiera á Godofredo.

LXXVII

Desde el monte Seir de excelsa altura,
Por el Oriente á la ciudad cercano,
Turba de toda edad, sexo y figura
De los fieles, confusa baja al llano;
Gozosa ver, oír, hablar procura
Y regalar al vencedor cristiano:
De las extrañas armas se espantaban
Y fieles guías á Godofredo daban.

LXXVIII

Por la orilla del mar su campo él guía
El sendero buscando más derecho;
Sabe que su auxiliar flota venía
De la costa bogando á poco trecho.
Provisión abundante así tenía
De bastimentos para caso estrecho:
Las griegas islas granos han de enviarle
Y Creta y Scio vinos ministrarle.

LXXIX

Sustenta el mar gimiendo las carenas
De navíos y fustas más ligeras,
Y no hay dejar las naves sarracenas
Del mar Mediterráneo las riberas.
De Génova y Venecia en las arenas
Muchas se armaron grandes y veleras,
Otras en Francia, en Inglaterra, Holanda,
Y la fértil Sicilia algunas manda.

LXXX

Y estas que un fuerte vínculo mantiene
En un solo querer todas ligadas,
Van de cuanto al ejército conviene
De diferentes puertos bien cargadas.
Ya que la marcha nada les detiene
Y ven desguarnecidas las entradas,
Van las tropas ansiosas y veloces
Donde Cristo sufrió penas atroces.

LXXXI

Precursora la Fama vocinglera,
Que verdad ó mentira va contando,
Llegaba, de la nueva mensajera
De que ya el vencedor viene marchando.
Las diversas escuadras enumera,
Los más gallardos jefes va nombrando;
Prodigios cuenta, y á su rostro airado
Tiembla aquél que á Sion tiene usurpado.

LXXXII

Tal vez el esperar mal venidero
Es peor que sentirle ya presente;
El ánimo perturba el más ligero
Rumor, suspensos el oído y mente;
Un murmullo del más triste agorero
Recorre el campo y la ciudad doliente:
Recela el viejo rey peligros varios
Y pesa los consejos más contrarios.

LXXXIII

Aladino es su nombre, y de estas partes
Nuevo señor, vive en continuo espanto;
Fué ya cruel y de malignas artes,
Que ora la edad ha mitigado un tanto.
Oyendo que los francos estandartes
A su ciudad se acercan entretanto,
Crece el miedo que abriga ha muchos años,
Y ya teme de propios y de extraños.

LXXXIV

Que en la ciudad confusa mezcla mora
De pueblos, en costumbre y fe contrarios:
La menor parte es la que á Cristo adora,
Y son más de Mahoma los sectarios;
Pues cuando él á Salem ganó en mal hora,
Y el gobierno asentó con modos varios,
Las gabelas quitaba á sus paganos
Y otro tanto gravaba á los cristianos.

LXXXV

Lo que ora piensa, su crueldad nativa
Que por la edad templada languidece,
Tanto irritando exalta, que más viva
Que nunca está, y su sed de sangre crece.
Tal se enfurece en la estación estiva
Culebra que en el frío mansa parece:
Así recobra un león domesticado
Su innata furia si se ve atacado.

LXXXVI

« Veo, decía, del placer reciente
» En esta turba infiel claras señales;
» En el daño se goza de mi gente
» Y ríe si la ve llorar sus males;
» Quizá traiciones pérfidas intente,
» Ó de matarme abriga criminales
» Designios, ó proyecta dar las puertas,
» Ocultamente, al enemigo abiertas.

LXXXVII

» Mas no lo hará; sus pérfidos intentos
» Yo estorbaré, mi furia desahogando;
» Muertes haré y terribles escarmientos
» De la madre en el seno hijos matando;
» Sus templos quemaré y alojamientos,
» Dignas hogueras á sus restos dando.
» Correrá en el sepulcro que venera
» De sus pestes la sangre la primera.»

LXXXVIII

Así en su corazón piensa el malvado,
Mas no ejecuta luego su proyecto;
No que á los justos haya perdonado,
Que es de vil miedo el vacilar efecto.
Si un temor á ensañarse le ha incitado,
Más con él puede otro cobarde afecto:
Teme cerrar las vías conciliadoras,
Irritando las armas vencedoras.

LXXXIX

Templa el impío, pues, la rabia insana,
Ó usarla en otro objeto se le antoja:
Los edificios rústicos allana,
Los urbanos al suelo el fuego arroja;
Cosa alguna no queda íntegra ó sana
Que al Franco dé sustento ó que le acoja.
Ríos y fuentes turba y los revuelve
Y en sus aguas mortal veneno envuelve.

XC

· Cauto en medio á su furia, no se olvida
De reforzar de la ciudad los muros;
Por tres partes está bien defendida;
Solo hay al Norte puestos inseguros.
Mas su prudencia astuta y advertida
Ya puso allí reparos bien seguros,
Y recoge con prisa grande copia
De gente mercenaria y de la propia.

FIN DEL CANTO PRIMERO

CANTO SEGUNDO

ESTADO INTERIOR DE JERUSALEM Y TIRANÍA DE ALADÍN;
EPISODIO DE OLÍNDOR Y SOFRONIA;
EMBAJADA DE ALETE Y ARGANTE AL CAMPO DE LOS CRISTIANOS;
GUERRA CON EGIPTO.

I

Mientras se apresta el déspota á la guerra,
Un diá Ismeno á solas le visita,
El que los muertos saca de la tierra
Y con aliento nuevo resucita;
El que á Plutón en su palacio aterra
Cuando los versos mágicos recita,
Y á los demonios á servirle obliga
Y á su capricho los desata ó liga.

II

Hoy á Mahoma adora, antes cristiano;
Mas no puede olvidar su antiguo rito,
Antes impío á veces y profano
Mezcla el culto sagrado y el maldito.
De la caverna adonde va lejano
A usar ocultas artes el precito,
En el común peligro al rey ligero
Viene: á malvado rey, peor consejero.

III

- « Señor—le dice—sin tardar ya viene
» El vencedor ejército temido;
» Con presteza y vigor obrar conviene;
» De cielo y tierra el fuerte es protegido;
» De rey y jefe tu persona tiene
» Las prendas; todo has visto y proveído:
» Si los demás de acuerdo obran contigo,
» Dará este suelo tumba al enemigo.

IV

- » Por mí, de tu peligro compañero,
» A todo mi poder vengo á ayudarte;
» Cuanto hacer pueda, viejo consejero,
» Hacer prometo y cuanto mágica arte;
» Los rebeldes espíritus espero
» Forzar á que en la lucha tomen parte;
» Mas antes te diré con cuáles modos,
» Cuándo he de obrar, y mis encantos todos.

V

- » De los cristianos en el templo oculto
» Hay altar subterráneo. En él adora
» Esa engañada gente un falso bulto
» De la madre de Dios que muerto llora.
» Guárdale un velo de profano insulto,
» Ante él arde una lámpara á toda hora,
» Y el rededor los crédulos devotos
» Llenó tienen de ofrendas y de ex-votos.

VI

» Esta mentida imagen sea robada,
» Y conducida de tu propia mano,
» Dentro de tu mezquita colocada:
» Yo haré con un encanto soberano
» Que en tanto que allí fuerè custodiada
» Todo ataque á tus puertas salga vano,
» Y tras muro invencible esté tu imperio
» Seguro por un nuevo alto misterio.»

VII

Dice así y le persuade, é impaciente
Corre Aladín á la mansión divina;
Los sacerdotes fuerza irreverente,
Arrebata la imagen peregrina
Que á la mezquita lleva, en que frecuente
Culto tiene falaz deidad indina.
En tal lugar sobre la imagen santa,
Blasfemias susurrando el mago canta

VIII

Mas cuando el cielo alumbra nueva aurora,
El que el inmundo templo custodiaba
No halla la imagen que el cristiano adora
Do fué puesta, y en vano la buscaba.
Lleva la nueva al rey, luego á la hora,
Quien con él fieramente se enojaba,
É imagina muy bien que algún cristiano
El hurto la hecho y que indagarlo es vano.

IX

O fué de mano fiel obra piadosa,
O el Cielo mismo su poder emplea,
Porque la imagen de su reina hermosa
En vil lugar profano no se vea.
No ha decidido aún fama dudosa
Si acción humana ó si milagro sea;
Mas es piedad que la piedad y el celo
Humanos cedan el honor al Cielo.

X

Manda el rey que pesquisa diligente
Todo templo registre y toda casa,
Y quien el hurto esconda ó lo presente
Pena haya ó recompensa nada escasa.
Ni anda en la busca el mago negligente,
Mas la verdad á descubrir no pasa;
Que el Cielo, fuese ó no en el hecho parte,
Con mengua la escondió de su negra arte.

XI

El rey cruel que oculto quedar mira
Lo que cré de los fieles ser pecado,
De odio contra ellos y de recia ira
Y de furiosa rabia está animado.
Nada respeta: á la venganza aspira,
Lo que quiera suceda si es vengado;
« Morirá — dice — (el golpe no irá en vago)
» El vil ladrón en el común estrago.

XII

» Con que el reo no escape, el inocente
» Y el justo mueran. Pero ¿justo digo?
» Culpables todos son, y entre esa gente
» De mi nombre y mi ley no hay un amigo.
» El que no sea ora delincuente
» De antigua culpa lleve actual castigo:
» Alto los mios; luego en vuestras manos
» Acaben hierro y fuego á los cristianos.»

XIII

Á la turba habla así. De ello se extiende
La fama entre los fieles al instante;
Atónitos están, que los sorprende
De la muerte el pavor, que ven delante.
Nadie en la fuga piensa ó se defiende,
Ni excusa busca, ni habla suplicante:
Cuando indecisos, tímidos estaban,
Los salvó lo que menos esperaban.

XIV

De edad cumplida había una doncella
De regios pensamientos elevados;
No cuida su belleza aunque es muy bella,
Que á la virtud da sólo sus cuidados.
El don que con más brillo luce en ella
Es el tener sus dones bien guardados;
Sola y honesta, evita con recato
De amantes mil el peligroso trato.

XV

Mas celo no hay que esconda eternamente
Belleza digna que se vea y admire,
Ni lo tolera Amor sin que el ardiente
Anhelo de un galán á ella aspire.
Ciego ú Argos, Amor astutamente
La vista venda ó hácela que mire
Y que á mil guardas burlen recelosos
Del que ama los deseos ardorosos.

XVI

Ella, Sofronia; Olindor él se llama,
De la misma ciudad y de igual culto;
Como ella hermosa, es él modesto: la ama,
Pero su amante anhelo guarda oculto.
No osa ó no quiere descubrir su llama,
Que creyera con ello hacerle insulto:
Así hasta ahora el mísero ha penado,
No visto, no entendido ó desdeñado.

XVII

La voz cundiendo va de que se apresta
A los cristianos destruccion impía;
Sofronia, generosa al par que honesta,
Un medio de salvarlos discurría.
Tiénela su valor á todo presta,
Mas virginal pudor la retraía.
Vence el valor al fin, ó es que se hace
El pudoroso y el pudor audace.

XVIII

Sola entre el vulgo á todo riesgo puesta,
Bajos los ojos y la faz velada,
Con decente esquivéz pasa modesta,
Su hermosura ni oculta ni afectada;
No se advierte si de arte va compuesta
O deja su belleza descuidada,
Si Natura ó Amor, ó ambos unidos,
En gracias nuevas tornan sus descuidos.

XIX

De todos admirada, á nadie mira
La altiva dama, y va del rey delante;
Aunque airado lo ve, no se retira,
Ni la turba el sañudo atroz semblante
» Vengo, señor—le dice—(mas tu ira
» Y de tu pueblo cesen un instante),
» A entregar en tu mano el delincuente
» Que te ofendió y que buscas diligente.»

XX

A la audacia modesta, al no esperado
Brillo del rostro y los serenos ojos,
Confuso el rey y casi avasallado,
La ira refrena, oculta los enojos;
Menos severa ella, él más templado,
De amor habrían sido allí despojos.
Mas cruel beldad no prenda al hombre adusto;
Sólo halago de amor engendra el gusto.

XXI

Delicia, encanto, asombro fué ó sorpresa,
Si no Amor quien movió su pecho duro;
A hablar la anima, haciéndole promesa
Que de ofensa su pueblo está seguro.
Dice ella: « El reo soy, he aquí tu presa,
» Obra mía fué el hurto hasta ora oscuro:
» La imagen santa yo robé atrevida,
» Y al castigo estoy pronta y decidida.»

XXII

Por todos su cabeza así exponía,
Tomando sobre sí la común suerte.
¡Magnánima mentira! ¿Cuál habría
Verdad más noble que ella, si se advierte?
Queda absorto el tirano, y suspendía
Contra su natural la ira fuerte;
Luego la dice: «Que descubras quiero
» Quién te dió ayuda ó fué tu consejero.»

XXIII

Ella responde: «A nadie he dado parte
» La más pequeña en mi obra bienhechora;
» No hay cómplice que pueda revelarte,
» Pues sola fui del hecho ejecutora.»
—« Si sola—él dice—quieres condenarte,
» Sentirás toda mi ira vengadora.»
—« Justo es que sea—replicó serena—
» Quien sola en el honor, sola en la pena »

XXIV

Aquí de nuevo ensáñase el tirano
Y grita: «¿Dónde el ídolo está oculto?»
«No le oculté, que le quemó mi mano—
» Dice ella—por librarle del insulto
» Del populacho bárbaro pagano,
» Que odia de mi pueblo el santo culto.
» Si el hurto es lo que buscas, no has de hallarle;
» Si al hurtador, ya puedes castigarle.

XXV

» Aunque no es hurto aquél, ni yo culpable;
» Que el bien robado recobrar es justo.»
Esto oyendo el tirano detestable,
De ira se inmuta su semblante adusto:
No hará que la perdone el rostro amable,
La alma sublime ni el valor augusto;
Y en vano Amor contra el despecho crudo
De la belleza le dará el escudo.

XXVI

Puesta en prisión la virgen, la condena
El rey cruel á muerte en vivo fuego;
El velo y casto manto al punto ordena
Que se le arranquen y le ciña luego
Los tiernos brazos áspera cadena;
Aunque en silencio sufre y con sosiego,
La emoción que ella dominar procura
Aumenta de su rostro la blancura.

XXVII

A la voz del suceso amontonada
Viendo la plebe, Olíndor allí viene;
Sabe el hecho, mas no que sea su amada.
La que dél por autora el pueblo tiene.
La ve no reo sólo, condenada,
A cuya muerte el fuego se previene.
Y á los verdugos ya cerca de ella,
Y violento por todos atropella,

XXVIII

Gritando: «No, no es ésta la culpable
» Del hurto; si lo dice, es por locura;
» No lo hizo, ni pensó, ni es imputable
» A una débil mujer obra tan dura.
» ¿Cómo burló la guardia? ¿Y le fué dable
» Sola sacar la imagen por ventura?
» Que diga cómo.—Yo, señor, lo hice.»
¡Tanto amó, desamado el infelice!

XXIX

Prosigue: «Yo por el resquicio breve
» Que á la mezquita da la luz del día,
» De noche entré, ni fué trabajo leve
» Trepar por la alta, innaccesible vía:
» A mi el honor, la muerte á mi se debe.
» La pena ésta no usurpe sólo mía:
» Mías son las cadenas, mía es esta
» Hoguera que al castigo miro presta.»

XXX

« La vista alza Sofronia, y dulcemente
Con ojos de piedad al joven mira.
« ¿A qué vienes, ¡oh misero inocente!,
» ¿Y qué designio, qué furor te inspira?
» ¡Qué! ¿Sin ti yo no fuera suficiente
» A sufrir lo que un hombre haga en su ira?
» Corazón fuerte tengo que resista
» A la muerte, y no busca quien le asista. »

XXXI

Habla á su amante así, que á nada atiende
Que pudiera mudar su pensamiento.
¡Oh espectáculo grande! Allí contiene
Con la virtud Amor, en noble intento:
La muerte en premio el matador pretende,
Y es la vida la pena al vencimiento.
Las iras del tirano más excitan
Cuanto más en culparse ambos cõmpitan.

XXXII

Parécele quedar vilipendiado
Y burlarle el desprecio de la pena,
Y dice: «Cada cual como culpado
» Triunfe y lleve la palma en su condena.»
Seña hace á sus sayones, y es atado
El mancebo también á la cadena;
Espalda con espalda á un poste quedan,
Vuelos, sin que los rostros verse puedan.

XXXIII

Ya en torno del mancebo y la doncella,
Del aceite incitada, arde la llama;
Triste y doliente el joven se querella
Y estas palabras dice á la que ama:
« ¿Son éstos ¡ay! los lazos, virgen bella,
» En que el destino á unirnos hoy nos llama?
» ¿Este el fuego que yo en mis ilusiones
» Vi arder en nuestros fieles corazones?

XXXIV

» Otro fuego, otros lazos nos debía
» Amor, y éstos nos da la inicua suerte;
» Harto ¡ay! separados nos tenia,
» Y más crüel nos junta ahora la muerte;
» Antes piadosa, ya que compañía
» Concede que en la hoguera venga á hacerte,
» Si en el tálamo no. Tu mal lamento,
» No el mío, que en tu unión muero contento.

XXXV

¡Cuánto fuera mi muerte venturosa,
» Cuán dulces y felices mis dolores,
» Si pudiera mi ánima amorosa
» Exhalar en tus labios seductores,
» Y en los míos la tuya poderosa
» Calmara de mi seno los ardores! »
Esto llorando dice. Ella modesta
Así con voz süave le contesta:

XXXVI

« Amigo, otras ideas y lamentos
» El tiempo pide en ocasión tan alta;
» Tus culpas llora y da tus pensamientos
» Al Dios que á quien le busca nunca falta;
» Sufrir por él endulza los tormentos,
» Gozoso aspira á do su amor exalta,
» Mira al sol refulgente, mira al Cielo
» Que á sí nos llama y da dulce consuelo.»

XXXVII

Aquí el vulgo pagano suelta el llanto;
Lloran también los fieles en voz baja,
Y como un suave desusado encanto
Del rey el duro corazón trabaja.
Sintiolo y se indignó, y aquel quebranto
Por no ver con piedad, la vista abaja;
Sólo Sofronia está firme y sublime,
Y de todos llorada, ella no gime.

XXXVIII

En tanto riesgo puestos un guerrero
(Tal parecía) de gentil talante,
Ven, que en traje y en armas extranjero,
De lejos venir muestra. En el brillante
Yelmo, una tigre luce el limpio acero;
Míranla y reconocen al instante
La insignia que Clorinda usa en la guerra:
Juzgan que es ella, y la opinión no yerra.

XXXIX

Esta, de artes y de obras femeniles
Huyó desde sus años más tempranos;
Telas, husos y agujas creyó viles
Y en ellos desdeñó poner las manos:
Entre armas y ejercicios varoniles
Tal vez virtud y honor se guardan sanos.
De orgullo y rigidez la faz armada
Quiso siempre tener, que aun así agrada.

XL

En tierna edad, su pequeñuela diestra
De animoso corcel regía el freno;
Lanza y espada usó, y en la palestra
Duro hizo el cuerpo, el ánimo sereno:
En la caza cerril hecha maestra
Oso ó león siguió de furia lleno,
Y cazadora pareció y guerrera,
Hombre á las fieras, á los hombres fiera.

XLI

De la región de Persia ora venía
Para lidiar con la cristiana gente,
Con la que antes peleado había
Y hecho en ella destrozos bravamente.
Al llegar á su vista se ofrecía
De muerte el aparato de repente;
Saber quiere por qué y á quien se aplica
Aquella hoguera, y el caballo pica.

XLII

Ábrenle paso, y ella mira atenta.
Á los reos el uno al otro atado:
Ve que ella muda está y él se lamenta;
Más fuerza muestra el sexo delicado:
Que él de sí no se duele cae en cuenta
Y que es su llanto de piedad causado.
Calla Sofronia y mira fijo al cielo,
Cual si antes de morir dejara el suelo.

XLIII

Clorinda se enternece, condolida
De ambos, y el tierno llanto mal reprime;
De la que no habla más compadecida,
Muévela más quien calla que quien gime.
A un viejo que ve cerca, conmovida
Con gran presteza vuelta: «Padre, dime
» ¡Quiénes son éstos, y al tormento crudo
» Qué yerro ó crimen conducirlos pudo?»

XLIV

Así pregunta y dale aquél respuesta
Breve, mas plena, á lo que dél inquiera.
Ella se asombra, y cosa manifiesta
Ser de ambos la inocencia luego infiera.
Ya que ellos mueran á evitar propuesta,
Si por ruego ó por armas ser pudiere,
Corre, hace retirar próximo el fuego
Y á los que le allegaban dice luego:

XLV

« De vosotros ninguno osado sea
 » En esta obra cruel á ir adelante,
 » Antes de que sobre ella al rey yo vea:
 » De qué no os culpará yo soy garante.»
 Nadie en obedecerla titubea,
 Movidos de aquel noble real semblante.
 Luego al rey va á buscar, mas en la vía
 Con él se encuentra que hacia allí venía.

XLVI

Dice: «Yo soy Clorinda. Habrá llegado
 » A ti mi nombre acaso. Vengo ahora
 » Aquí para auxiliar tu amenazado
 » Reino y la fe en que nuestro pueblo adora;
 » Mi ánimo á cuanto ordenes arrestado,
 » Alta empresa ó humilde, á toda hora
 » Tornará: tras el muro, encampo abierto,
 » En lid dudosa ó en peligro cierto.»

XLVII

Calla, y el rey responde: «¿Qué apartada
 » Región del Asia ú otra que el Sol mira
 » Hay, gloriosa doncella, en que ignorada
 » Sea tu fama, que entero el orbe admira?
 » Si con la ayuda cuento de tu espada,
 » Nada aflicción, nada temor me inspira;
 » No si ejército inmenso me acorriera,
 » Más segura esperanza concibiera.

XLVIII

» Ya que tarda el cristiano me parece
» Más de lo que debiera. En cuanto pides
» Empleo, tu valor sólo merece
» Grandes empresas, peligrosas lides;
» Todo lo que á mi voz hoy obedece
» Tú mandarás: soldados y adalides.»
Dijo. Con gracias ella corresponde
Sus elogios, y luego así responde:

XLIX

« Término ciertamente es desusado
» Que al merecer el galardón preceda;
» Mas fío en tu bondad que anticipado
» Premio en darme esos reos me conceda:
» Los pido en don, aunque si no es probado
» Su yerro, la nación penarlos veda;
» Mas esto callo, y callo las señales
» Que advierten no ser ellos criminales.

L

» Sólo diré que aquí es común sentencia
» Que la imagen robaron los cristianos;
» Muy diferente es de ésa mi creencia,
» Que en razón fundo, no en indicios vanos,
» Fué contra nuestra ley irreverencia
» Al mago obedecer nuestros hermanos:
» Que ídolos nuestro templo no consiente
» Propios, menos aún de extraña gente.

TOMO I.

4

LI

» Al Profeta atribuyo, y no me engaño,
» El milagro, y aun creo que le obrara
» Por mostrar que su templo rito extraño
» No es lícito que así contaminara.
» Válgase Ismeno de infernal amaño
» Y de armas que su magia le depara;
» Los caballeros del acero usemos,
» Que es nuestra arte, y sólo dél fiemos.»

LII

Calló, y aunque del rey rara vez llega
A moverse á piedad el pecho fiero,
Quísola complacer, que quien le ruega
Es ya del reino defensor primero.
A tal intercesor nada se niega,
Y dice: «Libertad y vida quiero
» Darles, sea justicia ó sea clemencia
» Y absolución ó indulto mi sentencia.»

LIII

Sueltos fueron así. Bien venturoso
Pudo Olíndor al fin llamar su hado
Que á acción tal le llevó, que en generoso
Pecho, otro amor el suyo ha despertado.
Va de la hoguera al tálamo, que esposo
De reo viene á ser, de amante amado;
Con ella morir quiso; ora no esquivo,
Pues no murieron, que con ella viva.

LIV

Mas el rey suspicaz virtud tan grande
Juzga que es peligrosa allí vecina,
Y esto le induce á que en destierro mande
Que salgan del confín de Palestina:
Manda también que luego se desbande
De Cristo el pueblo, y lejos lo confina.
¡Oh! ¡con cuánto dolor dejan los niños
De sus ancianos padres los cariños!

LV

Los separa cruel: sólo destierra
A los de ánimo audaz y cuerpo fuerte;
El débil sexo y la niñez encierra
Y en rehenes y prendas los convierte.
Unos errando van, otros de guerra
(Vence la ira al temor) tienta la suerte,
Uniéndose á los francos que encontraron
El día mismo que en Emaus entraron.

LVI

Es Emaus ciudad poco distante
De donde está Jerusalem fundada,
Que puede sin fatiga un caminante
De una á la otra hacer una jornada.
¡Cuánto á los francos nueva semejante
Alegra, alienta y da fuerza doblada!
Mas porque pasa el Sol del meridiano,
Manda acampar el general cristiano.

LVII

Sentado el campo, ya cuando vecino
Está al ocaso el luminar del día,
Llegar ven dos que en traje peregrino
Y rico, noble gente parecía,
Y venir con pacífico destino
A los cristianos reales se advertía:
Son del gran rey de Egipto mensajeros,
Con séquito de pajes y escuderos.

LVIII

Es uno Alete, que de innoble cuna
Entre la baja plebe era nacido,
Mas á elevados puestos su fortuna
Le alzó y su ingenio agudo y atrevido,
Que con lisonja astuta y oportuna
Siempre al engaño tuvo prevenido:
Maestro de calumnias y asechanzas
E injurias que difraza de alabanzas.

LIX

El circasiano Argante le acompaña,
Que al Egipto llegando forastero,
Se hizo del reino sátrapa con maña
Y alcanzó el rango militar primero;
Impaciente, feroz, lleno de saña,
Infatigable, intrépido guerrero
Desprecia á Dios, ley ó razón no admite,
Sino todo á la espada lo remite.

LX

De hablar al capitán piden licencia;
Dáseles, y donde él se hallaba entraron.
Silla humilde, vestir sin apariencia
De lujo, á Godofredo les mostraron;
Mas su grande valor y su eminencia
Bajo el modesto aspecto penetraron.
Argante hace de honor ligera seña,
Como grande que á otro honrar desdeña.

LXI

Alete al pecho llévase la diestra
Y frente y ojos á la tierra inclina,
De honra haciendo así toda la muestra
Que en su país el uso determina;
Habla. Su lengua en persuadir maestra,
Miel destila, y encanta y alucina;
Cuanto dijo los francos entendieron,
Que el idioma en Soría ya aprendieron.

LXII

« Tú, el solo que merece la obediencia
» De estos héroes que aquí veo famosos,
» Que á tu inclito valor, á tu prudencia,
» Lauros deben y triunfos portentosos,
» La fama tu virtud y tu potencia
» Ya nos contó y tus hechos hazañosos,
» Que en las lindes de Alcides no se encierra
» Y de Egipto llenó toda la tierra.

LXIII

- » A todos de tus hechos la noticia
- » Maravillados y asombrados hace,
- » Y admiración no sólo, mas delicia
- » Dan al rey, que en narrarlos se complace
- » Mil veces, y de ti ama y codicia
- » Lo de que para otros temor nace,
- » Que es tu valor, y unirse á ti desea
- » Por el amor, aunque en la ley no sea.

LXIV

- » De ocasión tan feliz solicitado,
- » Paz pide y amistad que le concedas
- » Y que el uno seais del otro aliado
- » Por la virtud, ya que por fe no puedas;
- » Mas pues estás contra su amigo armado,
- » Antes de que á lidiar con él procedas,
- » Quiso, para evitar males extremos,
- » Que su intento nosotros declaremos.

LXV

- » Dice que si te pagas y contentas
- » De lo que en guerra tienes adquirido,
- » Y ya en Judea más ganar no intentas
- » Ni en cuanto está á su imperio sometido,
- » Promete en el poder que aun no cimentas
- » Que serás por sus fuerzas mantenido.
- » Si os unís, ¿podrán Persia ni Turquía
- » Juntas contrarrestar nuestra valía?

LXVI

- » Mucho, señor, en corto tiempo has hecho
- » Que no pondrá en olvido edad remota;
- » Derruido muros has, huestes deshecho,
- » Vencido estorbos mil en tierra ignota.
- » Todo espantado tiembla en grande trecho,
- » Todo el temor de tu valor denota;
- » Y si nuevos imperios ganar puedes,
- » Más gloria no, que en gloria á todo excedes.

LXVII

- » Llegó la tuya al colmo, y no es prudencia
- » Que aun lid dudosa tu valor intente,
- » Pues que si Estados ganas y potencia,
- » Será sin que tu ilustre fama aumente,
- » Y pondrás lo ganado en contingencia
- » De perderse, y la honra juntamente:
- » Exponer fuera temerario y loco
- » Lo mucho cierto, por lo incierto poco.

LXVIII

- » Consejos de otro á quien acaso pesa
- » Que conserves lo que antes adquiriste,
- » Vencedor haber sido en toda empresa,
- » El anhelo que en noble pecho asiste
- » Sin extinguirse y de buscar no cesa
- » Cómo más tierra y más honor conquiste,
- » Hará que la paz huyas por ventura
- » Más que huyen otros de la guerra dura.

LXIX

- » Te urgirán á que sigas la espaciosa
- » Senda que el hado te presenta abierta,
- » Y á no dejar la espada victoriosa
- » Que de siempre triunfar se siente cierta,
- » Mientras dure de Islam la ley odiosa
- » Y hasta que Asia por ti se haga desierta:
- » Dulces cosas de oír, dulces engaños
- » De que nacer podrían graves daños.

LXX

- » Mas si el odio los ojos no te venda
- » Ni en ti la luz de la razón apaga,
- » Hallarás que la guerra que se encienda
- » Más bien temer que no esperar te haga;
- » Varia es fortuna y cuanto de ella penda
- » Es más temible cuanto más halaga:
- » Al vuelo más sublime y repentino
- » Suele el más hondo abismo estar vecino.

LXXI

- » Dime: si contra ti el Egipto mueve
- » Sus armas, sus consejos y su oro
- » Y en tu daño la guerra se remueve,
- » De Turco y Persa, de Árabe y de Moro,
- » ¿Quién contra tantos á luchar se atreve,
- » Sin que el poder arriesgue y el decoro?
- » ¿Confías en el griego rey malvado
- » A quien contigo unió pacto sagrado?

LXXII

- » ¿De quién la griega fe no es conocida?
- » De una sola traición toma escarmiento;
- » Aunque miles, no una os tiene urdida
- » Aquel pérfido pueblo y avariento.
- » ¿Crearás que por ti ponga la vida
- » Si el paso te negó su atrevimiento?
- » Quien vía que es común osó negarte,
- » ¿Querrá su propia sangre ahora darte?

LXXIII

- » Mas toda tu esperanza acaso insiste
- » En las haces que ahora te rodean.
- » Los que uno á uno ya vencer pudiste
- » Juntos quizás vencidos también sean;
- » Pero tus huestes ya mermadas viste
- » Que hambres sufren, y marchan y pelean,
- » Y son tus enemigos más crecidos
- » Turcos, persas y egipcios reunidos.

LXXIV

- » Piensas tal vez que el Cielo tiene escrito
- » Que el acero jamás vencerte pueda;
- » Que así en buen hora sea. Yo lo admito
- » Y á tu valor todo enemigo ceda;
- » Mas venceráte el hambre. En tal conflicto,
- » ¿Qué amparo, qué favor, por Dios, te queda?
- » Contra ella espada esgrime, vibra lanza,
- » Y también de vencerla ten confianza.

LXXV

- » Todo en torno talado y destruido
- » Ha tu contrario en estas cercanías,
- » Y en la ciudad los frutos recogido
- » Antes de que llegaras muchos días:
- » Tú que hasta aquí tan venturoso has sido,
- » ¿Con qué tu gente mantener confías?
- » Dirás: por mar espero bastimentos.
- » ¿Luego pende tu vida de los vientos?

LXXVI

- » ¿También en ellos tu fortuna manda
- » Y á su antojo los ata ó los desliga?
- » ¿El mar que sordo á ruegos no se ablanda,
- » Sólo á seguir tu voluntad se obliga?
- » Si con Egipto en la común demanda
- » Se unen Persia y Turquía en triple liga,
- » ¿Juntar no pueden una armada grande
- » Que á tus naves ataque y las desbande?

LXXVII

- » Dos victorias, señor, fuerza es que ganes,
- » Si has de salir con honra de esta empresa;
- » Si una te falta, premio á tus afanes
- » Serán daño y vergüenza que más pesa.
- » Vencidos en el mar tus capitanes,
- » Aquí pereceréis del hambre presa;
- » Y si aquí te vencemos, será vano
- » El triunfo de tu flota en el Océano.

LXXVIII

- » Si en tal estrecho puesto aun no consientes
» Paz á tregua que Egipto te propone,
» Tal obrar con tus prendas eminentes
» (Da venia á la verdad) mal se compone.
» Inspire el Cielo ideas diferentes
» A tu ánimo, si á guerra hoy se dispone;
» Asia respire de tan largo luto,
» Y de tus triunfos tú goces el fruto.

LXXIX

- » Ni á vosotros que en guerra y en trabajo
» Y en su gloria asociados Bullón lleva,
» De fortuna os seduzca el agasajo
» A buscar nuevos riesgos, guerra nueva;
» Mas cual piloto cauto que retrajo
» Su nave antes que el Noto el mar remueva,
» Coged las velas, y el seguro puerto
» A dejar no volváis por mar incierto.»

LXXX

Calló Alete. Los héroes circunstantes
Con un murmullo su discurso acogen
Y en su actitud demuestran y semblantes
Cuánto aquellas propuestas los enojen.
Gira Bullón en torno los brillantes
Ojos, que graves luego se recogen,
Y en la faz del que ya respuesta espera
Fijos al fin, habló de esta manera:

LXXXI

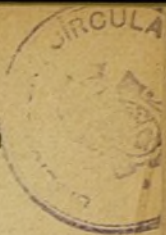
- « Mensajero, tus hábiles razones
» Que halagan y amenazan he entendido:
» Si me ama el rey y loa mis acciones,
» Merced es suya; estóile agradecido.
» En cuanto á nuestra vista luego pones
» En guerra el paganismo todo unido,
» Respuesta como suelo voy á darte,
» Libre y sencilla, sin adorno ni arte.

LXXXII

- » Sabe que si hasta hoy tanto arrostramos
» En mar, en tierra, en mil trabajos duros,
» Es sólo porque vía hallar podamos
» A aquellos santos, venerandos muros,
» Que si de impía esclavitud libramos,
» De hallar así ante Dios gracia seguros,
» Exponer por tan santa y grande empresa
» Honor y reino y vida no nos pesa;

LXXXIII

- » Que no codicia ó bajas ambiciones
» A ella nos empujan ó nos guían.
» ¡Guarde el Padre inmortal los corazones
» Que esa peste abrigar tal vez podrían,
» Y aleje con tan pérfidas pasiones
» El veneno que en ellos verterían!
» El que el pecho más duro que la roca
» Ablanda y enternece si le toca



LXXXIV

- » Nos mueve y nos conduce por su mano,
- » De estorbos y peligros vencedores:
- » Los ríos secos hace, el monte llano,
- » Templa á las estaciones sus rigores,
- » La tempestad sosiega en el Océano,
- » Suelta el viento ó reprime sus furoros;
- » Por Él los fuertes muros derruidos,
- » Por Él son los ejércitos vencidos.

LXXXV

- » De Él nos viene el valor, de Él la esperanza,
- » No de que en nuestras fuerzas confiemos,
- » Ni en la flota, en la Grecia ó cuanto alcanza
- » A comprender Europa en sus extremos.
- » Si en la celeste ayuda no hay mudanza,
- » Que otra nos falte no curar debemos:
- » Quien sabe cómo Dios defiende ó hiere,
- » Más protector, más auxiliar no quiere.

LXXXVI

- » Mas cuando su favor nos amenguara
- » Por nuestras culpas ó el querer divino,
- » ¿Quién hallar su sepulcro rehusara
- » Donde Cristo á buscar el suyo vino?
- » Moriremos, la vida dando cara;
- » Venganza un día nos dará el destino.
- » Ni insultar podrá el Asia nuestra suerte,
- » Ni llorar los cristianos nuestra muerte.

LXXXVII

- » Ni que odiamos la dulce paz se crea
» Como otros odian guerra desastrosa,
» Que del rey la amistad nos lisonjea
» Y su alianza seríanos gustosa;
» Mas si de él no depende la Judea,
» ¿Por qué la cuida con zozobra ansiosa?
» Otros reinos ganar no nos prohiba,
» Con que el suyo feliz rigiendo viva.»

LXXXVIII

Responde así, y el corazón de Argante
De aguda rabia la respuesta hiere;
Ni lo oculta, que airado en el semblante
Estas palabras ásperas profiere:
« Quien paz no acepta, que la guerra aguante,
» Que jamás falta guerra á quien la quiere;
» Que la paz tú aborreces claro muestras,
» Pues no te rinden las razones nuestras.»

LXXXIX

Toma en esto la fimbria de su manto
Y hace con él un seno ante su pecho,
Diciendo así su voz que pone espanto
Con doblado furor y más despecho:
« A ti que el riesgo menosprecias tanto,
» Paz y guerra te traigo en seno estrecho;
» Elige: en resolverte no difieras,
» Que de entrambas tendrás la que más quieras.»

XC

La acción, la voz en todos ira enciende
Y «¡guerra!» «¡guerra!» claman á porfía,
Ni á escuchar la respuesta alguno atiende
Que el buen Gofredo á dar se disponía.
Argante el seno suelta, el manto extiende
Y «á guerra á muerte—dice—os desafia
» Mi rey», con acto tan feroz é insano
Que parecía el templo abrir de Jano.

XCI

Semeja que del seno aquél soltara
El Furor loco, la Discordia fiera,
Y en sus ardientes ojos relumbrara
La gran tea de Aleto y de Megera;
Aquel Titán que contra el Cielo alzara
La gran mole de error, quizás tal era
Y al de Babel se vió no de otro modo
Amenazar al firmamento todo.

XCH

Dice Gofredo: «Al rey dad por respuesta
» Que lo más antes venga que pudiere,
» Que la guerra aceptamos dél propuesta;
» Si tarda, que en su Nilo nos espere.»
Y cortés los despide y les apresta
Los ricos dones con que honrarlos quiere:
Un yelmo á Aleto da, bella presea
Que conquistó con otras en Nicea.

XCIII

Tuvo Argante una espada guarnecida
De oro y preciosas piedras con tal arte,
Que la rica materia era vencida
De la obra, y del precio menor parte.
Del moro la mirada complacida
La fina hoja examina y puño aparte,
Y dice: «Ya verás en breve plazo
» Cómo usar de tu don sabe mi brazo.»

XCIV

Ya despedidos, dice al compañero:
« De aquí partamos; yo por el camino
» De Salem esta noche marchar quiero;
» Tú á Egipto parte al rayo matutino;
» Donde estés, cosa inútil considero
» Hallarme; bastan tu saber y tino:
» Tú la respuesta lleva; á mí es más grato
» De las armas seguir el duro trato.»

XCV

De enviado en enemigo convertido
Si es cuerda la mudanza ó prematura,
Si ofende ó no el derecho convenido
Entre gentes, ni piensa ni se cura.
Sin dar de Alete á la respuesta oído
Pártese en cuanto ve la noche oscura,
Impaciente. A que el día pareciera
Con ansia no menor Alete espera.

XCVI

Era la noche y hora en que en reposo
Se hallan los elementos: calla el mundo,
Descansan los vivientes que el undoso
Mar alberga ó el lago en lo profundo,
O en cuevas duermen ó en redil sabroso;
De las aves el vuelo vagabundo
Paró; en dulce silencio soporoso
Están los seres todos, olvidados
De trabajos, de afares y cuidados.

XCVII

Mas no al sueño se entregan ni al sosiego
Los cristianos, ni el héroe que los manda:
Que tanto ansían que del Sol el fuego
Les alumbre el camino, y en demanda
De la santa ciudad partirse luego
A dar cima á la empresa memoranda;
Viendo estan con afán si algun vislumbre
Del dia anuncia la primera tumbre.

FIN DEL CANTO SEGUNDO

CANTO TERCERO

LLEGA EL EJÉRCITO Á JERUSALEM;
ERMINIA, DE UNA ALTA TORRE, SEÑALA LOS PRINCIPALES HÉROES
AL REY ALADINO; PRIMEROS HILOS DE EPISODIOS AMOROSOS;
MUERTE Y EXEQUIAS DE DUDÓN;
DISPOSICIONES PARA EL ASALTO.

I

Despertaba ya el aura mensajera
A anunciar la venida de la Aurora,
Que en tanto su dorada cabellera
Con frescas rosas del Edén decora;
Movía al campo armado la primera
Luz, y se oía voz alta y sonora;
Alegres en las trompas resonaban
Los militares sonos que tocaban.

II

El sabio capitán con blando freno
Los deseos secunda, templa y guía.
Más fácil fuera al mar hacer sereno
Donde á Caribdis bate onda bravía,
O á Bóreas sosegar de furia lleno
Cuando mil leños al naufragio envía.
Su gente ordena, rige, la sujeta
Y la apresura, mas con ley discreta.

III

El corazón, los pies, con alas siente
Cada cual, sin pensar el paso apura,
Y cuando ya á la tierra el Sol ardiente
Sus rayos lanza de mayor altura,
Jerusalem parece de repente.
Cada uno á mostrarla se apresura
Y mil voces que en una el aire hieren,
«¡Jerusalem!» «¡Jerusalem!» profieren.

IV

Tal compañía audaz de navegantes
Que viajan á buscar playa remota,
La onda falaz, los vientos inconstantes
Prueban del mar en la región ignota;
Si al fin tierra descubren, anhelantes
De sus labios gozoso grito brota;
Muéstranla el uno al otro, y en olvido
Ponen el mal y el riesgo padecido.

V

Al gran placer de la primer mirada,
Natural en sus pechos dulce efecto,
Profunda contrición siguió, mezclada
De temeroso reverente afecto.
No osan mirar á la ciudad sagrada
Que albergue fué del Salvador electo,
En que murió, en que tuvo sepultura
Y tomó nueva humana vestidura.

VI

Bajas palabras, voz enternecida,
Roto sollozo ó bien suspiro leve
De gente á un tiempo alegre y compungida
Hacen que al aire un murmurar se eleve,
Cual suele oírse en selva entretejida,
Si el viento las hojosas ramas mueve;
O cual entre las rocas y en la arena
Silva azotado el mar y ronco suena.

VII

Descalzos pisan todos el sendero,
Que de los jefes el ejemplo imitan;
La gorra de oro, el casco y el plumero
Soberbio, de la frente humilde quitan,
Y depuesto el espíritu altanero,
Las lágrimas sus ojos solicitan,
O si el llanto correr tal vez rehusa
De alguno, en alta voz así se acusa:

VIII

« ¿Qué, Señor, donde un tiempo las corrientes
» De tu sangre regaron el desierto,
» De llanto al menos hoy dos vivas fuentes
» Por memoria tan triste yo no vierto?
» ¿Cómo en lloro deshecho no te sientes,
» Oh corazón empedernido y yerto?
» ¿Posible es que aun no te despedaces?
» Llorar siempre mereces si hoy no lo haces. »

IX

De la ciudad en tanto uno que otea
Desde elevada torre el llano y monte,
Ve á lo lejos el polvo que negrea
Cual gran nube que al cielo se remonte;
Su centro vese arder, relampaguea,
Ya obscurece, ya enciende el horizonte,
Vense al través brillar las armaduras
Y de hombres y caballos las figuras.

X

Exclama aquél: «¡Cuál veo niebla densa
» De polvo, y cuál reluce entre lo obscuro!
» Sús, ciudadanos, sús, á la defensa,
» Armaos presto, coronad el muro:
» El enemigo viene en turba inmensa.
» ¡Arma! Aprestaos al combate duro;
» Ya está sobre nosotros, ved cuál sube
» Al cielo el polvo en ominosa nube.»

XI

Tiernos niños y débiles ancianos
Y turba femenil casi infinita
Que á pelear no tienen fuertes manos,
Tristes, orando van á la mezquita;
Otros, de miembros y ánimos lozanos,
Vanse de prisa á armar, todo se agita.
Quién va á las puertas, quién al muro asciende.
El rey en torno todo ve y atiende.

XII

Sus órdenes ya dadas, se desvía
A una torre que se alza entre dos puertas
De donde á todo acuda; de allí vía
La montaña y llanura descubiertas.
Quiere que Erminia le haga compañía,
Princesa que aceptando sus ofertas
A él se acogió cuando Antioquía tomaron
Los francos y á su padre el rey mataron.

XIII

Sale á encontrar Clorinda al enemigo;
Muchos con ella, á todos va delante.
Donde oculto á otra parte hay un postigo
A dar auxilio está dispuesto Argante.
Alienta á los que lleva ella consigo
Con la voz y el intrépido semblante.
«Hoy—decía—podrá nuestra pujanza
» Principio dar del Asia á la esperanza.»

XIV

En tanto que habla, ve que cerca estaba
Con presas una franca compañía,
Que de guerra al estilo merodeaba
Y con ganado al campo se volvía:
A ellos corre; ya al tiempo que avanzaba
Encuentra al jefe que venir la vía:
Gardo era el nombre dél, varón valiente,
Mas no á lidiar con ella suficiente.

XV

Éste al terrible encuentro viene á tierra
A la vista de francos y paganos;
Gritan éstos, y toman de la guerra
Faustos agüeros que salieron vanos;
Ella espolea y con los otros cierra,
Vale su diestra más que otras cien manos;
Síguenla los que manda por la vía
Que con los golpes y la espada abría.

XVI

Al fin la presa su valor rescata.
Poco á poco el cristiano el campo cede,
Y á una colina de acogerse trata
En que mejor defensa hacerse puede.
Entonces, cual turbi6n que se desata
O fuego á que el relámpago precede,
El buen Tancredo, á quien Gofredo manda,
La lanza enristra y parte con su banda.

XVII

Tan firme la asta lleva, en tal manera
Va gallardo el mancebo y atrevido,
Que al divisarlo el rey, juzgó que fuera
Aun entre los mejores distinguido,
Y dice así á su bella compañera,
Cuyo seno palpita conmovido:
« Su trato conocer te hará por cierto
» Cualquier cristiana aun viéndole cubierto.

XVIII

» Dí, ¿quién es ese que gallardo viene
» Con tal ansia á la lid y brío tanto?»
Ella, sin voz con que responda, tiene
Suspiros solos y en los ojos llanto;
Mas espíritu y lágrimas contiene
No sin que pueda conocerse un tanto;
Que sus ojos perfila línea roja
Y un ligero suspiro ahogado arroja.

XIX

Luego dice, fingiendo artificiosa
(Que bajo el odio oculta otro deseo):
« Bien ¡ay! conozco su figura odiosa
» Y que entre mil la distinguiera creo:
» Harto le vi en el campo, á su rabiosa
» Furia en mi pueblo dar mortal empleo.
» ¡Cruel! La herida de su diestra dura,
» Arte, hierbas ni hechizo nunca cura.

XX.

» El principe es Tancredo. Quiera el Cielo
» Mi prisionero hacerlo: no su muerte,
» Su prisión quiero sólo, que consuelo
» Fuera y desquite de mi triste suerte.»
Calló. El doble sentido tiende un velo
Que al rey estorba que su mente acierte;
Un suspiro cortado á su voz sigue
Que reprimir del todo no consigue.

XXI

Clorinda, en tanto, arrójase al asalto
De Tancredo, enristrando la asta aguda:
En las viseras dan. Vuelan en alto
Los troncos. La cabeza ella desnuda
Queda, que suelto el yelmo dió un gran salto,
Rota la fuerte hebilla que lo anuda;
El dorado cabello al viento ondea,
Y aparece una dama en la pelea.

XXII

Brillan los ojos, arde su mirada
Dulce aún con ira. ¿Qué sería gozosa?
¿En qué piensas Tancredo? ¿De tu amada
La faz no reconoces amorosa?
¿No es la que está en tu corazón grabada?
A él pregunta, y su voz oye afanosa.
La misma es que en solitaria fuente
Refrescar viste la abrasada frente.

XXIII

Él que antes la cimera y el escudo
Con cuidado no vió, ya que los mira,
Cual de mármol inmóvil queda y mudo;
Cubre ella el rostro, y abrasada en ira
Le ataca, huyendo él cuanto más pudo:
Si á otros embiste, de ésta se retira;
Síguele amenazante y «¡Vuelve!», grita,
Y á arrostrar doble muerte así le incita.

XXIV

No devuelve los golpes el cristiano,
Ni á guardarse del hierro tanto atiende,
Como á mirar el rostro sobrehumano
Do Amor el arco inevitable tiende.
Dice entre sí: « Tal vez el golpe es vano
» Con que su armada diestra herir pretende;
» Mas con la faz hermosa descubierta,
» No yerra: al corazón siempre me acierta. »

XXV

Resuelve al fin, aunque piedad no espere,
Sin hablar, no morir oculto amante:
Desea que ella sepa que al que hiere
Esclavo es suyo, inerme y suplicante.
Dice: « Pues tu odio por contrario quiere
» A mí solo, aunque tantos ves delante,
» La batalla dejemos; ven aparte
» Donde á solas en mí puedas probarte.

XXVI

» Así verás si iguala mi bravura
» A la tuya. » En el reto ella consiente,
Y como de ir sin yelmo no se cura,
Marcha arrogante; él sigue tristemente,
Dispuesta la guerrera á la lid dura.
Ya está sobre él, ya hiere; mas « ¡Detente! »
Él grita; « nuestros pactos concertemos
» Antes, con que la lid seguir debemos. »

LA LATINA

XXVII

Paró ella. Atrevido al doncel hace
Su grande amor, aun de esperanza ajeno.
« Mi pacto es (sigue), pues lidiar te place,
» Que el corazón me arranques tú del seno;
» Mío dejó de ser; si te desplace
» Que viva, morirá de gozo lleno:
» Tuyo es ha largo tiempo, y ya llevarlo
» Debes sin que yo piense en estorbarlo.

XXVIII

» No alzo la mano, el pecho te presento
» Sin defensa. En herir ¿qué te detiene?
» Del arnés desnudarme soy contento
» Si así mejor á tu querer conviene. »
Quizá siguiera en mísero lamento
Desfogando el dolor, mas le contiene
Tropel de unos y de otros que en refriega
Adonde estaban repentino llega.

XXIX

Dándoles caza el escuadrón cristiano
Huyen los moros, miedo ó arte fuera;
De los que los persiguen un villano
Flotando ve la rubia cabellera:
Al pasar á la espalda alzó la mano
Y la desnuda parte recio hiriera;
Mas dió un grito Tancredo, que repara
Y acude, y con la espada el golpe para.

XXX

No del todo, que el tierno blanco cuello
Hirió donde se junta á la cabeza;
Fué herida leve; el fino áureo cabello
De rosicler á matizarse empieza,
Como de oro en joyel vivo destello
Luce el rubí que esmalta su belleza.
La espada aprieta el príncipe, y con furia
Sobre el felón corre á vengar la injuria.

XXXI

Éste huye, Tancredo ardiendo en ira
Le sigue, y van cual flechas por el viento;
Ella suspensa queda, á los dos mira
Muy lejos, de seguirlos sin intento,
Y con los suyos que huyen se retira;
Tal vez vuelve y combate algún momento;
Ya huye, ya persigue y da un avance.
No se sabe si en fuga va ó alcance.

XXXII

Cual bravo toro al que en la plaza acosa
Una trailla, vuelto la acobarda
Sólo en mostrar su frente poderosa;
Mas si á huir torna, no en seguirle tarda.....
El escudo Clorinda cuidadosa
Alza á su espalda, y la cabeza guarda
Cual los que en juegos moros se retiran
Cubiertos de las cañas que les tiran.

XXXIII

Unos en fuga y otros persiguiendo,
El alto muro tienen ya vecino,
Cuando alzan los paganos grito horrendo
Y atrás tornan con giro repentino.
Un gran rodeo dan; luego volviendo,
Hieren flancos y espalda de contino;
Del monte sale Argante con su gente
Y al ataque la mueve por el frente.

XXXIV

El feroz circasiano va delante,
Que herir antes que nadie se promete,
Y al que encuentra derriba en el instante
Revueltos el caballo y el jinete;
Antes que su asta en trizas se quebrante
Mucho derriba y hiere y acomete;
La espada saca, y donde da derecho,
Muerte ó herida hay, ú hombre maltrecho.

XXXV

Émula dél Clorinda, da la muerte
Al buen Ardelio, ya de edad madura,
Pero aun en ella hombre atrevido y fuerte
Que en dos hijos mancebos se asegura.
Mas ¡ay! Alcandro, el grande, fué de suerte
Herido que allí expira el sin ventura,
Y Poliferno que á su lado queda,
Aun será mucho que salvarse pueda.

XXXVI

Viendo Tancredo que es empresa vana
A aquel felón seguir más largamente,
Atrás mira y percibe que lejana
Demasiado avanzó su brava gente;
Da de la espuela, la carrera afana,
La brida vuelta allá derechamente
Ni él solo es que á su escuadrón ayude,
Mas ve el pendón que á todo riesgo acude.

XXXVII

Que es de Dudón la franca compañía,
Nervio del campo, de héroes flor y nata.
Galán Reinaldo á todos precedía:
No más veloz el rayo se desata.
El porte y las insignias conocía
Erminia, en campo azul ave de plata,
Y dice al rey que en él la vista tiene:
« El bravo entre los bravos allí viene.

XXXVIII

» Este tiene en la lid pocos iguales,
» Ninguno acaso aun en su edad florida.
» Si en la Cruzada hubiera otros seis tales,
» Sierva Soria fuera, ya vencida,
» Domadas las regiones más australes
» Y las que ve la Aurora á su salida,
» Y aun quizá al yugo el Nilo tan lejano
» El cuello sustraer quisiera en vano.

XXXIX

- » Reinaldo es ése, cuya airada diestra
» Más que ariete á los muros es temible;
» Ahora mira allí donde se muestra
» Aquel que el verde y oro hacen visible;
» Es Dudón, el que guía y amaestra
» De la aventura el escuadrón terrible;
» Noble, experto guerrero, les excede
» En edad; en valor á nadie cede.

XL

- » Ese alto de armas negras, es Gernando,
» Del rey noruego hermano, que supera
» En ser soberbio á cuantos tienen mando,
» Sola cosa que en él se vitupera.
» Los dos que juntos vienen, ostentando
» Blanco arnés de la espuela á la cimera,
» Odoardo y Gildipe son, esposos
» Por amor, lealtad y armas famosos. »

XLI

Así ella hablaba, y lejos ya veían
Más y más encenderse la pelea.
Y Reinaldo y Tancredo el cerco abrían
Que de hombres y armas denso los rodea.
Luego los bravos que á Dudón seguían
Llegan donde más recio se guerrea.
Argante, el mismo Argante, cae de un tajo
De Reinaldo, y se alza con trabajo.

XLII

Ni se alzara tal vez si en ese instante
De Reinaldo el caballo no cayera
Oprimiéndole un pie, y pugnó bastante
Primero que el estribo desasiera.
Derrotados van ya los del turbante;
A la ciudad se acogen de carrera:
Sólo Argante y Clorinda algo detienen
A los que á todos arrollando vienen.

XLIII

Zagueros van, el impetuoso alcance
Algo con grande esfuerzo conteniendo;
Hacen menos riesgoso el duro trance
A los que van delante aprisa huyendo.
Sigue Dudón el victorioso avance;
Da á Tigranes feroz un golpe horrendo
Con el caballo, y rueda por su espada
Dél la cabeza al suelo derribada.

XLIV

Ni á Algazarre le fué fina coraza
Ni á Cosbán fuerte yelmo de provecho;
Que espalda y nuca les hirió de traza
Que á uno el rostro pasó y al otro el pecho:
Incansable su acero despedaza
A Mahomed y Amurat en corto trecho,
Y á Almanzor. Aun el grande Circasiano
Bien seguro no va de aquella mano.

XLV

Sin querer se estremece y tal vez mira
Atrás, se vuelve y para, y nuevamente
Aguja. Al fin tan de improviso gira,
Hiere el flanco á Dudón tan reciamente
Que en él hunde el acero. Al punto expira
A tan horrendo golpe aquel valiente.
Cayó. Apenas sus ojos ver ya pueden,
Que á quietud dura y férreo sueño ceden.

XLVI

Tres veces los abrió, la luz del cielo
Por gozar, en un brazo medio alzado,
Y tres veces cayó, y obscuro velo
Cubrió sus ojos que cerró cansado.
Desligados los miembros, mortal hielo
Arreció el cuerpo de sudor bañado.
Sobre el héroe ya muerto el fiero Argante
No para un punto; apriesa va delante.

XLVII

Con todo, sin que afloje el paso nada,
Vuelto á los francos grita: «¡Oh buena gente!
» La espada es que veis ensangrentada;
» La que Gofredo ayer me dió en presente;
» Decidle cómo ha sido por mí usada,
» Que le será la nueva bien placiente,
» Holgando de saber que su regalo
» A prueba puesto, se halla no ser malo.

XLVIII

» Añadid que aun tendrá más clara prueba
» Cuando rompiendo sus entrañas entre;
» Siquiera á lid conmigo no se atreva,
» A buscarle iré yo donde le encuentre. »
Aunque á todos oírle á rabia mueva
Y el tropel á seguirle se concentre,
Él con los suyos pronto halló seguro
Bajo el amparo del amigo muro.

XLIX

De piedras granizada tal disparan
Los que tras las murallas se defienden,
Y aljabas mil tal multitud aparan
De flechas á los que arcos recios tienden,
Que los francos por fuerza el paso paran
Y á la entrada á los moros ya no ofenden.
Reinaldo al fin, que del corcel caído
Logró el pie desasir, aquí es venido.

L

Anhelando tomar del homicida
Del ilustre Dudón cruda venganza,
A los suyos con voz enfurecida
Grita: « ¿Qué calma es esa ó qué tardanza?
» Mirando á nuestro jefe ya sin vida,
» ¿Cómo hay quien no á vengarle se abalanza?
» Cuando en tan grave caso la ira excede,
» ¿Un frágil muro detenernos puede?

LI

» No si de doble hierro ó de diamante
 » Impenetrable esa muralla fuera,
 » Detrás de ella seguro el fiero Argante
 » De vuestras altas fuerzas estuviera.
 » ¡Sus! ¡Al asalto! ¡Sus! » Y va delante
 Así diciendo, en rápida carrera,
 Desafiando con serena frente
 De peñas y saetas un torrente.

LII

Erguida la cabeza, el rostro lleno
 De tan terrible ira y furia tanta,
 Que aun dentro de los muros hiela el seno
 Del enemigo á quien su audacia espanta:
 Anima y amenaza, cuando freno
 A su ímpetu poniendo, se adelanta
 De Godofredo nuncio, el buen Sigero,
 Que su mandato íntimale severo.

LIII

Le reprueba el sobrado atrevimiento,
 Y que atrás vuelva sin tardar dispone.
 « Tornad—dice—y espere el ardimiento
 » Que tiempo y ocasión se os proporcione;
 » Godofredo así lo manda. » En el momento
 Cumple Reinaldo la orden que le impone
 Mal que le pese, y muestre, á su despecho,
 Más de un signo el coraje de su pecho.

LIV

Atrás la gente vuelve: perseguidos
De los que guardan la ciudad no fueron.
A los oficios últimos debidos
De Dudón á los restos acudieron;
En los robustos brazos y fornidos
Respetuosos por honra le pusieron.
Mira en tanto Bullón de excelsa parte
De la fuerte ciuda del sitio y arte.

LV

Jerusalem asienta en dos collados
De altura desiguales, frente á frente,
Por un estrecho valle separados.
En tres lados el áspera pendiente
Difíciles los hace y escarpados;
El otro la subida bien consiente;
Mas alto el muro al septentrión defiende
La parte que hacia allí llana se extiende.

LVI

Dentro hay lugares que conservan pura
La agua que llueve, en tanques, pilas, fuentes:
Fuera, sin hierba la árida llanura
Manantiales no muestra ni corrientes;
Flores ni árboles hay, cuya espesura
Temple los rayos del estío ardientes,
Sino en cuanto á seis millas se levanta
Horrenda selva cuya sombra espanta.

LVII

Corre á la parte donde nace el día
Del felice Jordán la onda famosa,
Y donde el Sol la última luz envía
Del mar Mediterráneo la arenosa
Playa; al Norte Betel que adoró impía
El buey de oro, y Samaria. A la lluviosa
Región de Austro, Belem, cuyo destino
Fué cuna dar al Redentor Divino.

LVIII

Mientras mira Gofredo el sitio y muro
De la ciudad y el monte y ancho llano,
Y donde acampe y donde más seguro
Del éxito atacar pueda el cristiano,
Ve Erminia de Asia al vencedor futuro
Y le señala, y dice al rey pagano:
« Gofredo es ese del purpúreo manto
» Que de real y augusto tiene tanto.

LIX

« De nacimiento rey es verdadero:
» De reinar y mandar el arte sabe,
» Gran capitán, no menos caballero:
» De uno y otro el valor todo en él cabe;
» No entre tantos de ser mejor guerrero.
» O más sabio varón hay quien se alabe;
» Solo en saber Raimundo, en la batalla
» O Reinaldo ó Tancredo igual se halla. »

LX

Responde el rey: « Su fama he ya sabido
 » Y en la corte de Francia le vi un día,
 » De Egipto mensajero habiendo sido.
 » En la justa admiré su gallardía,
 » Y aunque de la niñez no bien salido,
 » Su rostro leve bozo aun no tenía,
 » Daba en sus dichos, obras y semblanza
 » Presagio ya de altísima esperanza.

LXI

» Presagio ¡ay! harto cierto.» Y aquí inclina
 Turbado el rostro; alzándole. « A su lado
 » — Sigue — hay uno de veste purpurina
 » Que ser pariente dél muy allegado
 » Su grande semejanza determina,
 » Aunque es de cuerpo menos elevado.
 » — Balduino; que es su hermano, en las facciones
 » Muestra — ella dice — y más en las acciones.

LXII

» Ahora, mira aquel que en semejanza
 » Está de consejero á su otro flanco;
 » Es Raimundo, hombre digno de alabanza
 » Por su prudencia, ya de canas blanco:
 » No hay quien sepa una bética asechanza
 » Mejor urdir, sea latino ó franco.
 » Aquel del yelmo de oro más lejano,
 » Guillermo el hijo es del rey britano.

LXIII

» Ve á Güelfo, de sus obras hazañosas
» Emulo, de alta sangre y gran potencia:
» Conozco sus espaldas poderosas
» Y del combado pecho la eminencia;
» Mas mi grande enemigo en las copiosas
» Huestes busco con vana diligencia:
» Bohemundo digo, el bárbaro homicida
» De mi estirpe real ya destruída. »

LXIV

Luego que en torno suyo cuidadoso
Cuanto alcanza observó, Bullón descende
Y hacia los suyos va. Juzgando ocioso
Atacar donde la agria cuesta pende,
Contra la puerta, al Norte, en espacioso
Llano adonde ella sale el campo tiende.
Y de allí en derechura, hasta la torre
Que llaman angular, sus tiendas corre.

LXV

Cercaría ese campo la tercera
Parte de la ciudad escasamente,
Pues del todo encerrarse no pudiera,
Que su grande extensión no lo consiente.
Las partes por do auxilio acaso espera
Recibir, cubre el capitán prudente,
Y los pasos ocupa y avenidas
Propios á las entradas y salidas.

LXVI

Dispone que las tiendas sean cercadas
De hondos fosos y fuertes valladares,
Porque contra salidas amparadas
Queden y contra fuerzas auxiliares.
Cuando mira estas obras acabadas,
Tributar quiere honores militares
A Dudón; donde se halla se dirige
Con triste turba á quien mirarle aflige.

LXVII

Con noble pompa el féretro adornado
Por sus amigos, ve en lugar sublime:
Cuando Gofredo entró, más esforzado
Se oyó el acento en que la turba gime;
Mas con rostro, aunque triste no turbado,
Calla Bullón y su dolor reprime;
Pensativo un instante miró fijo
Los queridos despojos, y así dijo:

LXVIII

«No á ti se debe ya dolor ni llanto;
»Al mundo muerto, naces para el Cielo;
»Aquí, donde despojas mortal manto
»Huellas gloriosas dejas de tu celó;
»En vida paladín cristiano y santo,
»Moriste como tal; goza sin velo
»De Dios la ansiada vista, feliz alma,
»Y obtenga tu virtud corona y palma.

LXIX

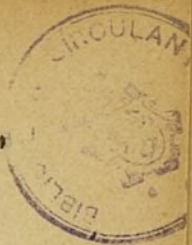
- » Vive en eterna dicha; nuestra suerte,
- » Que no la tuya, al llanto nos prepara,
- » Pues que al dejarnos tú, tan noble y fuerte,
- » Parte nuestra contigo se separa:
- » Si por esta que el vulgo llama muerte,
- » Tu ayuda en lo mortal nos desampara,
- » Celeste auxilio allá nos apercibe,
- » Pues el Cielo por suyo te recibe.

LXX

- » Y así como en pro nuestra te miramos
- » Usar cuando mortal armas mortales,
- » Todavía emplear verte esperamos,
- » Alma santa, las armas celestiales.
- » Aprende con los ruegos que á ti alzamos
- » A oír y dar socorro á nuestros males;
- » Sé de victoria nuncio. A ti devotos
- » El templo nos verá cumplir los votos.

LXXI

Dijo. La obscura noche había extinguido
 Las luces todas ya del claro día,
 Y puestos los cuidados en olvido,
 Tregua el dolor, pausa el llorar hacía.
 Mas Gofredo, que el muro ver vencido
 Sin máquinas de guerra no creía,
 De qué las haga piensa, y con qué arte,
 Y de la noche duerme escasa parte.



LXXII

Cuando el Sol aparece, está dispuesto
A la pompa seguir fúnebre y santa.
De ciprés odorífero compuesto,
Donde el pie de un collado se adelanta
A la estacada, está el sepulcro puesto;
Sobre él una alta palma se levanta.
De los prestes el canto cadencioso
Se oye pedir de un ánima el reposo.

LXXIII

Aquí y allí en las ramas hay colgadas
Armas y empresas raras y diversas
En felices combates conquistadas
A las gentes de Siria y á los persas.
Del grueso tronco en medio colocadas
La celada y coraza brillan tersas
Y esta letrá: « Dudón aquí reposa:
» Dése honra á su memoria alta y gloriosa. »

LXXIV

El piadoso Bullón, ya concluida
La santa ceremonia, en el instante
Sus artífices manda á la tupida
Selva, y la escolta que juzgó bastante.
Mostróla entre los valles escondida
Al campo, de Soria un habitante.
Allí labrar las máquinas se piensa
A que no tenga la ciudad defensa.

LXXV

Uno al otro á talar la selva exhorta
Que antes jamás sintió del hierro ultrajes:
Caen las que segur filosa corta
Palmas erguidas mil, hayas salvajes,
Ciprés fúnebre, encina gruesa y corta,
Del pino, abeto y fresno los ramajes,
El olmo amado á quien la vid se arrima
Y con torcido pie trepa á su cima.

LXXVI

Quién al tejo arremete, quién al roble
Que mil veces sus hojas ha mudado
Y mil veces al rudo choque inmoble,
De los vientos la ira ha desafiado.
Y hay quien sus golpes con furor redoble
Al dulce mirto y cedro perfumado.
Dejan de la hacha al ruido y voces nuevas
Aves y fieras mil nidos y cuevas.

FIN DEL CANTO TERCERO

CANTO CUARTO

CONCILIÁBULO INFERNAL; LOS NEGROS ESPÍRITUS
SUBEN DE LOS ABIISMOS Á TURBAR LA SANTA EMPRESA;
BELLEZA, HALAGOS Y ENGAÑOS DE LA ENCANTADORA ARMIDA.

I

Mientras Gofredo en construir se afana
Las máquinas que en breve usar resuelve,
El enemigo de la especie humana
Los torvos ojos hacia el campo vuelve,
Y al ver adelantar la obra cristiana,
Diabólico furor su alma revuelve;
Sus labios muerde, y como toro herido
La rabia desahoga en un mugido.

II

Luego le ocupa sólo el pensamiento
Cómo á los fieles buscará su ruina,
Y á su pueblo precito en el momento
Reunir (¡concilio horrendo) determina,
Cual si posible fuera el loco intento
De contrariar la voluntad divina.
¡Necio! que al Rey del Cielo igual ser quiere
Y olvida cómo Dios airado hiere.

III

Llama á los que en la sombra eterna habitan
De la tartárea trompa el ronco estruendo,
Los amplios antros de temor se agitan,
Rimbomba el aire con el ruido horrendo;
No con tan gran fragor se precipitan
Los raudos rayos el ambiente hendiendo,
Ni conmovida así treme la tierra
Por los vapores que su seno encierra.

IV

Pronto lanza el abismo por doquiera
Las numerosas turbas del Averno.
¡Oh! cuánta horrible forma se aglomera,
Que expresan muerte, horror, dolor eterno:
Frentes en que de sierpes cabellera
Se agita ó doble retorcido cuerno
Amenazante. Larga inmundicia cola
Que se arrastra, se enrosca ó enarbola;

V

Harpías mil soeces y rapaces,
Y centauros y esfinges espantosas,
Y Gorgonas y Scilas que voraces
Ladran; hidras silbantes escamosas;
Quimeras que de fuego arrojan haces;
Polifemos, Geriones de horrorosas
Formas, monstruos jamás vistos ni oídos
Con desconformes miembros confundidos.

VI

A la derecha parte y la siniestra
Vanse á sentar del torvo rey delante;
Plutón se asienta en medio, cuya diestra
Empuña tosco cetro dominante.
Ni escollo el mar, ni roca el Alpe muestra,
Ni Calpé excelso, ni sublime Atlante
Que en altura con él se ponga á prueba,
Si la gran frente y cornamenta eleva.

VII

De horrible majestad su aspecto lleno,
Pavor infunde, y su soberbia aumenta;
Arden sus ojos; su mirar veneno
Vierte, y cometa infausto representa;
Su rostro envuelve y al hirsuto seno
Baja la barba hispida y pecienta;
Y á guisa de vorágine profunda
La boca abre de negra sangre inmunda.

VIII

Cual sulfúreos vapores encendidos
Etna lanza y tronando el aire infesta,
De su aliento los recios resoplidos
Chispas arrojan y vapor que apesta.
Mientras habla, Cerbero sus ladridos
Cesa: á su voz la Hidra oído presta,
Cocito para, tiembla Averno todo:
En truenos habla, y dice de este modo:

LA LATINA

IX

« Tartáreos dioses, de pisar la esfera
» Del Sol más dignos de nacidos fuisteis,
» Que en pos de mí, de la región primera
» A esta negra mansión de horror caisteis;
» Cuál mi designio fué, cuál la severa
» tra que nos oprime harto supisteis
» Del que cual rey sobre los astros brilla
» Y como almas rebeldes nos humilla,

X

» Y en vez que en día esplendoroso y puro
» Del áureo Sol y estrellas disfrutemos,
» Nos ha encerrado en este abismo obscuro
» Y á antiguo honor nos veda que aspiremos;
» Y luego ¡oh cuánto recordarlo es duro!
» ¡Cuánto hace mis martirios más extremos!
» Da al hombre á celestial lugar derecho,
» Al hombre vil de fango inmundo hecho.

XI

» Ni eso le fué bastante: al hijo tierno
» A muerte por dañarnos ha entregado;
» Vino él, rompió las puertas del Infierno
» Y nuestro imperio fué á pisar osado;
» Sacó las almas nuestras que en lo interno
» Pusimos; vencedor, de ellas cargado,
» Cual rica presa las llevó á la Gloria
» Y ostentó en mengua nuestra su victoria.

XII

- » Mas ¿á qué mi dolor renuevo hablando?
- » ¿Quién ya de nuestro agravio hay ignorante?
- » ¿En qué parte se oyó decir ó cuándo
- » Que cesara en su empeño un solo instante?
- » No en lo antiguo se debe estar pensando,
- » Sino en la actual ofensa palpitante.
- » ¡Qué! ¿no miráis ahora cómo intente
- » Toda á su culto reducir la gente?

XIII

- » ¿Y nosotros veremos en holganza,
- » Impasibles, pasar hora tras hora,
- » Dejando en tanto más y más pujanza
- » Tomar en Asia al pueblo que le adora?
- » ¿Que á Judea subyugue y su alabanza
- » Cunda y crezca de Ocaso hasta la Aurora,
- » Que en otras lenguas y otros versos suene,
- » Y en bronce viva y mármoles perenne?

XIV

- » ¿Que los ídolos nuestros derribados,
- » A él nuestros altares pertenezcan,
- » Cultos á él solo sean tributados,
- » Y oro, mirra é incienso se le ofrezcan?
- » ¿Que en nuestros templos nunca antes cerrados
- » Ya jamás nuestra voz y artes parezcan?
- » ¿Que falte de las almas el tributo
- » Y en triste soledad se albergue Pluto?

XV

- » ¡Ah! no será, que aun no creo extinguidos
- » Vuestros bríos y aquel valor primero
- » Con que de hierro y fuego alto ceñidos
- » Contra el Cielo luchamos todo entero.
- » No niego que en la lid fuimos vencidos,
- » Mas no faltó á la empresa ánimo fiero.
- » A otros el triunfo dió nuestra desgracia
- » Que tanto era debido á nuestra audacia.

XVI

- » Mas ¿para qué os detengo ¡oh mis leales
- » Compañeros! potencia y fuerza mía?
- » Id volando, venced vuestros rivales,
- » Antes que un triunfo aumente su osadía;
- » Aquellas llamas apagad fatales
- » Antes que abrasen la región judía:
- » Id entre ellos, y en su extremo daño
- » Ora la fuerza usad, ora el engaño.

XVII

- » Mi querer sea el hado. En el desierto
- » Vaguen unos errantes, otros mueran.
- » De amor lascivo en el halago incierto
- » Otros sólo una risa, un mirar quieran.
- » Que rebeldes facciosos en concierto
- » A su jefe supremo á traición hieran:
- » Ese ejército entero se destruya:
- » Huella no quede ni memoria suya. »

XVIII

No esperan los demonios que estas voces
Expiraran, mas salen al momento
De los negros abismos, y veloces
Volando van por el sereno viento,
Cual dejan sus cavernas las atroces
Tempestades en rauda movimiento,
Y oscurecen el cielo y mueven guerra
En el inmenso mar y en la ancha tierra.

XIX

Las negras alas tienden, por regiones
Varias girando, en grupos repartidos;
Trazan engaños, pleitos, disensiones
Con arte suma y modos nunca oídos.
Mas tú, Musa, dirás los campeones
De Cristo cómo á mal fueron traídos:
Tú lo sabes; de historia tan remota
Sólo llegó á nosotros débil nota.

XX

Regía Damasco y el país vecino
Idráote, noble mágico y famoso,
Que desde niño el arte de adivino
Aprendió y siempre le siguió gustoso.
Mas ¿qué le aprovechó, si nunca vino
A acertar de la guerra el fin dudoso,
Ni por aspecto de astro errante ó fijo
O infernal signo, la verdad predijo?

XXI

Este juzgó (¡cuánto es la humana mente
Ciega, y cuánto en sus juicios desatina!)
Que al ejército invicto de Occidente
Depara el Cielo destrucción y ruina;
Y más creía: que á la egipcia gente
La prez de tanta hazaña se destina,
Y que su pueblo con ardor desea
Parte en el triunfo y en el lucro sea;

XXII

Mas como el franco esfuerzo en mucho tenga,
Teme victoria haber sangrienta y cara,
Y piensa el medio que emplear convenga
Con que el poder cristiano se amenguara,
Y más fácil el triunfo así se obtenga
Con su gente y la egipcia que juntara.
Llega, cuando esta idea le fatiga,
El ángel malo, y más y más le instiga.

XXIII

Le aconseja y los modos le previene
Con que su fin lograr mejor pudiera.
Una sobrina suya fama obtiene
De ser de Oriente la beldad primera;
Las trazas y artes conocidas tiene
Más ocultas de dama y hechicera.
La llama, dale parte en su consejo
Y de su trama encárgale el manejo.

XXIV

- Dice: « ¡Oh cara que tienes escondido
» Bajo la crencha de oro y faz risueña
» Corazón varonil, juicio cumplido,
» Y sabes cuánto el arte oculto enseña
» Más que yo! Gran designio he concebido
» Que logrado he de ver, si no desdeña
» Darne ayuda tu ingenio, y ejecuta
» Del mago el plan la encantadora astuta.

XXV

- » Parte al cristiano campo, y allí muestra
» De la mujer el arte que enamora:
» Atrae, encanta, halaga, ruega diestra,
» Sonríe afable, apasionada llora.
» Tan bella y en engaños tan maestra,
» A todos prenderás en una hora;
» A unos alienta, de otros te retira,
» Y velo á la verdad dé la mentira.

XXVI

- » Si ser pudiese, á Godofredo prende
» Con mirar dulce y voces amorosas,
» Tal que la guerra olvide á que ora atiende
» Y aborrezca las armas poderosas;
» Si no, á los otros príncipes descende
» A enamorar, con artes insidiosas:
» Muévelos á discordia inconciliable.
» Por la patria y la fe todo es laudable.»

XXVII

Fiando Armida bella en su hermosura
Y en las gracias del sexo y pocos años,
Consiente, y al cerrar la noche obscura
Parte, y senderos sigue sólo extraños;
Vencer, mujer y sola, se figura
Pueblos y armada gente con amaños,
Y hace al partir que voces diferentes
Se esparzan de su viaje entre las gentes.

XXVIII

Llega en no muchos días la doncella
Donde asienta el cristiano campamento;
Causa la aparición tan nueva y bella
Gran rumor y atención y movimiento,
Como cuando un cometa ó nueva estrella
Antes no vista, cruza el firmamento;
Y cada cual quién es saber ansia
La hermosa peregrina y quién la envía.

XXIX

Aígos no vió jamás, ni Chipre ó Delo
De gracias y beldad tal maravilla.
De oro el cabello ya entre el blanco velo
Se transparenta ó descubierto brilla,
Cual se trasluce al serenarse el cielo
El Sol, de nube cándida en la orilla,
O de ella sale, y en rededor ostenta
Más vivos rayos con que el día aumenta.

XXX

Encrespa el aura la madeja hermosa
Que en naturales rizos suelta ondea;
Ayara la mirada y pudorosa,
Tesoros guarda que el amor desea;
En el dulce semblante fresca rosa
Con el marfil mezclada colorea,
Y de la boca el perfumado aliento
Azahar y jazmín esparce al viento.

XXXI

Muestra el desnudo seno aquella nieve
Do fuego de amor nace y es nutrido;
De las mórbidas pomas parte breve
Sólo, envidioso, ver deja el vestido;
Mas si la vista ataja lienzo leve,
No el pensamiento ardiente y atrevido,
Que no contento de belleza externa,
Aun á la más recóndita se interna.

XXXII

Como por agua ó por cristal luciente
El rayo pasa y no se quiebra ó parte,
Bajo el cerrado manto así la mente
Penetrar osa á la vedada parte.
Se espacia allí en la imagen bien placiente
De cuyo encanto da al deseo parte;
Mil atractivos le descubre y cuenta
Y sus vívidas llamas acrecienta.

XXXIII

Pasa admirada Armida y codiciada
 Entre la ávida turba, y bien lo entiende;
 No lo muestra, aunque de ello bien se agrada
 Y ricas presas, triunfos mil pretende.
 Mientras buscando por quien ser guiada
 De Gofredo á presencia, se suspende;
 A ella llega Eustacio, que era hermano
 Del jefe del ejército cristiano.

XXXIV

« Como á la lumbre mariposa vuela
 Al resplandor de la beldad divina,
 Y las luces mirar de cerca anhela
 Que ella en dulce ademán modesta inclina,
 Y á él abrasan, cual suele la candela
 Árida yesca si á ella se avecina.
 Dícele (que á mancebo enamorado
 Los años y el amor hacen osado):

XXXV

« Señora, si tal nombre debo darte,
 » Que no pareces tú cosa terrena,
 » Ni es de Adán hija á quien el Cielo imparte
 » Tanto de su esplendente luz serena,
 » ¿Dónde vienes? ¿Qué buscas á esta parte?
 » ¿Qué dicha tuya ó nuestra verte ordena?
 » ¿Quién eres? Yo tu dignidad no ignore
 » Y como cumple tu presencia adore. »

XXXVI

- Responde ella: « Ni ese honor merezco,
» Ni á tal altura mi valer arriba;
» No sólo mortal soy, que harto padezco
» Muerta al gusto, á la pena sólo viva:
» Espectáculo triste al mundo ofrezco,
» Desvalida doncella fugitiva;
» Al pío Gofredo acudo confiada;
» Tal su grande bondad es afamada.

XXXVII

- » Guíame á ver al general cristiano,
» Si eres, cual muestras, noble y generoso.»
Él responde: « Razón es que un hermano
» A el otro lleve, intercesor piadoso;
» No será en tu favor mi ruego vano,
» Que me oye siempre afable y cariñoso;
» Y podrás emplear, si así te agrada,
» De su cetro el poder y de mi espada.»

XXXVIII

Dice y la guía. En medio á los señores
Apartado del vulgo á Bullón halla.
Respetuosa se inclina; los colores
De pudor en el rostro tiene, y calla.
Complaciente Gofredo, los temores
La alienta á deponer con que batalla,
Tal que al fin sus doblados pensamientos
Así expresa en dulcísimos acentos:

XXXIX

- » Príncipe invicto cuya inmensa fama
» Está en tan claros timbres sostenida,
» Si cualquiera región feliz se llama.
» Cuando á tu noble imperio es sometida;
» Tu valor llena el mundo, y que te ama
» El que venciste, cosa es bien sabida,
» Y aun tu enemigo fía en ti y no duda
» Buscar tu amparo é implorar tu ayuda.

XL

- » Yo, aunque nacida en fe tan diferente
» A quien venciste y humilló tu acero,
» Por ti restituida al eminente
» Paterno solio que he de ser espero;
» Si otros auxilio al deudo ó al pariente
» Piden contra el furor del extranjero,
» Yo, que en ellos piedad no hallo ni abrigo,
» Contra mi sangre invoco al enemigo.

XLI

- » A ti clamo, en ti espero, tú á la cumbre
» Me has de elevar de donde fui lanzada;
» No menor en tu diestra es la costumbre
» De levantar que derribar airada,
» Ni en ser piadoso hay menos dulcedumbre
» Qué la que es en el triunfo tan buscada;
» Si á otros mil quitó el trono tu victoria,
» Volverme el mío te dará igual gloria.

XLII

» Si porque diferente Dios adoro
» A mi ruego tu ánimo no accede,
» Que me valga la fe que en ti atesoro,
» Y no es justicia que sin premio quede.
» Al Dios de todos por testigo imploro;
» Más justa ayuda á nadie darse puede.
» Escúchame y tendrás noticia plena
» De mi desdicha y la maldad ajena.

XLIII

» Hija soy de Arbilán que el cetro tuvo
» De Damasco. Nacido en baja cuna,
» Por esposa á Claricla bella obtuvo
» Y heredó de ella el reino y la fortuna.
» Mi nacer con su muerte junto anduvo,
» Que entre ambos no medió distancia alguna:
» Al darme á luz murió. ¡Funesto día
» En que expiró mi madre y yo nacía!

XLIV

» No bien el primer lustro hubo pasado
» Desque dejó mi madre el mortal velo;
» Cuando la muerte de mi padre amado
» A unirse le llevó con ella al Cielo;
» De mí dejó la guarda y del Estado
» A un hermano que amaba con gran celo;
» Que si en pecho mortal piedad cupiera,
» De la fe del seguro estar debiera.

XLV

- » Desde que éste de mí tuvo el gobierno,
- » De mí bien se mostro tan deseoso,
- » Que de incorrupta fe de amor paterno
- » Y gran piedad obtuvo nombre honroso;
- » Fuese que el pensamiento malo interno
- » Escondió bajo aspecto virtuoso,
- » O que sincero afecto me tenía,
- » Pues por mujer de su hijo me quería.

XLVI

- » Crecí, y su hijo creció siempre ignorante
- » De armas, de cortesía ó gentileza;
- » Jamás á nobles cosas aspirante,
- » Aun de otras poco alcanza su torpeza.
- » Alma vil, bajo aspecto repugnante,
- » Soberbio, avaro, cruel, todo vileza;
- » De áspero trato y condición tan mala,
- » Que en los vicios él sólo á sí se iguala.

XLVII

- » Mi tutor á tan digno caballero
- » En matrimonio unirme en sí dispone,
- » Y de mi lecho y trono compañero
- » Hacerlo, con frecuencia me propone:
- » El ingenio y la lengua emplea artero
- » Porque su intento el éxito corone;
- » Mas jamás pudo á ello persuadirme,
- » Que en negar ó en callar fui siempre firme.

XLVIII

- » De mí se aparta al fin con torvo ceño
- » Que el corazón impío transparenta,
- » Y del futuro mal claro diseño
- » Su contraída frente me presenta.
- » De entonces turba sin cesar mi sueño
- » Fantástica visión que me amedrenta;
- » Mi alma se agita con horror extraño,
- » Indudable presagio de mi daño.

XLIX

- » A veces la materna sombra vaga
- » Pálida y dolorosa ver creía,
- » Cuán diversa (¡ay de mí!) de la que halaga
- » Mi memoria, en retrato vista un día.
- » Huye, hija—decía—que te amaga
- » Muerte cruel; no tardes, que ya impía
- » Hierro y veneno la traidora mano
- » En tu contra prepara del tirano.

L

- » Mas ¿qué (;misera yo!) me aprovechaba
- » Presentir el peligro ya vecino,
- » Si en mi edad tierna todo me asustaba,
- » Irresoluta, sin valor, sin tino?
- » Si huyendo desterrarme proyectaba
- » Del reino, sola, pobre, sin camino,
- » Tan duro parecíame y terrible,
- » Que la muerte juzgaba preferible.

LI

- » Me espantaba la muerte, y no tenía
 » (¡Quién lo creyera!) para huir la aliento;
 » Que descubriendo mi temor, temía
 » De morir, aguijar el cruel momento.
 » Así turbada, inquieta, no vivía
 » Sino en continuo, mísero tormento,
 » Como el que espera, el cuello ya desnudo,
 » Por instantes que caiga el hierro crudo.

LII

- » En tal extremo, ó sea más propicio,
 » O á desdicha mayor me guarde el hado,
 » Uno que tiene palaciego oficio
 » Y de niño mi padre había criado,
 » De mi próxima muerte me dió indicio,
 » Ya del traidor su instante señalado,
 » A quien él mismo prometió matarme
 » Con veneno ese día propinarme.

LIII

- » Agregó que salvar mi triste vida
 » Podía sólo huyendo prontamente,
 » Y si á tal medio estaba decidida,
 » Ayuda él me daría diligente.
 » Tal ánimo infundióme, que vencida
 » Mi anterior timidez, me hice valiente,
 » Y en cuanto acabe el día determino
 » Con él huir, fiándome al destino.

LIV

- » Cerró la noche, más que nunca obscura,
- » Cubriéndonos con sombra favorable,
- » Que á mí y á dos doncellas asegura
- » Que mi suerte acompañan miserable;
- » Mas á los patrios muros con tristura
- » Mirando, un llanto hacía lamentable,
- » Y al dejar la querida patria mía
- » De su vista saciarme no podía.

LV

- » Tras los ojos el alma se me iba
- » Y mal su grado andaba el pie adelante,
- » Cual nave que ya al puerto ansiado arriba
- » Y un turbión la arrebata en este instante.
- » La noche y otro día, fugitiva,
- » Sin una huella ver, anduve errante
- » Hasta donde un castillo se presenta
- » Que en los confines de mi reino asienta.

LVI

- » Es de Aronte el castillo. Así se llama
- » Quien me sacó del riesgo y me dió ayuda.
- » Cuando el tío traidor vió que su trama
- » Pude evitar, en cólera sañuda
- » Contra los dos su negra alma se inflama,
- » Y el crimen mismo que él pensó no duda
- » Imputarnos, y reos nos pregona
- » De lo que él quiso hacer en mi persona.

LVII

- » Dijo que por mí Aronte sobornado
- » Con dones, intentó darle veneno
- » Por librarme, yaciendo él sepultado,
- » De quien ley me prescriba ó ponga freno
- » Y mi lascivo instinto desfogado
- » Sacular de mil amantes en el seno.
- » ¡Ah! que un rayo del Cielo me sepulte
- » Antes, santa virtud, que yo te insulte.

LVIII

- » Que avara hambre de oro y sed ardiente
- » De mi inocente sangre el cruel tuviera
- » Me duele; pero más mi pecho siente
- » Que mi cándido honor manchar quisiera.
- » Temió el impío la irritada gente
- » Y la mentira urdió por tal manera,
- » Que en duda la ciudad quedó suspensa
- » Y armada no se alzó por mi defensa.

LIX

- » Ni mi trono usurpar y su cabeza
- » Ceñir con mi real áurea corona
- » Puso fin á mi daño y su fiera,
- » Que siempre contra mí crece y se encona.
- » Amenaza incendiar la fortaleza
- » De Aronte, si él por sí no se aprisiona;
- » Y á mí y á cuantos sigan ¡ay! mi suerte
- » No guerra sólo, anuncia estrago y muerte.

LX

- » Dice que eso hace sólo porque trate
- » De lavar de su rostro la mancilla
- » Y recobrar su honra: que le abate
- » Calumniado ocupar la regia silla;
- » Mas temor de que un día yo arrebate
- » El cetro que heredé, es su pesadilla;
- » Que sólo con mi ruina hacerse puede
- » Que en el trono usurpado firme quede.

LXI

- » Y llegará á los fines á que aspira
- » Con tanto ahinco aquel tirano impío,
- » Y con mi sangre saciará su ira,
- » Pues saciarla no pudo el llanto mío,
- » Si tú no lo estorbares. Señor, mira:
- » Niña inocente y sola, en ti confío.
- » El llanto que esta triste á tus pies vierte
- » De que vierta su sangre la liberte.

LXII

- » Por los pies que al soberbio y al malvado
- » Huellan, por esa mano justiciera,
- » Por tus altas victorias y el sagrado
- » Templo que tu valor ganar espera,
- » Pues sólo puedes, vuélveme á mi estado:
- » Reino y vida me dé tu verdadera
- » Piedad, y no ella sola obre en tu pecho,
- » Mas mi razón te mueva y mi derecho

LXIII

- » Tú, á quien concede el Cielo y da el destino
» Querer lo justo, y puedes lo que quieres,
» La vida sólo dame, y determino
» Que tuyo sea el reino si vencieres;
» De todo el grande ejército latino
» Diez caballeros solos que eligieres,
» Con mis amigos y que el pueblo se arme,
» Bastarán en mi trono á colocarme.

LXIV

- » Hame ofrecido un noble que encargada
» La guarda tiene de secreta puerta,
» Abrirla y al palacio darme entrada
» De noche, si contigo se concierta;
» Si ayuda tú le das, por limitada
» Que fuera, juzga la victoria cierta
» Más que si de otros un millar obtiene:
» En tanto el nombre y las insignias tiene.»

LXV

Dijo, y callando, la respuesta aguarda
En actitud que muda pide y ruega.
En silencio él también, dudoso tarda,
Que con diversos pensamientos brega:
Teme bárbaro ardid y fe bastarda
En quien á Dios la que le debe niega;
De otra parte piedad le solicita
Que en generoso pecho siempre habita.

LXVI

Ni solamente su bondad nativa
Le hace que á socorrerla se prevenga;
Más el provecho grande que deriva
De que el imperio de Damasco obtenga
Quien en su mano siendo, le aperciba
Medios de que á sus fines presto venga
Dándole oro y armas y soldados
Contra la hueste egipcia y sus aliados.

LXVII

Mientras fija en la tierra la mirada,
Duda y vacila con incierta mente,
Ella atenta le observa y agitada:
De su acción, de su gesto está pendiente.
Ya juzga la respuesta retardada
Y suspira afanosa é impaciente;
Niega él al fin la gracia que demanda,
Pero cortés y con respuesta blanda:

LXVIII

- « Si el servicio de Dios que aquí nos llama
» Nuestras espadas hoy no requiriera,
» Emplearlas en socorro de una dama
» Cortesía y deber nos pareciera;
» Mas la grey libertar que opresa clama
» Y el santo muro es nuestra ley primera:
» Amenguar nuestra gente no debemos,
» Pues la victoria así retardaremos.

LA LATINA

LXIX

» Yo te prometo (y dello será prenda
» Mi fe con que vivir puedas segura)
» Que si á Salem de la opresión horrenda
» En que hoy gime sacamos por ventura,
» A volverte tu reino luego atienda
» Nuestro valor y acabe tu amargura.
» Si la piedad por ti mi pecho mueve,
» Impío falto á lo que á Dios se debe.»

LXX

A estas palabras inclinó ella al suelo
Los bellos ojos, y calló algún tanto;
Al alzarlos, de lágrimas un velo
Los cubre, y dice entre doliente llanto:
« ¡Ay infeliz! ¿A qué otra diera el Cielo
» Vida tan dura y tan tenaz quebranto?
» Más bien que suavizar mi suerte cruda,
» La alma más noble y más piadosa, muda.

LXXI

» Ya esperanza no hay; me quejo en vano;
» Piedad ya en pecho humano no se abriga.
» Lo que me niegues tú, de aquel tirano
» ¿Podré esperar que mi dolor consiga?
» No tu dureza acuso, si tu mano
» Leve socorro no me otorga amiga:
» Acuso al Cielo, contra mí terrible,
» Que á compasión tu pecho hace insensible.

LXXII

- » No tú, señor, tan bueno y generoso,
» Me deniegas la ayuda apetecida;
» Mas mi fatal destino riguroso,
» Que ojalá me arrancara de esta vida.
» Poco estimó quitarme el amoroso
» Paterno apoyo, aun en la edad florida,
» Si del reino también no me privara
» Y á infeliz cautiverio me enviara.

LXXIII

- » Y pues la ley á que tu honor atiende
» No consiente en mi auxilio demorarte,
» ¿A quién puedo acudir? ¿Quién me defiende?
» ¿De aquel malvado huyo hacia qué parte?
» No hay para mí refugio; que se extiende
» A todo su poder. ¿A qué cansarte,
» Desdichada mujer? Huirás en vano
» La muerte: más bien détela tu mano.»

LXXIV

Aquí calló: de dignidad herida
Su semblante real indicio daba,
El pie volviendo, ordena la partida:
Su actitud conmovía y admiraba:
Cual de ira y de dolor á un tiempo henchida,
Sin contenerse el llanto desataba;
Parecian sus lágrimas al verlas
A los rayos del Sol, líquidas perlas.

LXXV

Con ellas rociadas sus mejillas
Por donde en hilos lípidos bajaban,
Blancas, rojas y frescas florecillas
De la lluvia regadas semejaban,
Cuando al alba risueñas y sencillas
De abrir el pudoroso seno acaban:
El alba al verlas, se enamora y siente
Deseo de ceñirlas á su frente.

LXXVI

Corre el humor purísimo sin tasa
La faz y el albo seno embelleciendo.
Efecto hace de fuego, pues abrasa
Mil anhelantes pechos. Estupendo
Milagro del Amor, que ya traspasa
A el agua lumbre con que va encendiendo:
Sobre natura su poder ostenta,
Siendo ella quien le cría y le sustenta.

LXXVII

En muchos causa aquel dolor fingido
Verdadero dolor que tierno llora,
Y el corazón más duro, enternecido
Dice: Pues que resiste á quien le implora
Gofredo, debe ya de ser nacido
De hircana tigre, ó roca, ó destructora
Onda del mar, ingobernable y ciega,
¡Cruel! que á tal beldad su auxilio niega.

LXXVIII

Mas el joven Eustacio, en quien apuran
La compasión y amor su fuego ardiente,
Mientras callan los otros ó murmuran,
Adelantándose habla así audazmente:
« Señor y hermano, con razón censuran
» De sobrado y tenaz tu dura mente
» Quienes ven que al que en cuita pide y ruega
» Nunca flexible un tanto se doblega.

LXXIX

» No digo que los príncipes que tienen
» Los pueblos á su cargo encomendados,
» Del empeño se aparten que sostienen
» Y su oficio abandonen descuidados;
» Mas de entre los guerreros que aquí vienen
» A la ventura, libres, no ligados
» Como los otros, elegir podrías
» Diez que á la justa empresa enviarías;

LXXX

» Que de Dios al servicio bien se aplica
» Quien á inocente huérfana defiende:
» Grato al Cielo ha de ser quien le dedica
» Despojos de un tirano que le ofende;
» Y aunque en la empresa la ventaja rica
» Que de bien acabarla se desprende
» No hubiera, yo el deber no pongo en duda
» De á dama desvalida dar ayuda.

LXXXI

- » ¡Ah! No queráis que en Francia ora se diga
» O donde cortesía sea preciada,
» Que de riesgo excusamos ó fatiga
» Por ocasión tan justa y tan honrada.
» Por mí, depongo aquí yelmo y loriga;
» Ni enristrar lanza, ni ceñir espada,
» Ni armas vestir, ni cabalgar ya quiero,
» Ni aun el nombre usurpar de caballero.»

LXXXII

- Así habla y se percibe claro el ruido
De voces mil que unánimes aprueban
El parecer por justo y advertido,
Y suplicantes á Bullón se elevan.
» Cedo—dice él—y doyme por vencido,
» Que tantos juntos la opinión se llevan;
» Tenga esta dama, pues, lo que pedía,
» Por vuestra voluntad, no por la mía.

LXXXIII

- » Mas si á Gofredo dais crédito alguno,
» Templad vuestros afectos impetuosos.»
Sólo esto dice y basta á cada uno,
Que lo otorgado aceptan animosos.
¿Qué no puede una hermosa si oportuno
Llanto junta á los ruegos amorosos?
De sus labios cadena de oro pende
Que á su antojo las tiernas almas prende.

LXXXIV

A ella se acerca Eustacio, y dice: «Ahora
» Cesen, doncella hermosa, tus dolores;
» Tal socorro tendrás ya sin demora,
Cual requieren y piden tus temores.»
Risueña le oye Armida encantadora
Y serena los ojos seductores
Cuya belleza enamorara al Cielo
Al enjugarlos con el rico velo.

LXXXV

En dulce voz y suave acento tierno,
Gracias da por tan alta cortesía
Que, dice, sabrá el mundo, y que en eterno
Recuerdo el pecho suyo guardaría.
No bastando la lengua el gozo interno
A expresar, su semblante lo decía;
Mas lo que intenta oculta de manera
Que de ella nadie sospechar pudiera.

LXXXVI

Viendo, pues, que fortuna favorable
Lleva hasta allí su bien fraguado engaño,
Antes que falte su favor inestable,
Resuelve consumir el grave daño,
Y con dulce reir y estilo afable
Circe ó Medea en artificio extraño,
Voz de sirena, angélica, sentida,
La mente adormecer más advertida.

LXXXVII

Las artes todas de su sexo emplea
Con que ganando vaya un nuevo amante,
Sin que á todos la misma siempre sea,
Mas las acciones cambia y el semblante:
Ya pudorosa parecer desea,
Ya alborozada, ardiente y anhelante;
Al tardo aguija, al férvido contiene,
Según á su propósito conviene.

LXXXVIII

Si alguno ve que de su amor retrae
El alma, y desconfiado se refrena,
Con amorosa risa á sí lo atrae
Dulce mirar y leda faz serena.
A quien no espera ó tímido decae,
Le anima, de pasión y de alma llena,
E inflamando las ansias amorosas,
Las dudas desvanece recelosas.

LXXXIX

Si alguno audaz el límite traspasa
Del amor al impulso que le ciega,
Seria se muestra y de cariño escasa,
Respeto impone y el ardor sosiega.
Mas bajo el ceño siempre dulce pasa
Mirada que concede lo que niega
El labio, y la esperanza así no mata,
Más seductora cuanto más ingrata.

XC

Triste suele apartarse alguna hora,
En el rostro mostrando y las acciones
Hondo pesar, y aun afligida llora;
Serenas luego muestra las facciones,
Y con mudanzas tales enamora
Los tiernos ardorosos corazones:
Templa de amor las flechas en el fuego
De compasión, y da la muerte luego.

XCI

Tal vez, como quien muda el pensamiento
Y se abandona á una esperanza nueva,
Brilla en su frente celestial contento,
Y parece que Amor su pecho mueva.
Disípanse las sombras al momento,
Rayos del Sol en sus miradas lleva,
Risa alegre en sus labios aparece
Y del pesar la huella desaparece.

XCH

Pero mientras gozosa y placentera
Con su dulzura el corazón embarga,
Cual si el alma del pecho se partiera,
Algo en aquel placer hay que le amarga.
Amor crüel en copa lisonjera
Mezcla absintio á la miel si nos la alarga;
Y á un tiempo mismo envía á los mortales
Medicina y dolor, bienes y males.

XCHH

En tan contrario temple, en hielo y fuego,
En risa y llanto, en miedo y esperanza
Armida triunfa, hace de todos juego
Y sus designios cautelosa avanza.
Si acaso alguno con doliente ruego
El remedio le pide que no alcanza,
Finge como en amor niña inexperta
No entender lo que ve en el alma abierta.

XCIV

O ya los ojos vergonzosa inclina
Y el rubor en su rostro se aparece:
En rosicler su faz alabastrina
Del ingenuo pudor la vista ofrece,
Como en la fresca hora matutina
De Aurora ver el rostro nos parece:
Del enojo el color se muestra junto
Con el de la vergüenza en sólo un punto.

XCV

Si en alguno descubre claro intento
De mostrarle de amor la llama viva,
Ya huye y le burla, ya por un momento
De hablar le da ocasión que luego esquivo;
Tiénele entre placer y cruel tormento;
Esperanza le da ó de ella le priva;
Déjale al fin cual cazador rendido
Que la seguida huella haya perdido.



XCVI

Estas las artes son y los ardides
Con que mil almas seducir lograra;
Estas las armas que de amor en lides
Usar sabía con destreza rara.
¿Qué maravilla que á Teseo y Alcides
Y á Aquiles el Amor encadenara,
Si guerreros por Dios mismo elegidos
Tiene el impio á su poder rendidos?

FIN DEL CUARTO CANTO

CANTO QUINTO

PRIMERAS DISCORDIAS ENTRE LOS CRISTIANOS;
MATA REYNALDO Á GERNANDO Y SE DESTIERRA VOLUNTARIAMENTE;
ARMIDA SE PARTE CONTENTA,
LLEVÁNDOSE GRAN NÚMERO DE CABALLEROS .

I

Mientras los caballeros así tiene
Perdidos por su amor Armida artera
Y á los diez concedidos no se atiene,
Que otros muchos llevarse á hurto espera,
Piensa Gófredo á quién fiar conviene
La empresa audaz que á bien la condujera.
Son tantos los de mérito eminente,
Que uno elegir podrá difícilmente.

II

Juzga al fin que será más acertado
Que entre ellos mismos un caudillo elijan,
Sucesor de Dudón el esforzado,
Para que por sus órdenes se rijan.
Evita así prudente y recatado
Que reproches ó quejas le dirijan;
Y á un tiempo demostrarles así puede
El gran valor que á cada cual concede.

III

- Llámalos, pues, y dice: «Habéis oído
» La manera en que á Armida di respuesta,
» Que sin negar la ayuda que ha pedido,
» La otorgo sólo en ocasión dispuesta;
» Que en ella meditéis de nuevo os pido:
» Podréis seguirla aunque á la vuestra opuesta.
» Mudanzas tiene el mundo á cada instante
» En que cambiar de idea es ser constante.

IV

- »Mas si pensáis que mal se compadezca
» Con vuestra honra excusar peligro alguno,
» Y el consejo que á mí mejor parezca
» Vuestro ardiente valor juzga importuno,
» Estorbos no temáis que á nadie ofrezca
» Mi autoridad. No detendré á ninguno,
» Ni mi oferta retracto. Mis mandatos
» Quiero que siempre halléis leves y gratos.

V

- »Así, el partir ó no ya es convenido
» Que á vuestra voluntad y arbitrio queda;
» Mas que un jefe elijáis siempre es debido,
» Que en vuestro mando al que murió suceda,
» Y nombre diez conforme á lo ofrecido,
» Mas de los diez el número no exceda.
» En esto sí mi autoridad impongo,
» Aunque otras restricciones no vos pongo.»

VI

Así dice Gofredo, y su pariente
Contesta, de los otros con acuerdo:
« Si debes tú, cual general prudente,
» Frío prever y aconsejarnos cuerdo,
» Que nuestro ardor retardos no consiente
» Ni nuestro arrojo estorbos, te recuerdo;
» Y lo que en ti prudencia y calma fuera,
» Cobardía en nosotros pareciera.

VII

» Y pues el riesgo es corto, comparado
» Con la alta prez que todo contrapesa,
» Los diez, conforme tienes otorgado,
» Vayan con la doncella á la ardua empresa.»
Concluyó así, con ánimo doblado
Ocultando el afán que en él no cesa.
Que honor los mueve todos aparentan,
Mas deseos de amor tan sólo alientan.

VIII

El más joven Bullón, que ha tiempo mira
A Reynaldo con ánimo celoso,
Cuyo valor envidia aunque le admira
Que más realza el continente hermoso,
Su compañía no quiere; que le inspira
Recelo el pensamiento cauteloso
De que sea su rival. Llámale aparte,
Y lisonjero así le habló con arte:

IX

- « ¡Oh de gran padre hijo aun más glorioso,
» Que tanta prez mancebo has alcanzado!
» ¿Quién electo será que el valeroso
» Escuadrón mande en que hemos militado?
» Yo que á Dudón apenas, respetuoso
» Por su edad pude obedecer de grado,
» Ora á ti solo, hermano de Gofredo;
» A otro alguno jamás el mando cedo.

X

- » A ti que igualas la mejor nobleza;
» A quien tener por superior es llano,
» Y á quien no desdeñara en gentileza
» Menor llamarse aun mi mayor hermano,
» Por capitán elijo y por cabeza
» Si de Armida en favor no tomas mano:
» No creo que honra esperes de aventura
» Que ha de encubrirse con la noche obscura.

XI

- » Ni lugar ni ocasión faltarán donde
» Con mejor fama tu valor se pruebe.
» Si lo aceptas, haré cual corresponde
» Que el honor se te dé que se te debe;
» Mas como fijamente no sé adónde
» Mi irresoluto corazón me lleve,
» Pido que mi querer sólo decida
» Si he de seguirte, ó si acompaño á Armida.»

XII

Aquí calló, y los últimos acentos
No sin algún sonrojo profería.
Sus mal ocultos vivos pensamientos
Ve el otro, que en silencio sonreía,
Y como del amor golpes más lentos
Su corazón apenas resentía,
No hace de aquellos celos mucha cuenta,
Pues él á Armida acompañar no intenta.

XIII

Lo que siempre en su mente está constante
Grabado, es de Dudón la muerte amarga;
A mengua tiene que el feroz Argante
Con su triunfo se goce en vida larga;
Gozoso mira la ocasión delante
De la venganza honrosa, y ya le embarga
El joven corazón la excelsa gloria
Que espera ha de alcanzar con la victoria.

XIV

Responde así: « Los puestos levantados
» Más merecer que conseguir deseo,
» Ni porque sienta brios alentados,
» De trono y cetro digno ya me creo;
» Mas si el honor nos llama, sus dictados
» Cómo pueda eludir tampoco veo;
» Y gran contento me dará una muestra
» De que honra mi valor la opinión vuestra.

XV

» Ni la elección desdeño, ni la pido;
» Si la obtengo, serás de los electos.»
Déjale Eustacio, y vase decidido
A ganar de los otros los afectos.
Mas también busca el mando apetecido
Gernando, y aunque siente los efectos
De amor, más que las gracias de una dama
La ambición del honor su pecho inflama.

XVI

Es éste de los reyes descendiente
De Noruega en dominios dilatados,
Y de altanero orgullo henchirse siente
Por los tronos y cetros heredados.
Fía Reynaldo en sus hechos solamente,
No en los de sus mayores esforzados,
Aunque cien lustros célebres ya fueron
Por hazañas que en paz y en guerra hicieron.

XVII

■ Como el noruego en su soberbia crea
Que sólo imperio ú oro valor tiene,
Y despreciable la virtud le sea
Si un título real no la sostiene,
Se indigna si lo mismo que él desea
A disputarle un menos grande viene.
Razón no hay á quien su enojo atienda,
Y de ira al furor suelta la rienda.

XVIII

Luego el maligno espíritu de Averno
Que ve la senda abrírsele espaciosa,
Se desliza en su seno, y del gobierno
Se apodera del alma impetüosa:
Halaga su altivez, su odio interno,
Contra el rival aviva en sed rabiosa,
Y una voz interior en él suscita
Que razonando así le solicita:

XIX

- «Contigo competir Reynaldo intenta.
» ¿Tanto valen sus nobles ascendientes?
» Si á ti igualarse quiere, traiga á cuenta
» Sus pecheros, vasallos y sirvientes;
» Su reino muestre, el trono en que se asienta,
» Su alto linaje en muertos y en vivientes.
» ¡Oh, cuánto osa un señor de bajo estado
» En Italia la esclava procreado!

XX

- » Venza ó sucumba, su renombre afianza
» Sólo con que por tu émulo se tuvo;
» Que dirá el mundo (y es harta alabanza):
» Con Gernando la lucha ése sostuvo.
» De gloria y de esplendor daba esperanza
» El noble grado que Dudón obtuvo;
» Mas cuando aquél en prez á ti se iguale,
» Lo pedido por él ya menos vale.

XXI

»V si el que ya no habita en este suelo
» De lo que en él hacemos algo siente,
» Creer se debe que estará en el cielo
» El buen viejo Dudón de ira ardiente,
» Al ver que este soberbio rapazuelo
» Tan alta cosa conseguir intente,
» Y el mérito y la edad dando al olvido,
» Con él á compararse es atrevido.

XXII

»Y se atreve, y lo intenta, y le reporta
» Su audacia, en vez de pena, honra no leve,
» Y hay quien le da consejo y quien le exhorta,
» (¡Oh vergüenza común!) y aun quien le apruebe;
» Mas si sabe Gofredo, y lo soporta,
» Que te defraude lo que á ti se debe,
» Tú no lo sufras, ni ofendido quedes:
» Antes quién eres muestra y lo que puedes.»

XXIII

De estas voces al son su ira se exalta,
Qual tea sacudida más se enciende:
Ya donde quepa corazón le falta,
Y por la lengua y ojos se desprende;
Que Reynaldo igualar quiera su alta
Condición, le exaspera y le sorprende.
Loco, soberbio y vano le apellida,
Y á su valor, audacia desmedida.

XXIV

Cuanto la gente en él loa y aclama
De magnánimo, ilustre y generoso,
Artero, la verdad torciendo, llama
Ciega temeridad, orgullo odioso.
Tanto habla y tan alto, que la fama
Lo lleva hasta Reynáldo valeroso;
Mas no por eso aquél la ira modera,
Que á la muerte le arrastra que le espera.

XXV

El vil demonio que su lengua mueve
Y que en su pecho atiza odio violento,
El ultraje le hace que renueve
Y á su pasión furiosa da alimento.
Hay del campo un espacio no muy breve
Donde suelen juntarse, con intento
De ejercitar las armas, los mejores
De los soldados, jefes y señores.

XXVI

Cuando era allí mayor la concurrencia,
De Reynaldo profaza, que no advierte
Que allí está. Con amarga virulencia
El veneno infernal su lengua vierte;
Óyele el ofendido, y la violencia
No pudiendo enfrenar de la ira fuerte,
Le grita «¡Mientes!» y se lanza fiero,
Ya desnudo en su mano el limpio acero.

XXVII

Cual trueno fué la voz, brilló la espada
Como el lampo que anuncia rayo ardiente;
Tiembla aquél, mas la fuga ve cerrada
Para evitar la muerte que presente;
Le avergüenza la turba allí apiñada
Y quiere ante ella aparecer valiente;
Puesto en defensa ya, la espada saca
Y al enemigo espera que le ataca.

XXVIII

En un punto mil rápidos aceros
Reverberan la luz del claro día;
Que multitud inmensa de guerreros
De Gernando en defensa allí acudía.
Confusas voces, altos gritos fieros
Vibrando el aire en torno repetía,
Como en el mar se oye cuando el viento
Las olas alza con fragor violento.

XXIX

Mas no por ese estruendo se retiene
De Reynaldo ofendido ya la ira;
Por cuanto el paso á embarazarle viene
Furioso rompe, que á vengarse aspira:
La armada multitud en nada tiene;
Su fulminante acero en torno gira;
Solo, y de mil contrarios á despecho,
Con Gernando se encuentra pecho á pecho.

XXX

Su mano, aun en la cólera maestra,
Mil golpes contra él tira y comparte;
El pecho, la cabeza, la siniestra
Herir procura ó la derecha parte;
Impetüosa y rápida su diestra
La vista engaña, desconcierta el arte;
Veloz se alza ó de improviso baja,
Y donde no se espera hiere ó taja.

XXXI

Ni cesa antes que el seno de Gernando
Una vez y otra vez su espada hiera.
De pechos cae el mísero, exhalando
La vida y alma por la herida fiera.
El acero aún la sangre chorreando
Envaina el vencedor, y más no espera:
A otra parte se vuelve con sosiego,
De su cólera ya calmado el fuego.

XXXII

Del tumulto Gofredo allí llevado,
Ve de improviso la horrorosa escena:
Yace Gernando el pecho ensangrentado,
Roto el manto, la faz de muerte llena;
Gritos, suspiros, llanto desatado
Oye que del guerrero en torno suena.
Asombrado pregunta qué atrevido
Tanto osó donde es menos permitido.

XXXIII

Arnaldo, á quien el muerto bien quería,
Cuenta (y el caso al referirlo agrava)
Que le mató Reynaldo á sangre fría
Por ligera ocasión, cual bestia brava,
Y que la espada que por Dios ceñía,
Contra un campeón de Dios así empleaba,
La autoridad burlando y el respeto
Del bando, que para él no era un secreto;

XXXIV

Que es reo de muerte por la ley y debe
El castigo sufrir que ha merecido;
Que si grave es el crimen por aleve,
Lo es más por donde fuera cometido;
Si perdón se le diere ó pena leve,
A cada uno el ejemplo hará atrevido
A que á vengar su agravio se desmande
Y nadie ya en justicia lo demande,

XXXV

Procediendo de tales ocasiones
Odios que tarde ó nunca se concierten.
Del muerto elogia luego las acciones,
Para que enojo ó compasión despierten.
Habla después Tancredo: sus razones
Que el reo justa causa tuvo advierten.
Gefredo oye, y su rostro, á quien le mira,
Más de temor que de esperanza inspira.

XXXVI

Tancredo agrega: « Luego, ten presente,
» Señor, quién es Reynaldo y lo que vale,
» El honor que á él se debe justamente
» Y á la estirpe real de donde sale,
» Y á Güelfo su buen tío. No es prudente
» Que tu castigo á todos nos iguale;
» La culpa, leve en uno, en otro es grave,
» Y pena igual sólo entre iguales cabe.»

XXXVII

Responde el capitán: « De los mayores
» Aprenden los más bajos la obediencia:
» Yo tus consejos tengo por errores
» Que alientan de los grandes la licencia.
» ¿Cuál es mi autoridad si á los menores
» Manda y corrige sólo? En mi conciencia
» Que un poder á esos términos sujeto
» No quiero, por risible é incompleto.

XXXVIII

» Más libre y respetable me fué dado,
» Y á nadie limitármele consiento;
» Sé cómo y cuándo debe ser usado,
» Ya premio repartiendo, ya escarmiento,
» Ya igualando las penas, ya al estado
» Del delincuente y á su culpa atento.
Así dice, y Tancredo no repone,
Vencido del respeto que le impone.

XXXIX

Raymundo, admirador de la severa
Antigüedad, su decisión alaba;
Dice: « Con arte tal quien bien impera
» El respeto en sus súbditos recaba;
» Si justa pena ó premio no se espera,
» La disciplina y obediencia acaba;
» Cae el gobierno, y vicio es en la esencia
» Si la justicia agravia, la clemencia. »

XL

Así habla; Tancredo, que le escucha,
Más no espera ni un punto se detiene;
Antes revuelve con presteza mucha
Su corcel, que parece que alas tiene;
Busca á Reynaldo, que de aquella lucha
En que venció, para su tienda viene;
Allí le habla y le da menuda cuenta
De lo que pasa, se habla y se comenta.

XLI

Y añade: « Aunque no créo que el semblante
» Sea del corazón testigo cierto;
» Que en lugar muy profundo y muy distante
» Del hombre el pensamiento está encubierto,
» Afirmar puedo que señal bastante
» Dió el capitán é indicio nada incierto
» De cual reo común querer tratarte,
» Y á su poder en todo sujetarte. »

XLII

Reynaldo sonrió. Su rostro hermoso,
Tras la risa, la cólera estremece.
» Copsienta entrar á cepo bochornoso
» Quien siervo es y siervo ser merece;
» Libre nací y viví, y morir glorioso
» Antes que vivir preso me parece.
» Esta diestra, á lidiar acostumbrada
» Y á triunfar, no ha de verse encadenada.

XLIII

» Mas si así mis servicios recompensa
» Gofredo, y á vil cárcel reducirme
» Pretende, á mi hidalguía haciendo ofensa,
» Y con reos plebeyos confundirme,
» Mande ó venga á prenderme; mi defensa
» Fío á las armas y á mi brazo firme.
» Triste tragedia hará que represente
» Para solaz de la enemiga gente. »

XLIV

Dijo, y las armas pide. En la cabeza
Y el pecho viste acero reluciente;
El grande escudo embraza con presteza,
La buena espada al lado ya pendiente.
Armado así, deslumbra su belleza
Como del Sol un rayo refulgente;
Marte parece, que alentando guerra
Del cielo baja á la asolada tierra.

XLV

Su corazón y su ánimo exaltado
Tancredo en tanto sosegar procura.
Dice: «A tu esfuerzo, joven denodado,
» Es fácil toda empresa áspera y dura,
» Y entre las armas tu valor probado
» Sé que victoria siempre te asegura;
» Mas Dios no quiera que hoy por caso extraño
» Cruelmente se emplee en nuestro daño.

XLVI

» Dí: ¿qué intentas hacer? ¿Querrás las manos
» Con sangre propia tuya ora mancharte,
» Y al herir sin razon á los cristianos
» A Cristo herir de quien son ellos parte?
» De pasajero honor respetos vanos
» Que cual ola del mar llega y se parte,
» ¿Podrán contigo más que la fe y celo
» De la gloria que eterna guarda el Cielo?

XLVII

» ¡No por Dios! Vence tu ánimo y domina
» Ese feroz, soberbio sentimiento.
» Cede, no por temor, por la divina
» Voluntad, con mayor merecimiento;
» Y si de otro el ejemplo algo te inclina,
» Sigue el que yo, aunque mozo, te presento;
» Que cual tú provocado, reprimirme
» Supe y no con los nuestros combatirme.

XLVIII

- » Gozaba yo la tierra de Cilicia
- » Y juntando me hallaba la Cruzada,
- » Cuando llegó Balduino, y su malicia
- » La ocupó y la mantiene aún usurpada;
- » Como amistad fingía, su codicia
- » Yo conocer no pude solapada,
- » Y por no usar las armas en la empresa,
- » Recobrar no intenté la injusta presa.

XLIX

- » Si de la cárcel quieres libertarte
- » Que deshonrosa juzgas, todavía
- » Del mundo á la opinion puedes plegarte,
- » Y á las leyes que acepta la hidalguía
- » Déjame aquí, que yo sabré excusarte,
- » Y á Bohemundo busca en Antioquía;
- » Que á soportar el ímpetu primero
- » Te ayudará, de su prudencia espero.

L

- » Pronto al frente las huestes miraremos
- » De egipcios ú otro ejército pagano,
- » Y entonces tu valor y brío extremos
- » Se extrañarán teniéndote lejano.
- » Sin ti el campo cual cuerpo estimaremos
- » A quien se haya cortado brazo ó mano.
- Llega aquí Güelfo y el consejo aprueba,
- Y le insta á que de allí luego se mueva.

LI

A ruegos tales, la indignada mente
Del fogoso mancebo se doblega,
Y del campo á partirse prontamente,
Como aquéllos le piden, no se niega.
Concurre en tanto mucha amiga gente,
Y cada cual por que le lleve ruega.
Él lo agradece, que le sigan deja
Dos escuderos solos, y se aleja.

LII

Abrásale una sed de gloria inmensa
Que el corazón alienta á grandes cosas:
Sólo en empresas nunca vistas piensa
Y en hazañas obrar maravillosas:
Lanzarse al enemigo, y en defensa
De la fe, palma ó tumba hallar gloriosas,
El Egipto asolar y llegar donde
Su nunca hallada fuente el Nilo esconde.

LIII

En cuanto Güelfo ve que el animoso
Joven se aleja en rápida carrera,
Allí no para: corre presuroso
Adonde al capitán hallar espera;
Éste, al verle, la voz alza afanoso
Y dice: « Al punto llegas que quisiera,
» Pues mandaba por una y otra parte
» Mis heraldos que fueran á buscarte. »

LIV

- A los otros retira, y en secreto
Así prosigue: « Güelfo, ciegamente
» Tu sobrino, sin freno, sin respeto
» A la ira se entrega, y cuando intente
» Su arrebató excusar, ningún discreto
» Absolverle podrá por inocente.
» Péame de la pena del mancebo,
» Mas á todos igual mostrarme debo.

LV

- » De la ley he de ser y del derecho
» Custodio fiel y defensor constante,
» Siempre en mis juicios conservando el pecho
» De pasión libre, de justicia amante;
» Si Reynaldo, al violar con feroz hecho
» La disciplina y bando terminante
» Con causa obró, cual dicen, aquí atienda,
» Y ante mí con razones se defienda.

LVI

- » Por sí venga y se entregue prisionero.
» Esto que puedo otorgaré en su gracia;
» Mas si resiste hosco y altanero
» (Que tanto cabe en su indomable audacia),
» Que tú le exhortes y conduzcas quiero,
» Y no á obligarme vaya por desgracia
» A obrar contra mi gusto con dureza,
» Por guardar el derecho en su entereza.»

LVII

- Calló Gofredo, y Güelfo le contesta:
- « Alma de infamia libre, no podía
 - » Voces oír de injuria manifiesta
 - » Sin rechazarla al punto que la oía.
 - » Se dió al ultraje muerte por respuesta;
 - » ¿Quién su ira justa condenar podría?
 - » ¿Quién ardiendo la lid modera y mide
 - » Los golpes que el vengar la ofensa pide?

LVIII

- » En cuanto ordenas tú que al soberano
- » Arbitrio tuyo venga á sujetarse,
- » Que ser no pueda siento, pues lejano
- » Del campo en este punto ha de encontrarse;
- » Mas yo ofrezco probar con esta mano
- » Al que á acusarle quiera presentarse,
- » O á quien mueva en su contra procaz labio,
- » Que él con justicia vindicó su agravio.

LIX

- » Digo que con razón mató á Gernando
 - » Y á su soberbia dió justo castigo;
 - » Si en algo erró, fué en olvidar el bando;
 - » Pésame de ello, y que hizo bien no digo. »
- Replicale Gofredo: « Vaya errando
- » Y otras partes revuelva; mas contigo
 - » Otras riñas no intentes que se traben;
 - » Antes los odios ya, por Dios, acaben. »

LX

De allegár más auxilios entretanto
La artificiosa Armida no cesaba.
El día entero ruega, y usa cuanto
De arte, ingenio y belleza la adornaba.
Luego, cuando ya extiende el negro manto
La noche, al pabellón se retiraba
Con los dos caballeros que traía
Y dos damas que la hacen compañía.

LXI

Mas aunque en engañar maestra fuera,
De gracias llena y discreción que encanta,
Y tan bella, que acaso otra no hubiera
Creado el Cielo de belleza tanta,
Y su amor á los héroes conmoviera
Más esforzados de la empresa santa,
No pueden sus halagos y atractivo
De Gofredo rendir el pecho esquivo.

LXII

Quiere en vano hechizarle y con dulzura
Mortal, llevarle á la amorosa vida:
El, cual ave saciada que no cura
Del cebo que engañoso la convida,
Del mundo harto y del placer, procura
Sólo buscar del Cielo la subida;
Y las redes que Amor de armarle trata
Con la hermosura, rompe y desbarata.

LXIII

No de la vida ha de torcer las huellas
Que Dios le traza y él sigue constante.
Ella gracias sin fin, mil formas bellas,
Lindo Proteo, pónelo delante,
Y de su amor pudieran las centellas
Duro hierro fundir, roca y diamante;
Mas invencible auxilio sobrehumano
Hace su esfuerzo todo salir vano.

LXIV

La hermosa maga, que creyó imposible
Que el más casto resista su mirada,
De ira llena y de despecho horrible
Está, de aquel desdén, maravillada:
Resuelve al fin á un pecho más sensible
O menos firme procurar la entrada,
Cual sitiador que un fuerte inexpugnable
Abandona por otro practicable.

LXV

A Tancredo tentó; mas igualmente
Le halló contra sus armas prevenido:
De otro deseo llena ya su mente,
A nuevo amor no da lugar cumplido.
Como un veneno de otro diferente,
Así un amor es de otro repelido.
A estos dos no rindió: los otros todos,
Prendados tiene por distintos modos.

LXVI

Aunque enojo la causa que su empresa
En parte alguna sólo esté lograda,
Habiendo hecho noble y rica presa
De héroes, se siente á medias consolada,
Y antes que haya pasado la sorpresa,
Llevarlos quiere á parte asegurada,
Donde á dura cadena los sujete
Que más y más su esclavitud apriete.

LXVII

Llegado el día ya que se debiera
Darle el auxilio que le fué otorgado,
Va á Gófredo y le dice la hechicera:
« Señor, he aquí que el plazo es ya llegado;
» Si por acaso aquel tirano oyera
» Del generoso auxilio por ti dado,
» Redoblará su esfuerzo en defenderse,
» Y más ardua la empresa vendrá á hacerse.

LXVIII

» Así, que antes que sea en sus oídos
» La nueva, por la fama ó por espía,
» Por tu bondad los héroes elegidos
» Haz que conmigo partan este día;
» Que si no son del Cielo combatidos
» Tu noble obrar y la inocencia mía,
» Mi reino cobraré, y aquella tierra
» Tendrás por tributaria en paz y en guerra. »

LXIX

Dice así. De Gofredo la cordura
No le niega lo que antes prometiera,
Y como su partida ella apresura,
Forzoso es ya que la elección se hiciera.
Cada cual con afán insta y procura
Que entre los diez su nombre se incluyera;
Y aquella emulación que en ellos mira
Mayor recelo al capitán inspira.

LXX

Ella, que arder de amor los corazones
Mira, con eso cobra nuevo aliento,
Y más y más enciende sus pasiones,
Dándoles de los celos el fomento.
Sabe que amor decae en ocasiones
Si no le aguijan, perezoso y lento,
Como el caballo en su carrera cede
Cuando otro no le sigue ó le precede.

LXXI

Favores repartir procura iguales;
Mirada el uno, otro sonrisa alcanza;
Envidia cada cual á sus rivales,
Mas jûntase á la envidia la esperanza.
La loca turba de amadores tales
Que alegra ó entristece una mudanza,
Sin freno ni vergüenza á nada atiende,
Y en vano el buen Gofredo los reprende.

LXXII

Como igual para todos ser desea
Y al uno más que al otro no se inclina,
Aunque tal vez se indigne cuando vea
Cómo cada cual de ellos desatina
Y el acordarlos imposible crea,
Un modo de concierto determina;
Y es que escritos los nombres, en un vaso
Se pongan y sorteen al acaso.

LXXIII

Las cédulas, según fuera acordado,
En una urna pequeña se pusieron.
Del conde Artemidoro fué sacado
Primero el nombre; por segundo oyeron
El del noble Gerardo proclamado;
Luego el de Vimilao salir vieron,
Que grave antes y de buen consejo,
Hoy con canas delira, amante viejo.

LXXIV

¡Cómo en los ojos brilla y el semblante
El placer que los pechos les inunda
De los tres que salieron por delante,
Cuyos deseos el amor secunda!
Los otros de la suerte vacilante
Penden con emoción fuerte y profunda,
Y ninguno los ojos fijos quita
Del que saca los nombres y los grita.

LXXV

Cuarto el de Gualco pronunciar se oía,
Ridolfo luego y Olderico viene;
A éstos Guillermo Roncillón seguía;
Tras Eberardo, Enrico el lugar tiene;
Es Rambaldo el postrero, que algún día
Su fe en apostatar no se detiene;
¿Tanto en él pudo Amor? Aquí se acaba
La suerte que los diez ya completaba.

LXXVI

Los otros, de ira, envidia y celo ardientes,
Llaman á la fortuna injusta y ciega
Y te culpan ¡oh Amor!, pues lo consientes,
De que en tu imperio su poder desplega.
Como es de instinto en las humanas mentes
Que más desean lo que más se niega,
Muchos resuelven el seguir á Armida
Y de la noche esperan la caída.

LXXVII

A doquiera ella vaya es ir su intento,
Y en su favor lidiando dar la vida.
Ella lo advierte, y con suave acento
Y cortados suspiros los convida;
Y á éste y al otro muestra sentimiento
De que sin él se haga la partida.
Se arman los diez en tanto y se despiden,
Y á Gofredo corteses venia piden.

LXXVIII

Los amonesta el prudente en todo:
Cuánto es la fe pagana incierta y leve,
Qué prenda tomar pueden, de qué modo
Huirán el daño y la traición aleve;
Mas sus palabras caen en el lodo,
(¿Quién vió que Amor del sabio hablar se lleve?)
Y los despide al fin. La aventurera
La nueva luz para partir no espera.

LXXIX

Vencedora y ufana, á los rivales
Cual en triunfo delante de sí lleva,
Y lamentando sus soñados males,
Deja de amantes una turba nueva.
Como antes de las luces matinales
En silencio sus cautos pasos mueva,
Muchos por el amor de la doncella
Secretamente salen en pos de ella.

LXXX

Es Eustacio el primero, que impaciente
Esperar nuevas sombras no quería,
Y va donde le lleva ciegamente
Por las ciegas tinieblas ciego guía.
Pasa errando la noche inciertamente,
Y cuando ya brillaba el claro día,
Armida con los suyos le aparece
Donde una aldea albergue les ofrece.

LXXXI

Luego á ella se dirige. Por la enseña
 Le conoce Rambaldo, que le grita
 Allí qué busca ó qué á venir le empeña.
 « A ir con Armida mi valor me incita,
 » —Dice—y si mi servicio no desdena,
 » De uno más pronto ó fiel no necesita. »
 Replica el otro: « ¿Quién á tanta hazaña
 » Te eligió? » Y él: « Amor que me acompaña. »

LXXXII

« A mí me elige Amor, á ti Fortuna:
 » ¿Quién elector más justo te parece? »
 Dice Rambaldo: « Sin razón alguna
 » Tu arte y título aprecio no mereca,
 » Ni á la real doncella es oportuna
 » Tu intrusa ayuda que mezclarse ofrece
 » A la nuestra legítima. » « Y—repone
 El animoso joven—¿quién se opone? »

LXXXIII

« Yo soy quien lo prohíbe », aquél contesta,
 Y al decirlo, feroz se le abalanza;
 Con furia no menor ó menos presta
 Y con igual desnudo, el otro avanza.
 Aquí la mano extiende entre ellos puesta
 La que tiene sus almas en balanza;
 A uno dice: « No tomes por ofensa
 » Que uno más te acompañe en mi defensa.

LXXXIV

» Si deseas mi bien, ¿por qué me niegas
» Nueva ayuda en desdicha tan crecida? »
Dice al otro: «Oportuno y grato llegas,
» Defensor de mi fama y de mi vida;
» Si á mi servicio tu valor entregas,
» Razón es que lo acepte agradecida. »
Dice, y á cada instante ve contenta
Que algún nuevo adalid se le presenta.

LXXXV

Quién de aquí, quién de allí se le aparece,
Cada uno á los otros ve con celo.
A todos ella acoge, y aun parece
Que cada cual le da gozo y consuelo.
Nota Gofredo apenas amanece
Que han partido, y le asalta cruel recelo;
Que del futuro présaga su mente
Muy graves males con afán presente.

LXXXVI

Cuando en esto pensaba, un escudero
Llega anhelante, ansioso, apesarado,
Como de tristes nuevas mensajero,
Que en el rostro el dolor lleva pintado.
Dice: « Pronto, señor, el mar entero
» De Egipto la gran flota habrá ocupado;
» Ese aviso Guillermo darte manda
» Que las naves de Génova comanda. »

LXXXVII

Cuenta luego que siendo conducidos
De las naves al campo bastimentos,
En medio del camino, prevenidos
Hallaron á su marcha impedimentos.
Sin salvar uno, muertos ó rendidos
Los conductores fueron en momentos
Por árabes ladrones, que en estrecho
Valle, atacaron por espalda y pecho.

LXXXVIII

Que extremas son la audacia y la osadía
De aquella tribu bárbara y errante
Que á guisa de torrente se extendía,
Sin que algún dique su ímpetu quebrante;
Y para escarmentarlos convendría
Que un cuerpo de guerreros se adelante,
Y asegure un camino por la playa
Que desde el mar á Palestina vaya.

LXXXIX

De boca en boca pasan los rumores;
La nueva por el campo aprisa cunde,
Y de hambre que amenaza, mil temores
De los soldados en el vulgo infunde.
El capitán, que ve que aun los mejores
Acobarda la voz que se difunde,
Con fuertes dichos y con faz contenta
Darles tranquilidad y ánimo intenta.

XC

- « Vosotros que conmigo habéis sufrido
» Peligros mil y alanes por doquiera,
» Paladines de Dios, y habeis sabido
» Sostener la fe santa verdadera,
» Vencer al persa y griego fementido,
» Sierras pasar y mar airada fiera;
» Que hambre terrible y sed devoradora
» Ya soportasteis, ¿qué teméis ahora?

XCI

- » ¡Pues qué! ¿el Señor que nos dirige y mueve
» Y de más duro caso os ha salvado,
» No os sostiene? ¿Hay alguno que se atreve
» Su clemencia á dudar desconfiado?
» Ya con placer recordaréis en breve
» Vuestras penas y el voto desatado:
» Sufrid ora animosos, os lo ruego,
» Y a la gloria os guardad que vendrá luego.»

XCII

Con estas voces las turbadas mentes
Calma y con rostro plácido y sereno;
Mas cuidados agudos y dolientes
Ocultamente bullen en su seno:
Cómo ha de mantener á tantas gentes
En la escasez, piensa de angustia lleno;
Como la armada egipcia derrotara
Y á los ladrones arabes domara.

FIN DEL CANTO QUINTO

1. El Ayuntamiento de Madrid, en virtud de las facultades conferidas por el Real Decreto de 10 de Mayo de 1900, y de acuerdo con el Consejo de Regencia, ha acordado lo siguiente:

1. El Ayuntamiento de Madrid, en virtud de las facultades conferidas por el Real Decreto de 10 de Mayo de 1900, y de acuerdo con el Consejo de Regencia, ha acordado lo siguiente:

ARTICULO 1.

Con este Real Decreto se aprueba el Plan de Urbanidad y Obras Públicas de la ciudad de Madrid, que se publica en el presente Real Decreto, y se mandan cumplir y ejecutar sus disposiciones en todas sus partes.

CANTO SEXTO

DESAFÍO CON ARGANTE; SU COMBATE CON TANCREDO,
INTERRUMPIDO POR LA NOCHE;
VA LA ENAMORADA HERMINIA AL CAMPO DE LOS CRISTIANOS.

I

Están con más tranquilos corazones
Los sitiados. y su ánimo seguro.
Que sobre las que guardan, provisiones
De la noche reciben en lo oscuro:
Armas tienen, pertrechos, municiones
De la parte del Norte tras el muro,
Que alto, sólido, grueso y reparado,
No teme ser batido ó asaltado.

II

Mas el rey no descansa reforzando
Aquí ó allí los flancos ó los fosos,
Ya alumbra el áureo sol, ya estén brillando
De estrella ó luna rayos más dudosos.
Sin cesar nuevas armas fabricando
Tiene á los operarios afanosos.
Mientras en esto entiende, el impaciente
Argante viene y dícele vehemente:

LA LATINA

III

- « ¿Y hasta cuándo nos guardas prisioneros
» Tras los muros en vil asedio y lento?
» Oigo, sí, sonar yunques, y de aceros,
» De escudos, de corazas ruido sientos;
» Mas, para qué, no sé. Los bandoleros
» Corren campo y poblado á su contento,
» Sin que los nuestros á estorbarlo acierten
» O siquiera las trompas los despierten.

IV

- » Jamás ven sus comidas de enemiga
» Fuerza turbadas ni su alegre cena.
» Día y noche sin yelmo y sin loriga
» Pasan tranquilos en quietud serena;
» A vosotros el hambre y la fatiga
» Con el tiempo á rendiros os condena,
» O á morir aquí muerte de cobarde,
» Si de Egipto el auxilio llega tarde.

V

- » Por mí, no quiero que esa innoble muerte
» Mis días hunda en tenebroso olvido,
» Ni me ha de hallar tras de este muro fuerte
» Del Sol la nueva luz, así escondido:
» Que de la vida mía haga la suerte
» Lo que el Cielo tuviere decidido;
» Mas he de hacer que quede por memoria
» Que peleando sucumbí con gloria.

VI

- » Si del valor que un tiempo os distinguía
- » No viese ya toda semilla muerta,
- » No el morir combatiendo esperaría,
- » Sino la vida y la victoria cierta.
- » Al enemigo despuntar el día
- » Busquemos todos en campaña abierta:
- » El más audaz partido en los extremos
- » Que es el más acertado ver solemos.

VII

- » Mas si juzgas acaso temerario
- » Tu ejército exponer en la salida,
- » Propón que de un guerrero y su contrario
- » Combate singular todo decida.
- » Y porque más acepte voluntario
- » El franco capitán esta medida,
- » Que armas elija, condiciones ponga
- » Y todo á su contento lo disponga.

VIII

- » Que si dos manos tiene el enemigo
- » Y un alma sola, aunque valiente y fiera,
- » Por ningún caso temas que conmigo
- » La causa que sostenga pereciera:
- » Si fortuna te falta ó hado amigo,
- » De mi diestra victoria cierta espera,
- » La misma que te extendiendo ahora en prenda
- » De que si en ella fías te defienda. »

IX

- Calló, y responde el rey: « Joven ardiente,
» Aunque en edad me ves grave y anciano,
» Débil ó flaca mi alma no se siente,
» Ni al hierro es tan inútil esta mano
» Que vivir prefiriera innoblemente
» A perecer á manos del cristiano,
» Si creyera, cual tú, que moriremos
» De hambre, sed y cansancio á los extremos.

X

- » ¡Dios tal infamia evite! A revelarte
» Voy mis miras á todos escondidas:
» Solimán de Nicea quiere en parte
» Sus ofensas vengar. y apercibidas
» Del árabe, que en tribus se reparte,
» Muchas en Libia tiene reunidas,
» Y atacando al contrario en noche oscura,
» Darnos auxilio y víveres procura.

XI

- » Pronto aquí llegará; mas si entretanto
» Nuestros fortines fueren destrozados,
» Nada importa, si puedo el real manto
» Y mi palacio ver asegurados.
» Tú la ira y valor reporta un tanto
» Que á tal extremo muestras exaltados,
» Y la ocasión espera con témplanza
» Oportuna á tu gloria y mi venganza. »

XII

Esto al feroz Argante rabiar hace,
Que era de Solimán viejo enemigo,
Y oír amargamente, le desplace
Que tanto dél espere el rey su amigo.
Respóndele: « Haz, señor, lo que te place
» En paz ó en guerra, nada en ello digo;
» Espera á Solimán por si llegare,
» Y él, que perdió su reino, el tuyo ampare.

XIII

» Venga á ti cual del cielo descendido
» Libertador del fiel pueblo pagano:
» Yo, que bastarme á mí siempre he sabido,
» No quiero libertad de ajena mano.
» Mientras reposan todos, concedido
Me sea á pelear salir al llano;
» No tu campeón, privado caballero,
» Un singular combate buscar quiero. »

XIV

Replica el rey: « Aunque valor y espada
» A mejor uso reservar debieras,
» Si á algún cristiano desafiar te agrada,
» No lo prohibo, haráslo cuando quieras. »
Esto al oír aquél, no espera nada;
« Baja—dice á un heraldo—á las trincheras,
» Y al franco general públicamente
» Estas propuestas mías haz presente:

XV

» Un caballero que por mengua tiene
 » Que le encierre muralla, torre ó foso,
 » Con armas y en el campo aquí mantiene
 » Contra quien lo negare mentiroso,
 » Que no por fe ni honor al Asia viene
 » De francos el ejército alevoso,
 » Sino le traen miras de avaricia,
 » Y de reinar y de robar codicia;

XVI

» Vendrá al campo á esperar, apercibido,
 » No al primero y segundo solamente,
 » Tercero, cuarto y quinto es admitido,
 » Sean de vulgar estirpe ó noble gente:
 » Campo seguro pide, y que el vencido
 » Del vencedor sea siervo justamente
 » A ley de guerra. » Dice, y el enviado
 Viste el tabardo púrpura y dorado.

XVII

Llegado que hubo á la real presencia
 Del príncipe Gofredo y sus barones,
 « Señor—dice—, ¿á un heraldo das licencia
 » De que hable libre en francas expresiones? »
 « Doyte—dijo Gofredo—libre audiencia,
 » Dí sin ningún temor lo que propones. »
 Y el otro: « Mostraráse si te agrada
 » O formidable te es la alta embajada. »

XVIII

Luego el osado reto va exponiendo,
En frase retumbante y altanera.
Mientras habla, de cólera está ardiendo
Aquella brava multitud guerrera.
Dice Bullón al punto respondiendo:
« El caballero emprende hazaña fiera,
» Y de ella creo pronto se arrepienta
» Sin que al quinto lleguemos en la cuenta;

XIX

» Mas á la prueba venga sin que ultraje
» Tema, que campo le daré seguro,
» Y saldrá sin que en nada se aventaje
» De mis guerreros uno: se lo juro. »
Calló, y el rey de armas en su viaje
Por la vía que trajo vuelve al muro,
Y no detiene el paso hasta que llega
Y al circasiano la respuesta entrega.

XX

« Ármate, señor—dice—, prontamente,
» Que el desafio aceptan los cristianos,
» Y no los principales solamente:
» Quiérente combatir los más medianos.
» En mil ojos noté mirada ardiente,
» Y al hierro aparejadas muchas manos:
» Gofredo libre campo te asegura. »
Dijo, y á armarse Argante se apresura.

XXI

Armado ya, con impaciencia estaba
De ir su brazo á probar fuerte y robusto.
Dice á Clorinda el rey, que allí se hallaba:
« Que solo á la lid vaya no creo justo:
» Escóltale con mil de la más brava
» De mi gente, que escojas á tu gusto;
» Mas sólo á buena lid salga delante,
» Y ten la fuerza tú poco distante. »

XXII

Dijo, y estando ya todos armados,
Salen de la ciudad al campo abierto;
Al frente Argante va, de los usados
Fortísimos arneses bien cubierto.
De allí á do están los reales asentados
Hay un extenso espacio descubierto
Y sin estorbo, tal que semejaba
Que para liza preparado estaba.

XXIII

Bajó solo y paró, como es usanza,
Del enemigo al frente el fiero Argante.
Por su gran corazón, cuerpo y pujanza,
Soberbia vista y rostro amenazante,
Hace á Encélado en Flegra semejanza,
O en hondo valle al filisteo gigante;
Mas muchos no le temen, que aun no saben
Las increíbles fuerzas que en él caben.

XXIV

No tiene aún Gofredo algún electo
Como el mejor de los que allí asistían,
Aunque todos los ojos, con afecto
Deseoso, á Tancredo se volvían,
Que entre los más valientes, por perfecto
Con favor manifiesto le tenían,
Y un no dudoso murmurar se eleva
Que el capitán con la mirada aprueba.

XXV

Ceden todos los otros, de Gofredo
Siendo ya el parecer tan conocido.
« Ve—le dice—, que yo te lo concedo,
» Y reprime el furor de ese atrevido. »
Animoso y contento está Tancredo
Viendo que á tal hazaña es elegido;
Y el caballo pidiendo y la celada,
Sale, y muchos tras el, de la estacada.

XXVI

Y no llegaba al gran llano vecino
Donde Argante esperaba todavía,
Cuando el hermoso rostro peregrino
De Clorinda á sus ojos se ofrecía.
Más blanca que la nieve en cerro alpino
Era su sobreveste; alzado había
La visera del rostro. En una altura
Cuan grande era descubre su estatura.

XXVII

No mira ya Tancredo al circasiano
Que la espantosa frente eleva al cielo,
Mas paso á paso yendo por el llano
A ella los ojos vuelve con anhelo.
Luego se para inmóvil; fuego insano
Dentro le abrasa, y fuera es todo hielo;
Sólo en mirarla piensa, y parecía
El combate olvidar á que venía.

XXVIII

Argante, que no ve que preparado
Esté alguno á salir á la palestra,
Grita: « Al combate aquí desafiado
» Estoy, y aun mi adversario no se muestra. »
Como atónito el otro y elevado
Ni se mueve y que no oye bien demuestra,
Otón su corcel pica y va ligero,
Y en la vacía liza entra el primero.

XXIX

Era éste de los muchos que incitaba
Deseo de ir al reto jactancioso,
Mas que cedió á Tancredo, y cabalgaba
Por seguirle con otros, cuidadoso.
Al ver que en otra cosa ora pensaba
Y no atendía al pelear honroso,
Toma, joven audaz cuanto impaciente,
La ocasión que se ofrece, ávidamente;

XXX

Y arranca tan veloz cual tigre ó pardo
Por la cerrada selva y encubierta,
A herir en el pagano, que gallardo
Con la gran lanza en ristre estaba alerta.
En sí vuelve Tancredo y de su tardo
Estupor, cual de un sueño al fin despierta.
Grita: « ¡Es mía la lid, detente, paral »
Mas Otón demasiado ya avanzara.

XXXI

Esto al ver se detiene, ardiendo en ira
Y en despecho que enciende su semblante,
Que á mengua tiene y con vergüenza mira
Que otro en aquella lid se le adelante.
A la media carrera un bote tira
Otón, que en el almete da de Argante,
Y éste al encuentro con el hierro agudo
Su cota pasa y antes el escudo.

XXXII

Cae el cristiano; el golpe fué de suerte
Que del arzón lo saca y lo derriba;
El sarraceno, más membrudo y fuerte,
No cae, y en la silla firme estriba.
Luego dice al que allí yacía inerte
Con dura voz y acción despreciativa:
» Date vencido, y á tu gloria baste
» Poder decir que contra mi lidiaste. »

XXXIII

« No —dice Otón—, jamás hemos usado
» Las armas y el valor rendir tan presto;
» De mi caída otro me hará excusado:
» Yo he de vengarme ó moriré en el puesto. »
Cual de Aleto y Medusa dominado
Rabioso Argante y con furioso gesto,
Grita: « De mi valor tendrás las señas,
» Pues que la cortesía así desdeñas. »

XXXIV

Da espuelas al caballo, y al olvido
Cuanto la ley caballeresca quiere;
Huye el franco al encuentro precavido
Y al paso el diestro lado al moro hiere;
Que éste fué gravemente y mal herido,
De la sangre en la espada el otro infiere.
Mas ¿qué gana si el golpe en nada quita
Fuerzas al vencedor y su ira irrita?

XXXV

Detiene éste el caballo en su carrera
Y atrás vuelve en tan presto movimiento,
Que Otón apenas sobre sí le viera,
Cuando ya recibió choque violento;
Tiemblan sus piernas, cual de blanca cera
Pálido el rostro y casi sin aliento
Queda del rudo golpe, y desmayado
Cae en la dura tierra el desdichado.



XXXVI

Sañoso el moro, á su corcel camino
Por sobre el pecho del caído hace.
Grita: « Todo soberbio igual destino
» Tenga, que el que á mis pies ahora yace. »
Tancredo ya no para, que el indino
Crüel hecho en el alma le desplace;
Quiere enmendar su falta que le duele,
Y que su gran valor brille cual suele.

XXXVII

Veloz corre gritando: « Alma menguada,
» Aun en el triunfo infame y despreciable,
» ¿Qué título de prez alta y honrada
» Esperas de ese hecho detestable?
» Entre árabes ladrones y malvada
» Turba, cierto creciste, miserable;
» Huye la luz, ve con las otras fieras
» A ensangrentar las selvas y praderas. »

XXXVIII

Calló, y el musulmán, poco sufrido,
Sus labios muerde con furor vehemente;
Responder quiere, y da ronco alarido,
Como la voz de un animal rugiente,
O cual la nube rompe, que escondido
Le guarda, impetuoso rayo ardiente:
Tal parecía con forzado trueno
Su voz salir del inflamado seno.

XXXIX

Después que el uno al otro así denuesta
Atizando el orgullo y recia ira,
El uno y otro con carrera presta
Toma del campo y el caballo gira.
¡Oh Musa! Nueva voz ora me presta
E igual furor á aquel furor me inspira:
Del hecho digno, el canto enaltecido
Imite de las armas el sonido

XL

En ristre ponen con la punta en alto
Cada cual la nudosa y fuerte lanza;
Jamás recia carrera ó ágil salto,
Jamás veloz batir de alas alcanza
El ímpetu feroz con que al asalto
De aquí Argante, de allí Tancredo avanza.
Rompen las astas en los yelmos, sube
De astillas, rájas, chispas, densa nube.

XLI

De los golpes, en torno es conmovida
La tierra inmoble; el monte se resiente,
Mas no á los golpes ó ímpetu rendida
Alguno dobla la soberbia frente;
Chocando los caballos, tal caída
Dan, que alzarse no pueden prontamente;
Sacan ambos la espada, los estribos
Sueltan, y están de pie firmes y activos.

XLII

Cada cual cautamente al tirar lleva
La diestra, el ojo alerta y firme planta,
Va á fondo, para ó toma guardia nueva,
En torno gira, avanza ó se desplanta;
Con finta al otro hace que se mueva,
Quita, y baja la espada ó la levanta,
Hallar procura descubierta parte,
Tratando de burlar arte con arte.

XLIII

De la espada Tancredo y del escudo
Mal guardado presenta el flanco diestro;
Va Argante á herirle, y déjase desnudo
De sus anchos costados el siniestro;
El hierro el otro rebatirle pudo
Y á un tiempo herirle, en esgrimir maestro:
Hecho esto, se recoge velozmente
Y se halla en guardia puesto nuevamente.

XLIV

El fiero moro, que su sangre mira
Que manchando las armas aparece,
Con desusado horror tiembla y suspira
Del coraje y dolor que le enloquece;
Da una gran voz, el ímpetu y la ira
El acero le hacen que enderece
Girando para herir, cuando una punta
Siente donde á la espalda el brazo junta.

XLV

Como en cerrada selva feroz osa
Que el cazador hirió tal rabia alienta,
Que la arma que sintió muerde furiosa,
Y al peligro y la muerte audaz se avienta,
Así arde el moro en cólera rabiosa
Con doble herida y repetida afrenta,
Y á vengarse con tanto ahinco aspira,
Que no ve riesgo ni á defensa mira.

XLVI

Como juntara á su extremada fuerza
Temerario valor y largo aliento,
Con tal ímpetu y brío el hierro esfuerza,
Que tiembla el suelo y arde el firmamento.
Sin tiempo el otro de que el cuerpo estuerza,
O parar pueda, ó recudir violento,
Ni apenas respirar, no le fué dable
Guarecerse del moro formidable.

XLVII

Recogido y cubierto, espera en vano
Que cese el golpear duro y terrible:
Ya cerca se defiende, ya lejano
Revuelve y gira cuanto le es posible;
Mas como en nada afloje aquel pagano
Y esperando aguantar sea imposible,
Fuerza le es resolverse á que su espada
A todo su poder sea meneada.

XLVIII

Vence la ira á la ciencia y la destreza;
Las fuerzas el furor dobla y enciende;
Golpe en vano ninguno se endereza;
Cada uno abolla, rompe, horada ó hiende;
Cubren pedazos de armas la maleza,
Y sangre en ellos y sudor se extiende;
Relámpago al brillar, trueno encontradas,
Rayo al herir, semejan las espadas.

XLIX

Un pueblo y otro absorto está, pendiente
Del fin de lid tan nueva, horrenda y fiera;
Cada cual esperanza ó temor siente,
Según daño ó ventaja considera;
No hay quien se mueva, apenas quien aliente,
Y la voz no se oye más ligera.
Todos inmóviles, ni hablan ni se agitan,
Si no es los corazones que palpitan.

L

Cansados ya andan ambos, y lidiando
Tal vez allí las vidas dejarían;
Mas la noche tan negra viene entrando,
Que las cosas más juntas no se vían.
Dos heraldos de aquí y de allí llegando
Al dudoso combate fin ponían.
Arideo, franco, es uno; otro, Pindoro,
Que llevó el reto, astuto y sabio moro.

LI

De paz interpusieron los bastones
 A las espadas de ambos combatientes,
 Con la seguridad que á sus funciones
 Dieron siempre las leyes de las gentes.
 « Sois—comenzó Pindoro—¡oh campeones!
 » Iguales ambos, nobles y excelentes;
 » Mas la lucha es razón que cese luego,
 » Pues noche es ya, nó turbe su sosiego.

LII

» Tiempo hay de trabajar el día entero:
 » De noche duerme en paz toda criatura,
 » Y no estima el cumplido caballero
 » Premio ganado entre la sombra oscura. »
 Responde Argante: « Yo seguir prefiero
 » En noche ó día la batalla dura;
 » Mas si es mejor que el Sol sea testigo,
 » Que ha de volver me jure mi enemigo. »

LIII

Dice el otro: « Sí haré si prometieres
 » También volver y Otón contigo venga;
 » De otro modo será vano que esperes
 » Que á aplazar el combate yo me avenga. »
 Juran así y consultan pareceres
 Los heraldos, del plazo que convenga,
 Y porque ambos curarse necesitan,
 La mañana del sexto día citan.

LIV

En la mente la lid atroz, horrenda,
De cristianos y moros quedó impresa
Cual rara maravilla y estupenda,
Que la memoria de agitar no cesa.
No hay quien ponderando no se extienda
De uno y otro el valor en la alta empresa;
De cuál hace ventaja á su contrario
Discurre el vulgo discordante y vario.

LV

Cuidan todos suspensos qué suceso
Vendrá á tener pelea tan dudosa;
Si el furor vencerá al prudente seso,
O saldrá la destreza victoriosa.
Mas como nadie, el corazón opreso
Tiene la bella Herminia, cuidadosa,
Que de los juicios del incierto Marte
Pendiente ve de sí la mejor parte.

LVI

Esta hija del viejo rey Casano,
En Antioquía, cuando fué ganada,
Entre el botín del vencedor cristiano
Fué, cual valiosa presa, cautivada;
Pero le fué Tancredo tan humano,
Que de nadie dejó fuera ultrajada.
Y en medio de la ruina asoladora,
Trato tuvo de reina y de señora.

LVII

Con respetuoso honor, restituída
Dióle su libertad inapreciable,
Y junto, en oro y perlas, muy crecida
Suma, rico tesoro codiciable.
Ella al ver en la tierna edad florida
El ánimo real, el rostro amable,
Presa quedó de amor, que jamás pudo
A un corazón echar más fuerte nudo.

LVIII

La libertad del cuerpo cobró apenas,
Quedó el alma en perpetua servidumbre,
Y del caro señor dulces cadenas
Suspirando dejó con pesadumbre.
La sangre real que corre por sus venas,
De su sexo la púdica costumbre,
La estrechan sólo á que á su madre siga,
Buscando asilo en una tierra amiga.

LIX

Vino á Jerusalem, donde acogida
La dió el tirano de la hebrea tierra.
Allí lloró muy pronto dolorida
Sobre el sepulcro que á su madre encierra;
Mas ni esa grave pérdida sufrida,
Ni la suerte cruel que la destierra,
Pueden desarraigar su amor constante
O su fuego extinguir un solo instante.

LX

Ama y arde la mísera, y lamenta
Que de su amor goce ninguno alcanza,
Que aquel su oculto fuego se alimenta
De recuerdo muy más que de esperanza,
Y cuanto más secreto, más aumenta
Y dentro de su seno más avanza.
Tancredo al fin aliento la traía,
Que allí con el ejército venía.

LXI

Espantan á la gente sarracena
Tantas naciones, tan diversas gentes;
Mas ella el rostro plácido serena,
Y alegre ve las huestes diferentes.
Busca de amor y de esperanza llena
Al que ama, con ojos impacientes;
Muchas veces á otro por él toma,
Y alborozada dice: «Allí se asoma.»

LXII

Del rey en el palacio se elevaba
Un torreón al muro muy cercano;
De lo más alto dél se divisaba
Llano y monte, y ejército cristiano;
Allí, desde que el sol se levantaba
Hasta la noche obscura, espera en vano:
Sin cesar todo el campo ansiosa mira,
Y con su corazón habla y suspira.

LXIII

De allí espío la lid, y su agitado
Corazón que temblara al trance fuerte,
Decirle parecía: aquel tu amado
Al riesgo se halla puesto de la muerte.
De ansia el ánimo lleno y congojado
Los lances ve de la dudosa suerte;
Cada vez que la espada mueve Argante,
Siente en el alma el hierro penetrante.

LXIV

Mas cuando la verdad oyó, que falta
Que la áspera pelea se renueve,
Insólito temor así la asalta,
Que correr siente por sus venas nieve.
Tal vez el llanto de sus ojos salta,
Que oculta, y tal vez da suspiro leve,
Pálida, exangüe, muda, amortecida,
De espanto helada y de dolor transida.

LXV

Con horrible visión su fantasía
La atormenta, y turbada se estremece;
Más teme que la muerte á la sombría
Noche que sueños mil tristes le ofrece,
En que al amado paladín creía
Ver sangriento y herido, y que parece
Que socorro demándale. Despierta
Bañada en llanto, temblorosa y yerta.

LXVI

Ni es el temor del daño venidero
Por lo que sólo el corazón palpita:
De las heridas que tenía el guerrero
El recuerdo también su alma agita.
Falaz rumor del vulgo vocinglero
La inminente desgracia hace infinita,
Y ya imagina próximo á la muerte
En lecho de dolor al héroe fuerte.

LXVII

Había de su madre ella aprendido
La secreta virtud de cada hierba,
Y cual ensalmo sana al cuerpo herido,
O por lo menos el dolor enerva;
Arte que en su país es conocido
Y á las hijas de reyes se reserva.
A su caro señor con propia mano
Curar quería hasta ponerlo sano.

LXVIII

De cuidar á su amado deseosa,
Al enemigo atroz que cuidar tiene,
Piensa tal vez de hierba ponzoñosa
Jugo aplicar en él que le envenene;
Pero su mano virgen y piadosa
A tal maldad se niega, y se retiene:
Desea al menos que eficaz no sea
Medicina ni ensalmo que allí emplea.

LXIX

El ir del enemigo á los reales
No la asusta, que en vida peregrina
Muchas guerras ha visto, muchos males,
Y de Estados y reinos mucha ruina.
Los temores disipa naturales
Tal experiencia en mente femenina,
Y no cualquier temor temblar la hace
De remoto peligro que amenace.

LXX

Más que otra cosa aleja de su seno
El miedo, el temerario amor que alienta,
Y creería entre garras y veneno,
De fieras africanas ir exenta;
Mas si no de su vida, juzga bueno
Su honra cuidar, á la opinión atenta:
Con dudas mil la tienen agitada
Amor y honor en lucha porfiada.

LXXI

Dice el Honor: « ¡Oh púdica doncella,
» Que mis leyes hasta hoy has observado!
» Yo te ayudé en tu servidumbre: en ella
» La mente y cuerpo castos te he guardado.
» ¿Libre ahora querrás perder la bella
» Virginidad que esclava has conservado?
» ¿Ora en tu puro pecho estas quimeras
» Quién despertó? ¿Qué piensas? ¡Ay! ¿Qué esperas?

LXXII

- » ¿El título de virgen no te obliga,
» Ni de tu honra estimas el tesoro,
» Que entre la gente vayas enemiga,
» Nocturna amante, y busques tu desdoro,
» Y que soberbio el vencedor te diga:
» Con el reino perdiste el real decoro;
» No eres de mí digna, y que te entregue,
» Prenda vulgar, á quien primero llegue? »

LXXIII

- De la otra parte Amor, con lisonjera
Voz la aconseja y al placer la incita:
« Nacida—dice—no eres de osa fiera,
» Ni fría y dura roca ¡oh jovencita!
» Que al tierno Amor menospreciar te hiciera
» Y los goces huir que él facilita,
» Ni es tu pecho de bronce ó de diamante
» Que vergüenza te sea ser amante.

LXXIV

- » Vé, cediendo al deseo que te impele.
» ¿Qué vencedor crüel te causa espanto?
» ¿No has visto cómo á tu dolor se duele,
» Cuál compadece tu querella y llanto?
» Cruel será la que hacia él no vuela
» Cuando su vida se halla en riesgo tanto.
» Tancredo, fiera ingrata, está expirando,
» Y tú de otro la vida estás cuidando.

LXXV

- » A Argante sana, y pronto, porque pueda
- » A tu libertador matar y él viva.
- » De toda obligación tú libre queda,
- » Y sea éste el premio que él reciba.
- » ¿Posible es que en favor de aquél no ceda
- » Tu rigor y á éste cures compasiva?
- » El horror de este solo pensamiento
- » ¿Cómo volar no te hace en el momento?

LXXVI

- » ¡Ah! Bien fuera al contrario oficio humano,
- » Y placer te daría delicioso,
- » Que tu caritativa y diestra mano,
- » A aquel pecho aplicaras valeroso,
- » Y que por ella tu señor, ya sano,
- » Color nuevo cobrara en rostro hermoso,
- » Y las bellezas, hoy marchitas, tuyas,
- » Te encantarían más como obras tuyas.

LXXVII

- » Parte hubieras también en sus loores
- » Y en sus altas hazañas y famosas,
- » Y acabaran honrados tus amores
- » En alegría y bodas venturosas;
- » Distinguida serías con honores
- » Entre latinas madres y entre esposas
- » Allá en la bella Italia, donde impera
- » Verdadero valor, fe verdadera. »

LXXVIII

Ya en dicha suma sueña que se halla
Con tales ilusiones delirantes;
Mas con mil dudas su ánimo batalla:
Cómo huir de allí pueda por instantes,
Que del palacio en torno y la muralla
Velan y rondan guardias vigilantes;
Ni en el riesgo de guerra alguna puerta
Sin gran necesidad sería abierta.

LXXIX

Solía Herminia con Clorinda bella
Tal vez acompañarse á toda hora;
Juntas las vió la vespertina estrella,
Juntas las vió la matutina aurora;
Mil veces cuando el Sol ya no destella,
Un lecho sus dos cuerpos atesora,
Y ningún pensamiento que pensaban,
Si no es de amores, nunca se ocultaban.

LXXX

Sólo en esto secreto Herminia observa:
Si sus quejas tal vez la otra oía,
Pretextó que su dura suerte acerba
El corazón cuitado la oprimía.
Buscar por esto puede sin reserva
De Clorinda la amiga compañía,
Cuya estancia jamás á ella se cierra,
En ella esté, en consejo ó en la guerra.

LXXXI

Vino en su busca un día que á otra parte
Ida era, y quedóse pensativa,
Discurriendo cuál fuera el modo y arte
De la partida en que su dicha estriba;
Mientras consigo misma allí departe
Con vaga mente, incierta y discursiva,
Colgadas de Clorinda en alto mira
La sobreveste y armas, y suspira.

LXXXII

Y suspirando dice: « ¡Oh cuán dichosa
» Eres, joven fortísima y valiente!
» ¡Cuánta envidia me das! Mas no de hermosa
» Te envidia el femenino vano aliciente;
» Tus pasos no retarda la enfadosa
» Túnica ó tu valor celda consiente,
» Mas armas vistas. Si deseo tienes
» De salir, no te acortas ni detienes.

LXXXIII

» ¡Ah! ¿Por qué fuerte no me hizo el Cielo,
» De las armas capaz y la fatiga,
» Que pudiera trocar brial y velo
» Por el yelmo de acero y la loriga?
» Así no contendría sol ó hielo,
» Viento ó lluvia el ardor que me atosiga;
» Sola ó acompañada, noche ó día,
» Armada por el campo correría.

LXXXIV

- » Así no habrías, despiadado Argante,
- » Con mi dueño lidiado tú el primero,
- » Que yo á encontrarle ido habría delante.
- » Y fuera aquí tal vez mi prisionero,
- » Que soportara de enemiga amante
- » Yugo de esclavitud suave y ligero,
- » Y sentiría yo con sus cadenas
- » Grato mi padecer, dulces mis penas.

LXXXV

- » O bien, que fuera de su diestra fuerte
- » Mi corazón abierto y traspasado,
- » Y que herida de hierro, de esta suerte
- » La herida del amor habría sanado;
- » Y ahora el alma en paz, el cuerpo inerte
- » Reposaran. Tal vez el esforzado
- » Vencedor, mi ceniza honrar quisiera
- » Y en mi tumba una lágrima vertiera.

LXXXVI

- » Mas ¡triste! que deseo lo imposible,
- » Y tan loco pensar mi mente opaca...
- » ¿A el dolor, pues, me rendiré flexible
- » Como vulgar mujer tímida y flaca?...
- » ¡No será! Corazón, todo es posible:
- » Osa y confía; fuerzas nuevas saca.
- » ¿Por poco espacio sostener no puedo
- » Las armas, aunque débil y con miedo?

LXXXVII

- » Si podré, sí, que prestaráme aliento
- » Amor, que al más cobarde hace valiente,
- » Aun al tímido ciervo da ardimiento,
- » Que animoso pelea, si amor siente.
- » Yo guerrear no quiero, sino intento
- » Un ardid con las armas solamente:
- » Fingiréme Clorinda, y encubierta
- » Bajo su imagen, de salir voy cierta.

LXXXVIII

- » Los que las puertas guardan, cierto creo
- » No osarán resistencia hacerme alguna;
- » A más pensar, sólo este modo veo
- » De que á mi amor ayude la fortuna.
- » Ellos me inspiran, cumplan mi deseo,
- » Ya que ocasión me ofrecen oportuna:
- » Cómoda de partir la hora se brinda,
- » Mientras departe con el rey Clorinda. »

LXXXIX

Decidida, al estímulo cediendo.
De las furias de Amor, no se detiene;
A la vecina estancia va corriendo,
Donde las armas á robarse viene;
Hacerlo pudo fácilmente, viendo
Que allí sola ningún estorbo tiene.
Su hurto á cubrir la noche ya aparece,
Que á ladrones y amantes favorece.

XC

Mirando que la noche aprisa avanza
Con una ú otra estrella, alta y sombría,
Secretamente llama, sin tardanza,
Un criado leal de quien se fía,
Y una doncella que su afecto alcanza;
De lo que piensa, parte les confía:
De su fuga el designio les descubre,
Mas con otro motivo el cierto encubre.

XCI

El escudero fiel apresta en tanto
Lo que juzga al intento necesario;
Ella el lujoso traje y rico manto
Se desviste que usaba de ordinario.
Su cuerpo ofrece así mayor encanto
Que el que soñó jamás griego estatuario;
Nadie la ayuda, salvo la criada
Que á acompañarla tiene señalada.

XCH

Con duro acero el tierno cuello oprime
Y esconde la dorada cabellera;
Toma el escudo, y al tomarlo gime,
Que á mano tan gentil muy grave era;
Brilla el hierro, y parece que la anima
En militar arreo, alma guerrera:
Amor presente ríe, como el día
Que á Alcides femenil traje vestía.

LA LATINA

XCHH

¡Oh! ¡Con cuánta fatiga ella soporta
El peso enorme, y va con pasos lentos!
Mas la fiel compañera la conhorta
Y ayuda sus penosos movimientos.
Con esperanza Amor á osar la exhorta
Y para proseguir la presta alientos.
Donde está el escudero al fin llegaron,
Y al punto muy aprisa cabalgaron.

XCIV

Van así disfrazados, y el sendero
Más escondido toman cuidadosos,
Cuando á muchos divisan y de acero
Reflejos en la sombra numerosos;
Pero el estorbo no hallan más ligero,
Que el paso ceden todos respetuosos,
Siendo el cándido manto y la temida
Enseña aun en la sombra conocida.

XCV

Herminia, aunque su miedo algo minora,
A ir del todo segura nunca acierta;
De su osadía se arrepiente ahora,
Que teme ser al cabo descubierta;
Mas oculta el temor que la devora,
Y engaña al que cuidando está la puerta.
« Soy Clorinda—le dice—, abre al instante,
» Que del rey al servicio es importante. »

XCVI

La femenina voz tan parecida
A la de la guerrera, á aquél engaña;
Ni puede ser con otras confundida
Que armadas nunca salen á campaña.
Obedece el portero, y en seguida
Sale Herminia y los dos de su compañía;
Por más seguros ir, al hondo valle
Bajan y toman una oblicua calle.

XCVII

Luego que se vió Herminia en descampado
Lugar, el paso un tanto detenía;
Juzgando el primer riesgo ya pasado,
Ser descubierta casi no temía.
Ora piensa lo que antes no ha pensado
Con madurez, y ser le parecía
Más arduo de lograr lo que intentara
Que lo que su deseo lo pintara.

XCVIII

Ir al campo enemigo era locura
Armada así, y en guisa de pelea,
Y más cuando á su amado hablar procura
Antes que de otros conocida sea.
Secreta amante, de su honor segura,
De improviso llegar hasta él desea;
Párase, pues; al escudero llama
Y cauta le habla así la hermosa dama:

XCIX

« Que me precedas quiero: parte luego,
» Fiel servidor, con priesa cautelosa
» Al real, y haz que te lleven con sosiego
» Donde Tancredo en su dolor reposa;
» Dí que le llevas de una dama el ruego
» Que salud trae, y paz le pide ansiosa:
» Si, paz, que con Amor voy guerreando
» Y quietud busco y refrigerio blando.

C

» Y es tal la fe que tiene en él, que quiere
» Confiársele, y agravio no recela.
» Esto no más dí á él solo; si algo inquiere,
» Dí que no sabes y al retorno vuela.
» Yo en tanto será bien que aquí te espere,
» Que es seguro lugar para la vela. »
Dice así, y el leal buen escudero,
Como si alas tuviera, va ligero.

CI

Tan bien obró, que fué amistosamente
A lo interior del real introducido;
Llegó donde Tancredo está doliente,
Que escuchó la embajada complacido:
Dejóle luego en la dudosa mente
Con pensamientos mil entretenido.
Llevó grata respuesta y apacible:
« Que entre oculta lo más que sea posible. »

CII

En tanto ella esperando se impacienta,
Larga ya imaginando la tardanza;
Del que envió entre sí los pasos cuenta.
Dice: «Ya llega, entra, vuelve, avanza»;
Párecele (y la idea la atormenta)
Que lento y torpe es contra su usanza:
Da unos pasos y sube á la ladera
Desde donde las tiendas ver pudiera.

CIII

Era la noche: su estrellado velo
Claro extendiendo va sin nube alguna;
Rieles tiende sobre blanco hielo
De vivas perlas la naciente luna.
La enamorada dama con el cielo
Sus penas desahoga una por una,
Y de su antiguo amor hace testigo
Ya al campo mudo, ya al silencio amigo.

CIV

Y exclama así, mientras los reales mira:
» Latinas tiendas, á mis ojos bellas,
» De las que aura suave el pecho aspira
» Y solaz siente el alma sólo en vellas;
» Así á mi vida que agitada gira
» Den honrado reposo las estrellas,
» Como en vosotras paz busco y requiero,
» Y hallarla entre las armas sólo espero.

Tomo I.

13

CV

- » Acogedme, que en vos hallar confío
» Piedad, que Amor me tiene prometida,
» La que me tuvo el dulce dueño mío
» Cuando su prisionera fui rendida.
» No anhelo de cobrar mi señorío
» Con vuestro auxilio, á veros me convida;
» Sólo á dicha tendré que me conceda
» La suerte, que en vosotras servir pueda. »

CVI

Consigo así discurre, no previendo
Lo que adversa fortuna le prepara.
Se hallaba en parte en que la luz hiriendo
Estaba su armadura tersa y clara,
Y de ella el brillo lejos esparciendo
En su blanca figura se repara,
Y al ver la grande tigre que destella
Sobre plata, dirá cualquiera: « Es ella. »

CVII

Como quiso su suerte, están cercanos
Muchos guerreros puestos en celada;
Eran los jefes de ellos dos hermanos,
Alcandro y Poliferno, y la orden dada
Es no dejar llegar á los paganos
Ovejas, ni ganados, ni boyada;
Y si el criado antes halló paso
Fué porque un gran rodeo diera acaso.

CVIII

El joven Poliferno, á cuya vista
Clorinda el padre dél había matado,
Luego que el blanco manto y yelmo avista,
Que ella misma está allí se ha figurado;
Y como al gran coraje no resista,
Sobre ella el escuadrón lanza irritado.
Y porque eso á su cólera no basta,
« Muere », dice, y le arroja en vano la asta.

CIX

Como cierva sedienta que camina
Buscando el agua de la fresca fuente
Que entre las peñas brota cristalina,
O de un río en el prado la corriente,
Los perros oye al tiempo que imagina
Reposar y saciar la sed ardiente,
Ligera arranca, y el temor la obliga
A que la sed olvide y la fatiga.

CX

Así está á quien sed de amor acosa,
En que su corazón enfermo ardía
Y que apagarla en acogida honrosa
Y en calma descansar se prometía.
Ora que hay quien lo estorbe, y la espantosa
Amenaza del hierro ante sí vía,
A sí misma, al amor y al real olvida
Y azorada al corcel suelta la brida.

CXI

Veloz huye: el caballo, que es ligero,
Con prontísimos pies el suelo huella;
Síguela su criada, y el guerrero
Con todo el escuadrón corre en pos de ella.
A este tiempo llegaba el escudero
Tardo á dar la respuesta á la doncella;
Al verla huir, tras ella va corriendo
Y en el campo el temor los va esparciendo.

CXII

El más prudente y precavido hermano,
Aunque la vió y creyó ser la heroína,
No la siguió, que estaba más lejano,
Y quedar en acecho determina.
Manda al punto á avisar al real cristiano
Que ganado ninguno se avecina,
Ni presa tal, pero que va en huida
Clorinda, por su hermano perseguida.

CXIII

Que él no cree ni juzga razonable
Que ella, que es jefe, y no simple guerrera,
Sin un motivo asaz considerable
Por fútil ocasión así saliera;
Mas que le ordene el jefe respetable,
Pues su mandato para obrar espera.
Llega al real la nueva, y al momento
De tienda en tienda corre el campamento.

CXIV

Tancredo, cuya mente está suspensa
Por el primer aviso, al oír esto,
« Quizás cortés á mí venía —piensa—
Y en riesgo está por mí, y olvida el resto. »
De arnés toma una parte por defensa,
Cabalga, y en silencio sale presto,
Y siguiendo el vestigio y huella nueva,
A su caballo á rienda suelta lleva.

FIN DEL CANTO SEXTO



CANTO SÉPTIMO

FUGA DE HERMINIA Y SU REFUGIO ENTRE UNOS PASTORES;
TANCREDO SIGUE SUS HUELLAS
Y CAE EN LAS ASECHANZAS DE ARMIDA; PELEA DE ARGANTE
CON RAIMUNDO; VIOLACIÓN DEL PACTO; CONFUSIÓN;
TEMPESTAD HORRIBLE.

I

En tanto á Herminia entre una selva umbrosa
Lleva el caballo con carrera incierta;
No ya su débil mano temblorosa
El freno rige, y va entre viva y muerta:
Por una senda y otra tortuosa
Gira, como el bridón á ir acierta,
Y se ha alejado ya del real cristiano
Tanto, que perseguirla fuera vano.

II

Como tras dura caza y prolongada
Los perros vuelven tristes y anhelantes
Que de la res perdieron la pisada
Que en tierra abierta los guiara antes,
Tal con ira y con faz avergonzada
Retornan los cristianos jadeantes.
Ella aun huye, y del miedo poseída,
Ni aun á mirar se vuelve si es seguida.

III

Cuan larga era la noche y todo el día,
Errante anduvo, sin saber por dónde;
Nada en su derredor vía ni oía;
Llorando grita, y nadie le responde.
A la hora en que el Sol, ya en su agonía
Desunce el carro y en el mar se esconde,
Llega del Jordán bello á la agua mansa,
Y á su margen bajando, allí descansa.

IV

Alimento no toma, que sus males
Son su pasto, y su sed de sólo llanto;
Mas el sueño, que á míseros mortales
Da dulce olvido y de reposo tanto,
Sus sentidos embarga, y las geniales
Alas batiendo, aduerme su quebranto;
Pero no deja Amor con falso ensueño
De turbar su quietud, aun en el sueño.

V

No despierta hasta oír los pajarillos
Que gozosos saludan los albores,
Y el río que murmura entre tomillos,
Y el aura que acaricia la onda y flores.
Los ojos abre y mira unos sencillos
Albergues solitarios de pastores;
En la onda imagina y en las hojas
Voz que el dolor remueve y las congojas.

VI

Pero su llanto oye y sus lamentos
Por un son claro y dulce interrumpidos;
Parecen de pastores los acentos
A los de agreste caramillo unidos.
Levántase y se acerca á pasos lentos,
Do un anciano á la sombra de floridos
Ramos, junto al ganado, está tejiendo
Una red, y á tres niños ledo oyendo.

VII

Las armas al mirar los campesinos
Se espantan; mas Herminia dulcemente
Los calma, descubriendo los divinos
Ojos y áureo cabello y alba frente:
« Seguid vuestros trabajos matutinos—
» Dice,—del Cielo amada feliz gente;
» Que estos que veis arreos militares
» No vienen á turbar vuestros cantares. »

VIII

Y añade luego: « ¡Oh padre! Ora que abraza
» Bélico incendio en derredor la tierra,
» ¿Cómo tan quieta aquí tu vida pasa
» Sin temer los horrores de la guerra? »
« Hija—responde,—libre está mi casa,
» Mi familia y ganado y cuanto encierra,
» De ultrajes; ni el estrépito de Marte
» Llegó á turbar esta remota parte.

IX

- » Sea favor de Dios que la humildeza
- » De inocente pastor salva y protege,
- » O cual rayo que hiere en el alteza,
- » De excelsa cima intacto el llano deje;
- » Así de extraña guerra la crueza
- » Los reyes busque y del zagal se aleje;
- » Nuestra extrema pobreza miserable
- » Al ávido soldado es despreciable.

X

- » Despréciela en buen hora; á mí es más cara
- » Que los tesoros y el excelso trono
- » Y los cuidados de una mente avara;
- » Tranquila, dulce paz sólo ambiciona;
- » Mi sed apago en esa fuente clara
- » Que no temo envenene hostil encono,
- » Y da á mi mesa el huerto y el rebaño
- » Con que parca se abaste todo el año.

XI

- » A lo que pide el natural sustento
- » Están nuestros deseos limitados;
- » Estos mis hijos son, que te presento,
- » Y mis pastores; no tengo otros criados.
- » Así en la soledad vivo contento,
- » Viendo saltar las cabras y venados,
- » Y los peces brincar en la corriente,
- » Y las aves volar por el ambiente.

XII

- » Un tiempo, como á todos, me agitaba
- » De gozar, juvenil deseo vivo;
- » Apacentar ganados desdeñaba,
- » Y al fin huí de mi país nativo.
- » Moré en Memfis un tiempo, y ocupaba
- » Del rey ministro su palacio altivo;
- » Que si hoy mi huerto cuido y mis rebaños,
- » Vi y conocí la corte y sus engaños.

XIII

- » Persuadióme esperanza desmedida,
- » Que largo espacio en el servir sufriera;
- » Mas cuando á un tiempo con la edad florida
- » Faltó la audacia y la ilusión primera,
- » Lloré el reposo de mi humilde vida
- » Y la perdida paz, dulce y sincera:
- » Dije á la corte adiós, y al caro asilo
- » De mi bosque volví á vivir tranquilo. »

XIV

El oído á la grave voz inclina
Del buen anciano, Herminia, atenta y quieta,
Y aquel prudente hablar casi domina
A su pasión y el corazón le aquieta:
Tras pensar larga pieza, determina
Allí quedarse en soledad secreta,
En tanto al menos que el peligro evite
Y Fortuna su vuelta facilite.

XV

Por lo que al viejo dice: « ¡Oh tú dichoso
» Que el mal á tiempo conocer supiste!
» Así no haya á tu bien hado envidioso,
» Que piedad tengas de mi suerte triste,
» Y en este grato albergue, bondadoso
» De la paz me convides que aquí asiste:
» Quizás mi corazón en las serenas
» Sombras, dejará parte de sus penas.

XVI

» Que si oro y perlas que el común adora
» Por ídolos acaso codiciaras,
» Tanto de ellos pudiera darte ahora,
» Que el deseo más grande contentaras. »
Al hablar, de sus bellos ojos llora
Lágrimas de dolor limpias y claras.
De su vida una parte cuenta, en tanto
Que el pastor compasivo imita el llanto,

XVII

Y la consuela afable, y da posada
Con paternal y cariñoso celo,
Y á la anciana mujer luego es llevada
Que de ánimo conforme le dió el Cielo.
De sayal la persona regalada
Viste, y su frente cubre tosco velo;
Mas en cuerpo, en modales y en semblante,
Muestra no ser de bosques habitante.

XVIII

Aun bajo burda tela, claro luce
Su apostura gentil, su porte noble,
Y majestad real se le trasluce
Aun en el ejercicio más innoble.
Lleva al pasto el rebaño, y lo conduce
Con el cayado de grosero roble;
Vuelto luego al redil, la leche ordeña,
Que tan humilde oficio no desdena.

XIX

A veces del estío á los ardores,
Que á la sombra el ganado echado yace,
En grabar en los troncos vividores
El dulce amado nombre se complace;
Ni es raro que su mano sus amores
En la corteza de algún árbol trace:
Luego sus letras al leer sencillas,
Baña abundante llanto sus mejillas.

XX

Y suspirando dice: «Aquí esculpido,
» Caras plantas, guardad el lastimoso
» Recuerdo de las penas que he sufrido,
» Por si un amante á este retiro umbroso
» Viene tal vez, su pecho conmovido,
» Al saber mi destino doloroso,
» Diga: Amor y Fortuna crueles fueron,
» Que ese premio á tal fe y constancia dieron.

XXI

» Sucederá quizás, si el Cielo oyere
» Benigno mi continuo ardiente ruego,
» Que á esta ignorada selva aquél viniere
» Que desprecia ó no ve mi amante fuego;
» Y si el sepulcro humilde á dicha viere
» En que tan sólo espero hallar sosiego,
» Con una tierna lágrima, un suspiro
» Dé á mi tormento alivio; á más no aspiro.

XXII

» Si el corazón la pena hoy martiriza,
» Más feliz sea el ánima en la muerte,
» Y goce sus amores mi ceniza,
» Que viva me vedó gozar la suerte. »
Tras esto, aquellos ojos con que hechiza,
En dos fuentes de lágrimas convierte.
Tancredo, en tanto, por seguirla errante,
A la ventura vaga muy distante.

XXIII

La huella persiguiendo que vió impresa,
Llegó á entrar á la selva allí vecina;
Mas es tan intrincada y tan espesa,
Tan opaca su sombra allí declina,
Que hallar no puede, aunque en buscar no cesa,
Vestigios, y á otra parte se encamina:
Dudoso va y prestando atento oído,
Por si de armas ó pasos suena ruido.

XXIV

Si las hojas nocturna brisa leve
Toca de olmo, de encina ó de maleza,
O fiera, ó ave alguna rama mueve,
Adonde suena corre con presteza;
Sale del bosque, y sin saber do lleva
Una senda, por ella se endereza
Con la luna, y tras un rumor que oía,
Va hasta llegar allí donde se hacía.

XXV

Para donde brotar de viva peña
Ve un raudal de agua clara, transparente,
Que hecho río, ruidoso se despeña
Y abajo forma plácida corriente:
Allí dudoso, en la revuelta breña
Grita, y eco responde solamente;
Y ve que sale con serenos ojos
Cándida Aurora entre celajes rojos.

XXVI

Gime afanoso y contra el Cielo clama,
Que esperada le niega alta ventura;
Mas si ofendida acaso halle á su dama,
Que de la ofensa ha de vengarla jura.
Piensa que al campo su deber le llama
(Aunque la vía hallar no se asegura),
Recordando que está cercano el día
En que á lid con Argante estar debía.

XXVII

Parte incierto, y andando un corto trecho,
Oye un galope que continuo avanza,
Y al fin ve despuntar de un valle estrecho
Un hombre, de correo en semejanza:
Flexible azote vibra, y del derecho
Hombro le pende un cuero á nuestra usanza.
Cree el doncel que mensajero fuera
Que al real cristiano lleva su carrera.

XXVIII

Aquél grita en toscano: « Voy corriendo
» Donde Bohemundo á toda prisa envía. »
Tras él Tancredo corre, suponiendo
De su tío correo al que mentía;
Llegan adonde un sucio lago, horrendo,
Un castillo fortísimo ceñía,
A la hora en que el Sol, que ya declina,
Parece que en las sombras se reclina.

XXIX

Toca el correo el cuerno, y al momento
Se ve un puente que rápido bajaba;
Dice: « Si eres cristiano, alojamiento
» Aquí tendrás mientras la noche acaba.
» Del conde de Cosenza el ardimiento
» Ganó al moro ese fuerte que ocupaba. »
Ve Tancredo el castillo formidable,
Por el sitio y el arte inexpugnable.

XXX

Duda, pensando que mansión tan fuerte
 Encerrar puede una traición siniestra;
 Mas avezado á desafiar la muerte,
 Calla, y ningún temor su rostro muestra:
 Doquiera vaya por designio ó suerte,
 Confía siempre en su robusta diestra;
 Mas el deber de ir á otro combate
 Le impide que de nueva empresa trate.

XXXI

Frente al castillo, donde en verde prado
 Su extremo posa el encorvado puente,
 Detiene el paso, y aunque así invitado
 Del falso guía, no en entrar consiente.
 Vese á la entrada un caballero armado
 Parecer, de soberbio continente;
 Desnudo empuña el reluciente acero,
 Y así le dice, amenazante y fiero:

XXXII

« ¡Oh tú, á quien suerte á voluntad arroja
 » A este país fatal do reina Armida!
 » Ya no has de huir: las armas te despoja,
 » Date á prisión y salvarás la vida.
 » En la cárcel durísima te aloja
 » En que tantos su ley siguen temida;
 » Ni del Cielo la luz más ver esperes,
 » Aun cuando en el encierro encanecieres,

XXXIII

« Si no es que con nosotros el intento
» Juras de hacer á Cristo guerra dura. »
Fijo le ve Tancredo, y al momento
Conócele en la voz y la armadura:
Rambaldo es de Gascuña, que contento
Fué con seguir de Armida la hermosura.
Pagano se tornó, y ora sostiene
La ley feroz que allí la maga tiene.

XXXIV

De ira santa el semblante enrojado,
Responde el paladín: « ¡Vil renegado!
» Yo soy aquel Tancredo que ha ceñido
» Por Cristo espada, y dél siendo ayudado,
» A sus rebeldes he siempre vencido,
» Como saliendo aquí verás probado:
» Que á mi diestra sin duda el Cielo asigna
» Dar á tu vil traición la pena digna. »

XXXV

Túrbase oyendo nombre tan glorioso
El traidor, palidece su semblante;
Mas por valor fingir, grita furioso:
« Desdichado, no ves de ti delante
» La muerte, y la provocas jactancioso;
» Que tu cabeza cortaré al instante,
» Y la enviaré en presente á Godofredo,
» Si lo que siempre pude ahora puedo. »

XXXVI

Dijo el felón, y como el día acaba
Y ya en la sombra apenas se veía,
De antorchas mil el fuerte se alumbraba,
Y el aire claro y fulgido lucía,
Tal, que brillante escena semejaba
De teatro, en la noche alta y sombría.
Armida, del castillo en lo más alto,
Sin ser vista, oye y mira el fiero asalto.

XXXVII

El magnánimo héroe, con presteza
Al combate valor y armas dispone,
Descabalgua con grande ligereza,
Que el otro á pie atacarlo se propone;
Alto el escudo, el yelmo en la cabeza,
La fortísima espada en guardia pone;
Contra él se mueve el príncipe temible
Con torvos ojos y con voz horrible.

XXXVIII

Largas vueltas va dando cautamente,
Y bien cubierto falsos golpes tira:
El otro, aunque cansado está y doliente,
Resuelto sobre él va; si se retira
Rambaldo, le persigue tenazmente,
Le alcanza y hiere con doblada ira.
Cual rayo, manejada con destreza,
A los ojos la espada le endereza;

XXXIX

Más que á las otras, la acerada punta
A las partes dirige más vitales;
Va con sus golpes la amenaza junta,
Y une con el terror tajos mortales.
Según que el otro aquí ó allí le apunta,
Da saltos el gascón descomunales,
Y con escudo ó con espada para
A que nunca Tancredo le tocara;

XL

Mas no tan presto en defenderse era
Como el que velocísimo acomete:
Roto el escudo tiene, y la pechera
Sangrienta, y abollado el capacete,
Y aun golpe suyo no hay que ofenda ó hiera
Al contrario que bravo á él arremete;
Teme, y su corazón á competencia
Roen vergüenza, amor, ira y conciencia.

XLI

Al fin desesperado, de la guerra
Tentar quiere la última fortuna;
Da de mano al escudo, á dos aferra
La espada que de sangre aun está ayuna;
Con su enemigo estrechamente cierra,
Tira un mandoble, placa no hay ninguna
Tan fuerte y bien templada que le impida
Darle en la pierna izquierda grande herida.

XLII

Da luego en la ancha frente un golpe rudo
Que suena como esquila que voltea;
No rompe el yelmo; pero tanto pudo,
Que se encoge Tancredo y bambolea.
De ira su rostro inflámase, y sañudo
Fuego en sus ojos arde y centellea,
Y tras de su visera lanza ardientes
Miradas, y rechínale los dientes.

XLIII

El pérfido gascón soporta apenas
Aquel feroz aspecto é imponente;
Oye chillar el hierro, y en sus venas
Y en medio ya del corazón lo siente:
Huye el golpe, y el golpe en las cadenas
Da de un pilar en que se apoya el puente.
Vuelan chispas y astillas hasta el cielo,
Y es del traidor el corazón un hielo.

XLIV

Así que corre al puente, y en la huída
De salvar cifra toda esperanza:
Síguele aquél, la mano ya extendida
A asir su espalda, y pie con pie le alcanza.
Mas ayuda al que huye le es venida:
Las teas desaparecen, ni semblanza
Queda de estrellas, ni otra luz alguna
La noche alumbra, pues faltó la luna.

XLV

Con las sombras y el negro encantamento
En vano es que á seguirle ó verle pruebe;
Nada distingue su mirar atento,
E inseguro y dudoso los pies mueve;
Un umbral, sin mirarlo, en pasò lento
Cruza, y percibe luego el ruido leve
De puerta que tras él presta se cierra,
Y que en profunda obscuridad le encierra.

XLVI

Como pez que en el agua sosegada
Donde el mar de Comachio forma un seno,
Huyendo de la onda alborotada,
Abrigo busca plácido y sereno,
Él mismo se aprisiona en la estacada
Y sin salida está, de angustia lleno
En lugar que con arte se ha arreglado,
A entrar abierto, y á salir cerrado,

XLVII

Así Tancredo entonces; sea cualquiera
El arte que disponga aquel arcano,
Por sí mismo allí entró, donde no fuera
Posible ya salir por medio humano.
Aunque recio la puerta sacudiera,
Por abrirla ó romperla pugna en vano,
Y oye una voz gritar: « Preso de Armida,
» Inútil es que intentes la salida:

XLVIII

» Aquí estarás (no hayas temor de muerte)
» En vida, días y años sepultado. »
No responde, mas siente el héroe fuerte
El corazón opreso y angustiado;
Consigo mismo acusa Amor, la suerte,
Su necedad y aquel ardid malvado,
Y entre sí tal vez dice silencioso:
« Poco será perder el Sol radioso;

XLIX

» Pero de sol más bello ¡ay! se me veda
» La dulce vista, y no sé si algún día
» Iré á lugar en donde el alma pueda
» Recobrar con sus rayos la alegría. »
Recuerda luego á Argante, y triste queda,
« Falté—dice—al deber en demasía;
» Su desprecio y sus burlas bien merezco:
» ¡Oh vergüenza! Yo mismo me aborrezco. »

L

Así de amor y honor agudo diente
Roe el ánimo ansioso del guerrero.
Mientras él gime, el musulmán valiente
No oprime el blando lecho placentero;
Odia tanto la paz y tanta siente
Sed de sangre y de gloria el moro fiero,
Que aunque no está de sus heridas sano,
Aun le parece el sexto día lejano.

LI

La noche que precede, en su desvelo
Apenas á dormir la frente inclina
Y se levanta cuando aun negro el cielo
La luz no reflejaba matutina:
Las armas pide luego con anhelo
A el escudero que á servirle atina,
No las usadas, otras que en presente
Hubo del rey, labradas ricamente.

LII

Vístelas sin mirarlas, descuidado,
Ni el grave peso agobia su persona,
Y la espada que suele cuelga al lado
Que el fino temple y la vejez abona.
Cual con sangrienta cauda horrendo, airado,
Brilla un cometa en abrasada zona,
Que reinos muda y el ambiente infesta,
A reales tiranos luz funesta;

LIII

Así en las armas arde, y retorcidos
Sus ojos vuelve ebrios de sangre y de ira.
Con gestos de crueldad y saña henchidos
Y amenazas de muerte, horror inspira:
Pechos no hay tan fuertes y atrevidos
Que asustados no tiemblen cuando él mira;
La espada saca, el duro puño oprime
Y en la sombra y el aire vano esgrime.

LIV

« Bien pronto—dice—aquel ladrón cristiano
» Loco y audaz que á mí piensa igualarse,
» Vencido, exangüe, caerá en el llano
» Do en polvo vil su frente ha de arrastrarse.
» Vivo aún, sentirá por esta mano
» (¡Mengua á su Dios!) las armas despojarse,
» Y al morir no obtendrá, por más que ruegue,
» Que á los perros sus miembros yo no entregue.»

LV

No de otro modo el toro á quien irrita
Celoso amor con aguijón punzante,
Horriblemente muge y así excita
Más su pasión y furia delirante;
El cuerno al tronco aguza, y solicita
Combatir con los vientos, arrogante;
Escarba el suelo y bufa y olfatea,
Y al rival desafía á la pelea.

LVI

Movido del furor que mal contiene,
Dice á su heraldo: « Al campo, apresurado
» Vé, y al campeón que á Cristo allí mantiene
» Di que al combate salga comenzado. »
Luego á caballo monta, y al que tiene
Preso, Otón, venir hace presentado;
Pasa el muro y en rápida carrera
Cual loco va donde lidiar espera:

LA LATINA

LVII

Da en tanto aliento al cuerno que así suena
El aire en torno de su horror llenando,
Como cuando irritado el Cielo truena
Corazones y oídos lastimando.
Ya en la tienda mayor, de jefes llena,
Se estaban los cristianos congregando;
Llega el heraldo y á Tancredo cita
A la lid, ó á cualquiera que la admita.

LVIII

Gofredo en torno, lentos y severos
Los ojos gira con dudosa mente,
Y aunque más piensa y ve á los caballeros,
No halla alguno á la empresa suficiente:
Que falta allí la flor de sus guerreros,
Y no hay noticia de Tancredo ausente.
Bohemundo está lejos: anda en bando
El héroe invicto que mató á Gernando.

LIX

Sobre los diez á quien en suerte cupo,
Los mejores del campo y más famosos
Llevarse la falaz Armida supo,
De la noche á la sombra, silenciosos,
Callan y forman vergonzoso grupo
Los que son menos fuertes y animosos;
No hay quien con tal peligro el honor pida:
Que es la vergüenza del temor vencida.

LX

El silencio, el aspecto, todo es signo
Al capitán, que el riesgo les espanta,
Y lleno de rubor y enojo digno
De su valor, de pronto se levanta:
«Fuera yo—dice—de la vida indigno
» No la exponiendo en esta empresa santa,
» Y dejando á un pagano que vilmente
» Huelle el honor de la cristiana gente;

LXI

» Siéntese en paz mi campo, y de segura
» Parte ocioso mi riesgo mire atento.
» ¡Sus, sus! las armas dadme.» Y la armadura
Allí le fué llevada en el momento.
El buen Raimundo, que en la edad madura
Tiene también maduro entendimiento,
Mas verde aún el valor como el más fuerte,
Adelántase y habla de esta suerte:

LXII

« ¡Ah! No permita Dios sea el campo entero
» En sólo una cabeza aventurado:
» Caudillo eres, que no simple guerrero;
» Público el luto fuera, no privado.
» En ti la fe se apoya. Por tu acero
» El reino de Babel será postrado.
» Cetro, mando y consejo tú maneja;
» Que el valor y armas otros usen deja.

LXIII

- » Aunque encorvado por la edad me vea,
- » No será, no, que yo el lidiar rehuse;
- » Esquiven otros la marcial tarea;
- » No quiero yo que la vejez me excuse.
- » ¡Cuánto el vigor mi corazón desea
- » Que tenéis los que es fuerza que ya acuse,
- » De que ni ira ni vergüenza os mueve
- » Contra aquel que á insultaros hoy se atreve!

LXIV

- » ¡Oh! Fuera yo el que fui cuando delante
- » De la Alemania toda y del segundo
- » Conrado, y su gran corte deslumbrante,
- » Maté á Leopoldo el fuerte é iracundo:
- » Hazaña fué salir de ése triunfante,
- » Mayor, más digna que la alabe el mundo,
- » Que el que uno solo inerme, en la batalla
- » Deshiciera esa innoble, vil canalla.

LXV

- » Si aun tuviera yo aquella fortaleza,
- » Ya humillado estaría el insolente;
- » Mas cual estoy me sobra aún entereza,
- » Ni por viejo, temor mi pecho siente.
- » Aunque en la liza quede mi cabeza,
- » No triunfará el pagano impunemente.
- » A armarme voy, y que este día ilustre
- » Con nuevo honor mi ya adquirido lustre. »



LXVI

Habló así el grande anciano, y aguijones
Son sus palabras que el valor despiertan,
Y á los antes cobardes corazones
Hacen que fieros y amenazas viertan:
No faltan ya, mas sobran campeones
Que á pedir el combate se conviertan.
Clama por él Balduino, instan Rugiero,
Güelfo, Esteban, los Guidos y Gerniero,

LXVII

Y Pirro, el que inventó el ardid famoso
Con que ganó á Antioquía Bohemundo;
Ruegan también salir al duelo honroso
Ríldolfo, y Everardo y Rosamundo,
De las britanas islas terno hermoso,
Tierras que parte el mar de nuestro mundo.
Ni ansían menos combatir á Argante
Gildipe y Odoardo, el par amante.

LXVIII

Mas sobre todos el valiente viejo
A otro ceder, creyera desatino;
Ya se armó, y sólo falta á su aparejo
De pelea, el luciente yelmo fino,
Al cual dice Gofredo: « ¡Oh claro espejo
» Del antiguo valor! Haga el destino
» Que otros de ti lo aprendan, que de Marte
» El honor muestras, disciplina y arte,

LXIX

» ¡Ah! Si entre esos mancebos yo tuviera
 » Diez de valor al tuyo semejante,
 » ¡Cómo á Babel ganara, y condujera
 » De Batro á Tile nuestra Cruz triunfante!
 » Mas cede ora te ruego, y obra espera
 » Más propia de tu edad, más importante:
 » Deja que de los otros en un vaso
 » Los nombres puestos, juez sea el acaso,

LXX

» O más bien juzgue Dios, que es quien dispone
 » Lo que llamamos suerte, acaso ú hado. »
 Mas no cede Raimundo; antes propone
 Que su nombre también sea sorteado.
 Los de todos Gofredo escribe y pone
 En su yelmo, y habiéndolo agitado,
 Leyó el papel primero que saliera:
 Del conde de Tolosa el nombre era.

LXXI

Acogido con gritos de alegría,
 Nadie la suerte á reprobar se atreve;
 Su frente juvenil vigor lucía,
 Y sus fuerzas parece que remueve,
 Cual sierpe con piel nueva brillaría
 De oro, que pule al sol su lengua leve.
 Más que todos la aplaude y le da gloria
 El caudillo, y le anuncia la victoria.

LXXII

Y su espada, del cinto desceñida,
Entregándola á él, así le habla:
« Esta la espada es que en lid reñida
» De Sajonia el rebelde franco usaba:
» Se la quité por fuerza con la vida
» Que entonces con mil crímenes manchaba;
» Siempre en mi mano ha sido vencedora:
» Tómala, y sea así contigo ahora. »

LXXIII

De la tardanza en tanto, Argante fiero
Ya impacientado, los denuesta y clama:
« ¡Oh gente invicta, oh gran pueblo guerrero!
» De Europa, un hombre solo á lid os llama;
» Salga ahora Tancredo: aquí le espero
» Si osa tanto el valor que le da fama;
» ¿O de plumas en lecho acaso piensa
» En la noche otra vez hallar defensa?

LXXIV

» Salga otro, salgan mil, si él miedo tiene,
» Quier caballeros sean, quier peones,
» Ya que ninguno solo á lidiar viene
» De entre millares de ínclitos varones.
» ¿No veis allí el sepulcro que contiene
» A Cristo? ¿Y no avanzáis vuestros pendones?
» ¿Qué! ¿El voto no cumplís? He ahí el camino;
» ¿O las armas guardáis á otro destino?»

LXXV

Con tal sarcasmo, atroz el sarraceno
Cual con látigo duro los azota;
Más que otro hierve de Raimundo el seno,
Que aquel insulto su paciencia agota.
Es muy mejor estimulado el bueno
Y el valor crece que la ira frota.
En Aquilino monta apresurado,
Su bridón, por ligero así nombrado,

LXXVI

En el Tajo el corcel nacido era,
Donde acaso la madre corredora,
En la estación de tibia primavera,
Cuando toda criatura se enamora,
Como su boca el soplo recogiera,
En él bebió semilla productora;
Y ¡oh maravilla! del templado aliento
El hijo concibió del raudo viento.

LXXVII

Bien pudiera creérsele nacido
De la aura del cielo más ligera,
O tan veloz que no deje esculpido
En la arena vestigio su carrera,
O al verle girar presto y recogido
A aquella parte que el jinete quiera.
Sobre éste sale el conde á la estacada
Y dice, vuelta al cielo la mirada:

LXXVIII

« Señor, Tú, cuya mano dirigía
 » De un niño en Terebinto el alma fuerte
 » Que á Goliad, que á Israel escarnecía,
 » Con una piedrezuela dió la muerte,
 » Haz que á este follón la mano mía
 » Dé, para ejemplo igual, la misma suerte;
 » Y un viejo humille á ese soberbio Argante
 » Como el niño humilló al feroz gigante. »

LXXIX

Así oró el conde: su plegaria ardiente,
 Que en Dios mueve esperanza firme y santa,
 A la celeste esfera velozmente
 Va, como el fuego al cielo se levanta.
 La acogió el Padre Eterno, que clemente
 De su ejército un ángel adelanta,
 Que al conde acorra, y victorioso y sano
 De las armas le saque del pagano.

LXXX

El ángel mismo á cuyo santo celo
 A Raimundo confió la Providencia
 Desde el día en que tierno peñuelo
 Comenzó en este mundo su existencia,
 Ahora que de nuevo el rey del Cielo
 De su vida le encarga la asistencia,
 A la alta roca asciende en que está puesto
 De las divinas armas el repuesto.

LXXXI

La asta se guarda allí que á la serpiente
Mató, y los vivos rayos celestiales,
Y aquellos que, invisibles á la gente,
Causan la horrible peste y otros males;
Y suspenso está en alto el gran tridente
Que estremece á los míseros mortales,
Si herido de la tierra el fundamento,
Tiembla de las ciudades el cimiento.

LXXXII

Centellando entre muchas armas, peñe
Brillantísimo escudo de diamante,
Que bastara á cubrir cuanto se extiende
La tierra desde el Cáucaso al Atlante;
Este el que ampara es y el que defiende
Al rey ó al pueblo de justicia amante.
Le toma el ángel, y con él armado,
Vuela invisible de Raimundo al lado.

LXXXIII

Vese ya la muralla coronada
De varia turba. El bárbaro tirano
Manda á Clorinda y mucha gente armada
Que esté en la loma sin bajar al llano.
A la otra parte muéstrase formada
Escuadra del ejército cristiano,
Y en medio de unos y otros escuadrones
Un gran espacio libre á los campeones.

LXXXIV

Busca Argante á Tancredo sin hallarle,
 Y ve un desconocido solamente;
 Grita el conde: « Al que extrañas, de buscarle
 » Deja; por dicha tuya se halla ausente;
 » Mas no te engrías: vengo á reemplazarle
 » Yo, y á seguir por él la lid pendiente:
 » En su lugar venir no me es vedado,
 » O por mí, pues á todos has retado. »

LXXXV

El soberbio sonríe y le responde:
 « Pues Tancredo ¿qué hace ó dónde se halla?
 » ¿Tras cielo y tierra amenazar, se esconde?
 » ¿Más fía en el huir que en la batalla?
 » Si escapárseme quiere, no habrá en donde;
 » Que en tierra ó mar alcanzaré al canalla. »
 « ¡Mientes!—replica el conde—; que no puede
 » Huir de ti quien en valor te excede. »

LXXXVI

Airado el moro, dice: « Soy contento
 » De aceptarte en vez dél; al puesto vete;
 » Veré si de cumplir tienes aliento
 » Lo que tu temeraria voz promete. »
 Luego á encontrarse parten, y el violento
 Golpe dirigen ambos al almete;
 Raimundo acierta al moro en la cimera,
 Mas sin que de la silla le moviera.

LXXXVII

Del otro lado, en la carrera Argante
Dió en vago el bote (lo que no solía);
Que el defensor celeste, vigilante,
El golpe que al cristiano iba, desvía.
Muerde el infiel sus labios blasfemante;
Rompe la lanza con que errado había;
Saca al punto la espada, y furibundo
Con ella en alto va para Raimundo.

LXXXVIII

Al través el caballo sobre él echa
Cual morueco que embiste ciegamente;
Huye el choque Raimundo, á la derecha
Quebrando, y pasa y hiérele en la frente.
El de Egipto de nuevo al lado estrecha;
Saca el conde el caballo nuevamente,
Hiriéndole en el yelmo de camino,
En vano, que es su temple diamantino.

LXXXIX

Mas el feroz pagano, que empeñado
Está en luchar de cerca, se le cierra:
Temiendo el otro el peso demasiado
Que con él y el caballo diera en tierra,
Aquí cede, allí ataca, y desalado
Con destreza girando, le da guerra;
El buen bridón, que es dócil á la rienda,
A todas manos, sin fallar arrienda.

XC

Cual capitán que excelsa torre bata
Que un lago ú alto monte señorea,
Por todos lados de embestirla trata
Y entrada busca, el conde así voltea.
Como nada en las armas desbarata
Que arman el pecho y frente gigantea,
Busca si hay parte falsa en la armadura,
Por donde al hierro paso dar procura.

XCI

Ya en dos partes ó tres, roto y teñido
De sangre el enemigo arnés estaba;
Al suyo, intacto aún, terso y pulido,
Ni el penacho, ni un clavo le faltaba.
Rabiando en vano Argante, enfurecido,
Sin provecho ira y fuerzas agotaba;
Mas no se cansa, que antes redoblando
Tajos y puntas, se refuerza errando.

XCII

Al fin, tras de mil golpes, con gran tino
Asesta al conde un tajo tan derecho,
Que acaso el velocísimo Aquilino
No le sacara, y fuera allí maltrecho;
Mas el auxilio no faltó divino;
Que oculto el ángel, en el lance estrecho
El brazo extiende, y cae el hierro crudo
Sobre el diamante del celeste escudo.

XCIII

La espada se rompió (que no podía
Resistir el mortal temple terreno
La arma celeste que templado había
Artífice inmortal). El sarraceno,
Que piezas menudísimas veía
En el suelo caer, de asombro lleno,
Admira, desarmada al ver su mano,
Las fortísimas armas del cristiano.

XCIV

De que la espada se rompiera hiriendo
Del conde en el broquel, ni un punto duda:
Lo mismo el buen Raimundo está creyendo,
Que no conoce la celeste ayuda;
Mas del pagano desarmada viendo
Quedar la diestra, asáltale una duda:
Cree la palma vil, innoble y baja
Que al contrario se gana con ventaja.

XCV

«Toma—quiso decirle—nueva espada»;
Mas ocúrrele nuevo pensamiento:
La honra de todos, á él encomendada,
Menguada dejará su vencimiento:
Así, victoria indigna no le agrada,
Ni el campo dejar debe, á la honra atento.
Mientras dudando está, le arroja Argante
El pomo y guarnición contra el semblante;

XCVI

Con la espuela al caballo á un tiempo apura,
Que á la lucha tornar quiere el pagano;
Al yelmo la arrojada empuñadura
Llega y golpea el rostro al tolosano;
El cual, sin conmovirse, se apresura
A desviar la poderosa mano
Que cual ferina garra asirle quiere,
Y que él al tiempo de apartarla hiera.

XCVII

Girando el conde á una y otra parte,
Acércasele ya, ya se retira,
Y cada vez que llegue ó que se aparte,
No sin herirle, nuevos golpes tira.
Toda su fuerza apura y todo su arte
Y al odio antiguo junta nueva ira:
Todo contra el infiel ora se aduna,
De otro el valor, el Cielo y la fortuna.

XCVIII

Mas de armas finas, de sí mismo armado,
A los golpes resiste imperturbable;
Parece sin gobierno en mar airado
Desarbolada nave miserable,
Mas cuyo fuerte casco está formado
De roble y hierro en trabazón durable,
Que no cede á la onda procelosa
Y aun confiada lucha y animosa.

XCIX

Tan grande tu peligro, Argante, era,
Cuando ayudarte Belcebú dispuso.
De vaporosa nube, una ligera
Humana forma femenil compuso,
Que á la altiva Clorinda pareciera,
Y aun las armas riquísimas le puso:
Dióle la voz igual, sin pensamiento,
El mismo porte y rostro y movimiento.

C

Porque engañe mejor la imagen vana
Lejos de donde estaba la que imita,
A las murallas por llegar se afana
Donde vario temor al vulgo agita.
Llega y busca en una alta barbacana
De una torre, al vigía que allí habita,
Y de ella en el lugar más elevado
Por ojear mejor, le halló sentado.

CI

A Oradin (que es su nombre), insigne arquero,
Dice el fantasma con la voz fingida:
« ¡Oh famoso Oradin, siempre certero
» En tus tiros, que dan segura herida!
» Grave daño será si el buen guerrero,
» De Judea campeón, pierde hoy la vida,
» Y el enemigo suyo sus despojos
» Vencedor lleva á nuestros propios ojos.

CH

» Tu arte demuestra y una flecha aguda
» En sangre tiñe del francés odiado;
» Que á más del grande honor que te recuda,
» Premiará el rey el hecho señalado.
Así habló; ni el arquero un punto duda
Luego que el galardón oyó anunciado:
Una saeta escoge de su aljaba,
La adapta al arco, y luego lo templaba;

CIII

Silba el tirante nervio, y va violenta
Cortando el aire la emplumada jara:
Toca en el cinto que el arnés sustenta
Con trabadas hebillas que separa:
La cota pasa, apenas se ensangrienta
Como la piel muy poco penetrara;
Que el celeste auxiliar no le permite
Llegar, sin que la fuerza al golpe quite.

CIV

La flecha al desprender de la coraza,
Mira el conde la punta ensangrentada,
Y en voces de baldón y de amenaza
La fe reprocha á Argante quebrantada.
El capitán, que no perdía la traza
De Raimundo, y que vió la acción malvada,
De la traición se indigna, y estimando
Grave la herida, ansioso suspirando,

CV

Con gesto y voz al escuadrón valiente
Allí formado, excita á la venganza;
Bajar ve las viseras de repente,
Temblar las bridas, enristrar la lanza,
Y cómo en sólo un punto, aquella gente
De esta y de aquella parte se abalanza;
El campo desaparece, el polvo fino
Al cielo sube en denso remolino.

CVI

Chocan armas y escudos, resonante
Rumor horrendo por los aires gira;
Aquí un caballo cae, allí otro errante,
Sin jinete correr veloz se mira:
Acá un guerrero muere, allá expirante
Otro solloza y gime, otro suspira:
Fiera es la lucha, y mientras más se traba,
Más estrecha, más aspera y más brava.

CVII

Al medio salta Argante ágil y suelto,
Y la maza de hierro á uno arrebató;
Rompe por el montón denso y revuelto
Y cuanto halla á su paso desbarata;
Sólo busca á Raimundo, á él sólo vuelto
El hierro y la impetuosa ira insensata,
Cual lobo hambriento que en feroz combate
Con sus entrañas de saciarse trate.

CVIII

Mas duro estorbo en medio del sendero
Encuentra que sus pasos haga tardos.
Sálenle al frente Ormano, con Rugiero
De Balnavil, un Guido y dos Gerardos;
No le hacen detenerse, antes más fiero
Cuanto aquéllos le atacan más gallardos,
Como fuego encerrado y comprimido
Soltado, más devora enfurecido,

CIX

Mata á Ormano, hiere á Guido, y echa á tierra
A Rugiero, golpeado malamente;
Crecen contra él las turbas, y le encierra
De hombres y armas un cerco estrechamente.
Mientras por su valor, igual la guerra
Se mantiene entre una y otra gente,
El buen jefe Bullón, que aquello observa,
Dice á su hermano: « Toma la reserva,

CX

» Y donde la batalla es más reñida,
» A atacar ve por el siniestro lado. »
Muévese aquél, y tal fué la embestida
Que al enemigo dió por el costado,
Que la asiática gente, no aguerrida,
No resiste el ataque denodado.
Rompen filas, sus propios escuadrones
Derriban hombres, señas y pendones,

CXI

Con el ímpetu mismo en fuga envuelta
Es la ala diestra; nadie allí combate
Sino Argante; que huyendo á rienda suelta
El miedo los aguija y los abate;
Sólo afirma él el pie con faz resuelta.
Quien con cien manos cien espadas trate
De usar y cien escudos, peleando,
Más no haría que el egipcio allí luchando.

CXII

Resiste espada y lanza, estoque y hasta
Los caballos en su ímpetu detiene;
Todo rechaza, contra todos basta,
Y ya sobre uno y sobre otro viene,
Aunque molido el cuerpo y hecho plasta
Con sangre y con sudor el arnés tiene;
Mas tan denso le carga el enemigo,
Que al fin envuelto, arrástrale consigo.

CXIII

Da la espalda á la fuerza y los furores
De aquel diluvio que le arrastra y tira;
Mas al mirar sus golpes destructores,
No parece que huyendo se retira.
Aun inspiran sus ojos mil terrores,
Y aun amenaza con la usada ira;
Intenta detener su férrea mano
La fugitiva turba, mas en vano.

CXIV

Ni aun logra el esforzado sarraceno
La fuga hacer más lenta y ordenada;
Que no conoce el miedo arte ni freno,
Ni el ruego ó mando le aprovechan nada.
El pío Bullón, que ve que favor pleno
A darle la Fortuna está inclinada,
Por seguir la victoria hace un esfuerzo,
Y manda al vencedor nuevo refuerzo.

CXV

Y á no ser que aun el día no ha llegado
Que el decreto de Dios fijado había,
Quizá en ese el ejército cruzado
De su santa fatiga el fin veía;
Mas el genio infernal que ve espantado
Derrocada caer su tiranía,
Siéndole permitido, en el momento
Las nubes amontona y suelta el viento.

CXVI

De los mortales ojos denso velo
Roba el día y el Sol; confusamente
Cual negro horrendo infierno, se ve el cielo
Que rasgan la centella y rayo ardiente.
Retumba el trueno; lluvia envuelta en hielo
El campo y pasto arrasa hecha torrente.
Vuelan ramas; parecen arrancados
No encinas solas, rocas y collados.

CXVII

La agua á un tiempo, relámpagos y viento
 Que á los cristianos en el rostro daban,
 Y el imprevisto ímpetu violento
 De terror cual de hechizo los llenaban;
 Sólo á unos pocos dan acogimiento
 Las banderas; que á verlas no alcanzaban.
 Cercana allí, pica el bridón Clorinda
 A quien propicia la ocasión se brinda.

CXVIII

Grita á los suyos: « Ved cómo pelca
 » Por nuestra causa el Cielo, compañeros;
 » Nuestros rostros su ira no golpea,
 » Ni nos impide dar golpes certeros;
 » Que su cólera justa sólo emplea
 » En nuestros enemigos altaneros,
 » Los asusta y dispersa y desalumbra.
 » ¡A ellos, pues que el hado nos alumbra! »

CXIX

Así á la gente empuja y va, siguiendo
 Del Infierno el impulso que la atiza;
 Da á los franceses un asalto horrendo,
 A quienes la tormenta inutiliza.
 En ese punto, Argante, revolviendo,
 Hace en los que triunfaban cruda riza;
 La espalda vuelven ellos, y en carrera
 Huyendo van de la tormenta fiera.

CXX

Hieren la espalda de los que huyen vuelta
Ira inmortal, mortales los aceros:
Corre la sangre, y en el agua envuelta
De la lluvia, enrojece los senderos;
De muertos y de heridos en revuelta
Multitud, dan la vida dos guerreros,
Pirro al hierro del bravo circasiano,
Ridolfo, de Clorinda por la mano.

CXXI

Huyen así los francos; el alcance
Siguen con Satanás los sarracenos;
Las armas, solo, y cuanto el Cielo lance
De granizo y de lluvias y de truenos,
Gofredo afronta en el terrible trance,
Y á los suyos reprende antes tan buenos:
Llega al real, allí el caballo para,
Y dentro en él la gente se repara.

CXXII

Dos veces el bridón revuelve, y llega
Frente al feroz Argante, y le detiene,
Y otras tantas renueva la refriega
Donde la turba hostil más cerca viene;
Mas al fin con los otros se replega
Y ceder la victoria le conviene:
Torna el moro; los francos, ya cansados,
Las trincheras no dejan espantados.

CXXIII

Aun allí en vano de evitar se trata
 La furia atroz del huracán violento;
 Aquí ó allá se apaga una fogata;
 Dondequiera entra el agua y sopla el viento;
 Rompe telas y postes, desbarata
 Las tiendas y las lleva de su asiento:
 Lluvia, y gritos, y viento y truenos crecen
 Y en concierto diabólico ensordecen.

CXXIV

El viento así los truenos el silencio
 Siguen con estruendo los estruendos;
 Las aguas, como y cuando el viento sopla,
 De granizo y de lluvia y de truenos,
 Ruido atroz en el terrible lance,
 Y a los vientos repóndose entre los vientos.

FIN DEL CANTO SÉPTIMO

CXXV

Los vientos el huracán repelían, y luego
 Frente al toro atroz, y la batalla;
 Y otras tantas repelían la batalla;
 Donde la furia había más cerca viene,
 Más al fin con los otros se repelía;
 Y cuando la victoria la convencia;
 Torna el toro, los truenos, y los vientos,
 Las trincheras no dejan espantadas.

CANTO OCTAVO

DESASTRE DE LOS CRUZADOS DANESES
Y MUERTE HEROICA DE ESVENO, SU PRÍNCIPE Y CABEZA;
DISCORDIA EN EL CAMPO DE LOS CRISTIANOS,
NACIDA DE LA FALSA NOTICIA DE LA MUERTE DE REYNALDO,
Y SOSEGADA CON LA PRESENCIA DE GODOFREDO.

I

Pasaron ya los truenos y tormenta;
Ya no soplan los vientos desatados,
Y del cielo saliendo Aurora, ostenta
Con la frente de rosas, pies dorados.
Mas los que levantaron la violenta
Tempestad, no descansan sosegados;
Antes uno (Astagorre su nombre era)
Dice á Alecto, su digna compañera:

II

« Mira, Alecto, venir (y no es posible
» Impedirlo al Infierno) un caballero
» Que salió vivo del poder terrible
» Del que domina nuestro reino entero.
» A los francos narrando el caso horrible
» De su señor, intrépido guerrero,
» Cosas les hará ver que acaso hicieran
» Que á Reynaldo llamar al punto quieran.

TOMO I.

III

- » Sabes lo que eso importa, y que es prudente
 » Combatir al principio lo que daña:
 » Vete á los francos, pues, y lo que cuente
 » Por bien éste, en mal torna y enmaraña;
 » Veneno y fuego siembra entre la gente
 » Del Lacio, de la Helvecia y la Bretaña;
 » Iras mueve y tumultos, y haz, en suma,
 » Que en reyertas, el campo se consuma.

IV

- » Digna es de ti la obra y ofreciste
 » Llevarla á cabo, nuestro rey delante.
 » Dícele así. La Furia no resiste
 » El mandato, y se parte en el instante.
 » Llegaba en tanto el mensajero triste
 » Al real de los francos, anhelante,
 » Y ser llevado humilde les demanda
 » A presencia del jefe que allí manda.

V

- » Condúcele do está el jefe cristiano;
 » Cada cual nuevas de su boca espera;
 » Llega y pide besar la augusta mano
 » Que terror de Babel soberbia era.
 » Señor—dice—, á quien límite el océano
 » Es de tu fama y la estrellada esfera,
 » Serte quisiera mensajero grato.
 » Suspira, y continúa al breve rato:

VI

- » Del rey danés Esveno descendiente
- » Y único apoyo á su vejez cansada,
- » De seguirte sintió deseo ardiente
- » Y á los que por Jesús ciñen espada.
- » A fatiga y peligro indiferente,
- » Ni amor del reino, ni piedad sagrada
- » Del viejo padre, aquel deseo honroso
- » Entibian en su pecho generoso.

VII

- » Aprender anhelaba el noble arte
- » De la milicia fatigosa y dura,
- » De ti, noble maestro, y sentía en parte
- » Pena y vergüenza de su fama obscura,
- » Y el nombre de Reynaldo, nuevo Marte,
- » Oir con gloria, en verde edad, madura;
- » Mas sobre todo le impulsaba el celo
- » No de honor terrenal, mas el del cielo.

VIII

- » Tardanzas abreviando, en un momento
- » Resuelto y bravo un escuadrón allega;
- » A la ciudad que es del imperio asiento,
- » Por Tracia caminando, en breve llega,
- » Do el griego Augusto dióle acogimiento.
- » Tu enviado su mensaje allí le entrega,
- » Y nos narró la toma de Antioquía
- » Y cómo tu valor la defendía.

IX

- » Cuando á sitiarla fueron arrogantes
- » Los persas, con tan grande poderío,
- » Que de armas y caballos y habitantes
- » Su reino al parecer quedó vacío,
- » De ti y otros los hechos importantes
- » Dijo, y después del gran Reynaldo el brio,
- » Su fuga audaz, y cuánto más glorioso
- » Ha acabado el mancebo generoso.

X

- » Y á la fin agregó que ya venía
- » Tu ejército á asaltar esta muralla,
- » E instóle á que á lo menos compañía
- » Fuese á tu triunfo en la última batalla.
- » El gran valor que Esveno contenía,
- » Estimulado así, por fin estalla,
- » Y ya cree que tarda en los paganos
- » La espada usar, ensangrentar las manos.

XI

- » Parece que le tache de cobarde
- » De otro el valor, y oirlo le atormenta:
- » Si consejo le dan que le retarde,
- » No le oye, ó por lo menos lo aparenta;
- » Si algo teme, es tan sólo llegar tarde
- » Donde en los riesgos tu valor se aumenta;
- » No tener parte en ellos sólo siente,
- » A cualquier otro mal indiferente.

XII

- » Él mismo precipita su destino
- » Que á los demás arrastra y á él le guía,
- » Y con el ansia de partir, previno
- » La salida al rayar del nuevo día.
- » Jefe y señor, prefiere en su camino,
- » Por mejor, la más breve y recta vía;
- » Ni paso malo alguno huir pretende,
- » Ni el país de enemigo á quien ofende.

XIII

- » Hambres sufrimos y caminos duros,
- » Y ataques descubiertos ó embozados;
- » Mas viendo cerca el fin de los apuros
- » Y á los contrarios muertos ó ahuyentados.
- » Los peligros haciánnos seguros,
- » Los triunfos insolentes y alentados,
- » Cuando llegamos á acampar un día
- » De Palestina ya en la cercanía.

XIV

- » Avisánnos las guardias avanzadas
- » Que rumor fuerte de armas han oído,
- » E indicios hay y señas declaradas
- » De acercarse un ejército crecido.
- » No la mente, el color ó las miradas
- » O la voz cambia Esveno el atrevido,
- » Aunque á muchos las nuevas que se oían
- » De palidez los rostros les cubrían.

XV

- » Antes dice: « Ved cuánto está vecina
» Corona de martirio ó de victoria:
» Ésta espero, aunque mi alma bien se inclina
» Al mérito mayor, con igual gloria:
» Hermanos, este campo se destina
» A templo sacro y á inmortal memoria,
» En que señalará la edad futura
» Trofeo nuestro ó noble sepultura. »

XVI

- » Así habla, y las guardias luego pone,
» Los puestos distribuye y la fatiga;
» Manda dormir armados, ni depone
» El mismo los arneses ó loriga.
» Era la noche y hora que dispone
» Al silencio, y al sueño es más amiga,
» Cuando de aullidos bárbaros resuena
» Rumor que el cielo y el abismo atruena.

XVII

- » Gritan: ¡Al arma! ¡Al arma! Armado Esveno,
» Antes que ningún otro se levanta;
» Muestran su rostro y su mirar sereno
» Que ningún riesgo su valor espanta.
» Darnos asalto. Está ya el campo lleno
» De gente que á cercarnos se adelanta;
» Bosque de astas y espadas nos circunda,
» Y una lluvia de flechas nos inunda.

XVIII

- » En lucha desigual, que veinte eran »
» Los asaltantes para cada uno, »
» Fuerza es que muchos maten y más hieran »
» En tiempo á las sorpresas oportuno. »
» Cuántos y quiénes los caídos fueran »
» Entre las sombras, no distingue alguno. »
» La noche nuestras pérdidas encubre, »
» Y nuestros altos hechos también cubre. »

XIX

- » Mas sobre todos tanto alza la frente »
» Es veno, que es el verle fácil cosa, »
» Y distinguir de su valor ardiente »
» Los hechos, y su fuerza prodigiosa. »
» Sangre y muertos, un monte y un torrente, »
» Foso y trinchera le hacen horrosos; »
» Llevar parecen donde á ir acierte »
» Horror sus ojos y su mano muerte. »

XX

- » Duró el combate así hasta los albores »
» Que de rosas sembrando iban el cielo; »
» Mas cuando descubrimos los horrosos »
» Qué en la noche de horror cubrió su velo, »
» La deseada luz nuestros terrosos »
» Aumentó, y nos colmó de amargo duelo: »
» De muertos lleno el campo, y nuestra gente »
» Casi acabada vimos tristemente. »

XXI

- » De dos mil no hay ya ciento. Él contemplando
- » Tanta sangre vertida y tanto muerto,
- » Si se está el fuerte pecho lastimando
- » O acaso teme, yo á decir no acierto.
- » Sin mostrar turbación, la voz alzando,
- » Sigamos—grita—al Cielo en rumbo cierto
- » De nuestros compañeros el destino,
- » Que con su sangre marcan el camino.

XXII

- » Dijo, y con gozo muestra la vecina
- » Muerte ver; tal es su ánimo y semblante:
- » Al encuentro á la bárbara rüina
- » Corre con pecho intrépido y constante;
- » No resiste armadura, aunque más fina
- » Fuera, no ya de acero, de diamante,
- » Los golpes de su diestra enfurecida,
- » Y su cuerpo ya todo es una herida.

XXIII

- » La vida no, sino el valor sostiene
- » Aquel feroz cadáver é invencible;
- » Herido hiere, y nada le contiene:
- » Cuanto ofendido más, es más temible;
- » Mas he aquí que sobre él furioso viene
- » Un gigante, en mirar y en rostro horrible,
- » Y al fin de larga y obstinada guerra
- » Con la ayuda de muchos le echa en tierra.

XXIV

- » Cae el mancebo invicto. ¡Oh dolorosa
- » Suerte! ¡Y no haber allí quien le vengara!
- » Testigos sedme, sangre generosa,
- » Huesos nobles de aquel que tanto amara,
- » Que no fui avaro de mi vida odiosa:
- » Ni á hiero ó á heridor negué la cara,
- » Y si mi muerte el Cielo allí quisiera,
- » Por mis hechos muy bien la mereciera.

XXV

- » Vivo solo entre tantos que cayeron,
- » Caigo, y ninguno vivo me juzgaba;
- » No supe los contrarios qué se hicieron,
- » Pues desmayado, sin sentido estaba;
- » Y cuando ya mis ojos ver pudieron
- » (Que antes obscura sombra los cegaba),
- » De noche parecióme, y vacilante
- » Vi una pequeña luz, no muy distante.

XXVI

- » Debilitado y casi sin aliento,
- » No bien claro las cosas discernía:
- » Como quien abre y cierra soñoliento
- » Los ojos, ya velaba ó ya dormía;
- » De heridas el dolor, hasta allí lento,
- » Agudo ya y molesto se me hacía
- » Por el aire nocturno y por el hielo,
- » Tendido en tierra, bajo abierto cielo.

XXVII

- » Más y más acercándose entretanto
 » Va la luz, y un murmullo bajo suena:
 » Llega al fin á mi lado; yo levanto
 » Mi débil vista, no sin grande pena;
 » A dos veo que visten largo manto,
 » Con sendas luces, y oigo: « Hijo, llena
 » De fe, eleva tu alma al Dios potente
 » Que su gracia prodiga al buen creyente.»

XXVIII

- » El uno me habla así; luego la mano
 » Sobre mi cuerpo extiende, bendiciendo;
 » Percibo un rezo al parecer cristiano,
 » Del que muy poco oigo y nada entiendo.
 » Alzate, dice, y yo ligero y sano
 » Me alzo, ya las heridas no sintiendo,
 » ¡Oh milagro! pues antes me parece
 » Que en mi cuerpo el vigor y fuerza crece.

XXIX

- » Atónito los miro, y espantada
 » Mi alma, cierto no cree aquel portento.
 » Diceme el uno: « Hombre de fe meguada,
 » ¿Qué dudas? ¿Dónde va tu pensamiento?
 » Real cuerpo ve en nosotros tu mirada;
 » Siervos de Dios, seguimos el intento,
 » Dejado el mundo, su dulzor y engaños,
 » De hacer áspera vida de ermitaños.

XXX

- » Ministro suyo, á tu salud me ha electo
- » Aquel Señor que reina en el altura,
- » Que para un alto y milagroso efecto
- » No desdeña emplear baja criatura,
- » Menos querrá que aquí quede el perfecto
- » Cuerpo en que se alojaba alma tan pura,
- » El cual con ella aún, lúcido y leve
- » Y hecho, inmortal, volver á unirse debe.

XXXI

- » Digo el cuerpo de Esveno, al que ha de darse
- » Tumba á valor tan grande conveniente,
- » Que será señalada, y ha de honrarse
- » Por la piadosa venidera gente.
- » Los ojos alza al cielo; en él mostrarse
- » Mira ese astro, cual sol resplandeciente,
- » Que con los vivos rayos con que luce,
- » De tu señor al cuerpo te conduce.

XXXII

- » Entonces veo de la hermosa estrella
- » O sol nocturno, un rayo que descende
- » Y hacia el gran cuerpo en luminosa huella,
- » Como áureo rasgo de pincel se extiende;
- » Tanta y tan viva luz sobre él destella,
- » Que su herida parece que se enciende;
- » Y al punto reconozco su figura
- » En la hórrida, sangrienta revoltura.

LA LATINA

XXXIII

- » No yace el rostro en tierra: como ha sido
- » Siempre su anhelo la celeste esfera,
- » Tiene al cielo el semblante dirigido,
- » Como quien á él volar sólo quisiera;
- » La diestra el hierro aprieta, recogido
- » El brazo, en ademán de hombre que hiera;
- » La otra al pecho en acción humilde y pía
- » Que parece que á Dios perdón pedía.

XXXIV

- » Yo sus heridas lavo con mi llanto,
- » Sin que eso alivie mi alma dolorida;
- » Mientras, su diestra abriendo el viejo santo,
- » La espada le quitó que aun tenía asida.
- « Esta — dice — que hoy hizo daño tanto
- » Al infiel y en su sangre aun veo teñida,
- » Perfecta, como sabes, tal vez sea
- » La mejor que en el mundo ora se emplea.

XXXV

- » Quiere el Cielo que ya que ora la aparte
- » De su primer señor acerba muerte,
- » Ociosa no quede en esta parte,
- » Mas de una pase á otra mano fuerte
- » Que la use con igual vigor y arte,
- » Tiempo más largo y con dichosa suerte,
- » Y haga con ella (tal es la esperanza)
- » Del que á Esveno mató, dura venganza.

XXXVI

- » Muerte le dió de Solimán la mano:
- » Solimán por su espada ha de ser muerto.
- » Tócala, pues, y ve donde el cristiano
- » Campo á Salem sitiando hallarás cierto.
- » No hayas temor que del país pagano
- » Se te impida el camino en el desierto;
- » Que fácil te ha de hacer la áspera vía
- » La alta diestra de Aquel que allí te envía.

XXXVII

- » Quiere que por la voz que te ha dejado
- » Con la vida, se haga allí patente
- » La piedad, el valor y ánimo osado
- » Que en tu amado señor viste presente,
- » A fin de que este ejemplo señalado
- » Cruz y armas á tomar á otros aliente,
- » Y ora tras muchos lustros extendidos
- » Los ánimos inflame bien nacidos.

XXXVIII

- » Que sepas falta á quién como heredero
- » La fortísima espada se le guarda:
- » Es Reynaldo, á quien cede el mundo entero
- » En fortaleza y valentía gallarda:
- » A él dala, y dí que el Cielo justiciero
- » La venganza le da que el mundo aguarda.»
- » Mientras á lo que aquél hablaba atiendo,
- » Otro milagro me admiró estupendo.

XXXIX

- » Que donde el cuerpo rígido yacía
 » Vi de improviso un gran sepulcro abierto,
 » Que alzándose, el cadáver recogía,
 » Cómo ó por qué arte á discurrir no acierto,
 » Y una inscripción grabada que exponía
 » El nombre y la virtud del noble muerto.
 » Yo de tal vista no sabía partirme,
 » Viendo las letras ya, ya el mármol firme.

XL

- » Dice el viejo: « A los suyos aquí unido,
 » Quedé su cuerpo en el sepulcro honroso;
 » Mientras sus almas, que al empíreo han ido,
 » Gozan perpetuo bien y glorioso.
 » Ya el último tributo merecido
 » Pagó tu llanto. Tiempo es de reposo.
 » Te albergaré hasta en tanto que al camino
 » El albor te despierte matutino. »

XLI

- » Calló, y por desigual sendero obscuro,
 » Yo arrastrándome apenas, caminamos
 » Hasta que abierta en el peñasco duro
 » A una profunda cueva nos llegamos,
 » Donde con su discípulo, seguro
 » Vive entre osos y lobos: allí entramos;
 » Que defensa mejor que arnés ó escudo
 » La inocencia á su pecho da desnudo.



XLII

- » Cena silvestre y duro lecho ofrecen
» A mis miembros descanso y vigor nuevo;
» Mas apenas los rayos aparecen
» Que de púrpura y oro lanza Febo,
» Vigilantes á orar luego parecen
» Los monjes; yo con ellos, como debo;
» Me despido después del santo viejo,
» Y aquí vine, siguiendo su consejo. »

XLIII

- Calló el tudesco, y dícele el piadoso
Bullón: « La nueva aciaga que trajiste
» Del horrible suceso lastimoso,
» Razón es que nos turbe y nos contriste,
» Pues un auxilio amigo tan valioso,
» Tuvo en tan corto tiempo fin tan triste.
» Relámpago tu príncipe parece,
» Que en un punto se muestra y desaparece. »

XLIV

- » Mas ¿qué? Morir como él más bien quisiera
» Que oro ó reinos ganar con la victoria;
» Ni Roma antigua recordar pudiera
» Hazaña más ilustre y meritoria,
» Del templo celestial en la alta esfera,
» La corona inmortal les da ya gloria;
» Creo que cada cual su herida bella
» Allí muestre, gozándose con ella. »

XLV

» Y tú, que á los peligros y fatiga
» Aun quedas en el mundo militante,
» En su triunfo á gozar su amor te obliga;
» Alegra cual conviene tu semblante.
» Pues de Reynaldo pides que te diga,
» Sabe que de aquí lejos anda errante,
» Y en su busca no apruebo que te muevas,
» Mientras no tengas dél seguras nuevas.»

XLVI

Esto al oír los otros, en su mente
El amor á Reynaldo se despierta,
Y exclaman: « ¡Ay! Entre pagana gente
» Vaga el mancebo con fortuna incierta.»
Y casi no hay alguno que no cuente
Al danés su valor según acierta;
Y de sus hechos la prolija lista
Con asombro desplagan á la vista.

XLVII

Cada cual le recuerda y ver desea,
Y cuando así está el campo conmovido,
Ven un grupo volver que á pecorea,
Como en la guerra se usa, habían ido,
Y en abundancia miran que acarrea
Lanar ganado y bueyes que han cogido,
Y granos, aunque pocos, y pastura
Que los caballos tengan en hartura

XLVIII

Éstos, de una aventura desgraciada
Traen indicio, en apariencia cierto;
Del buen Reynaldo, rota, ensangrentada
La sobreveste, y el arnés abierto.
Luego se esparce (¿y quién podría callada
Tener tal nueva?) ruido vario, incierto.
Doliente á la noticia el vulgo vuela
Del guerrero, y las armas ver anhela.

XLIX

Ve y conoce muy bien por su grandeza
La coraza que en clara luz fulgura,
Y las armas, con la ave que endereza
La vista al Sol contra su lumbre pura,
Acostumbrando ver su fortaleza
Primera ó sola en toda alta ventura,
Ahora no sin lástima y sin ira
Que rotas y sangrientas están, mira.

L

Mientras discurren todos susurrando
Cómo aquel paladín perdió la vida,
El piadoso Bullón llama á Aliprando,
Cabo de los que hicieron la corrida.
Hombre franco y sincero, y deseando
Dél oír la aventura referida,
Todo el suceso mándale que cuente
Sin que ocultar el bien ó el mal intente.

LI

- Y respóndele aquél: « De aquí lejano
» Cuanto en dos días anda un caminante
» De Gaza en el confín, pequeño llano
» Se hace, de la vía no distante;
» De lo alto un riachuelo bien mediano
» Que entre las plantas serpentea errante,
» Alta selva y maleza enmarañada,
» El lugar hacen propio á la emboscada.

LII

- » Allí vamos en busca de ganado
» Que paciendo anduviera por la orilla,
» Y hallamos sobre el pasto ensangrentado
» Un hombre muerto. Espanto y maravilla
» Nos da la enseña y el arnés tranzado
» Conocer, aunque el lodo lo mancilla;
» Al verle el rostro corro con presteza,
» Mas hallo que le falta la cabeza.

LIII

- » También la diestra falta; mil heridas
» La espalda cubren y el robusto pecho,
» Y con la águila de alas extendidas
» Vacío el yelmo estaba á corto trecho.
» Buscando quien nos dé nuevas cumplidas,
» A un zagal sólo veo en un repecho
» Que atrás el paso tuerce por huirnos
» Tan pronto como pudo distinguírnos.

LIV

- » Seguido y aprehendido, con destreza
- » Y apremio preguntado, ha respondido
- » Que el día anterior salir de la aspereza
- » Del bosque mil guerreros, vió escondido,
- » Y uno de ellos llevaba una cabeza.
- » El rubio pelo en sangre tinto, asido,
- » La cual le pareció casi de un niño,
- » Pues al rostro miró y era lampiño;

LV

- » Y vió luego que envuelta la ocultaba
- » En un cendal y del arzón pendiente;
- » Y agregó que el vestido le indicaba
- » Que los jinetes son de nuestra gente.
- » Desnudé el cuerpo, y tanto me apenaba,
- » Que lloré con la duda amargamente.
- » Sus armas traje, dando buen recado
- » De que fuese con honra sepultado.

LVI

- » Mas si es el noble cuerpo que colijo,
- » Otra tumba, otra pompa bien merece. »
- Calló Aliprando luego que esto dijo,
- Y que otra cosa sepa, no parece.
- Triste Gofredo, en nada tiene fijo
- El pensamiento, y más su duda crece.
- Sólo más claro conocer el busto
- Quiere, y quién fuera el homicida injusto.

LVII

Se alza en tanto la noche, y con su manto
Cobija el mundo y cubre el firmamento.
Y el sueño, ocio del alma y dulce encanto,
Los males calma, da paz y contento;
Mas no á Argilán, á quien aquejan tanto
Dolor áspero y grave pensamiento,
Que ni sus ojos ni agitado seno
Puede el sueño aquietar grato y sereno.

LVIII

Éste, de lengua y manos atrevido,
Impetuoso y ardiente ingenio encierra.
Nació orillas del Tronto, y fué nutrido
De odio y rencores de intestina guerra.
A destierro forzado, enfurecido
Empapó en sangre y devastó la tierra,
Hasta que al Asia vino, y guerreando
Mejor fama y renombre fué cobrando.

LIX

Al fin cierra los ojos á la aurora,
Mas no con sueño plácido y suave:
Un estupor Alecto engañadora
Como muerte le manda, torpe y grave,
Que sus internas fuerzas asopora;
Mas reposo aun durmiendo en él no cabe,
Que la Furia cruel se le presenta
Y con horribles trasgos lo atormenta.

LX

Hácele un husto ver del que cortada
Estaba la cabeza y mano diestra,
Y aquélla, hirsuta, sucia, ensangrentada
Y lívida, sostiene en la siniestra.
Sollozar, lanzar sangre amoratada,
Respirar y así hablar la boca muestra:
« Huye, Argilán; ¿no ves que viene el día?
» De Bullón huye y de su hueste impía.

LXI

» De hombre tan cruel, del fraude y la asechanza
» Que me mató, ¿fíar pueden mis amigos?
» Os destina su odio á la matanza
» Como á mí, de que sois todos testigos;
» Mas si tu mano aspira á la alabanza
» De que vence á sus fieros enemigos,
» No huyas, no. Que aplaque aquel malvado
» Con su sangre mi espíritu irritado.

LXII

» Contigo estoy: sombra de hierro y de ira
» Ministro, te armaré la diestra y seno. »
Así le dice, y al hablar le inspira
Nuevo espíritu de odio y furia lleno.
Rómese el sueño, y espantado él gira
Ojos henchidos de letal veneno;
Ármase y va á buscar con priesa ciega
Los guerreros de Italia y los congrega.

LXIII

Juntos ya donde el grande arnés pendía
Del buen Reynaldo, en voces descompuestas
Toda la furia y rabia que sentía
Hace en estas palabras manifiestas:
« ¿Conque hemos de sufrir la tiranía
» De un pueblo desleal que tiene prestas
» Siempre al crimen las manos, y á quien plugo
» Darnos freno á la boca, al cuello yugo?

LXIV

» Lo que en siete años de gravoso y duro
» E indigno hanos impuesto su servicia,
» Bastante es para que hoy, y en lo futuro,
» Roma é Italia ardieran con justicia.
» Callo cómo Tancredo hizo seguro
» Por armas y arte el reino de Cilicia,
» Y ora á traición el franco lo detenta:
» Lo que el valor ganara, el fraude ostenta.

LXV

» Callo, que si requiere una alta empresa
» Mano pronta, buen seso, valor fuerte,
» De nosotros alguno jamás cesa
» Con hierro ó fuego en arrostrar la muerte;
» Pero luego que el lucro ó que la presa
» Pártense en ocio y paz, jamás la suerte
» Es nuestra, pues aquéllos sin decoro
» Se apropian triunfo y gloria, y tierra y oro.

LXVI

- » Tiempo hubo en que conducta tan villana
A indignación mover pudiera el pecho.
» Hoy ya la omiso, que crudeza insana
» Y horrenda, ligerísima la ha hecho.
» Han matado á Reynaldo, y con la humana
» La ley divina hollado, y el derecho.
» ¿Y no fulmina el cielo? ¿Y no la tierra
» Los traga y en su abismo los encierra?

LXVII

- » Han matado á Reynaldo, espada, escudo
» De la fe, y sin venganza está el insulto;
» ¡Sin venganza! En el suelo, allí desnudo,
» Lacerado dejáronle, insepulto.
» ¿Buscáis quien ser autor del crimen pudo?
» ¿A quién ¡oh compañeros! está oculto?
» ¡Ah! ¿quién no sabe que al valor latino
» Envidian Godofredo y Balduino?

LXVIII

- » Más ¿qué argumentos busco? Al Cielo juro
» Que me oye y que engaños no consiente,
» Al aclararse el horizonte obscuro,
» Vagando vi á un espíritu doliente:
» Espectáculo ¡ay! crüel y duro
» Que el crimen de Gofredo hace patente.
» Lo vi, sueño no fué, y donde ora mire,
» Parece que á mi vista el triste gire.

LXIX

- » Ora, ¿qué haremos? ¿Debe aquella mano
- » Que aun de muerte tan bárbara está inmunda
- » Regirnos siempre? ¿O al país lejano
- » Huiremos que el Éufrates inunda,
- » Y el populoso, rico y fértil llano
- » Que puebla gente vil, nutre y fecunda?
- » Nuestro puede bien ser. Le ganaremos
- » Sin que á los francos parte alguna demos.

LXX

- » Andad: quede la sangre sin venganza
- » Si así os parece, ilustre é inocente;
- » Aunque si el brío vuestro sin mudanza
- » Cual siempre ha sido hoy se mostrara ardiente
- » La sierpe horrenda que á extinguir se lanza
- » La flor y luz de la latina gente,
- » Con su muerte daría un escarmiento
- » Que á los otros sería advertimiento.

LXXI

- » Yo haría, yo, si vuestro heroico brío
 - » Cuanto hacer puede tanto osar quisiera,
 - » Que hoy esta mano al corazón impío
 - » De traición nido, justa pena diera. »
- Dijo furioso. A todo su albedrío
Arrastra aquella multitud guerrera;
« ¡Arma! ¡arma! » loco grita, y juntamente
« ¡Arma! ¡arma! » clama la soberbia gente.

LXXII

Agita Alecto allí su diestra armada,
Y de fuego y veneno hinche los pechos;
Crecen la ira, el odio y la malvada
Sed de sangre que impele á crueles hechos;
Sigue el rastro la peste, y dilatada,
Le son las tiendas límites estrechos
De los de Italia; á los helvecios cunde,
Luego entre los ingleses se difunde.

LXXIII

Ni sólo gente extraña hay á quien mueva
El gran público daño al alzamiento;
Que antiguas causas dan á la ira nueva
Motivo juntamente y alimento:
Todo encono aplacadó se subleva;
Impío al franco llaman y sangriento;
Y dan voz la amenaza y el insulto
Al odio que no puede estar ya oculto.

LXXIV

Así el licor en vaso que en el foco
De hoguera puesto se levanta ardiente,
En borbotones bulle, y poco á poco
Subiendo va y rebosa de repente.
No bastan á enfrenar al pueblo loco
Los pocos que discurren cuerdamente;
Y Tancredo y Camilo lejos andan,
Guillermo y otros que supremos mandan.

LXXV

Ya á las armas los más se precipitan
En confuso tropel, pueblos feroces,
Y con cantares bélicos se excitan
Y sediciosas trompas y altas voces.
Al pio Bullón que se arme en tanto gritan
Muchos de aquí y de allí nuncios veloces,
Y antes que todos, ya Balduino armado,
A él se presenta y se le pone al lado.

LXXVI

Él, que se oye acusar, la vista al cielo
Alza, y cual suele, á Dios acude orando:
« Señor, que sabes bien con cuánto celo
» Aborrezco la sangre en civil bando:
» De las mentes de éstos rasga el velo,
» Reprime su furor ciego y nefando;
» Y pues soy á tus ojos inocente,
» Haz que así al ciego mundo sea patente »

LXXVII

Calló, y siente que el Cielo le ha infundido
Calor nuevo, en sus venas desusado,
De alto vigor y de esperanza henchido,
Que el rostro muestra y le hacen alentado.
Con los suyos se lanza decidido
Contra los que á Reynaldo hacer vengado
Creían, y las armas y denuestos
Que oye, no hacen sus pasos menos prestos.

LXXVIII

Le cubre la coraza, y sobreveste
Le adorna, rica más que de costumbre;
Rostro y manos desnudos, de celeste
Majestad en él brilla nueva lumbre;
El cetro de oro agita, y sólo de éste
Se arma para aquietar la muchedumbre.
Tal se muestra y de modo tal razona,
Que no parece ser mortal persona.

LXXIX

« ¿Qué necias amenazas, cuál escucho
» Vano estrépito de armas? ¿Quién lo mueve?
» ¿Así me respetáis? No será mucho
» Que queráis que quien soy ahora os pruebe.
» ¡Sospecháis de Gofredo! ¡Y yo, yo lucho
» Con cargo de traición! ¡Y hay quien lo apruebe!
» ¿Quizá esperáis también que os me doblegue
» Y os dé satisfacción y humilde os ruegue?

LXXX

» ¡Ah! jamás oiga indignidad tamaña
» La tierra, de mi nombre toda llena;
» Este cetro y más de una ilustre hazaña
» A darme bastarán defensa plena;
» Mas justicia, á piedad que la acompaña
» Ceda hoy, y los reos no hayan pena;
» Perdonando, á otros méritos atiendo
» Y á vuestro buen Reynaldo honrar pretendo.

LXXXI

» Lave sola el común delito odioso
» La sangre de Argilán, su autor primero,
» Por sospecha levisima á espantoso
» Desorden, impulsando al campo entero. »
Brilla y fulgura en regio y majestuoso
Aspecto, mientras habla, el gran guerrero;
Tal que Argilán, confuso y subyugado,
Teme (¿quién lo creyera?) un rostro airado.

LXXXII

Y el vulgo, antes audaz, irreverente,
Que de orgullo y de cólera bramara,
Y pronta mano al hierro y fuego ardiente
Había puesto, que el furor depara,
Por vergüenza y temor alzar la frente
No osa, escucha la voz, su furia para,
Y aunque con armas á Argilán rodea,
Sufré que atado y prisionero sea.

LXXXIII

Así el león que su melena horrible
Bramando sacudía, fiero, altivo,
Si mira airado al dueño, que terrible
Domeñar supo su furor nativo,
El yugo aguanta que le fué insufrible,
Y á un solo amago tiembla ahora cautivo,
Y ni por la melena, garra ó diente
Tan fuertes, su soberbia alzarse siente.

LXXXIV

Es fama que se vió, con rostro crudo
En actitud atroz, amenazante,
A un alado guerrero, fuerte escudo
Por defensa, á Bullón poner delante,
Y cual rayo vibrar hierro desnudo
Que aun de sangre veíase humeante.
De reino ó pueblo acaso sangre era
Que del Cielo en la cólera incurriera.

LXXXV

Quieto el tumulto así, van deponiendo
Las armas, y con ellas la ojeriza;
Va á su tienda Gofredo, y discurrendo
Cosas varias, sus planes analiza:
El de un ataque á la ciudad tremendo
Para antes de tres días formaliza;
Y las máquinas fuertes examina
Con que expugnar los muros determina.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.....	v
CANTO I.—Recibe Godofredo de Bullón un mensajero de Dios.—Elígenle los príncipes por capitán.—Pasa muestra á su ejército y da principio á la empresa.....	1
CANTO II.—Estado interior de Jerusalem y tiranía de Aladín.—Episodio de Olíndor y Sofronia.—Embajada de Alete y Argante al campo de los cristianos.—Guerra con Egipto.....	33
CANTO III.—Llega el ejército á Jerusalem.—Herminia, de una alta torre, señala los principales héroes al rey Aladino.—Primeros hilos de episodios amorosos.—Muerte y exequias de Dudón.—Disposiciones para el asalto.....	67
CANTO IV.—Conciliábulo infernal.—Los negros espíritus suben de los abismos á turbar la santa empresa.—Belleza, halagos y engaños de la encantadora Armida.....	93
CANTO V.—Primeras discordias entre los cristianos.—Mata Reynaldo á Gernando y se destierra voluntariamente.—Armida se parte contenta, llevándose gran número de caballeros.....	127
CANTO VI.—Desafío de Argante.—Su combate con Tancredo, interrumpido por la noche.—Va la enamorada Herminia al campo de los cristianos.	159

- CANTO VII.—Fuga de Herminia y su refugio entre unos pastores.—Tancredo sigue sus huellas y cae en las asechanzas de Armida.—Pelea de Argante con Raimundo.—Violación del pacto.—Confusión.—Tempestad horrible. 199
- CANTO VIII.—Desastre de los cruzados daneses y muerte heroica de Esveno, su príncipe y cabeza.—Discordia en el campo de los cristianos, nacida de la falsa noticia de la muerte de Reynaldo y sosegada con la presencia de Godofredo. 241

BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200088589

Ayuntamiento de Madrid

8